

VIVAR BURGOS, JERÓNIMO DE (1524/25- ¿?)

*CRÓNICA Y RELACIÓN COPIOSA Y VERDADERA DE LOS REINOS DE CHILE*

ÍNDICE

CAPITULO I.

Que trata del principio que tuvo Pedro de Valdivia, y de cómo pasó a Italia, y vuelto a España pasó a Indias

CAPITULO II.

Que trata de la llegada de Pedro de Valdivia al valle de la Nasca, donde estaba el marqués don Francisco Pizarro, y del cargo que le dio

CAPITULO III.

Que trata de la muerte de don Diego de Almagro, y de la elección de don Pedro de Valdivia teniente de gobernador y capitán general de los reinos de Chile en nombre de Su Majestad

CAPITULO IV.

Que trata de cómo salió el general Pedro de Valdivia a hacer su jornada

CAPITULO V.

Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia, después de haber estado en Tarapacá algunos días, se partió al valle de Atacama

CAPITULO VI.

Que trata de la manera que son las balsas y cómo las hacen los naturales para aprovecharse de la mar

CAPITULO VII.

Que trata de la entrada que entró el general Pedro de Valdivia en Atacama y del sitio de la ciudad principal, y de lo que hay en el valle y de lo que sucedió en el camino hasta llegar a la ciudad

CAPITULO VIII.

Que trata del valle de Atacama y de su temple y de las cosas que hay en él y costumbres de indios

CAPITULO IX.

Que trata del daño que le hacían los naturales de Atacama al general Pedro de Valdivia y del remedio que en ello puso

CAPITULO X. Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia salió con su campo de Atacama a pasar el despoblado

CAPITULO XI.

Que trata de la constelación y temple del despoblado de entre Atacama y Copiapó

CAPITULO XII.

Que trata de la entrada que el general Pedro de Valdivia hizo en el valle de Copiapó y de lo que allí le sucedió

CAPITULO XIII.

Que trata de cómo habiendo enviado el general Pedro de Valdivia a su maese de campo a buscar bastimento le dio aviso

CAPITULO XIV.

Que trata de cómo bajados aquellos capitanes indios a comer con el general les habló y la cautela que usaron con él

CAPITULO XV.

Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia envió a llamar a aquellos capitanes indios y de cómo vinieron

CAPITULO XVI.

Que trata de cómo supo el general de una fuerza en que estaban los señores y la demás gente de guerra y la orden que tuvo para ir a ellos y de lo que le sucedió

CAPITULO XVII.

Que trata del valle del Copiapó y de las cosas que hay en este valle y de las costumbres de los indios

CAPITULO XVIII.

Que trata de la salida del general Pedro de Valdivia del valle de Copiapó para el valle de Guasco, y de lo que le sucedió

CAPITULO XIX.

Que trata del valle del Guasco y de las cosas que tiene y de los indios y sus costumbres

CAPITULO XX.

Que trata de cómo salió el general Pedro de Valdivia del valle del Guasco hasta el de Coquimbo y de lo que en el camino le sucedió

CAPITULO XXI

Que trata de lo que aconteció al general estando en aqueste asiento con diez soldados y de cómo vinieron los indios sobre ellos e cómo los desbarataron

CAPITULO XXII.

Que trata del valle de Coquimbo, de indios y cosas que hay en él

CAPITULO XXIII.

Que trata de la plática y exhortación que hizo el general Pedro de Valdivia a su gente y la orden que les dio para caminar y lo que le sucedió en esta jornada hasta llegar al valle de Aconcagua

CAPITULO XXIV.

Que trata de la salida del general Pedro de Valdivia del valle de Limarí

CAPITULO XXV.

Que trata de la venida de este navío a este puerto de Chile y de dónde procedió

CAPITULO XXVI.

Que trata del valle de Combabalá hasta el de Aconcagua y de los indios y cosas que hay en él

CAPITULO XXVII.

Que trata de la allegada del campo al valle de Mapocho y de lo que le sucedió

CAPITULO XXVIII (Falta el capítulo)

CAPITULO XXIX (Falta el título)

CAPITULO XXX.

Que trata cómo fue el general Pedro de Valdivia con sesenta hombres a un fuerte donde estaba el cacique Michimalongo

CAPITULO XXXI.

Que trata de la orden que el general Pedro de Valdivia dio para el combate de este frente

CAPITULO XXXII

Que trata de lo que hizo el general Pedro de Valdivia preso a Michimilongo y apoderado en fuerte

CAPITULO XXXIII.

Que trata de cómo mandó el general Pedro de Valdivia que fuesen seis hombres de a caballo a ver las minas y de cómo fueron y de lo que les sucedió

CAPITULO XXXIV.

Que trata de cómo salió el general Pedro de Valdivia para ir a las minas e de cómo echó los indios a sacar oro y cómo quiso despachar al Pirú y de lo que los indios hicieron

CAPITULO XXXV.

Que trata de cómo estando el general Pedro de Valdivia en la ciudad en estos negocios le vino nueva cómo habían muerto los indios a los cristianos que estaban haciendo el bergantín

#### CAPITULO XXXVI.

Que trata del alzamiento de los indios de toda la comarca de la ciudad de Santiago y cómo el general Pedro de Valdivia salió a ellos y de lo que le sucedió en esta jornada

#### CAPITULO XXXVII.

Que trata de la salida del general a hacer la guerra a los indios rebelados y de la plática que hizo a toda su gente, así a la que llevaba como a la que dejaba en la ciudad

#### CAPITULO XXXVIII.

Que trata de cómo estando el general en la provincia de los pormocoes dieron los indios en la ciudad y de la victoria que hubieron

#### CAPITULO XXXIX.

Que trata de cómo habida la victoria lo hicieron saber al general Pedro de Valdivia e de lo que hizo llegado a la ciudad

#### CAPITULO XL.

Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia mandó reformar la ciudad de Santiago y se dieron a criar y sembrar

#### CAPITULO XLI.

Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia para reparo de su gente y bastimentos hizo una casa fuerte y de cómo despachó al Pirú por tierra a traer socorro

#### CAPITULO XLII.

Que trata de cómo sabido por el general Pedro de Valdivia las cautelas en que andaban los indios y cómo querían venir otra vez a la ciudad y de cómo salió a ellos

#### CAPITULO XLIII.

Que trata del suceso que a los seis de a caballo que al Pirú iban les sucedió en el camino

#### CAPITULO XLIV.

Que trata de cómo llevaron a estos dos españoles al valle y de lo que los indios usaron y maña que tuvieron para escaparse

#### CAPITULO XLV.

Que trata de cómo llegó el general Pedro de Valdivia con su gente a la fuerza de los indios y de lo que allí hizo

#### CAPITULO XLVI.

Que trata de cómo después que hubo tomado el fuerte el general Pedro de Valdivia acordó salirse del monte por ser mal sitio y de lo que le sucedió

#### CAPITULO XLVII.

Que trata de cómo estando el general en este sitio supo cómo iban los indios contra el caudillo que habían enviado y cómo se partió a socorrelle

#### CAPITULO XLVIII.

Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia puso quince de a caballo sobre guarnición en la mar para mostrar el puerto a un navío que se esperaba y del suceso que en este tiempo acaeció en el alcanzamiento de los indios

#### CAPITULO XLIX.

Que trata de la guerra que se hizo a la gente del valle de Aconcagua

#### CAPITULO L.

Que trata de la necesidad que habían de sal y cómo la fueron a buscar y de la suerte que la hallaron

#### CAPITULO LI.

Que trata de cómo repartió el general Pedro de Valdivia por los españoles los caciques que en la comarca de esta ciudad había

#### CAPITULO LII.

Que trata cómo estando el general Pedro de Valdivia en la ciudad tuvo aviso en cómo había gran junta de indios en un pueblo que se dice la juntura y de cómo fue a ellos y de lo que le sucedió

#### CAPITULO LIII.

Que trata de la batería que se dio a este fuerte y de cómo le entraron el general y sus compañeros y lo que en este lugar aconteció

#### CAPITULO LIV.

Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia hizo justicia de ciertos principales e indios que sacó de aquel fuerte, y de cómo se volvió a la ciudad con su gent

CAPITULO LV. Que trata en cómo el general Pedro de Valdivia envió tres capitanes fuera de la ciudad

#### CAPITULO LVI.

Que trata de cómo el general, para remediar la necesidad del herraje, mandó sacar cobre

#### CAPITULO LVII.

Que trata en cómo estando el general con veinte españoles entendiendo en hacer la puente de madera en el río de Maipo tuvo nueva en cómo era venido un navío de mercadería al puerto

#### CAPITULO LVIII.

Que trata de cómo envió el general Pedro de Valdivia un caudillo con doce compañeros a prender al cacique Cataloe que estaba en un fuerte

#### CAPITULO LIX.

Que trata de la liberalidad que el general Pedro de Valdivia usó aquí con los españoles descubridores y conquistadores y pobladores que con él vinieron y estaban LX. Que trata de la venida del capitán Alonso de Monrroy

#### CAPITULO LX

Que trata de la venida del capitán Alonso de Monrroy

#### CAPITULO LXI.

Que trata de cómo salió el general Pedro de Valdivia con sesenta hombres para la provincia de los poromaucaes

#### CAPITULO LXII.

Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia pobló una villa entre la ciudad de Santiago y el valle de Copiapó en el valle de Coquimbo

#### CAPITULO LXIII.

Que trata de cómo el general envió un navío a descubrir la costa hacia el estrecho de Magallanes y del suceso

#### CAPITULO LXIV.

Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia despachó un navío al Pirú por más socorro

#### CAPITULO LXV.

Que trata de cómo después de haber salido el general Pedro de Valdivia de la villa de la Serena mandó al piloto de un bergantín que estaba allí que se decía Luis Hernández que se fuese al puerto de Valparaíso

CAPITULO LXVI. Que trata de lo que le sucedió al general Pedro de Valdivia junto al río de Andalién

#### CAPITULO LXVII.

Que trata de lo que le hizo el general después que vino del descubrimiento de por tierra

#### CAPITULO LXVIII.

Que trata de cómo el general tornó a repartir los indios en menos vecinos y de la llegada del capitán Joan Batista del Pirú

CAPITULO LXIX. Que trata de cómo vino el capitán Diego Maldonado con ocho españoles de los reinos del Pirú

#### CAPITULO LXX.

Que trata de cómo acordó el general Pedro de Valdivia ir al Pirú a servir a Su Majestad y de la mañosa maña que se dio para seguir su viaje

CAPITULO LXXI.

Que trata de cómo fue el secretario Joan de Cardeña a la ciudad a los negocios que convenían para seguir el viaje

CAPITULO LXXII.

Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia llegó al puerto de la ciudad de los Reyes y de cómo se partió a la ligera a alcanzar el campo de Su Majestad

CAPITULO LXXIII.

Que trata de la cuenta que dio el general y coronel Valdivia al presidente de la salida de Chile para venir a servir a su señoría en nombre de Su Majestad

CAPITULO LXXIV.

Que trata de la orden que el coronel Valdivia dio en el ejército de Su Majestad

CAPITULO LXXV.

Que trata en cómo pasó el coronel Valdivia la puente y tomó el alto con doscientos arcabuceros y de cómo pasó todo el campo otro día

CAPITULO LXXVI.

Que trata de la llegada al valle de Jaquijaguana y de cómo se rompió Gonzalo Pizarro

CAPITULO LXXVII.

Que trata de la habla que hizo el coronel al presidente Pedro de la Gasca y de cómo le crió por gobernador de Su Majestad y de la muerte de Gonzalo Pizarro y sus capitanes

CAPITULO LXXVIII.

Que trata de la cuenta que dio al presidente el gobernador Pedro de Valdivia después de haber llegado al Cuzco del descubrimiento y población de la Nueva Extremadura

CAPITULO LXXIX.

Que trata de la orden que el gobernador Valdivia dio en su partida

CAPITULO LXXX.

Que trata cómo allegado el gobernador Pedro de Valdivia a la villa de Arequipa donde estuvo diez días y se salió con la gente que pudo recoger y se fue para el puerto de Arica

CAPITULO LXXXI.

Que trata de lo que Francisco de Villagrán hizo siendo teniente en la ciudad de Santiago, estando ausente el gobernador Pedro de Valdivia, sobre cierto motín que se armaba

CAPITULO LXXXII.

Que trata de todo lo que le sucedió al gobernador en la jornada después que salieron de la villa viciosa de Arequipa hasta la ciudad de los Reyes

CAPITULO LXXXIII.

Que trata de la salida del gobernador Pedro de Valdivia de la ciudad de los Reyes última vez y de lo que en su jornada por tierra y mar le sucedió hasta llegar al puerto de Valparaíso

CAPITULO LXXXIV.

Que trata de cómo allegó Esteban de Sosa al valle de Copiapó e de allí a la villa de la Serena y de allí a la ciudad de Santiago e de cómo se rebelaron los indios de Copiapó y de la comarca de la Serena

CAPITULO LXXXV.

Que trata de lo que el gobernador don Pedro de Valdivia hizo en el puerto de Valparaíso y de cómo llegó la galera

CAPITULO LXXXVI.

Que trata de cómo se partió el gobernador del puerto de Valparaíso a la ciudad de Santiago

CAPITULO LXXXVII.

Que trata de cómo fue el capitán Francisco de Aguirre a reedificar la ciudad de la Serena y del suceso

CAPITULO LXXXVIII.

Que trata del suceso que al gobernador aconteció haciendo una reseña

CAPITULO LXXXIX.

Que trata de la provincia de Mapocho de los árboles y hierbas parecientes a las de nuestra España e de aves y sabandijas que en ellas hay

CAPITULO XC.

Que trata de las costumbres y cerimonias de los naturales de la provincia de Mapocho

CAPITULO XCI.

Que trata de una manera de juego que tienen estos indios de Mapocho y todos los demás en esta comarca

CAPITULO XCII.

Que trata de la cordillera nevada y de dónde viene y lo que corre y de una gente que habitan dentro de ella

CAPITULO XCIII.

Que trata de la provincia de los pormocoes y costumbres de los indios y por qué se llamaron pormocoes



#### CAPITULO XCIV.

Que trata de la salida del gobernador de la ciudad de Santiago para la provincia de Arauco

#### CAPITULO XCV.

Que trata de cómo caminó el gobernador hacia la mar a buscar un sitio donde poblar una ciudad y de cómo hubo una batalla en el camino

#### CAPITULO XCVI.

Que trata de cómo vencida por el gobernador esta batalla que se dice la de Andalién con sus buenos españoles se fue de ahí a la orilla de una bahía y asentó su campo e hizo un fuerte y de lo que en este tiempo le sucedió

#### CAPITULO XCVII.

Que trata de cómo vino el capitán Ainavillo sobre el gobernador estando en aquel fuerte y la victoria que nuestro Señor fue servido de darle

#### CAPITULO XCVIII.

Que trata de la venida de los navíos que quedaron en Valparaíso y de cómo fueron a descubrir una isla donde trajo bastimento para el campo

#### CAPITULO XCIX.

Que trata de cómo el gobernador fundó la ciudad de Santiago, digo de la Concepción, en el sitio donde estaba el fuerte C. Que trata de cómo el gobernador don Pedro de Valdivia salió de la ciudad de la Concepción y fue a juntarse con el general Gerónimo de Alderete

#### CAPITULO C

Que trata de cómo el gobernador don Pedro de Valdivia salió de la ciudad de la Concepción y fue a juntarse con el general Gerónimo de Alderete

#### CAPITULO CI.

Que trata de la fundación de la ciudad de la Imperial

#### CAPITULO CII.

Que trata de cómo llegado que fue el gobernador a la ciudad de la Concepción repartió los caciques que en su comarca había en los vecinos que habían de ser

#### CAPITULO CIII.

Que trata de los árboles y hierbas que hay en el término de la ciudad de la Concepción

#### CAPITULO CIV.

Que trata de la orden que tienen cuando vienen a pelear estos indios de esta provincia de la Concepción y de los géneros de armas que traen y de su orden CV. Que trata de las costumbres y ceremonias de la gente de la provincia de la ciudad de la Concepción

CAPITULO CVI.

Que trata de cómo pasó la cordillera nevada Francisco de Villagran

CAPITULO CVII.

Que trata de cómo salió el gobernador de la ciudad de la Concepción para la Imperial y de lo que hizo

CAPITULO CVIII.

Que trata de la fundación de la ciudad de Valdivia

CAPITULO CIX.

Que trata de las costumbres y cerimonias de los indios de la provincia de la ciudad de Valdivia

CAPITULO CX.

Que trata de la salida de Francisco de Villagrán de los reinos del Pirú

CAPITULO CXI.

ue trata de la provincia de los comechingones y de las demás provincias que se vieron hasta llegar a Chile

CAPITULO CXII.

Que trata de los puertos que hay desde el valle de Atacama hasta la ciudad de Valdivia y de la altura en que está

CAPITULO CXIII.

Que trata de cómo salió el gobernador don Pedro de Valdivia a descubrir adelante

CAPITULO CXIV.

Que trata de cómo se volvió el gobernador don Pedro de Valdivia con toda la gente de este lago a la ciudad de Valdivia y de cómo fue a la ciudad de Santiago

CAPITULO CXV.

Que trata de la salida del gobernador don Pedro de Valdivia de la ciudad de la Concepción y de la desgracia que hubo

CAPITULO CXVI.

Que trata de la entrada de Joan Gómez de Puerén a Tocapel y del suceso

CAPITULO CXVII.

Que trata de lo que hicieron los indios en el alzamiento habiendo muerto al gobernador y a todos los españoles que con él entraron

CAPITULO CXVIII.

Que trata de cómo sabido en la Imperial del suceso e muerte del gobernador se hizo saber a Francisco de Villagran

CAPITULO CXIX.

Que trata de cómo salió Francisco de Villagran de la ciudad de la Concepción al castigo y pacificación de los naturales e del suceso y despoblación de la Concepción

CAPITULO CXX.

Que trata de los puertos que descubrieron los navíos que envió el gobernador a descubrir el estrecho de Magallanes y en qué grados están

CAPITULO CXXI.

Que trata de cómo llegado el general Francisco de Villagran a la ciudad de Santiago con toda la gente y de lo que allí hizo

CAPITULO CXXII.

Que trata de lo que hizo Pedro de Villagran en la ciudad Imperial y de cómo salió a un fuerte y de lo que le sucedió

CAPITULO CXXIII.

Que trata de otro fuerte que fue a desbaratar Pedro de Villagran y de lo que ende le sucedió

CAPITULO CXXIV.

Que trata de la orden que el capitán Pedro de Villagran dio para entrar en la isla y de cómo fueron los indios desbaratados

CAPITULO CXXV.

Que trata de cómo salió Pedro de Villagran para Peltacaví, adonde estaba un fuerte de indios, y de cómo los desbarató

CAPITULO CXXVI.

Que trata de cómo salió Francisco de Villagran de la ciudad de Santiago para ir a socorrer a las ciudades de arriba

CAPITULO CXXVII.

Que trata de cómo se revelaron los indios de la provincia de los pormocoes y de cómo fue un capitán a ellos y de lo que hizo

CAPITULO CXXVIII

Que trata de cómo visto el mandado de los oidores los alcaldes de las ciudades tomaron la mano a ir a poblar la ciudad de la Concepción y del Suceso

CAPITULO CXXIX.

Que trata de cómo sabido por el general Francisco de Villagran la llegada de Lautaro a los términos de esta ciudad y de lo que en ella hizo

CAPITULO CXXX.

Que trata de cómo fue proveído don García Hurtado de Mendoza por gobernador y capitán general de las provincias de Chile

CAPITULO CXXXI.

Que trata de la llegada de don García Hurtado de Mendoza por gobernador y capitán general de estas provincias de Chile

CAPITULO CXXXII.

Que trata de la salida del gobernador del asiento de la Concepción para la pacificación de la tierra y del suceso

CAPITULO CXXXIII.

Que trata de la salida del gobernador de la provincia de Arauco para la de Tucapel y lo que en este camino le sucedió

CAPITULO CXXXIV.

Que trata de cómo fundó el gobernador don García Hurtado de Mendoza una ciudad en la provincia de Tucapel y cómo envió a reedificar la ciudad de la Concepción

CAPITULO CXXXV.

Que trata de la salida del gobernador de la ciudad de Cañete para la ciudad Imperial y de la burla que hizo un yanacona a Teopolicán

CAPITULO CXXXVI.

Que trata de lo que hizo el general Teopolicán habiendo ido sobre la ciudad de Cañete y escapado de ella y de cómo fue preso

CAPITULO CXXXVII.

Que trata de la salida del gobernador de la ciudad Imperial para la ciudad de Valdivia

CAPITULO CXXXVIII.

Que trata de la vuelta del gobernador don García Hurtado de Mendoza y de cómo fundó una ciudad

CAPITULO CXXXIX.

Que trata de cómo recibieron por rey en la ciudad de Santiago al príncipe don Felipe Nuestro Señor

CAPITULO CXL.

Que trata de las plantas y árboles e verduras y ganado que hay en esta provincia de Chile de nuestra España

CAPITULO CXLI.

Que trata de quién fue el primer obispo electo de Chile y de los templos que hay en esta gobernación y de quién fue el fundador de ellos

## CAPITULO CXLII.

Que trata de lo que hizo el gobernador don García Hurtado de Mendoza estando en la ciudad Imperial invernando e de cómo salió para la ciudad de Cañete.

### *CRÓNICA Y RELACIÓN COPIOSA Y VERDADERA DE LOS REINOS DE CHILE*

#### DEDICATORIA

Muy alto y muy Serenísimo Señor Carlos, príncipe de las Españas, hijo del muy alto y poderoso señor don Felipe, rey de las Españas y muy alto y muy Serenísimo señor: Habiendo pasado a estas nuevas regiones de Indias, y como en ellas hubiese y aconteciesen cosas dignas de perpetua memoria, vilas no tener en el grado que se deben tener, y los casos acontecidos que cada un día acontecían vilos quedar en olvido, e los españoles, hijos de nuestra España, su inclinación es en supremo grado, y su intento tal, que se inclina más. Es tanta su valerosidad que en todos los negocios que emprenden procuran subir a más y valer más.

Y hallándome en estas provincias de Chile en su descubrimiento y conquista y población y sustentación, con don Pedro de Valdivia, vasallo y servidor a la Corona real de España, al cual servicio fue muy aficionado como caballero que representaba la persona real, le seguí y aún le serví hasta lo último de sus días. Y viendo que pasaban cosas dignas de perpetua memoria, y porque no quedasen en el olvido que otras suelen quedar, acordé de ponerlas en el registro, para hacer a Vuestra Alteza con ello algún pequeño servicio, porque tendré por cierto Vuestra Alteza lo recibirá con la voluntad con que le ofrezco esta relación y crónica, que tratará de los hechos de don Pedro de Valdivia, vuestro gobernador que fue, y de los españoles que con él vinieron de nuestra España, en el cual descubrimiento y conquista y población le siguieron. Y en ella contaré los trabajos, cansancios, hambres y fríos, que en la sustentación se pasó y de lo más importante de ello.

Serenísimo Señor, he hecho y recopilado esta relación de lo que yo por mis ojos vi y por mis pies anduve y con la voluntad seguí, para que los que leyeren u oyeren esta relación se animen a semejantes descubrimientos, entradas y conquistas y poblaciones, y en ellas empleen sus ánimos y esfuerzos en servicio de sus príncipes y señores, como este don Pedro de Valdivia lo hizo.

No tuviera atrevimiento a la contrariedad del mundo y a sus varios juicios, mas con la esperanza y favor de vuestra Alteza, que como cosa suya la ampara, de tal suerte que ose libremente andar por el mundo. Porque muchos que han escrito y escriben, buscan señores elegir sus obras, y para elegir ésta hallé a Vuestra Alteza, que es el mayor príncipe del mundo, al cual suplico perdone mi atrevimiento, porque parecer ante tan gran príncipe, y para ir cumplida de vocablos semejante lectura, habíala de escribir un tal hombre como Tolomeo o Tito Livo o Valerio u otro de los grandes escritores. Mas a mí

me basta el favor de habella elegido al más alto y mayor príncipe del mundo. Puesto que los sabios me ayudarán en todo, de las demás lenguas no temo, y si alguna falta hubiere, a los lectores suplico benignamente no me lo atribuyan sino al fin de que yo lo hice. Y estoy confiado, como ciertamente me confío, que en todo seré creído, y porque no me alargaré más de lo que ví, y por información cierta de personas de crédito me informé, y por relación cierta alcancé de lo que yo no viese.

## PROEMIO DEL AUTOR

Viéndome en estas nuevas regiones de indias, habiendo gastado mis ciertos años, y hallándome con don Pedro de Valdivia en los reinos del Perú, cuando emprendió el descubrimiento y conquista de las provincias de Chile en nombre de Su Majestad, determiné de escribir y poner por memoria, y hacer una relación y crónica de los hechos heroicos de don Pedro de Valdivia y de los españoles que con él se hallaron en la jornada. Comenzaré del principio que tuvo hasta venir a ser gobernador por Su Majestad, y de cómo antes pasó a Italia, y en lo que se halló en servicio de Su Majestad y de cómo pasó a Indias en tiempo del marqués don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro. Y escomenzaré desde el Perú y en lo que se halló en servicio de Su Majestad, donde contaré toda la conquista y las ciudades que se poblaron y provincias que se descubrieron, y temples de tierra y de árboles y de hierbas y de ríos tan caudalosos, y de todos los puertos de mar que se descubrieren y en los grados que cada uno está, y las batallas que con estos infieles hubieren, y de las diferencias de lenguas y diferentes trajes y de sus costumbres y ritos y ceremonias tan diferentes, puesto que no se haya hallado de quién fue su origen, y sus ceremonias sean gentiles y judaicas, y que sean tan crueles y que en ellos no haya amor ni caridad, mas careciendo de la verdadera, que es nuestra Santa Fe católica, carecen de todas las demás virtudes, y como el demonio, nuestro adversario, tenga gran sujeción y de ellos sea tan reverenciado y tenido.

Y puesto que todos descendemos de nuestros primeros padres Adán y Eva, que por ser tan desobedientes a nuestro Creador y por aquella desobediencia fuesen echados del paraíso terrenal donde fueron criados, y que de allí heredásemos el pecar y de allí tuviese el demonio sujeción sobre el género humano. Viendo nuestro Padre Eterno el daño que se recrecía, acordó enviar a su hijo por gracia de Espíritu Santo que encarnase en el vientre de la Virgen María, y que en sus entrañas virginales recibiese nuestra humanidad, y que de ella naciese Dios y hombre verdadero, y que anduviese por el mundo treinta y tres años mostrando su grandeza por el mundo, y al cabo de estos treinta y tres años recibiese muerte y pasión en el árbol santo de la Vera Cruz por todo el género humano, y de allí fuésemos más libres del demonio, y dejase sus santos apóstoles para que publicasen y manifestasen su sagrada pasión a todas las criaturas, y puesto que éstos quisiesen disculparse que no les fue manifestado, no tendrían buena disculpa, porque entre ellos de sus pasados ha venido de mano en mano.

Dicen que antiguamente anduvo un hombre que se puede creer que fue apóstol por estas tierras, como en otras provincias se ha visto muy cierto, y que ellos por ser tan malos no quisieron entender aquello que les decía.

Y siendo Dios servido, en vida del Emperador don Carlos Quinto de España, se descubriesen estas regiones y provincias, y que en ellas se sembrase nuestra Santa Fe católica y religión cristiana, y que de ellos fuese lanzado el demonio, y quebrasen los ídolos y derribasen sus templos, cayendo en los engaños y lazos que el demonio los insistía, y se poblase de templos donde se celebrase el culto divino, y de religiosos donde han hecho y cada día hacen muy grande fruto. Será nuestro Señor servido así se haga en las demás provincias por descubrir y por conquistar están, puesto que los daños y muertes de cristianos que ha habido por mano de estos infieles, ha sido por dar lugar y más se guardar y peor ordenar los españoles.

En lo cual contaré el suceso del gobernador don Pedro de Valdivia, y después de su muerte lo que en la tierra sucedió hasta la entrada de don García Hurtado de Mendoza por gobernador y Capitán General de estos reinos de Chile, y el suceso que le aconteció, con lo cual acabaré con esta relación y crónica copiosa y verdadera.

Y en ella no pondré ni me alargaré más de como ello pasó y como yo lo vi y como ello aconteció, puesto que parte de ella me trasladaron sin yo verlo ni sabello, a los cuales lectores, si esta obra no fuere sabrosa de leer, me perdonen y no miren más de mi intención y fin que lo hice.

## CAPITULO I

*Que trata del principio que tuvo Pedro de Valdivia, y de cómo pasó a Italia, y vuelto a España pasó a Indias*

Pedro de Valdivia era natural de Castuera, hijodalgo, y como sus pasados habían servido a la Corona real de España en tiempo que se conquistaba de moros, y como habían sido personas tenidas y estimadas, y su ejercicio era emplearse en el arte militar, viendo Pedro de Valdivia que ya era de edad para aquel ejercicio que sus pasados habían usado, acordó negar su patria y natural parentela e irse, como se fue, a Italia a servir a Su Majestad y gastar en su cesáreo servicio los años más floridos de su vida, como sus predecesores lo habían acostumbrado.

Y así comenzó en Flandes, hallándose en Valenciana con Su Majestad cuando el rey de Francia fue a la sitiar. De allí vino a Italia, donde sirvió en ella en tiempo del Próspero Colona y marqués de Pescara, y en el adquirir el estado de Milán en tiempo de musior de Borbón y de Antonio de Leiva. Hallóse con él cuando fue él sobre Roma, y en aquel tiempo hizo cosas señaladas, como hallándose en la de Pavía, donde fue preso el rey de Francia. Tuvieron cuenta con su persona por merecerlo sus servicios todos estos señores con él. Hallóse también en el sitio de Nápoles cuando murió musior de Lutreque y se desbarataron los franceses.

Y pareciéndole que en las cosas de la guerra del Papa y el rey de Francia y potestades de Italia para la paz de la cristiandad ya habían cesado las guerras, volvió a España, y

deseando más servir y llevar su propósito adelante en el servicio de Su Majestad, pasó a Indias y vino a la isla Española, y de allí fue a Santa Marta, y no hallando en que emplear su persona vino al Nombre de Dios, donde supo por ciertos mensajeros que el marqués don Francisco Pizarro enviaba por socorro, a causa de haberse los naturales del Perú rebelado por haber hecho una entrada don Diego de Almagro y sacado la más gente de la tierra. Oído esto, Pedro de Valdivia ayuntó sus amigos y fue a Panamá, donde se embarcó y fue a la costa del Perú.

Y en este tiempo había vuelto don Diego de Almagro de las provincias de Chile con toda la gente, y fue al Cuzco y prendió a Hernando Pizarro, que por teniente del marqués estaba. Y apoderóse en la ciudad, publicando enemistad don Francisco Pizarro. Sabido esta nueva por el marqués, la vuelta de don Diego de Almagro y el suceso, ayuntó sus amigos y salió de la ciudad de los Reyes para el valle de la Nasca. Y en el camino despachó Alonso Alvarado con cierta gente que fuese a la puente de Abancay, que son veinte leguas del Cuzco, y que de allí supiese la intención de don Diego de Almagro. Llegado el marqués al valle de la Nasca, asentó su real donde le llegó una carta de Alonso de Alvarado en que le hacía saber, que en vez de servir al rey se había apoderado en el Cuzco él y su gente, y que Hernando Pizarro le había querido defender la entrada y no fue parte, y que decía la gente que tenía, que aquella tierra era de don Diego de Almagro. Y sobre ésta fue la discordia, porque eran entrambos gobernadores e no se había señalado ni partido la gobernación entre ellos. Y como entre los españoles que el adelantado don Diego de Almagro tenía, había algunos de malas intenciones, fueron parte a hacerle volver de las provincias de Chile donde había ido, que de la ciudad de los Reyes a ellas hay quinientas leguas. Alonso de Alvarado envió a decir en su carta que no se quitaría ni movería de donde estaba hasta ver su mandato.

## CAPITULO II

*Que trata de la llegada de Pedro de Valdivia al valle de la Nasca, donde estaba el marqués don Francisco Pizarro, y del cargo que le dio*

Allegado al real Pedro de Valdivia donde fue bien recibido del marqués, y platicando con él como hombre que entendía las cosas de la guerra, y viendo que era persona que se le podría dar y encargar cualquier cargo por importante que fuese, le hizo su maese de campo. Viendo Pedro de Valdivia la voluntad del marqués y la confianza que de él había hecho y viendo los negocios como estaban, tomó cuarenta de a caballo para ir donde Alonso Alvarado estaba.

Allegado el maestre de campo Pedro de Valdivia a la provincia de los suras, diez leguas antes de llegar a la puente de Abancay supo como ciertos caballeros de la gente de Alonso de Alvarado, por ser aficionados a la parte del adelantado, hicieron tal pacto y concierto que le dieron la gente a don Diego de Almagro, y apoderado de ella, prendió al capitán Alonso de Alvarado.

Sabido este suceso por el maese de campo, hizo vuelta y vino a ver con el marqués.



Sabido el marqués el suceso del dicho cómo el adelantado venía tan pujante, y que para resistir su pujanza no tenía gente, tomó parecer del maese de campo y de los demás capitanes. Retiráronse por sus pareceres a la ciudad de los Reyes con la gente que tenían. Luego en aquella sazón se vino el adelantado con toda su gente y sentó su campo en el gran valle de Chíncha, y de allí escribió al marqués a la ciudad de los Reyes. El marqués le respondió, y en las cartas que se escribieron dieron orden en como se vieron en el valle de Mala, y vistos ninguna confederación quedó entre ellos.

Luego el adelantado se fue a Chíncha, y el marqués se fue al valle del Guarco, donde estaba el uno del otro ocho leguas. Estando allí dieron tal orden que el adelantado soltó a Hernando Pizarro y se fue de Chíncha, que son los llanos, y él se fue a la sierra a la provincia de Guaitara, parte muy fuerte y fragosa de sierras. El marqués se fue al valle de Chíncha, donde el adelantado había salido.

Viendose Hernando Pizarro suelto, entró en si mayor enemistad e insistió a su hermano a mayor odio contra el adelantado, y dieron orden en cómo le seguirían y efectuasen su propósito, y ordenada su gente. Y en lo que había tratado el marqués don Francisco Pizarro a su maestre de campo había conocido de su persona ser hábil y suficiente, de que no estaba poco contento, para los negocios que entre manos tenían.

Otro día de mañana fueron en busca del adelantado don Diego de Almagro. Caminando por las sierras ásperas de la provincia de Guaitara allegó con gran trabajo a donde halló un paso muy agro y fuerte. En lo alto de la sierra estaba un capitán que se decía Francisco de Chaves con ciento y cincuenta hombres. E habiendo caminado aquella noche dos leguas de subida acometió el maese de campo a pasar con su gente. Era un camino angosto y el maese de campo Pedro de Valdivia iba una pieza delante con doce hombres. Viéndose en lo más peligroso y cerca de sus enemigos, animó a sus compañeros, dándoles a entender como iban en servicio de Su Majestad y que eran españoles, y que allí se hallaban en parte donde lo habían de haber con sus iguales, y que si no vendían bien sus vidas, que morirían despeñados en aquellas sierras y bravas montañas, que era infamia de nobles, y que ninguno pretendiese la huida ni la tuviese por mejor partido, aunque la oscuridad de la noche se la convidaba.

"Y en todo, hermanos míos, más vale y mejor nos será ganar fama de buenos que ser infamados de cobardes".

Un poco espacio más adelante marchando por su paso muy aseoseadamente tomó tres centinelas que tenía puestas el capitán Francisco de Chaves. Y tomadas y viéndose cerca de donde estaba Francisco de Chaves, dando arma acometió con sus once soldados. Y como la gente de Francisco de Chaves estaba descuidada, diéronse arma y diéronla al adelantado, y como era de noche y tomados de repente, pensaron que el maese de campo Valdivia y sus once españoles era el marqués con toda la gente. Desampararon el sitio y marcharon con toda priesa.

Ansí que de esta suerte fueron desbaratados por el maese de campo Pedro de Valdivia y viéndose con la victoria, llamó al marqués que subiese con el campo. Oída la nueva, el

marqués venía subiendo por el paso, y en tanto amaneció y vino el día. El adelantado caminó hacia el Cuzco, e por parecer de sus capitanes, don Francisco Pizarro se volvió a la ciudad de los Reyes, dejando el campo encargado a su hermano Hernando Pizarro y a Pedro de Valdivia, su maese de campo.

Sabido por ellos que el adelantado iba al Cuzco, caminaron con su gente y asentaron el real en el valle de las Salinas a vista de la ciudad del Cuzco. Como el adelantado los vio, salió a ellos, y dieron una batalla, la cual fue muy crudamente herida de ambas partes, como de mano de españoles, y en fin de ella fue don Diego de Almagro y su gente vencida y desbaratada, y el marqués don Francisco Pizarro vencedor, pues su hermano Hernando Pizarro y el maese de campo Pedro de Valdivia habían vencido. Esta es la batalla que dicen de las Salinas.

### CAPITULO III

*Que trata de la muerte de don Diego de Almagro, y de la elección de don Pedro de Valdivia teniente de gobernador y capitán general de los reinos de Chile en nombre de Su Majestad*

Teniendo en la prisión Hernando Pizarro a don Diego de Almagro, justificó su causa y cortóle la cabeza, y de allí se fueron él y el maese de campo a la conquista de los naturales, y estando en ella, los envió a llamar el marqués, estando en el Cuzco. Ellos lo hicieron así y dejaron por capitán de toda la gente a su hermano Gonzalo Pizarro. Allegados al Cuzco, pasados pocos días vinieron nuevas de parte del dicho Gonzalo Pizarro, como lo tenían cercado los indios con grandes albarradas en valle que se dice Cochabamba, que es ciento y treinta leguas del Cuzco.

Sabido el peligro en que estaba, salieron Hernando Pizarro y el maese de campo Pedro de Valdivia con ciento de a caballo. El maese de campo se adelantó y entró dentro donde estaba Gonzalo Pizarro, y desbarató los indios, y ganó las albarradas, y se las echó por tierra, y echólos del sitio y conquistaron de nuevo la tierra y provincias de las Charcas. Conquistados en breve tiempo y puestos los naturales en servidumbre, el marqués hizo muy grandes mercedes al maese de campo, así en repartimiento de muchos indios, como en la mina de Porco, tan nombrada en riqueza.

Recibida la merced, el maese de campo besó las manos al marqués, dándole las gracias que en tal caso se requieren y se acostumbran, diciéndole que "en negocios más arduos y tocantes al servicio de mi príncipe deseaba servir a su Señoría en su Real nombre", que en los que hasta el presente había servido.

Viéndose tan venturoso en todo el maese de campo y ya que su ánimo se extendía a mucho más teniendo confianza en su persona, suplicó al marqués le hiciese merced de la jornada y empresa del descubrimiento, conquista y población de los reinos de Chile, porque en ello haría muy gran servicio a Su Majestad, y que la merced recibida del repartimiento de las Charcas hacía dejación, y suplicó al marqués agradeciéndole la que

... había hecho, para que cumpliese con otros conquistadores que lo merecían. Respondióle el marqués, maravillándose de su ánimo, le dijo:

"Es posible que lo que dos hombres tan caudalosos y poderosos, como fue el adelantado don Diego de Almagro y yo, no pudimos conquistar e poblar, que sea vuestro ánimo para hecho tan hazñoso como es hacer gente y pasar tanta tierra de guerra y despoblados, y alejarse y descubrir, conquistar, poblar y sustentar, sin tener de dónde os socorran cuando necesidad tuviereis. Y en lo del socorro, socorreré yo, pero en ser tan larga la jornada será tardío el socorro".

A esto respondió el maese de campo:

"Yo pienso, con ayuda de Dios nuestro Señor, haciéndome vuestra Señoría la merced en nombre de Su Majestad, y siendo Dios servido darme salud, salir con mi propósito adelante en ventura de mi príncipe y gran monarca".

Viendo el marqués el ánimo tan valeroso de su maese de campo, hízole la merced en nombre de Su Majestad. Luego allí, en presencia de muchos caballeros, nombró a su maese de campo por su teniente y capitán general para que tomase la tal empresa. Lo cual fue hecho e hizo el marqués don Francisco Pizarro por virtud de una real cédula que para este efecto tenía.

Y le dijo el marqués:

"Bien satisfecho quedo, maese de campo, que para tales cargos conviene personas de confianza, tal como vos lo sois, que bien tengo entendido por lo que de vuestra persona he visto, que seréis amado de los soldados por parte de vuestras buenas costumbres, y por parte de ser varón bien prevenido, solícito y cauto en la guerra, y por ser de claro juicio para acertar en las cosas que nuevamente cada hora acontecen, porque en nuevas tierras, nuevos consejos se deben tomar en la expedición y conquista de ellas. Yo os favoreceré en lo por venir enviándoos socorro en tiempo y tiempos convenientes".

Luego le mandó dar la cédula de Su Majestad, en el valle de Yucay, como dicho habemos, a once días del mes de abril de mil y quinientos y treinta y ocho años, y la instrucción y traslado de los capítulos de Su Majestad por donde se había de regir y el requerimiento que a los indios había de hacer, como es uso y costumbre para traerlos al conocimiento de nuestra Santa Fe católica, y a devoción de Su Majestad.

#### CAPITULO IV

*Que trata de cómo salió el general Pedro de Valdivia a hacer su jornada  
Oída la exhortación y merced que el marqués le hizo, con la crianza y buen miramiento  
que se requería, dijo así:*

"Beso las manos a vuestra Señoría por las mercedes tan crecidas, en pagarme por una

parte mis pequeños servicios, en darme autoridad y ser, para que el deseo que tengo de vivir y morir en el servicio de su Majestad y de vuestra Señoría, en su real nombre, lo pueda poner en efecto, y bien conocido tengo el amor que siempre vuestra Señoría me ha tenido, tiene y tendrá. Y para más breve comenzar a efectuar mi propósito, suplico a vuestra Señoría me la haga en mandarme dar su bendición".

El marqués don Francisco Pizarro le abrazó y él se despidió de él, quedándose en Yucay. Pedro de Valdivia se fue al Cuzco, donde hizo pregonar su provisión, y alzó su bandera allegando gente para comenzar su jornada. Allí hizo su teniente y capitán a Alonso de Monroy, natural de la ciudad de Salamanca, hijo de algo y hombre de confianza. E hizo su maese de campo a Pedro Gómez de Don Benito. Y así comenzaron de allegar soldados.

De sus amigos despachó tres, dándoles conducta de capitanes para que hiciesen gente. El uno envió a la provincia de las Charcas, a la villa de la Plata y a Porco, y el otro a la ciudad de Arequipa, y al tercero envió a la ciudad de los Reyes y que pasase por Guamanga. Y a cada uno dio su traslado de la provisión, autorizado para que la hiciese a pregonar en los pueblos porque viniese a noticia de todos, e los que quisiesen ir aquella jornada se fuesen a juntar en el Collao, que es porque de allí tomasen el camino que habían de hacer, y es parte fértil y abundantosa.

Gastando en el Cuzco alguna moneda, que es el nervio de la guerra, hizo ciertos soldados el general Pedro de Valdivia, y con ellos despachó a su teniente Alonso de Monroy, y mandóle que ajuntase los caballeros que hallase en el Collado, y que fuese al valle de Tacana, que es junto a la costa y principio del camino, y que allí dejase toda la gente, y él se fuese a la ciudad de Arequipa a hacer más gente, y que le esperase allí.

El general Pedro de Valdivia se partió del Cuzco y se fue a la ciudad de los Reyes. Dio orden en como subiesen un navío cargado de mercaderías para las provincias de Chile, y mandó a su capitán, que allí había enviado, que después de haber despachado el navío, se fuese con la gente que tuviese hecha a Tacana, porque allí le esperaría hasta que allegase. Hecho esto y dada la mejor orden que pudo, él partió para la ciudad del Cuzco con toda la priesa que pudo, poniendo gran solicitud en juntar la gente por los apellidos y bandos que en aquella sazón había, porque los unos eran Pizarros y los otros Almagros.

Allegado al Cuzco, que de la ciudad de los Reyes son ciento y sesenta leguas, halló allí doce soldados que habían quedado aderezándose para la jornada, y con éstos se salió del Cuzco y fue a la ciudad de Arequipa, que es de la ciudad del Cuzco sesenta leguas, donde halló a su capitán Alonso de Monroy. Luego lo despachó para el Collao y que recogiese toda la gente que por allí se hubiese recogido para la jornada, y que llegase a las Charcas con cierta cantidad de moneda para socorrer a los soldados que hallase en la villa de la Plata y en Porco y que con todos se viniese al valle de Tarapacá, que es en el mismo camino que habían de llevar, treinta y siete leguas adelante del valle de Tacana y ochenta leguas de Arequipa.

Llegado a Tacana, pueblo de indios fértil, allí esperó el navío y al capitán que dejó en la

ciudad de los Reyes. Y estando aquí vinieron ciertos soldados de la ciudad de los Reyes y le dijeron como el caudillo que había dejado para traer el navío y gente, se había ido a la gobernación de Pascual de Andagoya, y que el maestro del navío, creían, que por haberse ido el caudillo, que no pondría en efecto su viaje y que le negaría lo prometido. Oída la nueva por el general, salió de Tacana con la gente que tenía y fuese al valle de Tarapacá, valle fértil de bastimento.

En la comarca de este valle hay gran cantidad de sal por los campos encima de la tierra, fraguada y hecha del rocío de la noche, maravillosamente hecho, y como no llueve, acreciéntase y hay muy gran copia de ella.

En esta provincia hay ríos que proceden de las sierras y cordillera nevada que atraviesa por toda esta tierra. E de la nieve que se derrite bajan estos ríos por estos valles, e los naturales tienen abiertas muchas acequias de donde riegan sus sementeras. Estos valles tienen el largo, el compás que hay de las nieves hasta la costa del mar, que son quince y diez y seis leguas. Tienen de ancho estos valles a legua y a legua y media y algunos más y menos. El compás que hay de valle a valle son seis, siete y ocho leguas, y en algunas partes hay más y menos. Todo el compás de tierra que está fuera de los valles es estéril y despoblado e de grandes arenas. En todo este compás de tierras que hay estos valles, no llueve las quince y diez y seis leguas que digo que hay de la cordillera nevada hasta la mar, y dentro en la mar no se sabe. El compás en que no llueve es desde Tumbes hasta el valle del Guasco, que serán setenta leguas.

E me he querido ocupar en esto, aunque adelante contaré más largo de la cordillera y daré más relación de todo.

## CAPITULO V

*Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia, después de haber estado en Tarapacá algunos días, se partió al valle de Atacama*

Allegado al valle de Tarapacá, el general Pedro de Valdivia aguardó allí a su capitán Alonso de Monrroy, que vino de las Charcas con setenta hombres, los cincuenta de a caballo y veinte de a pie. Convínole esperar allí algunos días para que los caballos se reformasen y la gente se aderezase e se proveyese de bastimento.

Supo como venía el capitán Francisco de Aguirre con cierta gente. Envióle avisar que él se iba por la falda de la sierra a esperarle en el valle de Atacama. Tenida esta nueva, salió el general de este valle de Tarapacá para el valle de Atacama.

En un pueblo que se dice Los Capiruzones se juntó Francisco de Villagran con el general, el cual venía de Tarija a causa de haberse deshecho la entrada que llevaba Pedro de Candía. Y como Francisco de Villagran iba por su general, viendo el negocio deshecho, ayuntó sus amigos e vino a juntarse con el general, como he dicho, que no fue mal socorro para la jornada.

Así caminó el general con toda esta gente con esta orden de veinte en veinte, por amor de la falta de agua y hierba que en estos caminos hay, porque en el compás que hay de fuera de los valles no hay sino unos jagüeyes, que son como unos pozuelos o charcos. Y en estos pozuelos de agua no hay tanta que treinta hombres no la agoten, e después torna poco a poco a henchirse. Son algunos de éstos salobres, y otros que no huele muy bien el agua a causa de estar en aquellos arenales. Acostúmbrase llevar el agua en estos despoblados en calabazos, donde los hay. Y en estos valles acostumbran los naturales llevar el agua en estas vasijas, en unos odres de cuero hechos en esta forma: que de que matan algún carnero, le desuellan las piernas de la rodilla arriba hasta la ingle, y átanle, y otros le cosen y pélanle no muy bien, y el pelo adentro hínchanle de agua, y por quitar el mal sabor del agua, échanle harina de maíz tostado. Cabe en un odrecillo de éstos un azumbre o dos de agua, y aquella agua beben y no la tienen en poco. Muchas veces vi las barbas del que bebía aquesta agua con mucha cantidad de harina. No digo lo que bebían porque no se veía que era en cantidad. Pues el olor del zaque que dije, que no le hacen otro adobo más de desollarlo y mal pelarlo, y así fresco le echan el agua y la harina. Pero también diré de otros odres o zaques que se usan, que son hechos de los vientres de los lobos marinos muy lavados de lo acostumbrado, pero no limpios del olor del lobo extrañamente perverso, porque huele a carne y a pescado manido. Pues el que lleva un zaque lleno de éstos y en la siesta y gran calor, que es más recio que el de España, tiene libertad para que pueda beber cuando quiere en aquellos arenales, no le parece que tiene poco, ni recibe poco consuelo en haber bebido, porque queda tan contento como si bebiera en Guadalquivir, y con aquel ímpetu caminan. Allegados al jagüey o pozuelo, apéase el buen descubridor y peregrino conquistador, quita la frazada que lleva en la silla de su caballo y tiéndela en el suelo, echa en ella un poco de maíz tostado que lleva en una guayaca o talega, y algunas veces lo llevan crudo, y hace que coma allí el caballo. Echase él de lado y come de lo mismo, porque no hay otra cosa, de suerte que comen el caballo y el caballero en una mesa, y beben con una taza, porque cuando tiene sed el caballero y le parece que por no tocar en el zaque que lleva avinado con la harina de maíz, quítase la celada o morrión de la cabeza y entra en el pozo, que es hondo, saca agua y bebe, y da a beber a su caballo, y va contanto, y hecho esto caminan.

Los que en semejantes jornadas van a pie, cuando llegan al jagüey, despacio se paran a limpiarle, y como andan cavando los puzuelos o jagüeyes, hallan el agua peor que pensaban. Y de esta suerte y con más trabajo se pasan estos despoblados.

Pues ¿qué diré de la comida? porque luego que acaba de llegar el campo, manda el general apercibir dos caudillos con cada veinte hombres y yanaconas, que vayan a buscar maíz, que lo tienen enterrado por los arenales los naturales, porque no se lo gasten los cristianos, que tienen noticia que vienen.

La orden que tienen en buscarlos es ésta: despiden la vaina del espada, y con la espada desnuda andan atentando por los campos y quebradas, como quien busca turmas de tierra. Son tan diestros muchos de ellos en buscar y otros que su ventura lo lleva donde hay maíz, y de él cargan y vienen muy contentos y aborrecidos todos los trabajos.

## CAPITULO V

*Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia, después de haber estado en Tarapacá algunos días, se partió al valle de Atacama*

Allegado al valle de Tarapacá, el general Pedro de Valdivia aguardó allí a su capitán Alonso de Monrroy, que vino de las Charcas con setenta hombres, los cincuenta de a caballo y veinte de a pie. Convínole esperar allí algunos días para que los caballos se reformasen y la gente se aderezase e se proveyese de bastimento.

Supo como venía el capitán Francisco de Aguirre con cierta gente. Envióle avisar que él se iba por la falda de la sierra a esperarle en el valle de Atacama. Tenida esta nueva, salió el general de este valle de Tarapacá para el valle de Atacama.

En un pueblo que se dice Los Capiruzones se juntó Francisco de Villagran con el general, el cual venía de Tarija a causa de haberse deshecho la entrada que llevaba Pedro de Candía. Y como Francisco de Villagran iba por su general, viendo el negocio deshecho, ayuntó sus amigos e vino a juntarse con el general, como he dicho, que no fue mal socorro para la jornada.

Así caminó el general con toda esta gente con esta orden de veinte en veinte, por amor de la falta de agua y hierba que en estos caminos hay, porque en el compás que hay de fuera de los valles no hay sino unos jagüeyes, que son como unos pozuelos o charcos. Y en estos pozuelos de agua no hay tanta que treinta hombres no la agoten, e después torna poco a poco a henchirse. Son algunos de éstos salobres, y otros que no huele muy bien el agua a causa de estar en aquellos arenales. Acostúmbrase llevar el agua en estos despoblados en calabazos, donde los hay. Y en estos valles acostumbran los naturales llevar el agua en estas vasijas, en unos odres de cuero hechos en esta forma: que de que matan algún carnero, le desuellan las piernas de la rodilla arriba hasta la ingle, y átanle, y otros le cosen y pélanle no muy bien, y el pelo adentro hínchanle de agua, y por quitar el mal sabor del agua, échanle harina de maíz tostado. Cabe en un odrecillo de éstos un azumbre o dos de agua, y aquella agua beben y no la tienen en poco. Muchas veces vi las barbas del que bebía aquesta agua con mucha cantidad de harina. No digo lo que bebían porque no se veía que era en cantidad. Pues el olor del zaque que dije, que no le hacen otro adobo más de desollarlo y mal pelarlo, y así fresco le echan el agua y la harina. Pero también diré de otros odres o zaque que se usan, que son hechos de los vientres de los lobos marinos muy lavados de lo acostumbrado, pero no limpios del olor del lobo extrañamente perverso, porque huele a carne y a pescado manido. Pues el que lleva un zaque lleno de éstos y en la siesta y gran calor, que es más recio que el de España, tiene libertad para que pueda beber cuando quiere en aquellos arenales, no le parece que tiene poco, ni recibe poco consuelo en haber bebido, porque queda tan contento como si bebiera en Guadalquivir, y con aquel ímpetu caminan. Allegados al jagüey o pozuelo, apéase el buen descubridor y peregrino conquistador, quita la frazada que lleva en la silla de su caballo y tiéndela en el suelo, echa en ella un poco de maíz tostado que lleva en una guayaca o talega, y algunas veces lo llevan crudo, y hace que coma allí el caballo. Echase

él de lado y come de lo mismo, porque no hay otra cosa, de suerte que comen el caballo y el caballero en una mesa, y beben con una taza, porque cuando tiene sed el caballero y le parece que por no tocar en el zaque que lleva avinado con la harina de maíz, quítase la celada o morrión de la cabeza y entra en el pozo, que es hondo, saca agua y bebe, y da a beber a su caballo, y va contanto, y hecho esto caminan.

Los que en semejantes jornadas van a pie, cuando llegan al jagüey, despacio se paran a limpiarle, y como andan cavando los puzuelos o jagüeyes, hallan el agua peor que pensaban. Y de esta suerte y con más trabajo se pasan estos despoblados. Pues ¿qué diré de la comida? porque luego que acaba de llegar el campo, manda el general apercibir dos caudillos con cada veinte hombres y yanaconas, que vayan a buscar maíz, que lo tienen enterrado por los arenales los naturales, porque no se lo gasten los cristianos, que tienen noticia que vienen.

La orden que tienen en buscarlos es ésta: despiden la vaina del espada, y con la espada desnuda andan atentando por los campos y quebradas, como quien busca turmas de tierra. Son tan diestros muchos de ellos en buscar y otros que su ventura lo lleva donde hay maíz, y de él cargan y vienen muy contentos y aborrecidos todos los trabajos.

## CAPITULO VI

### *Que trata de la manera que son las balsas y cómo las hacen los naturales para aprovecharse de la mar*

Puesto que sea fuera de nuestro propósito y derecho camino que llevamos, acordé, porque no quedase en olvido, contar cosas admirables que hay en esta provincia, las cuales vi siguiendo esta jornada. Quiero decir de una manera de navíos que hay en esta provincia de Atacama, que es deber poner por ser nueva manera y aún que no se ha visto en otras partes estas balsas, y con ellas entran en la mar y pescan. Úsanse estas balsas desde el valle de Arica hasta el valle de Quimbo que son más de doscientas leguas. Y éstos que habitan en los puertos y caletas de la mar son sus navíos con que navegan cerca de la tierra y salen a pescar.

Son hechos en esta forma: que en los días que no hace aire andan los lobos marinos descuidados durmiendo, y llegan seguros los indios con sus balsas, tíranle un arpón de cobre, y por la herida se desangra y muere. Tráenlo a tierra y lo desuellan. Son muy grandes. Y todos no matan los lobos, sino los que lo usan, y no usan otra pesquería, sino matar lobos y comer la carne, y de los cueros hacer balsas para sí y para vender. Desuellan el lobo, que es como una gran ternera, y del cuero córtanle la cabeza y cortan por la junta de las piernas. Y aquel tarazón del cuerpo y pedazo córtanlo en dos partes, de suerte que queda la parte del lomo por sí y la de la barriga por sí. Y de largo es cada pieza el compás que tiene del cuero, desde la cabeza hasta la cola del ... de las piernas. Y estas dos partes cortan este cuero por el canto de una parte hasta junto a la otra, e hacen de un cuero dos, digo así porque mejor se entienda. El cuero es grueso de canto y pónenlo de suerte como está un pliego de papel doblado, cada medio pliego por sí sin cortar la otra



parte, y de aquella misma hechura que está el pliego de papel doblado, lo abren, y abierto dejan tanto canto a una parte como a la otra, que vaya parejo. Cósenlo por la una abertura larga, quedando la otra parte firme sin costura, y así mismo cosen otros dos pequeños cueros, a manera de capilla de capuz con su punta, y cósenlas en las dos cabezas de aquel cuero que he dicho.

Y cosen de esta suerte las costuras: toman las dos junturas del cuero o canto y ponen muchas púas juntas de espigas de cardones, que son tan gruesas como agujas de ensalmar y muy recias. Y puestas en el cuero van cortadas que sobre poca espina de una parte y de la otra, y de los nervios de carnero y de ovejas hacen ciertos hilos. Con éstos prenden las puntas y cabezas de las púas que en el cuero están, y van ligadas de tal suerte que jamás se desligan. De la sangre del lobo, de resina de los cardones y de barro bermejo hacen una manera de betún que suple por alquitrán, excepto ser colorado, y por de dentro alquitrán y brean el cuero.

Ya entonces le podemos decir odre en tener cosidas las capillas, una a proa y otra a popa. Y a la parte que quieren que sea la popa van romas, y la proa van con puntas. En la popa hacen unos agujeros, y en él cosen sutilmente con otras púas más delgadas, una tripa del mismo lobo tan gruesa como el dedo y tan larga como del codo a la mano. Y a la parte de arriba que sobra de la tripa está bien atada una canilla de alcatraz, que es una ave de la mar muy grande. Tiene las canillas gruesas y vacías, sin tuétano. Son tan gruesas como el dedo y sirve allí de cañuto. En el papo de esta ave cabe trescientas sardinas y más de media arroba de agua. Tienen largo el cuello y grueso y grande el pico y ancha la boca. Es de color y grandeza de grulla. No tienen las piernas tan largas.

Pues viendo el marinero indio dos cueros de aquellos hechos y bien cosidos y alquitrados en la forma dicha, atan sutilmente dos tabletas de a cuatro dedos de ancho y largas de nueve y diez pies que será el largo de cada odre, y a las cabezas de estas tabletas atan otras dos tabletas del ancho de los dos odres. Y encima de cada ingenio de tablas atadas ponen dos odres, júntalos bien y átanlos recio por las puntas de las capillas. Y por aquellos canutos de canilla y tripa soplan tanto que hinchan los odres muy mucho. Y de que le parece al indio marinero o pescador tócale con la mano, está como atambor, y viendo que no cabe más aire y que no hay necesidad de soplar más, tuerce la tripa, echa el navío a la mar fácilmente, y sube encima con gran tiento. Lleva dentro lo que quiere y boga con una pala como canaleta. Y va tan recio este navío o balsa con lo que lleva dentro, como si le dieran vela.

Porque sepa el que quisiere saber, algunas particularidades que acá hay, así mismo quiero decir dónde se crían estos lobos y dónde tienen su habitación, que es en islas inhabitables y en tierra caliente, donde hay mucho pescado y donde no reciben daño. Los que matan lobos no matan otros peces, como habemos dicho, y los que matan toninas es en ejercicio. Así que cada género de pescador mata el género de pescado a que se aficiona y no otro. Y cuando mueren, manda que encima de su sepultura pongan las calaveras y todos los instrumentos de pescar, así redes como arponcillos y anzuelos sin lengüeta.

Cuando estos marineros van en esta balsa navegando y ven que tiene su navío necesidad de viento, acuden a la tripa y cañuto, y soplan hasta que se hincha muy bien, estando él encima. Y en veinte, treinta y cincuenta brazas andan y se descuidan en soplar, queda el navío en seco, aunque no en tierra, y el marinero saldría como pudiese y en esto tienen especial cuidado.

## CAPITULO VII

*Que trata de la entrada que entró el general Pedro de Valdivia en Atacama y del sitio de la ciudad principal, y de lo que hay en el valle y de lo que sucedió en el camino hasta llegar a la ciudad*

Salió el general Pedro de Valdivia de Tarapacá con su gente puesta en orden para el valle de Atacama que está de allí setenta leguas. Es valle ancho y fértil. Tiene las poblaciones a la falda de las sierras, que es parte provechosa para ofender y defender. Y a causa de estar tan alejados de los pueblos de los cristianos, ha mucho tiempo que no sirven y están de guerra. El más cercano pueblo que tiene de cristianos es la villa de Plata, que los indios llaman Chuquisacan, que podrá haber más de sesenta leguas, la mayor parte despoblado. Tiene grandes llanos de salitrales. En las partes que hay sierras son agrias con grandes quebradas.

Sabiendo los indios de Atacama la venida del general por aviso de los indios a que llaman caperuzones y de los de Guatacondor y de Pica pusieron en arma y escondieron las comidas debajo de tierra, que es maíz y algarroba chica blanca y chañares, que es una fruta a manera de azofaifas y dos tantos más gruesa. De todo hay muy gran cantidad, ansí de árboles como de fruta. Y quemaron mucha parte de esto por no poderlo esconder. Hecho esto llevaron los indios a sus mujeres e hijos y fardajes, y subieron a las sierras y pusieronlo en partes fragosas y ocultas. Y los que eran para la guerra tomaron sus armas ofensivas porque carecen de defensivas, que son arcos y flechas, hicieron una fuerza en un cerro agrio, solo y apartado, al cual llaman los indios pucaran, que quiere decir lugar colorado o sitio de sangre, y en esta fuerza metieron bastimento. Y no mucho de aquí de esta fuerza estaba en parte que de ella podían salir a pelear con los cristianos, y estorbarles no recogiesen de la provisión que ellos tenían enterrada y escondida cuando la fuesen a buscar.

Esto hacían por dos cosas: la una, por guardarla para sustentarse, y la otra, porque los indios de Copiapó les daban muchas salidas a estos de Atacama porque hiciesen guerra a los cristianos que por allí quisiesen pasar, defendiéndoles el camino y las comidas y bastimentos, porque pasando sin provisión irían debilitados y no para hacer guerra, y allegados a su tierra de Copiapó, los matarían fácilmente.

Antes que el general Valdivia llegase con su gente a Atacama dieciocho leguas, saliéronle en ciertas quebradas al camino hasta mil y quinientos indios chichas, que son de una provincia cercana a Atacama dentro de las sierras nevadas, gente belicosa, los cuales

vinieron con sus arcos y flechas y macanas, que son unas armas al modo de montante hechos de una madera muy recia. Venían a punto de guerra. Visto por el general, hizo dos partes su gente y en medio puso el bagaje. Y de esta suerte marchó peleando a pie con los indios, porque a caballo no podían pasar la tierra y sitio indispuerto. De este modo caminaron hasta llegar a lo llano del valle, donde presto subieron en sus caballos, y diciendo Santiago en alta voz, hirieron en los indios de tal suerte, aunque fueron heridos algunos caballos, que los desbarataron y prendieron y mataron algunos. Habida la victoria, recogió su gente el general y entró en el valle de Atacama. Y alojóse en el pueblo principal, sitio fuerte bastecido de mantenimientos y agua y leña en cantidad, donde mandó luego buscar bastimento para reformarse e seguir su jornada.

Estando allí reposando le vinieron de las Charcas veinte y tres españoles con un capitán, que se decía Pedro Sancho de Hoces, donde fueron bien recibidos.

## CAPITULO VIII

*Que trata del valle de Atacama y de su temple y de las cosas que hay en él y costumbres de indios*

De este pueblo de Atacama será bien que contemos y digamos el sitio que tiene, y es de esta suerte: es un valle llano y ancho y largo a la contra del sitio de los otros valles, porque a cinco o seis leguas que corre el río, se sume e no se ve por dónde va ni dónde sale a la mar. Y en el edificio de las casas son diferentes de otras provincias. Tiene este valle muy grandes algarrobales y llevan muy buenas algarrobas, de que los indios la muelen y hacen un pan gustoso de ella. Hacen un brebaje con esta algarroba molida y cuécenla con agua. Es brebaje gustoso. Hay grandes chañarales, que es un árbol a manera de majuelo. Llevan fruto que se dice chañal, a manera de azofaifas, salvo que son mayores. Es valle ancho. Tienen los indios sacadas muchas acequias de que riegan sus tierras.

Las casas en que habitan los indios son de adobes y dobladas, con sus entresuelos hechos de gruesas vigas de algarrobas, que es madera recia. Son todas estas casas lo alto de ella de tierra de barro, a causa que no llueve. Encima de estos terrados de las casas están hechos de adobes ciertos apartados pequeños y redondos a manera de hornos en que tienen sus comidas, que es maíz e papas, frísoles y quinoas, algarroba y chañar, que tengo dicho, del cual también hacen un gustoso brebaje para beber e miel. En lo bajo de estas casas tienen los indios su habitación. Y al un lado de la una parte tienen su dormida e donde tienen sus vasijas en que hacen el brebaje que tengo dicho, que son unas tinajas de a dos arrobas e de más e menos, e ollas e cántaros para su servicio. Y en el otro apartado, que es el más principal, está hecho de bóveda alta hasta el entresuelo y cuadrada. Aqueste es su enterramiento y sepulcro, y allí dentro tienen a sus bisabuelos, abuelos, padres y toda su generación. Acostumbran enterrarse con todas las ropas, joyas e armas que siendo vivos poseían, que nadie toca en ello.

Hay en este valle de Atacama infinita plata y cobre e mucho estaño y plomo y gran

cantidad de sal transparente. Sácase de barro de la tierra en una manera de mina de metal, y cuando es caliente el sol a las diez del día, descárgasele la humedad que ha recibido de la noche pasada y hace grande estruendo dentro en la mina con el calor del sol. Hay mucho alabastro. Hay en sí mismo muchas y muy infinitas colores: colorado y azul dacle ultramarino, que allá se nombra en Castilla, hay verde excelentísimo, parece esmeralda en la color, hay amarillo maravilloso y blanco y negro muy finos, y de todas suertes de colores. Y de la otra sal que se cría para bastimento común hay en gran cantidad. Hay gran cantidad de salitales y azufre.

Esta gente sirvió al inga. Es gente dispuesta y bien vestidos como los del Perú. Las mujeres son de buen parecer. El hábito de ellas es un sayo ancho que le cubre los brazos hasta los codos y el faldamento hasta abajo de la rodilla. Tienen sus adoratorios y ceremonias en que los del Perú, insistidos por el demonio, y acostumbran hablar con él los que por amigos se le dan. Acostumbran y usan poner nombre a los niños de que nacen. Las mujeres se precian de traer los cabellos largos y negros, y ellos por el consiguiente. Las armas que acostumbran son flechas y hondas. Es lengua por sí.

## CAPITULO IX

*Que trata del daño que le hacían los naturales de Atacama al general Pedro de Valdivia y del remedio que en ello puso*

Estando el general Pedro de Valdivia con su gente en Atacama con voluntad de reposar allí cincuenta días para reformar los caballos y hacer matalotaje para proseguir su viaje y pasar el gran despoblado que tenían por delante, dio orden a su gente en cómo había de buscar el maíz y provisión, porque los indios naturales del valle no les hiciesen daño y les matasen los yanaconas y piezas de servicio. Y para esto mandó salir cada día al campo veinte de a caballo y veinte de a pie con sus caudillos, dos cuadrillas y a buen recaudo, a buscar maíz y algarrobas y chañares con las yanaconas, y los de a caballo y peones con sus arcabuces y ballestas hiciesen espaldas a los yanaconas y a los que buscaban el bastimento. Y con esta orden iban y llevaban por guía dos indios del mismo valle. Y de esta suerte recogieron la provisión que fue menester para sustentación, para llevar y comer en su jornada. Usando este trabajo por ejercicio no entendían en otras cosas porque en aquello tenían bien en qué entender.

Viendo los indios que estaban hechos fuertes, como arriba dijimos, que el general y cristianos no iban a buscarlos, tuvieron entendido que lo hacían de miedo, por donde acordaron salir y hacer el daño que pudiesen en los yanaconas y gente de servicio, emboscándose de noche en las arboledas que están juntas al alonjamiento y pueblo de Atacama.

Viendo esto, el general acordó poner remedio en ello. Y para remediallo convino informarse de los yanaconas y esclavos, qué tanta gente podía ser la que venía a hacer aquellos saltos y de qué parte venían.

Sabido por la información que serían cien indios y que venían de hacia un fuerte que tenían en la sierra, luego mandó el general a los que solían hacer escolta que fuesen hacia aquella parte a buscar comida, y cuando quisiesen volverse al alonjamiento, quedasen en parte oculta hasta diez de a caballo y otros diez peones emboscados en donde no pudiesen ser vistos ni sentidos, y los demás se viniesen al real. Y los que quedaban estuviesen en centinela hasta otro día, y más si fuese menester hasta hacer caza, y que los yanaconas y esclavos fuesen por aquella parte como solían a traer hierba y leña, y que se apartasen hasta media legua del alonjamiento, y que llevasen todos sus armas.

Puesta la gente en esta orden que he dicho, vinieron aquella noche hasta cincuenta indios y dieron en los yanaconas. Y como es gente los yanaconas que pelean más desenvueltamente que los indios, puesto que sean todos de un género, toman ánimo por ser más hábiles y porque reciben favor de los cristianos. Por esta causa tenían seguras las espaldas. Como los yanaconas comenzaron de pelear con los indios andando en la priesa que suelen haber en aquellos tiempos, salieron los cristianos del bosque y mataron y prendieron cantidad de ellos. Y los demás se fueron por el arboleda escondiéndose, por ser cuando amanecía y no muy claro.

Hecha esta presa, se vinieron a su alonjamiento, donde fue informado el general de aquellos indios que llevaron presos, cuántos habían en el pucaran y fuerza que tenían. Respondieron que habría mil indios y más. Dijo el general que quería enviar gente a tomarlos, de lo cual fueron admirados los indios, diciendo que era imposible tan pocos cristianos cometer tanta gente.

Respondió el general:

"No tengo necesidad de tomar vuestra fuerza por tenella yo en poco, mas, porque veáis y sepáis cuán animosos somos los cristianos y cómo tenemos en poco vuestras fuerzas pucaranes, que vosotros y ellos no estáis seguros, yo enviaré allá unos pocos de cristianos y veréis ser así lo que digo. También lo hago porque entendáis que sois muy malos en matarnos nuestros yanaconas y esclavos, y defendernos la hierba de los campos y la leña de los montes y el agua, que la da Dios para todos. Y no queréis darnos provisión para nuestra jornada, antes la habéis escondido cuando supisteis que veníamos al valle. Y demás de esto nos robáis nuestros ganados. Y hasta entonces no habían los cristianos, mis compañeros, muerto indio ninguno, ni queríamos ir a sus pueblos". Que mirasen bien cuán mal lo hacían y cuán culpados eran en todo.

Hecha esta habla, mandó el general apercibir a su capitán, que se decía Francisco de Aguirre, con treinta hombres y enviólos al pucaran y fuerza de los indios. Y allegados miró el sitio por donde más a su salvo podía acometerles, puesto que toda la tierra era muy agria. Encomendáronse a Dios y con la orden dieron en los indios, no mirando a su gran grita y alarido que acostumbran a dar, tirando muchas flechas y piedras, defendiendo la subida. Mandó el capitán apearse los de a caballo, y él delante con todos, subieron al fuerte con mucho trabajo, por ser un cerro agrio y muy alto, y sin tener más de una vereda por donde los indios subían y se proveían y la defendían.

Duró el combate una hora y media. Y fue en tardarse al subir, porque después de verse arriba, no bastaron la multitud de los indios, ni ánimos ni fuerzas a resistir al de los cristianos, porque llegados al fuerte, acometieron como españoles que eran, a una pared y la derribaron, y Francisco de Aguirre saltó por la pared con su caballo. Pues viendo los españoles a su capitán dentro, cobraron más ánimo y apretaron a los indios en tal manera, que los desbarataron y muertos y presos muchos. Salieron heridos diez cristianos. Llamóse este fuerte el pueblo de las cabezas, y así se llama por la gente que mataron allí.

## CAPITULO X

*Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia salió con su campo de Atacama a pasar el despoblado*

Apercibió el maestro de campo Pedro Gómez de Don Benito la gente por mandado del general Pedro de Valdivia, la cual salió de Atacama en la orden que se sigue: en una cuadrilla con su caudillo veinte y cinco de a caballo y doce de a pie, a quince del mes de septiembre, principio de la primera vera que acá es en tiempo que se han cogido las cosechas y bastimentos y frutos de la tierra. No hay frío ni calor, ni hay nieve, y es el mejor tiempo de todo el año para pasar este despoblado. Y porque entonces no hay demasiada agua por ser la tierra estéril, conviene pasar el despoblado en cuadrillas, porque pasando toda la gente de golpe, padecerían gran detrimento las piezas de servicio y las cabalgaduras y ganados. Tiénese orden. Pasando un día y una noche salió la segunda cuadrilla con otro caudillo. Y así de grado en grado todas las cuadrillas. Y en la rezaga salió el general Pedro de Valdivia con la cuarta parte de la gente. Fueron por todos ciento y cincuenta y tres hombres y dos clérigos, los ciento y cinco de a caballo y cuarenta y ocho de pie.

Antes que saliesen las cuadrillas hizo reseña el general y vido toda la gente de servicio que había, y mandó apartar los viejos y viejas y niños de menos de doce años, y todos los enfermos y flacos de enfermedades. Y mandóles dar provisión para el camino, y mandóles se volviesen a sus tierras de donde eran naturales. Y así lo hicieron. Y mandó a su teniente Alonso de Monrroy, que llevó la primera cuadrilla, que llevase todos los azadones y barretas que en el real había para que aderezasen algunos malos pasos, si hallasen en el camino, porque los caballos no se despeñasen, y para los jagüeyes y pozuelos, porque tuviesen agua clara que no faltase para la gente que atrás venía. Hecho esto y dada esta orden, comenzaron a salir. Y marchando todo el campo en sus cuadrillas como habemos dicho, se adelantaba el general con dos de a caballo, dejando la retaguarda encargada a persona de confianza. Iba recogiendo la gente de cada cuadrilla, mirando cómo pasaban todos sus trabajos, sufriendo él con el cuerpo los propios, que no eran pequeños, y con el espíritu los de todos, animándolos y consolándolos a que lo sufriesen con buen ánimo, ayudando y remediando a los que lo habían menester y condoliéndose de ellos, y con refrigerio de capitán, lleno de tanta afabilidad y amor con todos, caminaba la gente contenta, aunque bien trabajada, que en parte no sentían lo que era tanto de sentir.

Caminando en la orden dicha, tuvo noticia que en medio del despoblado había unas lagunas algo salobres, que con la humedad del agua se cría hierba por las orillas, aunque no en cantidad. Mandó el general que parasen allí todas las cuadrillas, que quería ver a quién faltaba bastimento para mandarlo proveer de lo que él y otros llevaban, porque a nadie faltase. Allegados allí, hizo lo dicho, y pasados tres días en aquel reposo aunque desabrido el sitio, salió la primera cuadrilla, y otro día, la segunda. Y el tercero el maestre de campo, y el cuarto, el general a la rezaga como antes venía caminando, como dicho habemos.

Allegaron a un río chico que corre poca agua, tanta que de un salto se pasara. Comienza a correr a las nueve de la mañana cuando el sol calienta la nieve que está en una rehoya. Corre con grande furia y hace mucho ruido a causa del sitio por donde corre. Dura el correr de este río hasta hora de nona. Cuando el sol baja hace sombra una alta sierra a la nieve que está en la rehoya dicha, y como le falta el calor del sol, no se derrite la nieve, a cuya causa deja de correr. Sécase este río de tal manera y suerte que dicen los indios, que mal lo entienden, que se vuelve el agua arriba a la contra de como ha corrido. Por tanto le llaman los indios Anchallulla, que quiere decir gran mentiroso.

Caminando por sus jornadas allegaron más adelante a otro río pequeño, aunque las bajadas tiene agrias y el valle de media legua de ancho. Lleva siempre tanta agua como un cuerpo de un hombre o más, aunque el valle es hondo y el compás del agua va como por acequia. Es el agua clarísima, procede de las nieves. Corre por tierra de grandes metales y veneros de plata y cobre, lo cual yo vi. Es tierra muy estéril, sequísima y salada. Es cosa admirable que en tanto que esta agua corre, es clara como he dicho, y tomada en vaso de plata o de barro sacándola de su corriente, se cuaja y se hace tan blanca como el papel, luego en aquel momento que la sacan. Si esta agua corre como suele acaecer, sale de madre por la mucha abundancia que sobreviene, y después pasado un día o dos se torna a su ser. Toda aquella agua que se vertió fuera de la madre y corriente que lleva, se cuaja y se hace sal.

Cuando llegamos a este río, habiendo pasado tanta cantidad de tierra y falta de agua, y vimos aquel río correr, con el deseo que teníamos de ver correr agua, fuimos toda la gente a recibir algún refresco. Y como los caballos allegaron deseosos de beber, pusieron los hocicos en el agua, y viendo que en el gusto era salada, salieron fuera. Y todas aquellas gotas de agua que en los pelos de las barbas se les pegaban, en aquel momento, antes que se les cayesen en tierra, se le cuajaba y hacía sal. Ver a un caballo después en cada pelo de barba una gota de sal bien pegada, parecían perlas que estaban colgadas del hocico. Y viendo los españoles que el agua que les traían para beber se les cuajaba en el jarro de la mano a la boca, recibían pena por la falta que habían traído y que las jornadas pasadas y en las que esperaban caminar. Las piezas de servicio recibieron desmayo y desconsuelo en ver lo mesmo, y de enojados de aquel río y de aquella agua lo llamaron Suncaemayo, quiere decir río burlador.

Esta sal de este río es tan fina y tan blanca y dura y tan salada, que hace ventaja a todas las que yo he visto, que son infinitas, así en Perú como en Atacama, como en España, en

salinas y en veneros, en piedras y en minas, y si acaso este río pasara por mitad de Castilla, quitara la renta a Atienza y aun a otras partes.

## CAPITULO XI

### *Que trata de la constelación y temple del despoblado de entre Atacama y Copiapó*

La constelación de esta provincia o, por mejor decir, desierto, es tan diversa que es cosa admirable, así para quien lo pasa y ve, como para quien no lo ha visto y lo oye, y digo así en las provincias vistas y dichas, como en las que por decir tenemos. Hay en ésta más que decir que de todas, y porque esto no se nos quede por contar, o alguna parte de ello por decir, pondremos aquí el temple, calidad, constelación y operación de aires causados por la influencia de las estrellas que sobre esta región tienen dominio. Porque el invierno se comienza entrando el mes de abril y dura hasta el fin de junio. Y el verano es desde todo el mes de julio hasta todo el mes de septiembre. El estío desde el mes de octubre hasta todo el mes de diciembre. Y el otoño desde todo el mes de enero hasta todo el mes de marzo. Y estos cuatro tiempos que se contienen en un año de tres en tres meses cada uno, no se conocen en este despoblado, por las grandes nieblas y nieve que en él caen y aires que en él corren, porque jamás llueve en abundancia. Solamente se ve en las nieblas que hace en el invierno u otoño. Ansí mismo se conocen en las nieves grandes que en muchas partes del despoblado caen en el tiempo del invierno, por parte de la grande abundancia de ella que cae en las sierras nevadas que tengo dicho, y otras que atraviesan, que con los recios y demasiados aires que proceden de estas altas sierras, y se tienden por estos grandes llanos y quebradas procedentes de los gajos de la cordillera. Y digo que en los puertos y sierras cae la nieve que tengo dicho, porque en los llanos no llueve ni cae nieve, más de que corre el aire frigidísimo. Los que pasan en este tiempo de invierno, españoles o indios, que de frío o de hambre o de sed mueren.

Es tal y de tal temple esta tierra que se está el cuerpo muerto muchos años hecho carne momia entero, que no se estraga, ni se pudre, ni se diminuye, ni se deshace, sino tan entero se está como cuando acabó de expirar. Yo vi muchos cuerpos de indios y de indias y de carneros y de caballos y negros y un español, que había ocho años que eran muertos, y algunos cuerpos más, de cuando el adelantado Diego de Almagro volvió con su gente a Chile para el Cuzco. Vi muchos de ellos en compás de quince leguas, echados dentro de un cercado de piedra tan alta como medio estado, y el compás redondo, que los ingas tenían hechos cuando por aquí caminaban, que cabrían dentro hasta cinco o seis personas, y vestidos. Y las indias con la soguilla en la mano de que estaban atados uno o dos carneros que llevaban con su hato y bastimento, que parecían que estaban durmiendo. E como es gente de tan poco ánimo, en viéndose en alguna necesidad de sed o hambre o frío, no ponen diligencia en pasarlo, antes se van a meter en algunas cuevas o paredones y allí se mueren de pusilánimos.

Y de estos muertos que digo que están en este camino solamente la ropa está estragada e perdida la color, que tomada con las manos se deshace. Y como no hay raposas, ni aves,



ni otros animales de ningún género, porque en él no se cría para haberlos de comer, estánse enteros.

Ansí mismo no se crían en este despoblado árboles de ningún especie. Sola una manera de espinos se cría, muy chicos, parrados con el suelo, y ésta es la leña con que nos calentábamos y guisábamos de comer. Y muchas veces nos lo llevaba el gran viento el fuego y la leña, y se quedaba por guisar el manjar hasta que hacíamos hoyos, encima de los cuales armábamos los toldos, y así defendíamos el aire que no nos llevase el fuego y la leña.

Al fin de este despoblado, diez y ocho leguas por andar de él, estaba un valle chico con poca agua clara y dulce que Dios fue servido de darla allí. Parece cosa milagrosa, porque no tiene sitio para manar ni venir de parte alguna. Es un sitio de valle que tendrá de longitud un tiro de arcabuz y tendrá un tiro de piedra de ancho. Tiene carrizos y hierba verde y cerrajas, tiene algunos algarrobos y chañares salidos de aquel agua. Atemorizase lo demás cuando le miran. Aquí reposamos dos días, y pareciónos que estábamos ribera del Guadalquivir. En este vallecico tenían poblados los ingas, señores del Cuzco y del Perú, cuando eran señores de estas provincias de Chile, y los que estaban en este valle registraban el tributo que por allí pasaba, oro y turquesas y otras cosas que traían de estas provincias de Chile, y vivían aquí sólo para este efecto.

De este valle que dicen el Chañar hasta el valle de Copiapó hay dieciocho leguas, buen camino llano y sin ciénagas ni agua, por donde conviene que el que pasare que la lleve de aquí para que beba, so pena que no la beberá porque calienta mucho el sol. Y a esta causa el general Pedro de Valdivia con sus cuadrillas y gente lo caminaron con la brevedad que pudieron. Adelantóse el general con la vanguardia y de allá proveyó, del valle de Copiapó, de maíz y chañares y agua para las cuadrillas que venían atrás marchando con mucho trabajo. Y no fue poco el refresco, sino tenido en muy mucho por el lugar que era. Hay en este despoblado muchos metales de todo género que es plata, cobre y estaño, alumbres y cardenillo, almagra; hay mucho piedra azufre, salitre, hay grandes salinas. E no habita en este despoblado cosa viva.

En la costa de la mar habitan algunos indios bárbaros. Habitan en algunos puertos o caletas. Susténtase de pescado.

El camino de este despoblado va por medio de entre la mar y la cordillera. Por otra parte no se puede caminar por las grandes sierras e quebradas de grandes peñascos y arenales, por manera que los que pasan este despoblado en los dos tiempos corren riesgo. En el invierno, como tengo dicho, por estos llanos aunque no llueve, sino correr el viento que baja por aquellas sierras nevadas, corre tan recio e frigidísimo que trespasa los cuerpos e mueren helados; y en el verano, los grandes calores y las aguadas lejos, suelen perecer de sed. E con todo esto se pasa e camina este despoblado con todos estos trabajos.

## CAPITULO XII

*Que trata de la entrada que el general Pedro de Valdivia hizo en el valle de Copiapó y de lo que allí le sucedió*

Allegado el general Pedro de Valdivia con cincuenta de a caballo y casi por la posta al valle de Copiapó, valle fértil y de gente belicosa, mandó a un caudillo con catorce de a caballo que fuese al valle arriba, y otro caudillo envió con otros catorce de a caballo al valle abajo a buscar bastimento, porque cuando entró en el valle, el general no halló gente, y por tanto hizo esta diligencia, los cuales estaban alzados y puestos en partes fuertes, por ser avisados por los indios de Atacama de la venida de los cristianos, y esto habían hecho los naturales.

Fue Dios servido que Alonso de Monrroy, que es el caudillo que fue valle arriba, halló cierta cantidad de maíz y chañares en un pueblo despoblado que los indios habían dejado descubierto, con voluntad y dando a entender que fuese aquel bastimento para los españoles, y que lo tomarían y saldrían breve del valle y seguirían su jornada, y ellos quedarían en sosiego y sin pérdida de gente ni de otra cosa. Y como venían los que el adelantado trajo, sucedióles a la contra de lo que pensaron.

Luego despachó el general veinte de a caballo con cien cargas de maíz y chañares y agua al real, que venía marchando por aquel despoblado estéril, que es el remate del grande despoblado. Y tras de aquellos veinte de a caballo, envió otro caudillo con otros veinte hombres y con cien cargas del mismo refresco, que fue socorro como caído del cielo, pues con esto tuvieron qué comer hasta reformarse en el valle y descansar. Y se gastó todo el bastimento que hallaron, por donde les convino de nuevo buscar más con toda diligencia, pidiéndolo a los naturales, que es una orden que se requiere usar en la guerra de indios. Y si dar no lo quisieren, tomarlo por fuerza como acá se suele hacer. Y para descubrir la gente o el bastimento que buscaban, habían de buscar o tomar algún indio o india para lengua, y para saber dónde estaba la gente del valle mandó el general.

En jueves, veintiséis días del mes de octubre del año de nuestra salud de mil y quinientos y cuarenta, ante un escribano del rey que en el real venía, el general tomó posesión en nombre de Su Majestad. Hizo las diligencias que en tal caso se requerían, que son ciertas ceremonias hechas en esta forma: armado el general de todas armas y su adarga abrazada en el brazo siniestro, y la espada en su mano derecha y alta, cortando ramas y levantando ciertas piedras, moviéndolas de una parte a otra, diciendo en alta voz que emprendía y emprendió, y tomaba y tomó posesión en aquel valle de Copiapó en nombre de Su Majestad, así de aquel valle e indios de él, como de toda la gobernación que de allí en adelante tenían, y que si alguna persona o personas había que se lo contradijese o defendiese, que él se mataría con la tal persona o personas. Y para efectuarlo salió a un campo que vecino tenía a esperar al que quisiese salir, diciendo que lo defendería lo que decía con su persona y armas a pie y a caballo, como demandárselo quisiesen, y si necesario fuese, perdería la vida en servicio de Dios y de Su Majestad. Y pidiólo por fe y testimonio del escribano, el cual así se lo dio.

## CAPITULO XIII

*Que trata de cómo habiendo enviado el general Pedro de Valdivia a su maese de campo a buscar bastimento le dio aviso*

Hecha la diligencia arriba dicha, mandó el general Pedro de Valdivia a su maestre de campo Pero Gómez que saliese a correr el valle arriba con cuarenta hombres de a caballo y de pie, y que buscase todo el bastimento que pudiese y tomase plática de la tierra. Habiendo caminado ocho leguas el maestre de campo con la gente el valle arriba, halló mucha gente de guerra. Y visto el sitio que tenía, avisó al general, diciéndole como estaba en un paso muy fuerte, tierra muy agria, una guarnición de indios en que había mucha cantidad de flecheros, y como habiendo visto a los cristianos se habían puesto en defenderles el paso, y que no les acometerían hasta saber su voluntad. Recibido el aviso, salió el general dejando en el real el recaudo que convenía, y fue donde su maestre de campo estaba con treinta de a caballo. Viendo los indios el socorro que a los cristianos les fue y sabiendo que allí iba el general, fueles forzado desamparar el fuerte e irse, antes que perder allí las vidas.

Visto y sabido esto por el general, mandó a la gente de a pie y a los yanaconas que hablasen alto en lengua del Cuzco, de suerte que oyesen los indios la voz y los hiciesen parar, que no fuesen huyendo, que les quería hablar, que no temiesen y que qué era la causa por que huían de los cristianos, pues ya los habían visto y los conocían. Luego el capitán de los indios, cuando oyó la voz y entendió la lengua del Cuzco, puesto que es de la suya muy diferente, porque en toda la tierra y provincias de Indias cada veinte y treinta leguas difieren los lenguajes unos de otros, entendióla porque habían tratado con indios del Cuzco, porque tenían a las diez y ocho leguas del valle de Copiapó un pueblo, como habemos dicho, de indios del Cuzco, y como con ellos trataban, entendía la lengua este capitán y otros muchos. Luego mandó parar toda la gente de guerra que iba huyendo por las sierras y volvió con ella, y púsose sobre una sierra alta y muy fuerte, a los cristianos cercana, que los caballos no podían subir, junto al camino real y en parte que podía estar bien seguro. Y allí esperó la plática del general, la cual le fue dicha por un intérprete o lengua que entendía la lengua y lenguajes de Copiapó y de toda la tierra.

La primera cosa que le mandó el general Pedro de Valdivia al capitán indio fue que cómo se llamaba, y qué tanta gente era la de que él era capitán o señor.

Respondióle el indio que él era capitán general de los señores Aldequin y Gualenica, y que a él le llamaban Ulpar. Y preguntó que para qué le llamaban y qué quería. El general Valdivia le dijo que enviase a llamar aquellos dos señores, que él los quería ver y hablar.

Él respondió que le dijese que qué los quería, que él se lo diría. El general Pedro de Valdivia dijo que les quería decir cómo Su Majestad le había enviado a poblar aquella tierra, y a traerlos a ellos y a su gente al conocimiento de la verdad, y que venía a aquel efecto con aquellos caballeros que consigo traía, y a decirles y a darles a entender cómo

habían de servir a Dios, y habían de venir al conocimiento de nuestra Santa Fe católica y devoción de Su Majestad, como lo habían hecho y hacían todos los indios del Perú. E que entendiesen que si salían de paz y les servían, y les daban provisión de la que tenían, que haciendo esto los tendría por amigos y por hermanos, y que no les harían daño ninguno en su tierra, ni en sus indios y mujeres e hijos, ni en sus haciendas, ni los llevarían contra su voluntad; y que si se ponían en arma y le defendían el camino y el bastimento, que los matarían y robarían la tierra.

Respondió el capitán indio, oída la plática, como hombre de mucha razón, según demostró, que aquello que le decían tenía él por cautela, porque estaba escarmentado de lo que había visto hacer a don Diego de Almagro y a su gente, porque les había llevado mucha gente en cadenas, y que en el despoblado habían visto los cuerpos de los indios muertos que allí habían perecido, creyendo que

"Tú y tus hermanos que contigo vienen son así como los otros que se habían ido con Diego de Almagro, porque os parecéis en los rostros y en la disposición. Y antes moriremos que conceder en lo que pedís". Y que bien lo conocía en ver que no estaban en su tierra de asiento, ni los tenían poblados, sino en las sierras y ásperas montañas. A esto respondió el general Pedro de Valdivia que supiesen que Su Majestad y rey de España, cuyo vasallo él era y cuantos allí estaban, así cristianos como indios, que no le enviaba a aquello que don Diego de Almagro les había hecho, sino a poblar un pueblo y a tenellos por hermanos, para que fuesen cristianos como ellos lo eran. Y les prometió que si de paz viniesen que él ni ninguno de aquellos cristianos no les tocarían, ni harían más de lo que allí le prometía y se cumpliría enteramente, que no tuviese miedo porque les cumpliría la palabra que les daba y promesa que le hacía.

Demandóle el capitán indio qué seguridad tendrían los señores y él de aquello que les decía y prometía. El general Valdivia le dio en señal un sombrero que en la cabeza tenía con una medalla de oro con una pluma. Y esto le envió en señal de paz, que era mucho para un indio, el cual lo recibió, y tomándolo en las manos lo besó y lo puso en su cabeza, y lo dio a un indio que traía sus armas para que se lo guardase. Y vuelto a la gente de guerra que consigo tenía, les hizo un parlamento. Hecho el parlamento e informándose de algunos indios, volvió al general Pedro de Valdivia, y le dijo:

"Apo", a alta voz, que quiere decir en lengua del Cuzco señor, "yo entiendo que eres bueno y de esto soy informado porque lo he oído decir a indios que contigo han venido con cargas de Atacama, cómo los trataste muy bien a todos por donde has pasado. Por esto creo cumplirás lo que has prometido. Por tanto digo yo de parte del señor Aldequin, cuya es esta tierra donde tú tienes tu gente, que doy la paz y que él te vendrá a servir con todos sus indios dentro de cuatro días".

Oído esto, le hizo venir el general Pedro de Valdivia a comer consigo, y el capitán Ulpar hizo venir otro capitán consigo, los cuales ambos bajaron y comieron con él aquel día.

#### CAPITULO XIV

*Que trata de cómo bajados aquellos capitanes indios a comer con el general les habló y la cautela que usaron con él*

Bajados los dos caciques capitanes que arriba dijimos con otros cinco indios al llano del valle y sitio donde el general Pedro de Valdivia tenía asentado su real, porque hay diferencia en los asientos de la gente de guerra, así como lo hay en todo lo demás; porque los cristianos que conquistan en indios y son cursados, asientan sus reales en lo más llano que hallan por ser lugar más fuerte, que haya muchos españoles o que haya pocos. Así se requiere por respeto que en lo llano son señores del campo con los caballos, y por consiguiente, los indios huyen de lo llano por temor de los caballos, y reconociendo la ligereza de los españoles, asientan su real entre arboledas y cuchillas de sierras y partes que los caballos no pueden caminar; y sin ellos no pueden aprovecharse, sino con grave trabajo por la gran cantidad de ellos. Y por este respetó digo que bajaron los dos capitanes con otros indios a donde estaba el general Pedro de Valdivia y le hicieron su acatamiento como ellos los usaban, con aquellas ceremonias que tienen de costumbre, haciendo una reverencia con ambas piernas, curvándolas un poco y alzando las manos parejas contra el rostro del que obedecen, haciendo con la boca una manera de besar. Y por esto llaman a esta ceremonia que quiere decir tanto como besar y adorar y reverenciar.

Luego los mandó el general Valdivia asentar en el suelo como ellos usan y les mandó dar de comer, usando con ellos y su gente de una cautela que convenía, con tal astucia como la usó Bías con Aliate por librar del cerco a su patria. Requírese con los indios hacerse así porque ellos siempre están fundados en cautelas y traiciones. Y estando comiendo les dio a entender cómo eran venidos a hacerse sus hermanos y que entendiesen que había en España un rey, como ya les había dicho, que tenía de ellos gran noticia, y que él venía a aquella tierra por su mandado, y que quería que fuesen cristianos, y que les daría a entender lo que habían de guardar y mantener. Y dioles chaquira y tijeras y espejos y cosas de nuestra España, especialmente cosas de vidrio que ellos tienen en mucho. Dado esto y hecha la plática, les dijo que se fuesen y que otro día viniesen a verle a un pueblo pequeño que estaba más abajo media legua, y que trujesen la gente que más pudiese de paz, y que los enviaría a llamar con un cristiano y un yanacona. Ellos dijeron que sí, y que si aquellos mensajeros enviaba, que ellos vendrían otro día, y que hablarían a los señores e les contarían lo que les había dicho, y le traerían la respuesta. Y así se fueron estos indios.

## CAPITULO XV

*Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia envió a llamar aquellos capitanes indios y de cómo vinieron*

Venido otro día siguiente, el general Pedro de Valdivia envió a llamar los indios con los mensajeros, como con ellos había quedado. Y mandó a Marcos Veas fuese con aquel yanacona a donde estaban aquellos capitanes indios. Llegados los mensajeros y dada su

embajada, los capitanes indios le dijeron que viniese el general con seis cristianos y no más.

Luego el general lo hizo así. Llegado donde estaban los capitanes indios con toda su gente asentados en una punta de una sierra junto a un llano y por delante una ciénaga que casi cercaba el sitio. Como el general allegó allí, le enviaron a decir los capitanes que pasase a ellos solo, y porque no pensasen los indios que no iba de temor que les tenía, pasó la ciénaga sólo con un paje que le acompañó, dejando de la parte de la ciénaga los seis de a caballo.

Cuando pasaba la ciénaga el general, los indios daban muy grandes gritos, y los capitanes indios mandaron callar la gente y bajaron a recibirle. Apartados un trecho de toda su gente y allegados, hicieron sus reverencia o acatamiento, como ya tengo dicho que lo acostumbran a hacer. El general les dijo que ellos habían cumplido su palabra e que les rogaba se viniesen con él para que viesen cuán bien sabía él cumplir la suya. Y los indios se vinieron con él y vieron cómo tenía quebradas las cadenas en que habían traído indios. Comieron aquel día allí, y viendo el buen tratamiento que les hacía, vinieron otros tres días a gozar de la conversación de los cristianos, mas hase de entender que venían a saber cosas para se saber defender y ofender, porque ésta es su costumbre.

Pasados tres días que no se pudo tomar lengua, digo que idos los capitanes no volvieron más a nuestra conversación, porque puesto que habían venido e salido de paz he comido con el general, era cautela porque no dejaban de tener sus espías. Entendido por el general este negocio, mandó que no saliesen los yanaconas ni indios de servicio fuera del sitio del real, ni se apartasen mucho aquellos cuatro o cinco días, hasta que aquellos señores que aguardábamos viniesen, porque iba mucho en ello.

Y con toda la solicitud que se mandó, no dejaron de haber a las manos los indios un yanacona de los de la escolta que había ido a buscar de comer. Luego lo pusieron a cuestión de tormento, y el yanacona de modo que hubo, dijo cómo el general y toda su gente se quería ir del valle, por respeto de no tener qué comer, y que por esta causa había él salido a buscar comida. Viendo la insignia, diéronle crédito y determinaron faltar a la palabra y no venir de paz los señores ni otra persona alguna, y comenzaron la guerra de nuevo con mucha más soberbia.

Sabido por el general la astucia y cautela que tuvieron, recibió grave pena, y mandó a su teniente que con la gente que pudiese fuese arrancar las sementeras. Y mandó a su teniente que con toda diligencia tomasen algún indio para saber dónde estaban los señores recogidos.

Tenían estos indios tanto cuidado que jamás bajaban a lo llano sino por entre montes y peñas y caminos angostos. Y en este paso se ponían dos españoles, y en pasando el indio, lo prendían y lo ponían a buen recaudo. Tomaron en una noche quince indios, y de ellos se supo cómo estaban aquellos señores indios con toda su gente de guerra en un pucaran o fueza, donde se defendieron un año y más a su padre Guayna Capa, el príncipe del Perú, otro segundo Alejandro, cuando los vino a conquistar. Y este fuerte estaba diez

leguas de allí por el derecho camino, y las cinco leguas se habían de caminar por una ciénaga o tremedal de agua y carrizal entre dos sierras, que daba a los caballos a los estribos y en algunas partes pasaban a nado.

## CAPITULO XVI

*Que trata de cómo supo el general de una fuerza en que estaban los señores y la demás gente de guerra y la orden que tuvo para ir a ellos y de lo que le sucedió*

Sabido por el general, de los indios que habían tomado, de cómo los señores indios estaban en aquella fuerza, mandó a su teniente que fuese con cuarenta hombres de a caballo para que hiciesen rostro a los indios. Dioles una guía y mandóles caminar aquel día y la noche, porque otro día de mañana se hallase a vista de la fuerza, y que entretanto él iría a tomarles las espaldas con otros tantos de a caballo por un rodeo que habría veinte y cinco leguas del mal camino. Y dijo que las andaría en aquel tiempo de aquel día y noche, y así lo hizo, dejando buena guarda en su real.

Luego se partió y dio tan buena maña, que antes que su teniente allegase con media legua de camino trayendo los indios a buen recaudo, y puestos en arma para contra aquellos que iban por la ciénaga. Y los indios que por las laderas estaban sobre la ciénaga daban mucho que hacer a los cristianos, de suerte que no les dejaba caminar todo aquello que querían.

Como allegó el general, acometió al fuerte por las espaldas con tanto ímpetu y destreza que desbarató los indios, y matando muchos de ellos, los hizo huir luego. Y envió a decir a su teniente con seis de a caballo que tomase los altos, y que ya tenía tomado el fuerte, y que los indios iban huyendo.

Viendo el general que había menester ir más gente a tomar los altos, porque los indios estaban apoderados en ellos, le envió la mitad de la gente que consigo tenía, y que no dejase a vida indio de los que tomase, ni mujer ni muchacho, y que si tomase algún señor de aquellos de que él tenía noticia, que se lo trajesen vivo, porque tenía mucho deseo de verle en sus manos, y se recogieron donde él estaba. El asiento que este fuerte tenía entre dos altas sierras que no se podía entrar a él, sino por dos muy angostas sierras y sendas que los indios tenían hechas a manos, y a trechos muy malos pasos de despeñaderos y flechaderos, y arriba una gruesa muralla que atraviesa de una sierra a otra. Tendría de largo cien pasos, y ante ella una profundísima cava llena de agua, y dentro de ella hechos muchos flechaderos para poder hacer a su salvo todo el daño a los que ganársela quisiesen, de suerte que los que entraban habían de ser combatidos de ambas sierras y del llano. Y si el general no tuviera tanta diligencia en caminar tan largo camino en breve tiempo, y tomarles las espaldas que tenían puestas los señores, porque no fueron avisados de su ida, por acometerles tan impensadamente y con tanto ánimo y determinación, no se les podía ganar el paso, y si se ganara, fuera con grave trabajo y pérdida de cristianos. De esta suerte se le ganó. Y los indios quedando en extremo atemorizados y espantados, diciendo que tenían por imposible ver que en una hora había ganado el general con tan

pocos cristianos un fuerte que los ingas con treinta mil indios de guerra no lo pudieron tomar en un año. Murieron muchos indios mancebos, valentísimos hombres que pelearon varonilmente. Prendiéronse indios e indias y muchachos más de trescientos. Y húbose ropa y oro, aunque no mucha cantidad. Tomaron ovejas y comida, que un mes había que no comíamos carne hasta que llegaron estas ovejas al real.

Hecho esto, mandó el general recoger toda la gente y descansó allí dos días. Mataron un cristiano los indios y cuatro caballos y algunos yanaconas. Y partióse de allí con los prisioneros para el real, haciendo mensajeros a los señores, que les dijese que viniesen a le hablar dentro de cuatro días que les daba de término, y que él los recibiría a la paz viniendo en aquel tiempo, y que no hubiesen temor que no les haría mal por haberle quebrantado la palabra, si de allí adelante se la mantenían como debían. Venido el general al real, halló entre los prisioneros a las mujeres e hijos del cacique Gualenica, uno de los dos señores que tengo dicho, y mandó las tuviesen a recaudo, encargándolas a una persona de mucha confianza para que nadie no les tocase en sus personas a las mujeres e hijos, lo cual así se hizo el tiempo que los detuvo.

Y viendo que la comida y el bastimento se le apocaba, y que su principal intento era ir adelante a poblar una ciudad donde hallase buen sitio y que no era justo esperar en aquel valle, porque ya que quisiese estar a conquistar los indios, estaba en su discreción guardar la paz. Hechas estas diligencias y echadas estas consideraciones, acordó de salir de este valle.

## CAPITULO XVII

### *Que trata del valle del Copiapó y de las cosas que hay en este valle y de las costumbres de los indios*

Este valle de Copiapó es el principio de esta gobernación de Chile, y porque en él tomó el general Pedro de Valdivia la posesión en nombre de Su Majestad, es bien que contemos la calidad de él.

Este valle, de las sierras nevadas de donde procede hasta la mar, tiene de compás las quince leguas, como tengo dicho. Tiene de ancho una legua y en partes más. Corre por este valle un río pequeño, que basta regar sementeras de los naturales que en él hay, que en esta sazón había mil indios, este río antes que entre en la mar se sume y junto a la costa torna a salir. En este valle no llueve, sino que hay aquellas neblinas que ya tengo dicho cuando es el invierno.

Dase maíz, e tan grandes y gruesas las cañas que ninguna provincia de las que yo he visto y andado no he visto darse tan bien como en este valle, porque en otras provincias da cada caña dos o tres mazorcas, y aquí cuatro o cinco. Es muy buen maíz. Danse frísoles e papas e quinoa, que es esta quinoa una hierba como bledos. Lleva unos granitos e una espiga o dos o tres, que dan en los cogollos que lleva. Es tan alta como un estado y menos, y los granitos que digo son a manera de mostaza y mayores. Cuecen estos



granitos los indios e cómenlos. Es buen mantenimiento para ellos. Dase en este valle algodón. Andan los indios bien vestidos del algodón y de lana de ovejas que tienen.

Hay minas de plata, cobre y de otros muchos metales. Hay yelso, hay turquesas muy finas.

Los árboles que hay en este valle son algarrobas, e dan muy buen fruto y aprovéchanse de él los naturales como tengo dicho. Hay chañares, hay salces.

El traje de los indios es como el de Atacama. Difieren en la lengua. Es gente dispuesta, belicosa, y ellas, de buen parecer.

Los ritos y cerimonias que tienen es adorar al sol como los de Atacama, porque lo tomaron de los ingas cuando de ellos fueron conquistados. Hablan con el demonio los que más por amigos se le dan, y éstos son tenidos de los demás. Creen y usan de las predestinaciones que aquellos les dice. Su enterramiento es debajo de la tierra, no hondo. La mayor cantidad de la tierra está encima hecha montón como pila de cal. Entiérranse junto a un sitio que les parece ser buena tierra, juntamente entierran consigo sus armas y ropas e joyas. El casamiento de estos indios es que los señores tienen a diez y doce mujeres, e los demás a una y a dos mujeres.

De fuera de este valle, en las sierras, hay unos árboles extraños de ver, sin hoja. Tienen espinas muy espesas del modo de agujas de ensalmar. Sírvense los indios e indias de estas espinas. Tienen los pimpollos estos árboles como el muslo y el nacimiento tan grueso como arriba. Parecen gruesos cirios. Son altos de diez palmos y más. Van puestas estas púas por sus líneas. Es cosa admirable para quien no lo ha visto. Dan una flor amarilla y otros blanca y muy grande; procede de esta flor una fruta tan gruesa como gruesos higos, y dentro llena de pipitas negrillas como granos de mostaza, mezcladas con cierto licor a manera de miel. Cuando maduran se abren un poco y son gustosos. Llámánle los indios en su lengua neguey. De estos árboles hay en toda esta tierra en las laderas e sierras. Críanse en los secadales donde no reciben ninguna agua. Por las acequias de este valle hay algunas hierbas de nuestra España.

## CAPITULO XVIII

*Que trata de la salida del general Pedro de Valdivia del valle de Copiapó para el valle de Guasco, y de lo que le sucedió*

Acordó de partirse para el valle del Guasco, que es adelante caminando para el sur treinta leguas, y antes de su partida mandó soltar los presos indios que tenía. Y a los principales que allí estaban entregó las mujeres e hijos del cacique Gualenica, y les mandó que las llevasen y entregasen a su señor, y le dijesen de su parte, puesto que entre ellos había mortal guerra como bien veían, que no impedía a la fidelidad que los cristianos tenían y usaban, y a lo que a ellos les obligaba su religión cristiana y su nación española, y que le

dijesen la cortesía y buen tratamiento que les habían hecho, y que supiese cómo él con toda su gente se iba a poblar un pueblo como el Cuzco a las riberas del río nombrado Mapocho, y que fuesen allá a darle la obediencia en nombre de Su Majestad. Que si así lo hacían, que los perdonaría a él y a todos los que viniesen, y que no les haría mal ni daño por la culpa que tenían en no haber venido de paz y haberle hecho la guerra, y donde no, les avisaba, que en poblando la ciudad y pasándose el tiempo que les señaló, que él los volvería a visitar y requerir con la paz, y si no quisiesen venir, que les haría la guerra y los conquistaría como a rebeldes, y les mandaría matar que no quedase chico ni grande que no muriesen, por tanto que no dijese después que no los había avisado de todo. Despachados estos mensajeros que presos solían estar, mandó el general recoger toda la comida y bastimento que se pudo haber. E partióse, habiendo despachado este día por la mañana a su maestre de campo y a otro caudillo con cada doce hombres, y les mandó que fuesen al valle del Guasco y fuese con buena orden, y se diesen tan buena maña que tomasen algunos indios, para que ellos diesen aviso donde se hallase maíz y bastimento, aunque bien sabían que estaban avisados de su ida; y que el maestre de campo fuese por un camino que es por las cabezadas de los valles, y el otro caudillo por lo llano por la costa de la mar, y que entrase por el valle de arriba, de suerte que se viniesen a juntar en medio del valle. Lo cual en efecto así hicieron.

Y en este valle, prendieron un capitán general indio del valle que había por nombre Calaba. E hubieron una guazábara con los indios que les venían a quitar su capitán, en la cual murieron mucha cantidad de indios. Y ellos mataron un cristiano y un caballo en unas laderas con unas piedras grandes que echaban a rodar de lo alto de las sierras, que ellos tienen aposta puestas para este efecto, las cuales llamamos galgas. Es arma muy peligrosa porque no tienen resistencia después que viene abajo rodando, porque llevan por delante cuanto hallan, si no es que Dios le guarda. Son estas piedras de tres arrobas y más y otras de dos quintales, cuanto pueden reempujar mucha cantidad de indios. Acabada de haber la victoria con los indios, allegó el general Pedro de Valdivia al valle con lo restante del campo, muy trabajado de hambre y sed y cansancio, que no hubo en todo el camino ni se hallaron más de dos pozuelos de agua salobre y poca. Luego que fue allegado le hicieron saber el suceso que habían tenido, y sabido que le mataron un cristiano hizo muy gran sentimiento. Y díjole al capitán indio no poco enojado que qué era la causa que estaban alzados y le mataban sus cristianos, porque él no venía a les hacer mal, y que para qué dejaban sus casas y despoblaban sus pueblos, y huían de su natural y se iban a las sierras.

Respondió el capitán indio que tenían muy gran temor a los cristianos por el mal tratamiento que don Diego de Almagro y su gente les había hecho, y le habían quemado a su cacique principal nombrado Marcandey, y que su hijo de éste era señor agora, y que les mandó que antes se fuese a morir por las sierras que servir a estas gentes. A esto le respondió el general que no tuviesen miedo, que él no venía a hacerles daño ninguno, sino a traerles en conocimiento de nuestra Santa Fe católica y obediencia de nuestro rey de España, y que si don Diego de Almagro les había hecho mal, que él no venía a eso. Luego envió este capitán mensajeros a su cacique, y les dio término de tres días para que fuesen y volviesen con la respuesta, los cuales no volvieron. Viendo el

general que no le convenía detenerse en aquel valle por la falta que había de bastimento, recogió lo más que pudo, aunque poco por tenerlo bien escondido los indios.

## CAPITULO XIX

*Que trata del valle del Guasco y de las cosas que tiene y de los indios y sus costumbres*

Del valle de Copiapó hasta el valle del Guasco hay treinta leguas. Es del temple de Copiapó. Pasa por él un río mayor que el de Copiapó. Es valle más ancho. De que entra en la mar el río va recogiendo e tiene poco ancho el valle. Tenía este valle en esta sazón ochocientos indios. Había en él dos señores que se llamaban Sangotay, éste era el principal señor.

Hay los árboles que en el Copiapó tengo dicho, que es algarrobos y chañares e salces e de aquellos cardones.

Fueron conquistados de los ingas. Andan bien vestidos de lana y de algodón, aunque no se coge mucho. Y hasta este valle es la tierra que no llueve de la constelación que es desde Tumbes, como tengo dicho. Cójese maíz e frísoles e quinoa y zapallos, que es una manera de calabazas salvo ser redondas y grandes; son verdes e amarillos cuando están maduros, hacen corteza e tiénense todo el año en casa; es buen mantenimiento. Cójese ají. Por las acequias hay hierbas de nuestra España que son cerrajas e apio y hierba mora y llantén e verbena y de otras maneras de hierbas.

Estos indios difieren de la lengua de Copiapó como vizcaínos e navarros. Sus armas son flechas e las galgas que tengo dicho, aunque estas galgas son generales entre todas las naciones de los indios.

No tienen ídolos ni casa de adoración. Los ritos y ceremonias de estos indios son los de Copiapó. Es gente de buen cuerpo e belicosos y ellas de buen parecer. Sus fiestas y regocijos es juntarse, e allí beben del vino que hacen artificial del algarroba y maíz, y allí se embriagan. No lo tienen por deshonra. Es general.

## CAPITULO XX

*Que trata de cómo salió el general Pedro de Valdivia del valle del Guasco hasta el de Coquimbo y de lo que en el camino le sucedió*

Partió de este valle el general Pedro de Valdivia para seguir su camino al valle de Coquimbo y dejó su teniente con el campo para que viniese por sus jornadas concertadas. Se adelantó con cuarenta de a caballo y treinta peones, caminando con toda la más prisa que pudo. Una jornada antes de llegar al valle, envió un caudillo con quince de a caballo y quince peones, y mandóle que entrase en el valle antes que amaneciese y tomasen a los indios descuidados antes de ser sentidos, porque no se aperciesen y huyesen.

Y así lo hizo y corrió todo el valle y tomó catorce indios y los trajeron a donde el general estaba. Este caudillo fue Francisco de Aguirre. Y el general preguntó a los indios presos por la gente del valle. Los indios respondieron que estaban en las sierras escondidos con el temor que tenían de los cristianos. Y como estaban avisados de nuestra venida, habían escondido la comida que tenían, que no se podía hallar. Y los cristianos traían gran falta. Y por estas dos causas pensaron perecer de hambre. Y viendo tan buen valle de tierras y ríos, se quedaron escondidos mucha gente de servicio, así de Perú como de otras partes, que pasaron de cuatrocientas personas las piezas que aquí se nos huyeron por la falta de bastimento que se traía.

Luego se partió el general con treinta de a caballo de aquella necesidad, y caminó en noche y día a diez y ocho leguas que hay de éste de Coquimbo hasta llegar al valle que tiene por nombre Limarí, el cual halló despoblado y toda la gente recogida a las sierras. Y con las largas jornadas y chicas raciones y menores despensas desmayaron en este camino ciertos cristianos y caballos, de lo cual recibió pena el general no pequeña. Y viendo la falta de bastimentos que había en aquellos valles y que no podían tomar los cristianos ningún indio para tener aviso, viendo la necesidad que todo el campo traía, mostrando rostro alegre con ánimo de varón por dar contento a los que consigo llevaba, les esforzó dándoles a entender que los buenos hijosdalgo en las adversidades demostraban su valor, y que en parte estaban donde se podía bien buscar, y que tuviesen confianza en nuestra Señora, que ella sería servida favorecerlos.

Hecha esta plática, tomó diez de a caballo, los mejores, y fuese el valle arriba y dejó veinte allí, y mandóles que no se apartasen de aquel lugar, y que allí esperasen a todo el campo y que tuviesen aviso con los indios de guerra.

Habiendo caminado seis leguas el general, el valle arriba seguía y entraba por unas sierras muy altas. Allegó a do estaba un espacio algo llano, en el cual estaba sitiada cantidad de chozas pequeñas, muy ocultas por la fragosidad de la tierra. Estaban muy espesas, las cuales estaban sin gente por haberse subido a la montaña, a causa de la noticia que de los cristianos tenían. Allegaron a estas chozas muy alegres, entendiendo que había gran copia de bastimento, y fue lo que hallaron cinco chollos, que son unos perros de la grandeza de gozques, algunos mayores, los cuales fueron tomados y luego muertos y asados y cocidos con zapallos, que son de la manera que tengo dicho. Y esto se comió, y no se tuvo por mala comida.

Viendo el general lugar tan fragoso y aun peligroso, mandó que se velasen y estuviesen sobre aviso.

## CAPITULO XXI

*Que trata de lo que aconteció al general estando en aqueste asiento con diez soldados y de cómo vinieron los indios sobre ellos e cómo los desbarataron*

Estando el general Pedro de Valdivia, en este sitio que tengo dicho con sus diez

españoles, con aquella orden que en semejantes tiempos se suele tener. Estando una noche ya que quería rendir el segundo cuarto, acometió gran copia de gente de guerra, sabiendo que eran pocos los cristianos, y al tiempo que fueron a dar en ellos salieron los españoles al encuentro y los rompieron, y matáronse algunos indios y todos los demás huyeron por la aspereza de las sierras y grandes peñascos.

Y venido el día hallaron otro perro y dos zapallos, que no se contentaron poco, y cociéronlo en agua y no le echaron sal, porque la sed no les diese pena. Y después que hubieren comido, se dieron a buscar maíz por las partes que entendían que los indios lo tendrían escondido. Hallóse hasta setenta fanegas de maíz y encerráronlo en una casa a donde estaban aposentados.

Otra noche siguiente cuando la luna se puso, que sería medianoche, bajó mucha más gente de guerra a dar en los cristianos. Y como estaban apercebidos, dieron en ellos y matando e hiriendo, los hicieron huir.

Otro día por la mañana mandó el general a cuatro de a caballo que fuesen por el valle arriba a ver si podían tomar algún indio. Y caminando estos cuatro de a caballo una legua poco más, tomaron un indio y trajéronlo al general. Y luego le preguntó dónde había maíz o a dónde lo tenían escondido. Y el indio de miedo dijo de ciertos hoyos, donde se hallaron trescientas cargas, que estas cargas se dicen cuanto puede llevar un indio que será media fanega, que habría por todas noventa fanegas, de lo cual hubieron tanto regocijo como se podía pensar en tal tiempo. Dieron muchas gracias a nuestro Señor Dios que tan grandes mercedes les había hecho.

Estando velando en una noche los seis de a caballo, y los cuatro durmiendo, en una parte donde se tenía sospecha que los indios podían venir, teniendo los caballos ensillados y sin frenos, atados a ciertos árboles, estaba comiendo un caballo de éstos a la parte de afuera, sintió venir los indios de guerra, en esto tienen los caballos gran sentido, los cuales traían muchas ollas con fuego para quemar las chozas en que estaban aposentados y donde estaba el maíz. Y como el caballo era tan diestro en la guerra, pareciéndole que se tardaba su amo, trabajó por soltarse tanto que hubo de arrancar el palo en que estaba atado, y corrió con el palo arrastrándolo y haciendo grande estruendo contra los indios. Y como era de noche parecía muy mayor el ruido y Dios lo permitió que fuese así. Viendo los indios de guerra aquel tan gran tropel y ruido que el caballo llevaba con su palo arrastrando, pensaron que eran cristianos que habían venido al socorro de los que allí estaban y que todos juntos les acometían. Echaron a huir y con las priesa que llevaban dejaron las ollas. Así que de esta suerte los desbarató un caballo. Y al ruido del caballo y tropel de los indios salieron los seis españoles de ronda, y el caballo vínose para ellos, y lo tomaron, y nunca más los indios vinieron a darles arma los días que allí estuvieron, que fueron ocho.

El general envió otro día dos de a caballo a aguardar el real que venía marchando y hacerles saber y dar gran alegría en que habían hallado gran cantidad de maíz, y que entendían hallar mucho más.

## CAPITULO XXII

### *Que trata del valle de Coquimbo, de indios y cosas que hay en él*

Hay desde el valle del Guasco al de Coquimbo cincuenta y cinco leguas de arenas. Hay dos jagüeyes en el camino de agua salobre. Este valle de Coquimbo es vistoso e ancho, más que ninguno de los que he dicho. Corre un río por él. Había muy mucha gente y era muy poblado, e cuando los ingas vinieron a conquistarles, sobre el abrir de una acequia que los ingas les mandaron sacar e no querían, mataron más de cinco mil indios, donde fueron parte para despoblar este valle de aquí.

Este valle es de constelación e temple diferente de los que he dicho, porque de aquí comienza la tierra que llueve, no tanto que las comidas se criasen con el agua si no las ayudasen con regallas con las acequias. Es el invierno de este valle desde abril hasta agosto. No hace frío demasiado, ni el verano demasiado calor.

Dase maíz, frísoles, papas, quinoa y zapallos, e darse han todas las plantas y árboles de nuestra España y hortaliza que en él se pusiere. Son del traje de los del Guasco y de sus ritos y cerimonias e costumbres que los del Guasco. Es lengua por sí.

En este valle hay muy grandes minas de oro, son trabajosas de sacar por faltar el agua y estar lejos el río. En algunas partes de este valle hay algarrobos, y en algunas partes hay chañares. Hay salces e hay mucho arrayán. Hay por fuera del valle en lo alto e lomas unos árboles a manera de madroños, es muy buena leña para el fuego. Hay muchas hierbas de nuestra España. Tiene metales e cobre e de otras suertes.

De este valle de Coquimbo al de Limarí hay dieciocho leguas como ya he dicho. En este valle de Limarí hay pocos indios. Es valle vicioso. Tiene salces y arrayán. Hay unos árboles que se dice espinillo, porque tienen muchas espinas, tienen la hoja menudita. Hay en algunas partes algarrobos. Es del temple de Coquimbo y tan largo, salvo que no es tan ancho. Es apacible y fértil. Tiene un río de mucha agua. Estos indios del valle de Limarí no tienen ídolos ni adoratorio. Es lengua por sí y diferente de la de Coquimbo. Andan vestidos de lana y de hierbas, la cual es de esta manera: una hierba a manera de espadaña que se dice cabuya, májanla y sacan unas hebras como cáñamo e hílanlo. Y de esto hacen vestidos y cada uno anda vestido como alcanza y tiene la posibilidad.

Y sus enterramientos es en los campos. Hablan con el demonio. Sus armas son flechas. Es gente de buen tamaño y ellas de buen parecer. Y su traje es unas mantas revueltas por las cinturas que les cubre hasta la rodilla, y otra más pequeña manta echada por los hombros, presa al pecho con una púa o espina de las que tengo dicho de los cardones.

## CAPITULO XXIII

### *Que trata de la plática y exhortación que hizo el general Pedro de Valdivia a su gente y*

*la orden que les dio para caminar y lo que le sucedió en esta jornada hasta llegar al valle de Aconcagua*

Allegados al valle de Limarí donde estaban veinte de a caballo, los cuales hallaron con demasiada congoja y faltos de bastimentos y sin esperanza alguna, más de la que en Dios y en su madre sagrada tenían, porque había nueve días que no comían sino hierbas cocidas en agua y sin sal, y no tenían nueva cierta de su capitán. Y viendo que los veinte caballeros que hallaron en el valle tenían las mismas ansias, se estaban mirando unos a otros que apenas se conocían.

Estando así pensativos tan perplejos, así los españoles como los indios de su servicio, desconfiados del comer y de la vida, teniendo la muerte por vecina y hecho con ella partido, el cual no les era otorgado porque no les era seguro, fue servido nuestro Señor remediarlo, como siempre suele remediar. Y estando en aquesto llegaron los dos de a caballo que el general había enviado, los cuales, como vieron todo el campo junto, se regocijaron como hombres que iban regocijados y alegres en llevar nuevas que a todos alegrasen. Pusieron piernas a sus caballos y arremetieron diciendo a alta voz:

"¡Alegraos, señores, que Dios es con vosotros y con todos, que el general está ocho leguas de aquí, con tanto bastimento que habrá para diez mil hombres!". Fue tanta la alegría que todos recibieron en saber de su capitán, y que tenía remedio para remediar tanta necesidad, que estaban casi fuera de sí de gozo, dando infinitas gracias a nuestro Señor Dios, en pensar que lo tenían seguro y la vida cierta, y la muerte apartada por aquella vía y aun olvidada en este tiempo.

Estando el general buscando más bastimento, tomó ciertos indios, de los cuales supo por nueva cómo habían visto por la mar una nao. Entendiendo que era la que en la ciudad de los Reyes había fletado, acordó de partirse para donde su campo estaba, llevando los bastimentos que tenía, con el cual fueron remediados. Y allegado que fue, fue muy bien recibido.

Luego acordó tomar nuevo trabajo. Tomó el avanguardia con toda diligencia. Salió de este valle con treinta de a caballo, y dejó todo lo restante del campo a su teniente Alonso de Monrroy para que a poco a poco fuese marchando hasta el valle de Mapocho, donde pensaban fundar un pueblo en nombre de Dios nuestro Señor y de Su Majestad Carlo Quinto, Emperador de las Españas, etc. Y al tiempo de su partida habló a todos generalmente en esta forma:

"Ya, señores y amigos míos, veis cómo la tierra toda está alzada, y el trabajo tan grande que todos habemos tenido en buscar y hallar bastimento para nuestra sustentación, y cómo los caballos y nosotros estamos en los huesos por buscarla.

"Yo tengo nueva por los indios de este valle que es pasado un navío la costa arriba, y si por no tener nueva de nosotros diese la vuelta, ya veis el daño que se nos recrecería. Demás de esto bien se puede entender seguramente que los indios no lo dirán, porque a nos conviene, ni menos les avisarán dónde estamos.

"Habéis de saber que de aquí al valle de Mapocho hay cincuenta leguas. Podrá ser que los indios tengan alzados los bastimentos y puestos donde ellos lo suelen poner, y pues Dios ha sido servido remediarnos, cada uno guarde y gaste moderadamente de lo que tienen porque no vengan a necesidad de ella, y en esto se tenga el aviso que conviene, aunque me parece que el hombre escarmentado seguro pasa el vado.

"A mí me conviene ir adelante a buscarlo, y tenerlo aparejado para cuando esto que tenemos venga a faltar. Y ya que yo prosiga mi camino, yo dejaré gente con lo que hallare que seáis remediados, como hasta aquí lo habéis sido. Y porque el invierno es sabido que viene muy breve, es bien dar orden en cómo no padescamos por estos caminos, porque siendo combatidos de tantas necesidades, causarían que antes que llegásemos adonde tanto deseamos, pereciésemos todos. Por estas causas nos conviene caminar y poner diligencia en negocio que nos es tan importante.

"Por tanto, yo, señores, os ruego y pido por merced a todos, vuestras mercedes en general, aunque soy cierto si particularmente cada uno de vuestras mercedes tuviesen el cargo, que yo tengo entendido se darían tan buena mana y con tan buen ánimo y diligencia, que les sobrase lo que agora nos falta. Y os doy mi fe y palabra de hacer lo que debo, gobernándome con toda la discreción que ser pueda.

"Y pues veis, señores, que en estas tierras donde Dios siempre ha sido servido hacernos infinitas mercedes, no tenemos de quién esperar socorro si no es el de Dios. Agora tenemos más tiempo que el que se puede pasar en allegar, donde tendremos mucha más confianza en la bendita madre de Dios. Por tanto, tengamos firme fe, pues vamos con intención santa y muy buena, que es aumentar nuestra Santa Fe católica empleando en ella nuestras personas con toda voluntad".

## CAPITULO XXIV

### *Que trata de la salida del general Pedro de Valdivia del valle de Limarí*

Hecha esta plática, se partió el general Pedro de Valdivia, siguiendo su viaje con los treinta caballeros que le siguieron. Allegó al valle de Cocambala, el cual halló despoblado, y por este respeto pasó al de Chuapa, que es valle en el cual no halló gente ninguna. Luego puso diligencia en tomar algunos indios para que le dijese dónde tenían escondidos los bastimentos. Andando corriendo el valle tomaron ciertos indios naturales, los cuales dieron aviso dónde había mucho maíz, de lo que tenían escondido en hoyos y algunas ovejas. Luego lo mandó recoger y se hinchieron dos chozas. Y dejó a su maestre de campo con diez y nueve de a caballo en guarda, y para que lo repartiese con toda la gente del campo y que los contentase a todos, porque entendía que vendrían faltos de bastimentos cuando allí allegasen, por ser gran trabajo pasar un campo, aunque sea de poca gente, por los muchos gastadores que lleva, principalmente por tierra necesitada y falta de provisión, y la que hay se ha de ganar con la lanza en la mano y sacarlo debajo de la tierra. Y mandóle que después que hubiesen descansado allí dos días, tomase el



maestre de campo Pero Gómez cuarenta de a caballo, los más aparejados, y fuesen en su seguimiento hacia el puerto de Chile, y que allí les esperaría.

Luego se partió el general con once caballeros a saber del navío de que tenía nueva. Y allegó cuatro leguas antes del valle de Anconcagua a un valle chico que se dice Palta, donde tomó ciertos indios naturales, de los cuales se informó de la tierra y dónde estaban los señores del valle, porque bien sabía que había mucha gente y que era belicosa y guerreros. Por estas causas iba recatado caminando el valle abajo hacia la mar. Allegó donde estaba un cacique que se llamaba Atepudo con una guarnición de indios para guarda de su persona, porque tenía continuamente guerra con el cacique Michamalongo, señor de la mietadas del valle de Anconcagua. Estaba este cacique Atepudo junto al camino entre unos cañaverales, los cuales tenía casi por fuerza. Y antes que llegasen a donde este cacique estaba con su gente de guarnición, mandó el general a sus caballeros que nadie se desmandase ni matase indio ninguno, porque podrían ser aquéllos sus amigos, pues estaban diferentes con los demás indios; que cada uno procurase con todo aviso buenamente tomar a vida el cacique, si en arma se pusiese, para saber de ellos dónde estaba la más gente para enviarles sus mensajeros y hacerles saber su venida y la causa de ella, porque hecho esto y habida su respuesta, pudiese hacerles la guerra o asegurarles la paz.

Allegado el general con sus caballeros cerca de donde estaba este cacique con su gente, fueron sentidos de los indios, y vistos los cristianos, huyeron todos por aquellos carrizales y acequias, de los cuales se tomaron quince, a los cuales habló el general, y les aseguró y les dijo con una lengua que llevaba que por qué huían de los cristianos, que él no venía a hacerles mal ni daño, que no tuviesen miedo, que le hiciesen saber a su cacique Atepudo que él venía a esta tierra por mandado del gran apo de Castilla que de ellos tenía noticia, a decirles que su voluntad era de tenerlos por hermanos y amigos. Y de su parte le avisaba que sirviese a los cristianos, y que tuviesen por señor a un solo Dios, criador de todas las cosas criadas, y que su morada y reino era en los altos cielos, y que allá vivía y de allá gobernaba toda la redondez de la tierra, e que era rey de todos los cristianos e indios, y que él venía a poblar una ciudad en esta tierra, y viniesen a obediencia, que haciéndolo ansí serían amparados y defendidos de sus adversos, ellos y sus mujeres e hijos y casas y haciendas y ganados, y si lo contrario hacían, que les perseguirían y apocarían y les tomarían cuanto tenían y no serían señores de ninguna cosa. Que para decirles esto deseaba mucho que le viniesen a ver todos los señores, así de aquel valle como de toda la tierra, y que ellos se lo enviasen a decir de su parte, y que viniesen sin temor ninguno a le hablar, y que él les aseguraba, porque venidos, les quería hablar de parte de Su Majestad. Y si lo quisiesen hacer, él los tendría por amigos y hermanos, y si no, que les dejaría volver libremente a sus tierras seguros e después les haría la guerra hasta por ella vencerlos y destruirlos.

Oída su razón aquellos caciques e indios, dijeron que ellos enviarían mensajeros a todos sin faltar ninguno, y que pasados ocho días serían allí de vuelta con la respuesta. Estando allí esperando, allegó el maestre de campo con toda la gente y real. Y llegado que fue el real, tomó veinte de a caballo y salió para la costa a buscar el Puerto en que los indios le habían dicho que estaba el navío. Y llegado al puerto, halló que era hecho a la

vela, de que le pesó mucho y volvióse muy triste al real, teniendo que era el navío que había dejado en la ciudad de los Reyes, y que como no habían sabido nuevas de él, se había vuelto, y halló que habían tomado agua y leña. Llegado que fue al real, descansó allí algunos días a causa que había bastimentos para todos.

## CAPITULO XXV

*Que trata la venida de este navío a este puerto de Chile y de dónde procedió*

El obispo de Plasencia hizo una armada para enviar al estrecho de Magallanes a descubrir cierta tierra de que Su Majestad le había hecho merced. La cual armada salió de San Lúcar y vino a la costa de Guinea, porque los que salieren de España para venir al estrecho han de venir a reconocer aquella costa y retirarse del Brasil, a causa de los muchos bajíos que hay en él. Y navegando por la costa de Guinea, vienen a reconocer el cabo de San Agustín que está al cabo de la costa del Brasil. Y van a reconocer al Río de la Plata, y de allí van navegando hasta la boca del estrecho, la cual boca tiene dos cerros muy altos que otros por allí. En todo aquel compás no hay más alta tierra. Entrada que fue esta armada por esta boca, aunque algunos se afirman que hay dos y en entrando que entraron, se les perdió de vista un navío, del cual no supieron más. Y los dos que quedaron pasaron a la Mar del Sur.

Este estrecho, según me informé de personas que pasaron en este navío, tiene de boca a boca cien leguas, y algunos se afirman tener ciento y diez y nueve. Navégase por mareas. Es hondable todo él. Tiene muchos puertos y buenos. Toda esta tierra es alta de peñas. Tiene de ancho cinco y seis leguas y aún más en algunas partes.

Salidos que fueron a la Mar del Sur les dio el un navío al través en una playa, del cual se escapó la gente y sacaron lo más que llevaba el navío. Visto esto por el otro navío parecióle que la gente que estaba en tierra habían de procurar de entrárseles en el navío y los que estaban en él defendérselo. Por quitar estos inconvenientes se hizo a la vela e vino a tomar un puerto en la provincia de Arauco, al cual pusieron por nombre el Puerto del Carnero, porque allí les dieron los indios un carnero.

De este puerto vinieron al de Valparaíso, el cual nombre le puso el general Pedro de Valdivia cuando le fue a buscar, porque viendo cómo había venido caminando tantas leguas por tierra por ésta del Perú, e que todo era arenales y sin árboles y sin hierbas y sin agua, y como vio este puerto que todo lo tenía, le puso este nombre. Aquí tomó agua y leña este navío, y de aquí se hizo a la vela y fue al puerto de Quilca, que es el de Arequipa, donde dio en tierra de promisión. Y de allí se hizo a la vela y fue al de la ciudad de los Reyes, donde le desbarataron. Y el marqués don Francisco Pizarro por grandeza hizo parte de sus casas de la madera de este navío. Y éste fue el navío que los indios dijeron al general.

## CAPITULO XXVI

*Que trata del valle de Combabalá hasta el de Aconcagua y de los indios  
y cosas que hay en él*

Del valle de Combambalá al de Chuapa hay quince leguas, y desde éste de Chuapa al valle de la Liga hay otras quince. En estos valles llueve más recio y más tiempo en el invierno que en los valles que arriba dijimos. En estos valles corren ríos que traen mucha agua. Aquí demuestra la tierra otro temple más apacible y más sano. En muchas partes de esta tierra hay arroyos que corre muy buena agua por ellos. Hay así mesmo mucha hierba por los campos. En este tiempo estaban estos valles no bien poblados de indios. Hay en estos valles y fuera de ellos muchos espinillos y arrayán y sauces, como en los valles ya dichos. Hay más otro género de árboles demás de los que habemos dicho, que son al modo de los granados de España, carecen de fruta, la madera es colorada de dentro de la cáscara. Es al modo del brasil esta madera.

De este valle de la Liga al de Concagua hay doce leguas. Este valle de Anconcagua es mejor y más abundoso que todos los pasados. Tiene tres leguas de ancho por las más partes y por otras partes poco menos. Tiene de la sierra a la mar veinte leguas. Tiene ovejas y mucho maíz y algarrobales. Corre por este valle un río caudaloso. Tienen sacado los naturales veinte y dos acequias grandes para regar todas las tierras que cultivan y siembran. Tiene pocos indios que no pasan de mil y quinientos. Solía haber mucha gente. Residió en este valle siete meses el adelantado don Diego de Almagro con cuatrocientos hombres y seiscientos caballos y gran copia de gastadores. Y fue en el tiempo del invierno cuando allí estuvieron, y aquel año fue furioso y tempestuoso. Y de aquí se volvieron don Diego de Almagro con toda su gente que no quiso conquistar ni poblar en este reino.

Decíanle los indios a don Diego de Almagro, que eran unos indios que habían traído del Pirú, que hacía en este valle "ancha chire", que quiere decir gran frío, quedóle al valle el nombre de Chire. Corrompido el vocablo le llaman Chile, y de este apellido tomó la gobernación y reino el nombre que hoy tiene que se dice Chile. Los señores de este valle son dos. Sus nombres son éstos: el uno Tanjalongo, éste manda de la mitad del valle a la mar; el otro cacique se dice Michimalongo, éste manda y señorea la mitad del valle hasta la sierra. Este ha sido el más tenido señor que en todos los valles se ha hallado.

Hay papagayos. Es valle templado. Hay de este valle de Anconcagua al valle de Mapocho doce leguas de fértil tierra. La gente de este valle es dispuesta y buen cuerpo y buen parecer. Andan vestidos de lana y los pobres andan vestidos de unas mantas hechas de cáscaras de una hierba que tengo dicho, la cual hilan y tejen. El hábito de ellos es como el que habemos dicho. Ellas traen una manta que les cubre desde la cintura hasta abajo de la rodilla, traen los pechos de fuera. Son causa que se estraguen los hombres en la condición. Traen otra tela que tendrá una vara que les cubre los hombros y las espaldas. Traen el cabello tendido. Tiénenlo en mucho. Tiénenlo por honra tener bueno y largo el cabello y tienen por muy gran afrenta tresquilarle los cabellos. La lengua de estos valles no difiere una de otra, y lo mismo en ritos y ceremonias todos son unos.

## CAPITULO XXVII

### *Que trata de la allegada del campo al valle de Mapocho y de lo que le sucedió*

Llegado que fue al valle de Mapocho y allegado a la orilla del río que por este valle va, repartió la gente que traía en cuatro partes y a cada una parte dio un caudillo. Mandó a la una parte que guardasen el fardaje y lo tuviesen a buen recaudo.

Este sitio por donde este río corre no se puede decir valle al respecto de los que hemos dicho. Por cuanto desde el valle de Combambalá, que es un puerto que el invierno está nevado, que es un gajo de la cordillera que descende de este a oeste, divide esta tierra en dos partes: la parte de hasta aquí está una llanura entre la cordillera nevada y otra cordillera de pequeñas sierras que va cercana a la mar. En éste hay valles habitables. La cual cordillera que va junto a la mar, viene también e corre dende los reinos del Pirú. Puesto que esta tierra sea doblada, hay muy grandes llanos.

Allegado el general al valle de Chile asentó su campo en un llano, y hechas cuatro partes su gente como tengo dicho, mandó el general a los caudillos de las tres partes que corriesen aquel llano grande cada cuadrilla con su cuadrilla por su parte, y fuesen por todas partes, porque los indios huían de una parte a otra con temor de los cristianos. Topaban en cualquiera parte con los cristianos y a esta causa creyeron que había muchos cristianos que habían venido y estaban en la tierra.

En este ejercicio pasaron veinte días en los cuales envió el general mensajeros a los caciques y gente que viniese de paz. Incomportable fue la hambre que en estos veinte días padeció el campo por hacer esta diligencia importante, pues ya pasados estos días que hemos dicho, vinieron de paz el cacique Quilicanta y el otro cacique que arriba dijimos que se dice Atepucho. Estos caciques hacían la guerra al cacique Michimalongo antes que nosotros entrásemos en la tierra. Tenían gran diferencia entre estos cuatro señores. Vinieron otros once caciques de la comarca, los más cercanos, que eran amigos y allegados de aquellos dos caciques, mayormente del Quilicanta. Por ser valeroso y ser uno de los ingas del Pirú estaba puesto por el Inga en esta tierra por gobernador. Y estando este inga en esta tierra cuando vino el adelantado don Diego de Almagro y él le sirviese y se le diese por amigo, fue esta amistad parte que él fuese enemistado de los caciques e indios como muchas veces suele acaecer. Era principalmente adverso suyo Michimalongo, el cual le quiso matar. Viendo el Quilicanta la enemistad que le tenían y le mostraban, ajuntó a todos sus amigos y vino a poblar al valle y río de Mapocho, y de allí les hacía la guerra a los caciques Michimalongo y Tanjalongo, la cual tenían muy trabada cuando el general allegó con los cristianos a esta tierra.

Los caciques salidos de paz, el general los juntó y les habló, haciéndoles saber a lo que venía, y que si daban la obediencia a Su Majestad y servían a los cristianos, como hacían los caciques e indios del Pirú, que ellos y sus mujeres e hijos e indios serían bien tratados y mantenidos en paz y quietud y justicia, y que supiesen que no se habían de rebelar

contra los cristianos, a pena que si acaso se rebelasen y quebraban de lo que prometían y no obedecían a los mandamientos reales, serían muy bien castigados como hombres rebeldes. Lo cual les dio bien a entender con un indio que sabía y entendía muy bien la lengua, y el mismo Inga Quilicanta por ser del Cuzco. A lo cual respondió él por todos, que él había venido con todos aquellos caciques e indios a dar la obediencia a Su Majestad, y servir a los cristianos, y que así lo harían de allí en adelante sin faltar punto. Viendo el general los negocios en este término, se informó del temple de aquella tierra, y los indios le dijeron cómo hacía invierno y verano, y que el invierno venía cerca e que llovía mucho. Luego mandó el general a los españoles que hiciesen casas en que se guareciesen del invierno, porque no pudiesen ellos y su servicio e caballos. E luego mandó a los caciques que con su gente por sus mitas les ayudasen a hacer las casas. Llaman mita mudarse los indios de a ocho a ocho.

Lo primero que se hizo fue una iglesia en que se decía misa. Dioles más el general a entender a estos caciques y gente que aquella era casa de Dios, criador de nosotros y de ellos y de todo lo criado en los cielos y en la tierra y en el mar. Y cómo este Dios y señor nuestro es el que gobierna todo lo criado, y es el que vive y reina y ha reinado desde el principio del mundo e reinara para siempre sin fin. Dioles más a entender que a quien le sirve y guarda y cumple sus mandamientos le da la vida eterna, recibiendo agua de bautismo, y el que no creyere ni recibiere ni cumpliera sus mandamientos, recibirá pena perdurable sin fin.

Habiéndoles dado a entender todo lo dicho, de suerte que tenían los corazones asentados y apaciguados, porque los indios de cualquier parte de Indias, puesto que sean los más de ellos animosos, que se hayan visto con españoles, en viéndolos, los temen y cometen lo que cualquier animal indómito y silvestre comete, que es apartarse de la presencia de la tal compañía nunca de ellos jamás vista, sobresaltando su corazón, cometiendo la huida y engendrando odio y rencor, como personas salvajes, y en fin, nacidos y criados en pecado. Y a los tales conviene hablarles palabras de seguridad y con amor, halagándolos, mostrándoles el camino por donde han de seguirse, y ellos seguros y asesegados con lo que se les ha dicho.

Respondieron los más principales, y dijeron que ya sabían y tenían noticia por dicho de sus antepasados, que "por esta tierra anduvo antiguamente un hombre de vuestra estatura y con la barba crecida como algunos de vosotros", y que lo que este hombre hacía era curar y sanar los enfermos, lavándolos con agua, que hacía llover y criar los maíces y sementeras, y que cuando caminaba por las sierras nevadas, encendía lumbre con sólo el soplo, y hablaba generalmente en sus lenguas y lenguajes a todos, y les daba a entender cómo en lo alto de los cielos estaba el criador de todas las cosas, y que hacía vivir a todas la criaturas, y que tenía allá arriba mucha cantidad de buenos hombres y buenas mujeres. Y de estas cosas les decía. E que pasado cierto tiempo se salió de esta tierra y se fue hacia el Pirú.

Y pasado cierta cantidad de tiempo y años vinieron los ingas, grandes señores del Pirú, y conquistaron con mucha gente esta tierra. Y que estas gentes les administraron y mandaron siguiesen sus ritos y ceremonias, idolatrasen como ellos lo tenían de

costumbre, adorando el sol y las piedras grandes a que llaman guacas. Y que de esta suerte se pervertieron, puesto que tampoco tomaron lo uno como lo otro, porque ellos no estaban tan arraigados en la predicación y santa doctrina que aquel santo hombre les predicaba, al cual creemos ser apóstol, pues predicaron por todo el universo. También tengo entendido, según de estas gentes bárbaras conozco ser tan indómitas y no bien inclinadas, que viendo aquel santo varón que su santa doctrina y predicación no hacía impresión sus empedernidos corazones, acordaría salirse de estas provincias e irse a las del Pirú, donde es cierto que en el Pirú en un...

(( FALTA el CAP XXVIII El folio número veintiuno que contiene el final del capítulo XXVII, todo el siguiente y gran parte del XXIX, se ha perdido y no figura con el resto del manuscrito.))

### CAPITULO XXIX...

... y con cada indio anda un muchacho con una talega de frísoles echando en los hoyos tres o cuatro granos. Y cubriendo esto se cría sin arar ni cavar, sino en los herbazales y montes y tierra delgada y guijarrales. Y cada quince o veinte días lo riegan, y al coger dan de una fanega más de veinte y cinco. Y no me alargo más, aunque bien podía. El maíz cuando lo siembran en octubre, que es como abril en España, siémbrese en tierra enjuta algunos, y otro en regada de cinco o seis días, cavando la tierra con aquellas estacas y otros echando el maíz en los hoyos, que serán tres o cuatro granos. Cuando nacen guárdanlo que las aves no lo coman, y después que está nacido de dos o tres hojas, está el campo y hierba seca, que hay mucha y muy alta. Échanle fuego y hácese ceniza, y aunque mala, más parte de las hojas del maíz. Luego lo riegan, sale furioso y acude sesenta y ochenta fanegas. Da una fanega de cincuenta hasta ciento. Dase mejor en monte.

He querido dar cuenta de las sementeras y cómo se hace en esta provincia sin trabajo, que es Dios servido darlo así, porque lo vi y de él me sustenté como los demás. Digo que hoy así hace y hará, que la constelación de la tierra lo administra.

### CAPITULO XXX

*Que trata cómo fue el general Pedro de Valdivia con sesenta hombres a un fuerte donde estaba el cacique Michimalongo*

Andando el general y los españoles trazando su ciudad y entendiendo en las cosas que más convenía para el remedio de su vida, mandó a todas partes mensajeros a avisar a todos los señores de toda la tierra. Y vino toda la mayor parte de todos los comarcanos, que no restaban por venir sino Michimalongo.

Hizo luego el general mensajeros a hacerles saber que viniesen, como los demás caciques habían venido, y que sería tratada su persona y tierra y gente como de señor, pues lo era,

con tanto que le viniese a dar la obediencia y sirviese a Su Majestad y a los cristianos. La respuesta que dio y envió fue que no quería venir, que antes tenía voluntad y propósito de matar a todos los señores que habían venido a le dar la obediencia, y que él estaba en parte tan segura que no tenía miedo a los cristianos ni a otros muchos más, y que de allí donde estaba era parte para ofendernos y matar a todos cuantos cristianos estábamos y los indios que de paz estaban. Y puesto que las amenazas eran demasiadas, no dejaban los indios amigos que de paz habían venido, de traer sin temor de Michimalongo ovejas y maíz y pescado y palomas y perdices y otras cosas, de suerte que a nadie faltó. Viendo el general la contumacia y soberbia y graves amenazas de Michimalongo, y conocido que así como amenazaba a los cristianos, amenazaría a los indios que de paz habían venido, y junto con esto, consideró que este cacique Michimalongo era uno de los mayores señores de esta tierra y más belicoso y de todos naturales más temido. Vistas y bien pensadas todas aquestas particularidades y el fin que había de tener, acordó salir pasados tres meses después de la fundación de la ciudad, dejando como dejó en ella el recaudo que convenía.

Llegado al valle de Anconcagua doce leguas de la ciudad, antes que entrase en el valle, supo su venida Michimalongo en donde estaba con su gente de guerra. Como hombre guerrero y astuto en la guerra tenía un fuerte hecho estrañamente ordenado en esta forma, como no de otras naciones lo acostumbran hacer en esta tierra: los algarrobos son árboles grandes en esta tierra y de grandes y gruesas púas, son tan largas como clavos de medio tillado y recias y muy espesas. De estas ramas y árboles tenía este cacique hecho un fuerte tan fuerte que era tan aparejado para ofender como para defender, principalmente a gente de a caballo. Estaba tan tejido y tan gruesa que parecía muralla. Y aquella trinchera iba por la delantera de este fuerte. De una parte tenía una loma alta y por el otro lado tenía un gran cerro de muy grandes peñascos, y por la falda corría un pequeño río montuoso. Y en este compás que había entre estos dos cerros era llano y aquí estaban los indios de guerra con sus hijos y mujeres. Y casi estos dos cerros se juntan con la cordillera nevada, y venían abajo ensanchando donde dijo que estaba la trinchera, la cual estaba de la una punta del cerro a la otra que casi estaba derecho y a partes convinientes hechas troneras para flechar y para salir por ellas. Ansí como el general llegó junto a él lo anduvo mirando, admirándose de ver tan fuerte sitio y peligroso para combatir.

## CAPITULO XXXI

*Que trata de la orden que el general Pedro de Valdivia dio para el combate de este fuerte*

Llegado que fue el general a vista del fuerte de los indios y así como ellos vieron a los cristianos, comenzaron a dar gran grito como ellos acostumbran. Luego el general despachó al capitán Francisco de Aguirre con diez de a caballo, que fuese por la falda y ladera de la loma. También despachó al capitán Francisco de Villagran con otros diez de a caballo pasase un pequeño río y como pudiese fuese por la loma de los peñascos, y que caminasen hacia la cordillera nevada, hiciesen por juntarse y que en todas maneras

entrasen, y que abajasen por el valle, que dos lomas hacía, porque él se quería apearse con la demás gente y romper la trinchera que los indios tenían.

Despachados estos capitanes cada uno por su parte y avisados lo que habían de hacer, el general se apeó y se allegó más adelante, donde dio en un camino que los indios tenían muy limpio. Luego fueron recibidos de sus adversarios, comenzando a defenderse por las troneras y entrada del fuerte. Iba delante el general animándolos y diciéndoles palabras que los convidaban a tener animosos ánimos, embrazadas sus adargas, nombrando a alta voz al apóstol señor Santiago, patrón y socorredor de España y españoles donde quiera que estén. Con este esforzado apellido allegaron a las manos, donde con ánimo de valerosos españoles, hirieron tan denodadamente con presuroso denuedo que los indios no osaban esperar el ímpetu de los cristianos y huían por las espesuras de los más espesos montes.

En esta sazón venían los dos capitanes por lo llano del fuerte, y viendo los indios combatirse por dos partes y que si acometían a una parte, no tenían seguras las espaldas, desmayaron en tal manera que cada uno no entendía sino en buscar por donde escapar la vida, porque los españoles de a pie les daban por una parte e los de a caballo los acosaban por la otra.

Ganóse la principal plaza, y como el general era tan animoso, se adelantó y entró dentro de los indios. Y como le vieron solo entre ellos procuraba cada cual tomarle a manos, y el que allegaba dejaba la vida en sus manos. Esta batalla duraría hora y media, de suerte que viendo su ánimo anechilado y sus fuerzas desmenuadas, y que los combatían gentes que nunca habían visto ni peleado con ellas, procurando desmamparar el fuerte. Y viendo Michimalongo sus indios muertos y desbaratados, salió a que los cristianos le viesan, desnudo en carnes, embijado y arrayado con tinta negra todo el rostro y cuerpo, porque así lo acostumbran ellos por ferocidad. Traía sus vergüenzas tapadas con una cobertura hecha de pluma. Traía su arco y flechas en las manos, diciendo: "Inchi Michimalongo", que quiere decir, yo soy Michimalongo. Y esto decía con grande ánimo.

Visto por los cristianos, fue preso por un español que se dice Rodrigo de Quirova, natural de Galicia. Y preso el Michimalongo, hizo una seña a su gente, que fue tirar una flecha en alto, la cual iba silbando, las cuales traen para este efecto. Cuando hace esta seña el señor o capitán es que no peleen más. E luego los indios sosegaron que no peleaban ni daban más grita. Los españoles llevaron a Michimalongo ante el general, y hubo miedo que le matase el general, temiendo las amenazas y blasfemias que le había enviado a decir. En esta fuerza y batalla se hallaron cuatro mil indios. Matáronse trescientos y cincuenta, y los indios nos mataron un español e hirieron veinte.

## CAPITULO XXXII

*Que trata de lo que hizo el general Pedro de Valdivia preso a Michimalongo y apoderado en fuerte*



Llegado Michimalongo ante el general, se anticipó como hombre avisado, a hablar al general con ánimo de señor y hombre de guerra. Y díjole en su lengua: "Tata", que quiere decir señor, "manda a estos cristianos que no me maten más gente, porque yo ya he mandado a la mía que no peleen y les he mandado que vengan a servir". Luego comenzaron a venir, rindiendo las armas en señal de vencidos porque es costumbre entre ellos, y Michimalongo tomando más ánimo, aunque no le parecía tener la vida segura, haciendo cuenta prometer largo para aplacar la ira y asegurar la vida, como dice el proverbio: dádivas quebrantan peñas. Y fue cautela según después pareció, porque suplicó al general mandase a los cristianos que fuesen a la segunda plaza del fuerte, y que en ella hallarían a sus mujeres y dos talegas de oro en polvo, que según demostró habría media fanega. Y cuando fueron a donde el cacique les había mandado, no lo hallaron y trajeron las mujeres sin el oro.

Dijo Michimalongo que no hiciesen mal a sus mujeres y que él era su prisionero y que todo era suyo:

"A ti lo doy y a ti lo ofrezco, y de aquí en adelante te serviré como debo".

Respondió el general que él le daría sus mujeres sanas y sin ofensa, y con ellas el oro si lo trujesen, porque él no venía por oro, sino a que supiesen que habían de vivir en nuestra Santa Fe, y darles la obediencia y servir como los indios del Pirú. Y que haciendo de hoy en adelante esto, serían bien tratados y amparados él y sus indios e mujeres e hijos y haciendas. Y que supiesen que no se habían de alzar en ningún tiempo contra ellos. Y que haciendo esto, le perdonaba la guerra que le había hecho y el trabajo que le había dado. Por tanto que mirase y tuviese tino a servir bien de ahí en adelante, y que haciendo lo contrario, él y todos sus indios serían muertos, y que no les valdrían las sierras ni las nieves, ni aun esconderse debajo de la tierra.

En esta sazón allegaron las mujeres e hijos del cacique Michimalongo. Luego el general las mandó dar y entregar al cacique, y le dijo:

"Toma tus mujeres e hijos, y pésame porque no trujeron el oro para dártelo también, pues es tuyo, que yo al presente no tengo necesidad de ello. Búscalo entre tus indios que ellos lo tendrán escondido, y aprovéchate de él que yo no lo quiero".

Luego se salió el general con toda su gente fuera del fuerte y aquí se estuvo hasta que los heridos estuvieron sanos. En todo este tiempo fue bien tratado el cacique Michimalongo, el cual proveyó de maíz y algunas ovejas. Mandó el cacique a todos sus indios que sirviesen a los cristianos.

El cacique Michimalongo tenía noticia que cuando don Diego de Almagro vino del Pirú a esta tierra de Chile que le pidieron oro, y considerando que aquellos cristianos eran como éstos y pedían el oro, que también lo amarían y querrían. Considerando esta consideración acometió e dijo al general:

"Tata, yo te quiero servir con cierta cantidad de oro que haré sacar, que no lo tengo sacado de las minas. Y para sacarlo tengo necesidad que me sueltes y que me des licencia". Y que si se le daba, señaló allí un atambor que le sacaría lleno, que al parecer cabrían en él más de ciento y veinte mil pesos.

De esto se alegró el general de las nuevas que le daba este cacique, porque era señal que lo había en la tierra, porque a las entradas en estas tierras nuevas, como no haya semejante metal van los españoles de mala gana, que si se volvió don Diego de Almagro de esta tierra, fue por haber dejado el Perú, tierra tan rica de plata y oro, y a esta causa se fue importunado de los suyos a que se volviese. Y como es metal tan codicioso y que por él vienen los españoles a estas partes más que por otra cosa, según pareció, fue cautela para dividir a los cristianos, pues viendo el general las nuevas que aquel señor le daba de las minas e como eran ricas, para informarse más cierto, despachó al capitán Francisco de Aguirre y Francisco de Villagran con cuatro soldados que fuesen a ver si era verdad aquella noticia que el cacique le daba.

### CAPITULO XXXIII

*Que trata de cómo mandó el general Pedro de Valdivia que fuesen seis hombres de a caballo a ver las minas y de cómo fueron y de lo que les sucedió*

Oído el general las nuevas que le daban de las minas de oro, e cómo habían sacado en ellas gran cantidad de oro para los ingas, señores del Pirú, y para informarse si era verdad porque los indios muy pocas veces la dicen, despachó los dos capitanes que tengo dicho con los cuatro compañeros, dándoles el aviso que habían de tener en el camino. Y dioles una gría para que los llevasen. Estaban estas minas catorce leguas de donde quedaba el general hacia la costa.

Yendo caminando el valle abajo estos dos capitanes, les salían algunos principales de paz de parte de un señor que se decía Tanjalongo, que era señor de la mitad del valle. Y llegados a las minas vieron ser verdad lo que Michimalongo decía por las señas que vieron. Y aquí se les huyó la guía que llevaban.

Visto los indios aquellos seis cristianos que iban el valle abajo, se juntaron y por el camino que habían los cristianos de pasar hicieron un fuerte en esta manera: junto a una laguna de la cual desaguaba un río no muy grande, muy montuoso, de grandes árboles, e desde la laguna hasta el río, en un codo que la laguna y el río hace, hicieron una cava honda de más de una lanza e más de diez pies en ancho, con una puente levadiza. Y en esta plaza que hacía esta cava tenían sus hijos y mujeres. Adelante de esta cava había otra plaza casi tan larga, e luego una trinchera de palos muy gruesos de rama muy bien entretejido, y hechas sus troneras para flechar, y hecha en medio una pequeña puerta que no cabía más que un hombre abajado. Iba esta trinchera o palizada en arco, e por de fuera de esta palizada iba un foso de más de veinte pies en hondo y casi otros tantos en ancho, llena de agua, e tenía por puente tres palos. Dentro de esta plaza estaba la gente de guerra.

Junto a la puente a un lado había tres casas. Todo el llano de la frontera de este fuerte tenían echadas las acequias de agua, que estaba todo empantanado y como la tierra es fofa y se hinche de agua, no se puede andar a caballo a causa que se ahondan.

La gente de guerra que había en este fuerte eran seiscientos hombres, y tenían por general un indio que se llamaba Leve, indio belicoso. Estaba este fuerte para no tener artillería ni ser torreado muy fuerte. Viniendo los seis de a caballo por su camino, una legua de este fuerte tomaron una espía que los indios tenían. Luego les confesó lo que había e cómo les estaban aguardando los indios en aquel fuerte. Informándose muy bien determinaron de dar en él y desbaratar los indios. E como era sobretarde detuviéronse aquella noche y otro día amaneciendo caminaron. Ya que estaban a media legua del fuerte fueron al galope, e como entraron en la tierra empantanada, se ahondaban los caballos de manera que no podían andar todo lo que ellos querían.

Y en trecho de los cinco iba un soldado que se dice Diego Sánches de Morales, natural de la villa de Mairena. Acertó a ir por una buena parte o su ventura que lo llevaba, llegó al foso, e viéndose en aquella ventura, e los demás cristianos no podían venir, e confiándose en su animo, se apeó del caballo y embrazando su adarga y echando mano a su espada, pasó la puente del foso e llegó a la puerta de la trinchera. Entró dentro en la plaza y sin ser sentido de los indios, a causa de ser de mañana, llegó a la puerta de las tres casas donde estaban los capitanes. E visto por los indios quedaron admirados. Escomenzó a dar entre ellos muy gran murmullo, que no se acordaban de pelear, preguntado unos a otros por dónde había venido e entrado. No podían creer sino que era caído del cielo, y esto tenían por cierto, e como tenían las puertas que no podían salir sus capitanes e mandarlos, temiendo de ser muertos por aquel cristiano no osaban hablar, antes estaban espantados.

Y a esta sazón llegaron los cinco a la puerta. Apeóse uno de ellos y entró a donde el otro estaba. Viendo los indios dos cristianos dentro e cuatro a la puerta, pareciéndoles que no eran solos sino que venían más, e como tenían noticia del fuerte que había desbaratado el general a Michimalongo, cobraron gran miedo y comenzaron a huir y desmamparar el fuerte. Prendieron al capitán Leve e otro principal, e se volvieron muy alegres a donde el general estaba.

#### CAPITULO XXXIV

*Que trata de cómo salió el general Pedro de Valdivia para ir a las minas e de cómo echó los indios a sacar oro y cómo quiso despachar al Pirú y de lo que los indios hicieron*

Habiendo vuelto aquellos dos capitanes que el general había enviado a las minas, y habiendo descansado en aquel sitio, e siendo los cristianos heridos, sanos, se fue a las minas. Y luego dio orden en cómo se sacase oro. E considerando que llevando al Pirú muestra de cómo había en esta tierra oro, le vendría algún socorro, y que no lo llevando, no le vendría gente. E como es metal tan codicioso, aunque para algunos en estas partes ha sido peligroso, como fue para algunos cristianos que aquí se hallaron, y visto la riqueza de la tierra y aparejo para enviar mensajeros al marqués don Francisco Pizarro en

Pirú, para que avisase a España a Su Majestad de la riqueza que había en esta tierra y para que él le socorriese de gente y armas, que era la necesidad que al presente tenía, porque eran pocos cristianos y entre muchos enemigos. E conociendo la gente que es y la amistad que muestran, y la poca fidelidad que guardan, y la paz que prometen, y la no obediencia que mantienen, mandaba hacer gran guardia.

Hizo recoger y encerrar en la ciudad mucha cantidad de provisión, que bastaba para más de un año. Y con el cuidado que tenía en velarse no tenía que los indios serían parte para enojarle, en tanto que el socorro le viniere para la sustentación de esta tierra y conquista de adelante, que bien cierto estaba, pudiendo el marqués se lo enviaría, como con él había quedado, mayormente enviando un capitán por ello y con el oro la que presente se sacase. Hechas estas consideraciones, se soltó a Michimalongo e se juntaron más de seiscientos indios a sacar oro. Luego dio orden en hacer un bergantín. Púsolo luego por obra y luego entendió en cortar la madera en un vallecito que junto a las minas estaba y cerca de la mar. Dende en cuarenta días que se había sacado oro, se halló haber sacado veinte y cinco mil pesos e con herramientas de palo y no buenas bateas. Luego el general lo mandó llevar a la ciudad de Santiago a Alonso de Monrroy lo fundiese, el cual se estaba aderezando para ir con ello a los reinos del Pirú.

Y estando Alonso de Monrroy en la ciudad de Santiago, supo en secreto de una conjuración que se trataba entre ciertos soldados que eran de la parcialidad de don Diego de Almagro, los cuales querían matar al general, de los cuales estaba muy confiado. Luego dio aviso al general y fue la carta por la posta, la cual llevó un indio en trece horas a donde el general estaba, que había dieciséis leguas.

Allegada la carta y leída, se partió el general con cuatro de a caballo, avisando a los que quedaban pidiesen sobre seguro e que no se descuidasen hasta que él enviase a Alonso de Monrroy, que sería breve, porque haciendo lo que les avisaba, no les osarían acometer los indios.

Allegados el general a la ciudad, luego hizo pesquisa y halló que eran culpados a muchos. Pareciéndole que si por rigor castigaba el delito que quedaba sin gente, acordó lo más cómodamente que pudo, aunque por ninguna vía podía dejar de castigar. Ahorcó cinco que eran los que más culpados en aquel negocio eran, y con esto se asosegaron los demás, que estaban rebotados en su vivir según depusieron en sus confesiones. Y confesaron más, que después que viesen muerto al general, se embarcarían en el bergantín que se hacía y se irían a Lima. Esto tenían concertado y entre ellos determinado. Cierto era negocio mal pensado y de prudencia muy falto, porque con aquel hecho desampararan la tierra y todos se fueran de ella, y en ello no acertarían, porque si caso fuera que mataran al general, sus capitanes y ellos se mataran unos a otros, y fuera al revés de lo que pensaban.

## CAPITULO XXXV

*Que trata de cómo estando el general Pedro de Valdivia en la ciudad en estos negocios*

*le vino nueva cómo habían muerto los indios a los cristianos que estaban haciendo el bergantín*

Como el general Pedro de Valdivia se tardó en la ciudad diez días por ser negocio tan importante, y como la gente estaba sacando el oro y haciendo el bergantín, y sirviéndoles los indios, y mostrándoles color de buenos servidores y amigos, e viendo Michimalongo lugar y coyuntura para poder hacer más a su salvo el daño que pudiese a los cristianos, envió secretamente sus mensajeros a sus indios viniesen. Luego fueron ayuntados y venidos donde el Michimalongo les había mandado. E salido el general de allí, servían los indios mejor finalmente, que cuando el servicio es trasordinario de aquellos cotidianos que ellos suelen hacer, téngase por avisado que les han de dar con el agraz y aun con la sal y salsa. Mas quiero decir que los que se sirven de estos indios han de tener y vivir con cuidado.

Viendo Michimalongo que los cristianos que habían quedado allí eran pocos y el aparejo para matallos bueno, luego acometieron a hora de vísperas aunque pelearon hasta la noche, e mataron a todos los españoles que no se escaparon sino dos, que con la oscuridad de la noche huyeron. Sin ser sentidos de los indios vinieron a la ciudad. Vistos por el general y sabida la nueva, mandó en la ciudad prender todos los caciques y poner a buen recaudo, poniendo guarda sobre ellos, y dejándola en la ciudad, partió por la posta. Cuando el general allegó, hallaron la madera del bergantín quemada y muertos trece cristianos y cuatro esclavos negros y muchos yanaconas e indias del Pirú. Los españoles que habían escapado dijeron que siete días después que de ellos se habían apartado el general, se juntaron tan cerca los indios de los cristianos que acometieron a tomarlos a manos. Pelearon con todo ánimo aunque carecían de armas y pugnaron vender bien sus vidas, de suerte que con la oscuridad se habían escapado e ido a la ciudad.

Viendo el general que de los pocos españoles que tenía se les apocaban los indios; junto con esto consideraba que no convenía estar allí en el puerto con tan poca gente, principalmente si los indios se rehacían. Por otra parte consideraba que estaba la ciudad en tanto peligro como él por no estar dentro. Y con estas desasosegadas consideraciones se fue a la ciudad. Y éste fue el principal remedio que en semejante tiempo se requería.

Y hecho se apellidaron los indios todos a una y alzaronse de nuevo y escondieron los bastimentos y lo demás que tenían. Habían los indios sembrado poco maíz y no como otras veces, con intención que viendo los españoles que había poco sembrado, no aguardarían a coger las sementeras, y viendo poco bastimento perecerían o no permanecerían en la tierra. Y si acaso quisiesen porfiar, que los matarían, por una parte con la hambre y por otra los apocarían con la guerra, la cual comenzaron a hacer muy de veras, acometiendo dentro de la ciudad, matando los yanaconas, no admitiendo en sus requerimientos y amonestaciones que los yanaconas les hacían, dándoles a entender, pues no veníamos a matarlos a ellos, que qué era la causa que mataban a sus españoles, y que si eran venidos a esta tierra era para más bien suyo, porque serían cristianos y debajo de serlo y demás de esto deprenderían de nosotros cosas virtuosas. Y con decirles esto y otras cosas, con todo seguían su mala y perversa opinión.

## CAPITULO XXXVI

*Que trata del alzamiento de los indios de toda la comarca de la ciudad de Santiago y cómo el general Pedro de Valdivia salió a ellos y de lo que le sucedió en esta jornada*

Habiendo los indios, gente indómita y sin razón, bárbara, faltos de todo conocimiento y de toda virtud, hecho aquel mal recaudo, acordaron levantarse no solamente aquestos, mas hicieron a todos los demás se alterasen. Y como son amigos de novedades, acordaron hacerse a una todos y hacer de nuevo la guerra.

Y como su entendimiento es seguir su apetito y ciega sensualidad, pues siguiéndola como la siguen vienen a ser parte de perder las vidas, no mirando lo que emprenden, como muchos la perdieron, el fin que ha de tener y a donde irían a parar sus negocios, aquellos que comienzan cuando se alteran. Con muchas partes habemos visto que caminan como cojos y atinan como ciegos, según que yo he visto y se ve cuando se alzan que parece gran copia de ellos, porque tienen en su condición esta orden: que si al principio, por descuido y por culpa de los españoles, a los indios le sucede bien, reconocen mejor su victoria y con ella engendran brava soberbia, lo cual los destruye. Y como es gente sin orden y sin razón, carecían de experiencias de la guerra. Principalmente con gente tan belicosa como españoles no han buen fin, porque al principio acometen a su salvo y con gran cautela, y por no ser experimentados no se amañan y piérdense.

Pues viéndose en el tan acometimiento encarnizados, y viendo que habían comenzado negocio que por ninguna vía podían dejar de perder las vidas, muchos de ellos desampararon sus tierras, porque no era prenda la que habían metido que así fácilmente la habían de dejar de la mano.

Por esta vía acordaron añadir un mal a otro y ejecutar su mal propósito y mala y perversa opinión. Y para efectuarla hicieron llamamiento general y ordenaron sus gentes e hicieron grandes banquetes y borracheras, porque así lo tienen por uso. Y en ella hacen sus acuerdos y dan orden a la guerra que juntos allí en aquella junta acordaron, aunque sin acuerdo, rebelarse todos los señores con sus gentes. Hiciéronse en una unión y conformidad, que dieron orden en como matarían a todos los cristianos que había en la tierra, diciendo que eran pocos. Y para efectuarlo concertaron que se ayuntasen por provincias y que se diesen avisos a los que convenía darse.

Fueron luego ayuntados diez mil indios en el valle de Anconcagua, del mismo valle y de los más cercanos, a la voz del cacique Michimalongo, ansí mesmo por parte del cacique Quilicanta. Y ayuntáronse más todos los indios del valle de Mapocho y otros que llaman los picones, que son los que agora se dicen pormocoes, como adelante diré por qué se llamaron picones y porcomoes, que eran todos diez y seis mil indios.

Sabido por el general el alteración de los indios y las juntas que los señores habían hecho, acordó salir de la ciudad con la más brevedad que pudo, e ir a romper la más cercana junta y no aguardar a que se ayuntasen todos si fuere posible, porque rompiendo aquéllos,

los otros no tienen tantas fuerzas, y de esta suerte son parte para deshacer grandes juntas. Salió el general con sesenta hombres, los treinta de a caballo y los otros de a pie, y fue al valle de Anconcagua a desbaratar a Michimalongo y a su gente. Entretanto, estando preso como arriba dijimos el cacique Quilicanta con los demás caciques, y como era valeroso y de quien hacían todos los caciques mucha mención, era hombre de guerra y de la progenie de los ingas. Este, viéndose preso acordó de tratar amistad con el cacique Michimalongo, haciéndoles saber por mensajeros que le enviaba, pues tenían en medio los cristianos, cómo eran tan pocos, hambrientos y cansados, y que ellos eran muchos en extrema cantidad y estaban en su tierra y la sabían, y que se animase y matase a los cristianos, y que después ellos se concertarían y serían amigos hasta su fin.

El Michimalongo, oída la embajada, parecióle bien el negocio y concedió en ello, y respondió que era bien acertado, y que en ello se ganaban dos cosas, lo uno, libertad a su tierra y gente, en echar de ella a sus adversos, como en efecto por tales los tenían, y lo otro, por verse amigo del Quilicanta, que era una cosa que él mucho deseaba porque conocía que era más poderoso que no él.

Sabido por Quilicanta la voluntad del Michimalongo, y cómo había concedido en el concierto y ruego, envió a hablar a sus principales indios, diciéndoles que cuatrocientos de ellos viniesen al presente a servir al general para ir con él, y que agora tenían tiempo para poderse vengar de él. E venidos les dijo esto ante el general por asegurarle a él y a ellos, y dijo al general:

"Apo sírvete de esos indios, que vienen bien aderezados a punto de guerra, que son muy belicosos y buenos guerreros, que son del valle de Mapocho".

Recibiólos el general, pareciéndole que le hacía gran servicio en darle cuatrocientos amigos y hombres de guerra. Y por otra parte hizo el Quilicanta mensajero a los principales que llevaban aquellos cuatrocientos indios a cargo, secretamente, que cuando el general se apease y los demás cristianos de sus caballos para pelear con Michimalongo donde estuviese, que ellos como personas de quien no se tendría sospecha por llevarlos por amigos, se allegasen y matasen luego los caballos, porque aquéllos muertos, no esperarían ningún español.

Y como en semejantes peligros Dios nuestro Señor, ampara y socorre y alumbró a los cristianos, remedió y alumbró el entendimiento al general de esta suerte: yendo caminando con sus españoles en el valle de Colina, que es cuatro leguas de la ciudad de Santiago, vido encima de una peña cercana del camino dos indios que miraban a los cristianos. Y como es gente silvestre y mal inclinada, tenían tino a las palabras que su cacique les mandó, más que a la solicitud y disimulación que debían tener, por qué miraban a los cristianos.

E visto por el general, que iba delante de su gente, mandó a su maese de campo que pasada toda la gente, así españoles como indios, tomase aquellos dos indios que estaban encima de la peña, y los apartase del camino donde nadie los viese, y supiese qué era lo que allí hacían y en qué entendían. Luego el maestre de campo lo puso por obra y

tomados aquellos dos indios les quería atormentar. Luego confesaron su intención y mostraron un quipo, que es un hilo grueso con sus ñudos, en el cual tenían tantos ñudos hechos cuantos españoles habían pasado. Con esto confesaron todo cuanto llevaban en voluntad de hacer, según y como su cacique Quilicanta les había mandado. Declararon más, que el día que el general diese la guazábara a Michimalongo habían de dar todo el restante de la tierra en la ciudad y quemarla y matar a los cristianos. Luego fueron estos dos indios ahorcados, porque no supiesen la demás gente lo que dijeron al maestre de campo.

Pero Gómez de Don Benito le avisó al general de todo el negocio. Luego el general habló a sus españoles públicamente que la junta de Michimalongo era burla y que no había tal cosa. Esto les dijo por volver a amparar la ciudad con toda priesa. Caminando como digo a la ciudad, supo en el camino cómo toda la gente de guerra de la provincia de los pormocoes se habían juntado en el río de Cachapoal, que son doce leguas de la ciudad, y que allí tenían hecho un fuerte con el señor de aquel valle.

Oída la nueva, se dio mayor priesa, y porque no viniesen a la ciudad ante que él allegase, y no la llevasen, que por ventura estaría desapercibida, marchó con su gente con tanta presura que entró en la ciudad a muy buen tiempo.

Sabida por los indios de guerra la entrada del general, hicieron alto cerca del dicho río, y de allí esperaban hacer el daño que pudiesen. Y ya que no pudieron efectuar su mal propósito, acordaron estar quedos en aquel fuerte.

Acordó el general salir de la ciudad con sesenta hombres de a caballo y de a pie, dejando en la ciudad su teniente y todo recaudo posible, como hombre que bien lo entendía, y como el tiempo y sitio lo requería y la necesidad lo amaestraba.

## CAPITULO XXXVII

*Que trata de la salida del general a hacer la guerra a los indios rebelados y de la plática que hizo a toda su gente, así a la que llevaba como a la que dejaba en la ciudad*

Al tiempo que el general Pedro de Valdivia quiso salir de la ciudad para ir contra la gente y escuadrón de los indios que estaban asentados en el río Cachapoal, hizo ajuntar a todos los españoles, así a los que habían de ir con él, como a los que habían de quedar en la ciudad para la sustentación de ella, y ayuntados les habló de esta manera: "Ya veis y sabéis, señores amigos y compañeros, en el tiempo que aquí allegamos a esta tierra, la mala voluntad que los caciques y señores de ella nos han mostrado y muestran, y las maldades y traiciones y mentiras que nos tratan y siempre con nosotros han usado. "También sabéis que Dios nuestro Señor y su sagrada madre Santa María nos han favorecido y librado y defendido de ellos y de sus cautelas y abominaciones, como claramente hemos visto. Yo espero en Dios y en su bendita madre que como ha sido en nuestro favor hasta ahora será de hoy más y siempre. Y porque en esta jornada hay necesidad de mi ida y que yo en persona vaya a traer de paz la provincia de los



pormocoes, pues tanto nos hace al caso, pues viniendo ésta como más principal, toda la tierra vendrá a servir muy presto.

"También, señores, sabéis que es coyuntura para servir a Su Majestad, pues es mi principal intento, así como el de todas vuestras mercedes. Por tanto, juntamente con esto se ofrece a los caballeros españoles que quedáis en amparo y sustentación de esta ciudad de Santiago, la cual todos en general y cada uno en particular la debe de tener por propia patria.

"Yo, señores míos, compañeros y amigos, os pido por merced, que cada uno de vuestras mercedes tenga este negocio por tan propio como yo mismo lo tengo, estando a la continua tan apercebidos como yo tengo la confianza, y siempre lo habéis, señores, usado y estado, obedesciendo vuestro capitán que presente está, para que le obedescáis a él y a sus mandamientos, tan bien y tan enteramente como siempre lo habéis acostumbrado y hecho. Él queda avisado de lo que debe hacer.

"Tengan, señores, aviso, no duerman de noche, aunque no les quepa la vela, desarmados ni descalzos los pies, porque el peso de las armas no canse ni ha de cansar a los hombres de guerra, ni los alpargates en los pies dan tanta pena calzados, como darán las espinas y púas y palos y trompezones, cuando dan una arma los indios, si los toman descalzos, aunque sea hasta cabalgar en su caballo. Y por consiguiente no cansan ni enflaquecen las sillas a los caballos. Pues sabéis, señores, que sois obligados a cumplir con la fama que de españoles tenéis, y junto con esto no tenemos en esta tierra otro amparo ni socorro, sino el de Dios y de su madre Santa María, y de nuestra buena diligencia y ánimo y solicitud del arte militar.

"Tengan, señores, aviso, que todos los más caciques de esta tierra les dejo presos. Sólo quiero llevar conmigo dos que aquí hay de los pormocoes para tratar con ellos la paz y por no dejallos en compañía de estos otros, atento a que no son tan cautelosos, y no quería que deprendiesen de ellos. Ya sabéis, señores, tornando a encargaros esto, que no hay ningún prisionero que no procure libertarse y salir de prisión.

"Ya veis y sabéis que nuestros enemigos están continuo en casa y tratan y conversan con nosotros. Conviene que viváis recatados y avisados con ellos. Y así mesmo sabéis que todo el valle de Anconcagua y todas las comarcas de esta ciudad están alterados y alzados, y podrá ser que faltando yo de esta ciudad os viniesen acometer, y si salgo y voy, os dejo en esta ciudad debajo de la protección de ser españoles, y debajo de la confianza que tengo del grande ánimo y valor de vuestras personas". Mandó a su teniente que pusiese muy gran vigilancia en todo y que tuviese al cacique Quilicanta a mejor recaudo que a los otros caciques, y que tuviese aviso con él y que no se descuidase.

Acabada esta plática, se salió de la ciudad y caminó hasta el río de Cachapoal donde los indios tenían hecho un fuerte. Estaba con ellos un señor que se decía Cachapoal, de donde el río llamaron por esta causa Cachapoal. Y Llegado a vista del fuerte donde los indios estaban, les hizo muestra con toda su gente española, y visto por los indios, una

mañana mandó dar vuelta a sus españoles y caminó todo el día, dándoles a entender que se volvía a la ciudad para ver si los indios salían del fuerte. Viendo los indios que el general se volvía, entendiendo que no les había osado acometer, escomenzaron a seguille.

Venida la noche, el general mandó volver a su gente y caminó toda la noche, y al cuarto del alba dio sobre el fuerte, tomándolos descuidados. Y dio en ellos de tal suerte que hirió y mató muchos de ellos, de tal suerte que el que pudo huir no pensaba que había sido poco valiente. Los indios que habían salido en seguimiento del general para tomalle la delantera, por tomalle los pasos habían ido por otro camino. Y de esta suerte se desbarató esta junta.

Sabido por Michimalongo la salida del general de la ciudad y que iba contra los indios que estaban en el río de Cachapoal, y que ya había cinco días que era salido, pareciéndole que agora tenía tiempo de venir sobre la ciudad, acordó salir con su gente.

### CAPITULO XXXVIII

*Que trata de cómo estando el general en la provincia de los pormocoes dieron los indios en la ciudad y de la victoria que hubieron*

Traía Michimalongo con su gente tanto secreto en el caminar como hombres que iban a casa ajena a hurtar, y por no ser sentidos ni vistos, mataban a todos los yanaconas e indias de servicio que hallaban. Y sin ser sentidos se allegó a la ciudad muy junto. Dios nuestro Señor y benigno padre, que siempre de sus hijos tiene cuidado, fue servido socorrer sus solos y pelegrinos cristianos e inspiró y alumbró en un principal, amigo de los cristianos, indio que le servían. Y no le daban por este respeto parte de estos negocios ninguno de los otros caciques. Antes le querían mal porque era amigo de los cristianos. Díjole al teniente cómo sabía que en aquel momento había llegado Michimalongo con diez mil indios, y que estaba muy cerca de la ciudad, y que lo sabía por un indio suyo que se había huido del real de Michimalongo, y que venían repartidos en cuatro partes y que habían de dar en la ciudad.

Luego que el teniente supo la nueva, mandó apercebir su gente y cabalgar los de a caballo. Repartiólos en cuatro cuadrillas, cada una de treinta y dos de a caballo. Dio a Francisco de Villagran, la otra a Francisco de Aguilar y la otra dio a Juan de Avalos, otra tomó para si, dándoles aviso a cada cuadrilla acudiese a su cuadrillero y que cada cuadrillero acudiese a la plaza si fuese menester. Escuadra eran veinte y dos hombres de a pie, había entre ellos algunos arcabuces y ballestas. A éstos de a pie mandó el teniente que guardasen a los caciques que estaban presos. Mandó echar las velas acostumbradas y rondar por de fuera de la ciudad, en domingo once de septiembre del año de mil y quinientos y cuarenta.

Allegados los indios de guerra a la ciudad, visto que eran sentidos de las centinelas, dieron un alarido muy grande como ellos lo tienen por costumbre. Acometieron al cuarto del alba con toda su furia, echando fuego que traían escondido en ollas, y como las casas

eran de madera y paja y la cerca de los solares de carrizos, ardía muy de veras la ciudad por todas cuatro partes.

Luego los de a caballo salieron por sus partes con gran ímpetu y alanceaban con todo ánimo por vender bien sus vidas y defender bien sus casas y hacer lo que debían. Como era de mañana antes del día, a la luz de la lumbre que ardía, detrás de los cestos flechaban los indios a los cristianos a su salvo, y los españoles alanceaban a los indios que fuera de los cestos estaban, tantos en cantidad, que apenas podían los de a caballo romper en ellos. Y si guerra le hacían los indios, grande se la hacía el humo, y ellos la sufrieron y pasaron hasta que el día vino. Y a esta hora allegaron otros indios de refresco. Ya que la luz dio lugar a que mejor se aprovecharan los españoles, con ayuda del cielo comenzaron más de veras la guazábara o batalla, tan reñida que era cosa admirable. Los españoles, por defender tan justa causa, peleaban como lo suele hacer en las necesidades, y los indios prosiguiendo su determinación peleaban como aquellos que defendían su patria. Que con pasar doce de a caballo por entre ellos de tal manera que siempre dejaban indios muertos. En esta sazón supo el teniente que venían indios de refresco y que acometieron por todas partes, y entre ellos venía un capitán con mil indios que acometiesen a la casa donde estaban los caciques presos, que era la del general, y le pusieron fuego, y puesto por fuerza de armas sacasen de la prisión al cacique Quilicanta y los demás caciques. Y como hallaron gente que se lo defendían, tardaron hasta que el teniente lo supo, que vino a socorrer aquel lugar más peligroso.

Cuando llegó al patio, vio que estaban en gran prisa los veinte y dos cristianos con los indios por defenderles la casa y cacique. Acudía más gente de refresco que se henchía el patio, que era grande. Y como vido arder la casa, apeóse con toda furia, peleando rompió de presto, temiendo que el fuego no le daría lugar a entrar a matar los caciques que estaban presos, haciendo la cuenta cierta que si mataba a los caciques, era deshecha la guerra.

Y cuando llegó a la puerta de la casa, salió una dueña que en casa del general estaba, que con él había venido sirviéndole del Pirú, llamada Inés Suares, natural de Málaga. Como sabía, reconociendo lo que cualquier buen capitán podía reconocer, echó mano a una espada e dio de estocadas a los dichos caciques, temiendo el daño que se recrecía si aquellos caciques se soltaban. A la hora que él entraba, salió esta dueña honrada con la espada ensangrentada, diciendo a los indios:

"Afuera, auncaes --que quiere decir, traidores--, que ya yo os he muerto a vuestros señores y caciques", diciéndoles que lo mismo harían a ellos y mostrándoles la espada. Y los indios no le osaban tirar flecha ninguna, porque les había mandado Michimalongo la tomasen viva y se la llevasen. Y como les decía que había muerto a los caciques, oído por ellos y viendo que su trabajo era en vano, volvieron las espaldas y echaron a huir los que combatían la casa. Y el fuego ardía por todas partes. Y como los indios andaban dentro de la ciudad, peleaban con los españoles y aquel campo estaba más seguro. Llegó el teniente a esta dueña e indias de su servicio que con ella estaban en aquella casa recogidos, púsolas todas en un sitio bueno con los veinte y dos españoles, y dejando el teniente a recaudo esta gente, fue a socorrer a la cuadrilla que más necesidad tenía, y

halló que los indios les habían ganado ciertas casas y de allí le ofendían malamente. Y cuando los indios mataban un caballo daban muy gran alarido dando a entender que se animasen, que ya tenían uno menos de sus enemigos.

Mandó luego el teniente llevar los malheridos a donde aquella dueña estaba, y ella los curaba y animaba. Ya la ciudad en esta sazón estaba casi ardida. Recorriendo el teniente los cuadrilleros y a la parte que más necesidad había como buen capitán, acometían tan recio que parecía que entonces comenzaban matando e hiriendo. Era cosa admirable de ver.

Y dos horas antes que el sol se pusiese apretaron los españoles de tal suerte con los indios que aunque estaban cansados e muchos de ellos malheridos, los indios no osaban salir de la ciudad por temor de los caballos, a causa de ser las salidas de la ciudad llanas e los montes para acogerse lejos. Mas en fin, no pudiendo sufrir a los cristianos, determinaron de salir de la ciudad y aun tenían por bien dejarla. E como era campo ancho y largo, los de a caballo, aunque cansados, no dejaban de alcanzar algunos.

Prendiéronse muchos. E preguntándoles que por qué huían tan temerosos, respondían: porque un viracocha viejo en un caballo blanco vestido de plata con una espada en la mano los atemorizaba, y que por miedo de este cristiano huyeron. Entendido los españoles tan gran milagro, dieron muchas gracias a nuestro Señor y al bienaventurado apóstol señor Santiago, patrón y luz de España. En esta batalla murieron ochocientos indios y los indios mataron dos españoles y catorce caballos.

## CAPITULO XXXIX

*Que trata de cómo habida la victoria lo hicieron saber al general Pedro de Valdivia e de lo que hizo llegado a la ciudad*

Habida la victoria, dieron inmensas gracias a nuestro Señor por tan grandes mercedes como les había hecho y victoria que les había dado. Luego el teniente hizo mensajeros al general, dándole a entender y cuenta del suceso y victoria que por mano de Dios y ayuda del bienaventurado apóstol señor Santiago hubieron.

Y sabida la nueva por el general, mandó a su maestre de campo que luego mandase cargar de bastimento a todos los indios yanaconas, y se viniesen con toda brevedad, porque él se partía por la posta a remediar y animar con su presencia. Luego lo puso por obra para ver a sus amigos y hermanos que tenían necesidad.

Allegado a la ciudad le dio muy gran tristeza verla quemada y los españoles heridos. Y admirándose de ver tan gran mortandad en la plaza y calles y patios de las casas, luego mandó el general hacer grandes hoyos y enterrar todos aquellos indios muertos. Y vista la ciudad de la suerte que estaba, dio muchas gracias a nuestro Señor, consolando a los españoles les habló en esta manera:

"Excelentes varones, para contrastar a fortuna tan contraria y para tan gran necesidad sacad fuerzas de flaquezas, porque éste es merecer para con Dios, pues veis claramente que nos tiene y sostiene y defiende con su mano. Ya vemos, estando tantas veces sin otro remedio sino el de Dios nuestro Señor, nos favorece y nos ampara y tristes nos alegra, abriéndonos harta, y entre nuestros adversos nos defiende, así agora, y siempre que tuviéremos firme fe y confianza en su gran misericordia, gratificará vuestros inmensos trabajos y remediará nuestras adversidades. Su Majestad tendrá noticia y gratificarnos ha, y con más liberalidad nos hará las mercedes tan bien merecidas.

"Por tanto, señores y hermanos míos, me parece que se entienda reedificar nuestra ciudad y estar recatados. Y démonos a sembrar y criar, y no esperemos que los naturales nos lo den, ni nos lo darán, ni de ellos lo habemos de haber. Tomemos ejemplo de los romanos que por esta vía y camino, contrastando a fortuna haciéndose a los trabajos, sojuzgaron y señorearon el mundo. Más justa y más cierta es nuestra razón, pues lo hacemos con celo de cristiandad, ensalzando nuestra Santa fe católica y ensanchando nuestra religión cristiana, pues en ello ganamos gloria para el ánima y descanso y quietud para el cuerpo, pues haciendo esto, hacemos como varones. Tengamos como os he dicho, esperanza y confianza a nuestro Señor Jesucristo e reedifiquemos esta ciudad a su santo nombre y sustentemos esta tierra. E yo por lo que a mí toca y a todos, procuraré con toda diligencia enviar por socorro a Pirú, porque tantas necesidades no se padescan".

Dichas estas y otras razones que convenían, se animaron todos los españoles y luego se pusieron con ánimo deliberado a todo el trabajo que les podía venir y dijeron que mandase su merced que ellos estaban prestos para obedecer.

El general se lo tuvo de parte de Su Majestad en señalado servicio y les prometió en su cesáreo nombre muy largas mercedes, y de su parte por lo que le tocaba, se lo agradecía, diciéndoles que Su Majestad, sabidos sus trabajos, se lo gratificarían y les harían otras mayores mercedes andando el tiempo y perseverándoles servir.

## CAPITULO XL

*Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia mandó reformar la ciudad de Santiago y se dieron a criar y sembrar*

Quemada la ciudad, dio el general orden en cómo tornaron a reedificarla, y con un principal y sus indios hicieron la iglesia, trabajando cristianos e indios, así en hacer adobes como en asentarlos y traer la madera y paja de los campos. Todo el verano que fue aquel año largo, se ocuparon en reformar la ciudad.

Y además de estas obras tan convinientes tenían otras, que sin ellas no podían pasar ni aun vivir, que era hacer sementeras de maíz, las cuales se hacían y hacen a la entrada del verano, porque así se usa, y sustentarla con riego por acequias. Y el maíz que se sembró se buscó y sacó con gran trabajo de donde los indios enterrado lo tenían, porque todo el

maíz y gallinas y puercos que tenían, con la mísera ropa se quemó cuando la ciudad, que no se salvó sino lo que traían vestido y armado y un poco de trigo que había hasta la cuarta parte de un celemín. Y escaparon dos cochinas y un cochino y un pollo y una polla y una gallina, que fue la multiplicadora y sacadora de todos los pollos, de suerte que le llamaron madre Eva.

Demás de estos excesivos trabajos tenían otros muy graves que era no dormir, guardando las sementeras de los indios que no las viniesen arrancar, y guardar los yanaconas no nos los matasen, y guardar la ciudad que no la quemasen.

En este continuo trabajo estuvieron hasta el invierno y entrado el otoño, que es por el mes de abril, mandó el general que sembrasen aquel poco de trigo. Y para sembrarlo convino que el general habló a todos los españoles, porque a los conquistadores se les hace grave el sembrar y cultivar la tierra, principalmente aquellos que lo dejaron en Castilla. La plática fue ésta:

"Amigos y compañeros míos, habéis de saber que el maíz en esta tierra no bastará a sustentarnos, y es cosa muy necesaria y nos conviene sembrar este trigo, aunque poco, porque será Dios nuestro Señor servido multiplicarlo, y en dos veces que se siembre, guardándolo tendremos a la tercera mucho que podemos comer y hacer grandes sementeras, y será más parte para podernos sustentar que con el maíz".

Sembrado este trigo se dieron doce fanegas de trigo aquel año, y el segundo hubo mucho. Multiplicaron las cochinas y cochinos en este tiempo, tantos que no había falta. En el tiempo que esto se multiplicaba lo reservábamos con caza, que había mucha. Y así se multiplicaba y tenían grande aparejo por ser la tierra cálida, y con caza de perdices, que hay muchas, y con carneros salvajes, que llaman guanacos, que tiene uno tanta carne como una ternera.

Aunque los naturales no nos daban lugar todas veces a cazar, comíamos chicharras, que son unas que cantan en el estío en Castilla encima de los almendros, que hay harta cantidad en esta tierra en algunas partes. Y para cazar estas chicharras tomábamos unas talegas, en callentando el sol vuelan, y ya que se pone el sol, pónanse en unos arbolicos pequeños que hay cabe las acequias. Y cuando queríamos ir a caza madrugábamos. Muy de mañana íbamos aquella parte que más de éstas había, y como era de mañana, tomábamoslas sin que se meneasen y echábamoslas en las talegas que llevábamos. Ya traíamos qué comer. Era caza cierta mientras el verano nos duraba. Es buen mantenimiento para los naturales.

Como los naturales vieron reedificada la ciudad y nos dábamos a hacer sementeras, entendieron que no teníamos voluntad de nos volver, ni dejarles la tierra, porque ellos creído tenían muy de veras que habíamos de hacer la vuelta, como la hizo el adelantado don Diego de Almagro, y con esto pusieron tanta diligencia y tanta solicitud en hacernos la guerra, que convino al general hacer dos partes de la gente que velaban y guardaban las sementeras hasta cogerlas después. Al sembrar iban todos juntos.

Y viendo los naturales el recaudo que en esto ponían los cristianos, acordaron hacernos otra nueva guerra en no sembrar ellos y mantenerse de cebolletas que la tierra produce, y de ello perecían. Y tenían por más seguro partido perder las vidas que servir a los cristianos. Esto procede de gente silvestre, faltos de amor y caridad, y por ser tan avasallados del demonio, que los atrae a la muerte antes que vengan al conocimiento de la verdad por la amonestación de los cristianos. Y de engañados del demonio, permiten antes morir como ciegos que vivir con vista ganada por nuestra conversación y amonestación.

## CAPITULO XLI

*Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia para reparo de su gente y bastimentos hizo una casa fuerte y de cómo despachó al Pirú por tierra a traer socorro*

Viendo el general la gran osadía de los indios y la poca posibilidad que los cristianos tenían, porque estaban con gran congoja. Si tornaban a hacer otra junta, les arrancarían las sementeras y les tornarían a quemar la ciudad, y haciendo esto les podían poner en mayor necesidad que la pasada. Representándosele los daños que se le podían recrecer, otros demás de los dichos, acordó por poner su gente en recaudo y los bastimentos en cobro, elegir los de a caballo que saliesen a correr el campo dos compañías, y el general con la demás gente española y yanaconas que hiciesen adobes. E hicieron mucha cantidad, de los cuales hicieron un cercado que tomó cuatro solares, que es una cuadra, y tenía cercada en alto dos estados y de dos adobes y medio de grueso, y cada adobe, media vara de medir de largo. Tenía las esquinas de la cuadra una pequeña torre baja con sus troneras, porque aquélla bastaba para defensa de aquellas gentes.

Hecha esta fuerza, tuvo el general y sus españoles el ánimo reposado y el espíritu seguro. Con esto cuando había grito de indios, recogíanse en el fuerte y todo el servicio allí estaban seguros, y tenían sus bastimentos allí encerrados y guardados. Y teniendo esto a recaudo, salían con todo ánimo los españoles a correr la campaña y usar la guerra, y guardaban sus sementeras.

Viendo el general que con estos buenos ardidés y buen recaudo no le faltaban graves trabajos, acordó enviar por socorro al Pirú y envió a su teniente Alonso de Monrroy. Lo uno, porque serían en más cantidad, lo otro, viendo los indios que venían más cristianos, entenderían que era seña que no se irían los que estaban, y costreñirles ya la necesidad y ocasión a venir de paz y servir. Y para esto envió a su teniente, como he dicho, con cinco compañeros en los mejores caballos que había, y que de todo diesen relación al marqués don Francisco Pizarro del suceso que acá les había sucedido y que proveyese de gente y socorro, y le diesen la embajada y despachos.

Acordado esto, mandó hacer de las herraduras viejas que había entre todos y de los estribos de los seis caballos y de los pomos y guarniciones de las espadas, hicieron herrajes y clavos. Y dio a cada uno siete mil pesos y seis herraduras y cien clavos, y de

este oro hicieron estribos y pomos y guarniciones de las espadas y colleras a los cuellos. Junto con esto les dio la orden que habían de llevar para se gobernar por el camino, y que fuesen a noche y mesón, porque eran pocos, y los indios de los valles de Copiapó y los demás, traidores y cautelosos carniceros, estaban de guerra, y había ciento y tantas leguas de despoblado, y mirasen no se descuidasen.

Y con esta plática los despidió y envió, encargándoles lo dicho y la buena diligencia que en aquello pusiesen y en volver breve, y que mirasen la necesidad y trabajo en que quedaban. Esto encargó mucho a su teniente Alonso de Monrroy y a sus compañeros. Y salieron de la ciudad de Santiago para el Pirú por tierra, a veinte y seis de diciembre del año de nuestra salud de mil y quinientos e cuarenta e un años.

## CAPITULO XLII

*Que trata de cómo sabido por el general Pedro de Valdivia las cautelas en que andaban los indios y cómo querían venir otra vez a la ciudad y de cómo salió a ellos*

Conociendo el general las cautelas de los indios que no los dejaban reposar, acordó darles en que entender y tomar aquello con sus españoles por principal intento. Salió con sesenta hombres y fue a deshacerles los pucaranes o fuerzas que los indios tenían en sus provincias, porque de allí hacían el daño que podían y se acogían a ellas. Y de esta suerte andaban para este efecto cotidianamente veinticinco de a caballo, y pasados diez días o quince volvíanse a la ciudad y salían otros tantos con otros caudillos, y con esta diligencia no les dejaban reposar. Y viendo los indios que no tenían una hora de sosiego, trabajaban de alejarse.

Y sabiendo el general que los indios hacían en alguna parte alguna junta, para deshacerla trasnochaba con sus amigos, los que dicho habernos, y salía a prima noche y daba en ellos aquella noche u otra y desbaratábalos. Y tanto los perseguía que decían los indios que no era hombre mortal, porque aún no acababan de pensar la cosa cuando él ya la sabía por entero. Y para efectuar esto siempre tenían lengua y aviso de lo que los caciques acordaban y pensaban hacer. Y de esta manera supo cómo todos los caciques y naturales de la tierra se iban a la provincia de los pormocoes a una fuerza que allá tenían hecha, con propósito de no servir y con voluntad que, teniendo sus mujeres e hijos allí seguros, saldrían y vendrían a hacernos la guerra hasta la ciudad y matarnos la gente que nos servían, cuando más no pudiesen arrancarnos nuestras sementeras, teniendo ellos por muy cierto que haciéndonos esta mala obra y peor hospedaje, aborreceríamos la tierra y la dejaríamos.

Junto con esto avisaban con mensajeros secretos a los indios de la tierra que nos servían, porque más no podían por ser cercanos a la ciudad y tierra llana, que se fuesen a sus tierras de los pormocoes, porque allí decían que había anchura para sembrar y poblar y que no nos sirviesen, que ellos se la darían de muy buena voluntad, y haciendo cuenta que no teniendo quien nos sirviese, dejaríamos la tierra, y que si hasta en aquel punto no



lo habíamos hecho, era la causa habernos ellos servido y hecho nuestras casas y sementeras.

Todas estas amonestaciones no bastaban porque no era en su mano de los pocos que servían, porque tenían por más seguro partido sirviendo gozar de su tierra y natural, y salvos de no ser perseguidos y muertos ellos y sus mujeres e hijos. Y con este buen suceso estaban y tenían las vidas seguras, aunque les parecía grave y muchos se convertían con gente que es amiga de novedades, y se iban a las fuerzas con los otros que les amonestaban.

Viendo los indios que en las fuerzas estaban, cómo los demás que servían no querían, y que de nosotros no se podían aprovechar por el gran recaudo que el general con su gente tenía y en todo ponía, y viendo que había todavía gente comarcana al valle de Chile y a esta ciudad que nos servía, y que con sus amonestaciones no los podían arrancar de su tierra y de nuestro servicio, tomaron otro nuevo modo de insistir y provocar a la guerra y a que fuesen nuestros adversos y mortales enemigos. Y en esto que pensaron los pormocoes hallaron en los amigos aparejo. Y avisáronles que todos los que nos servían atrajesen a otros cercanos a servirnos cautelosamente, y cuando les fuese dado aviso, que a una y en un día y punto diesen todos los unos y los otros en los cristianos. Aceptaron el aviso y estaban confederados en nuestro daño.

Como el general en esto tenía muy gran recaudo y astucia en saber los secretos de los indios, en breve supo el acuerdo y cautela que ordenada tenían, y sabido mandó secretamente a treinta peones con todas las ballestas que había y algunos arcabuces. Aquel día a puesta de sol mandó salir un caudillo con aquella gente, porque indio ninguno no supiese cosa alguna de lo que pensaban hacer. Y avisóles que caminasen toda la noche, porque venido el día se emboscasen, porque sentidos no fuesen, y mandóles caminar aquella noche a la contra de donde habían de ir, porque al tiempo que salían de la ciudad había indios amigos fingidos, y viendo que iban a otra parte no avisaban la verdad, ya que avisasen, y de esta suerte no les era descubierta.

Otro día de mañana después de haber oído misa, mandó apercebir cuarenta de a caballo. Dejando buen recaudo en la ciudad mandó que le siguiesen y fue por el camino que la gente de pie había salido. Caminó todo aquel día. Después de haber allí reposado y descansado los caballos y habían comido, habló el general a todos generalmente, que habría hasta sesenta hombres:

"Señores y hermanos, yo he sabido que toda la gente de la tierra, pormocoes y los demás, se han recogido a sus fuerzas por no servirnos, sino hacernos la guerra. Han concertado que mañana estarán todos avisados y juntos para dar en nosotros. Y los que están por amigos también están a una con los demás para nos ofender, y a no remediarlo con toda diligencia, podrían salir con su ruin intención, y porque tuve por cierto acertar en esto, salí a ellos antes que ellos fuesen a nosotros, y acometer antes de ser acometidos. Junto con esto tengo aviso que cerca de aquí van algunos caciques y principales con alguna gente de esta provincia de Mapocho a los pormocoes.

"Pues, señores, a todos nos va en ello, démonos buena mana y priesa y alleguemos esta noche y mañana demos en su fuerza, y no dejemos juntar la gente que va a juntarse con ellos, porque nos conviene, pues fácilmente se puede hacer desbaratar los que van, porque sean menos los que están. Y quebrada aquélla, iremos con ayuda de nuestro Señor a quebrarles a los demás la hiel y darles a entender que no bastan sus ardidés y cautelas para contra los españoles, ni tener cosa fuerte".

Respondieron todos que era muy bien acertado que prosiguiesen su jornada y que deshiciesen aquel nublado, porque deshecho estarían en paz, o a lo menos en alguna quietud.

Acabada la plática comenzaron a marchar con buena orden, y pasada medianoche alcanzaron la gente que se iba a ensotar al fuerte, y diéronse buena priesa y maña en que prendieron y mataron toda la gente que hallaron y alcanzaron. Y siguiendo aquellos tropeles de indios y desbaratándolos, allegaron a lo último y mataron algunos y prendieron a muchos. Prendiéronse ciertos caciques y principales. Sabido por el general que ya estaban cerca de las afueras y que no iba más gente adelante de la desbaratada, reposó allí algunos días.

### CAPITULO XLIII

*Que trata del suceso que a los seis de a caballo que al Pirú iban les sucedió en el camino*

Caminando estos seis compañeros llevando por caudillo a Alonso de Monrroy, por sus jornadas. No muy seguros de los indios que en cada valle topaban. De esta manera llegaron al valle de Copiapó, y entrando en él fueron a una chácara a tomar comida para luego pasar adelante. Ya tenía cada uno su carga de maíz cogida y a las ancas del caballo puestas para proseguir su viaje, y esto hacían temiéndose de los naturales, y estando en esto que se querían salir de la chácara, vinieron a ellos dos capitanes indios del valle, que el uno se llamaba Cateo y el otro Ulpar, y traían consigo cincuenta indios de guerra. Luego los españoles se apercebieron. En esto dijo el un capitán Cateo que no venía a pelear, sino que los enviaba a llamar un cristiano que a la sazón en el valle estaba. Y este cristiano que estaba en el valle era de ocho que vinieron tras del general y mataron a los siete, y éste le dejaron los indios. Esto hicieron estos indios por asegurarlos. Visto por el capitán Alonso de Monrroy lo que los indios decían, les preguntó que dónde estaba aquel cristiano, y le dijeron que allí junto estaba. Y mandó el capitán que cabalgasen aquellos capitanes indios a las ancas de dos de ellos y que fuesen a ver si era verdad lo que decían. Y ellos cabalgaron luego con apercebimiento que les dio a los que los llevaban, que si en algo los hallasen mentirosos, les diesen de puñaladas, cada uno al que llevaba, y luego que diesen en los demás indios.

Caminaron obra de media legua donde hallaron el español que les habían dicho. Y llegados que llegaron, salió el español a ellos llorando de placer de ver españoles, que había nueve meses que estaba allí en poder de indios. Y abrazóronle todos y se holgaron

con él, y le preguntaron por los caciques. Y les dijo que estaban seis leguas de allí huidos, pensando que venían más españoles, porque ya tenía noticia de como venían. En lo cual les dijo este español que le enviasen un caballo y mensajero al cacique, que no deseaba sino ver un capitán para salirle de paz, el cual le envió al capitán Alonso de Monrroy, y quedaron allí por aquella noche.

Otro día siguiente en la tarde vieron venir toda la gente del valle a punto de guerra, y el cacique Aldequín encima del caballo que le habían enviado. Visto por el capitán Alonso de Monrroy como venían los indios, dijo al español que hallaron allí: "Mucha gente es ésta para venir a servir y de paz, y vienen a punto de guerra".

Respondió Gasco, que así se llamaba aquel español:

"Es usanza que tienen entre ellos, que aunque vayan a la chácara, cuando van hacer las sementeras, van con sus armas en las manos. Sálgale vuestra merced a recibir".

Tanto le importunó que salió el capitán y otro compañero, avisando a los demás que estuviesen a punto. Llegando a donde venía el cacique en medio de su gente, se quitó el arco de las manos como vido Alonso de Monrroy y diolo a un paje, y saludóle conforme a su usanza. Y de esta manera se fueron todos a una ramada y casa grande que era de aquel señor, y allí se asentaron. Y luego mandó traer de comer para los españoles, y empezó a disculparse con el capitán Alonso de Monrroy, que si hasta allí había hecho guerra y muerto cristianos, que no tenía él culpa, sino otro señor que arriba en el mismo valle estaba.

Estuvieron aquel día y la noche los españoles, y retrujéronse a su dormida, aunque en toda la noche no durmieron sueño ni se apearon de los caballos, velando por sus cuartos. Venida la mañana dijeron que se querían ir otro día siguiente, y entre ellos estaba concertado de seguir aquella noche su camino y dejar aquella gente, si no fuera por aquel español que allí estaba, que les dijo tanto que los aseguró. Y visto los indios su determinación, dijeron que les querían hacer una ramada para en que estuviesen, y esto fue para ellos tener entrada entre ellos y efectuar su intención. Y haciendo aquesta ramada, en achaque de traer recaudo, traían sus armas secretamente debajo de sus mantas. Dieron en los españoles por todas partes de tal manera que luego mataron los cuatro españoles.

Visto por el capitán Alonso de Monrroy, él y otro compañero cabalgaron y dieron dos y tres vueltas rompiendo por todos los indios. Y visto que no tenían remedio ni eran parte para tanta gente, salieron de entre ellos y tomaron su viaje, y se metieron por el despoblado, aunque llevaban los caballos bien heridos y ellos bien fatigados de sed y heridos.

Salió del valle detrás de ellos el capitán que se decía Cateo, y ellos con todo su trabajo revolvían sobre los indios y aún les daban en qué entender. Y como no llevaban lanzas no eran parte para ellos, y los siguieron una legua, y como los indios vieron que se defendían, se volvieron al valle, y los dos españoles siguieron su camino y anduvieron

tres días que no atinaron con el camino real, y como les fatigaba la sed y hambre y los caballos fatigados, no tenían remedio sino el de Dios, y volver donde habían salido. Y visto por el cacique que los indios se habían vuelto sin llevar las cabezas de aquellos dos españoles, mandó a este mismo capitán que se apercibiese con sesenta indios y que llevasen comida y agua, y que no volviesen sin traer las cabezas de aquellos españoles, y que les siguiesen hasta Atacama.

Y estando estos dos españoles para volver, se llegó este capitán a ellos con su gente, y visto por los españoles los indios, con todo su trabajo querían más morir peleando que no darse. Visto por el capitán indio que los dos españoles se venían para ellos para defenderse, les dijo en lengua del Cuzco:

"Ama raca -que quiere decir, esperaos que os quiero hablar primero- A mí me ha mandado Aldequín que os lleve vivos allá y que no tengáis miedo, que como tiene vivo aquel cristiano que hallastes en el valle, que así lo hará con vosotros".

El capitán Monrroy, visto que ya tenían habla con los indios, preguntóle que si traían agua que le diesen a beber y que luego los matase si quisiese. Dijo el capitán indio que él traía allí una poca de agua, mas que primero que la diese le habían de dar las armas. Y visto el capitán Monrroy el partido dijo que le placía y: "hela aquí la espada", y con la otra mano tomó el vaso del agua el capitán Monrroy, y otro tanto hizo el otro que venía con él. Y desque hubieron bebido, les juró el capitán indio que no les querían matar sino llevarlos vivos a su señor. Y así se fueron con él. Y en el camino tardaron cuatro días, y en la mitad de esta jornada toparon otro capitán con otros sesenta indios que venían en su busca.

A la entrada del valle les dijo el capitán indio:

"Cristianos, la usanza de esta tierra es que cualquiera prisionero que entre en él, son obligados los capitanes que te traen a meterles las manos atadas y sogas a la garganta", y así se las ataron y llevaron al cacique.

## CAPITULO XLIV

*Que trata de cómo llevaron a estos dos españoles al valle y de lo que los indios usaron y la maña que tuvieron para escaparse*

Llegados que fueron a la entrada del valle, como dicho habemos, les ataron las manos y les echaron sogas a las gargantas. Ya los señores sabían como los llevaban presos, y así estaba toda la gente del valle junta esperándolos. Y de placer que tenían de cómo los llevaban, se emboscaron doscientos indios con sus capitanes y su orden muy buena, y los que traían a los cristianos también la traían. Y al tiempo que llegaron, salieron éstos de la emboscada para quererles quitar la presa, y los que lo llevaban por defenderlo, trabaron una escaramuza que era cosa de ver, aunque los españoles no lo tenían a buena señal. Y con esta escaramuza y regocijo los llevaron hasta donde estaban los señores y los

presentaron ante ellos, y ellos hicieron su acatamiento a usanza de los indios, por aviso que les dio aquel español que allí estaba con ellos, y que les besasen los pies, y así lo hicieron.

Y presentados ante ellos les volvieron los rostros hacia el oriente, mirando al sol. Y luego salió un indio vestido como un clérigo, éstos están dedicados para aquel efecto, con una hacha en las manos, y se puso hacia el sol haciendo un parlamento en su lengua y adorándole y dándole gracias por la victoria que habían tenido. Y con aquella hacha amagaba a los dos españoles ciertas veces, como que les querían hender las cabezas. Y hechas estas ceremonias, les volvieron los rostros al señor y tornaron a hacer su reverencia. Y mandó que se asentasen como ellos lo acostumbraban, y luego les mandaron traer de comer, y lo mismo a toda aquella gente que allí estaban. Acabado de comer los españoles, se levantó una señora, hermana de Aldequín, a la cual tenían mucho respeto, y de lástima de ver a los españoles tan desfigurados y maltratados, tomó dos vasos del vino que ellos beben, y bebió ella el uno y dio el otro al capitán Monrroy, y lo mismo hizo al que estaba con él, porque esa ceremonia se hace entre ellos, que dando de beber semejante señora a cualquiera prisionero está cierto que no morirá por aquella vez.

Estuvieron en esta prisión tres meses, y en este tiempo los llevaron a quererlos sacrificar. Y el capitán Cateo, que es a quien ellos se dieron a prisión, siempre procuró de sustentarlos y favorecellos, como lo hizo, porque se lo prometió cuando a él se dieron. Y esta señora por su parte, era gran parte con el hermano Aldequín, y él mismo por contento de su hermana y de este capitán, excusaba por todas vías que no muriesen, mas de los otros señores eran perseguidos por las grandes quejas que venían de los valles atrás por donde habían pasado.

En este tiempo, visto los españoles que ya andaban con ellos de mala, determinaron de darse diligencia en cómo se irían. Ya en este tiempo los indios los dejaban cabalgar en los caballos y los tenían descuidados, y como se vieron con caballos pensaron su deliberación, y hubieron un cuchillo y unas tijeras, con lo cual tenían ordenado de matar a Aldequín, porque muerto este señor no tenían temor de los demás.

Y así con este acuerdo, viniendo un día de un pueblo que era cuatro leguas de donde solían estar, y viniendo por el camino Aldequín a caballo, luego los dos españoles determinaron de poner por obra lo que tenían concertado, y viniendo por este camino llegóse el uno al otro y prometieron de que muerto el señor, de ir y proseguir su viaje o en la demanda morir, y pedir el socorro en los reinos del Pirú al marqués don Francisco Pizarro porque iban, y llevar al otro español consigo, que fue parte de que a ellos les aconteciese aquella desgracia, por fiarse de él como de español.

Y viendo tiempo oportuno para efectuar su propósito, se allegaron, y el otro español iba delante, que no sabía nada del concierto, porque no le osaban dar parte. Y llegándose el capitán Alonso de Monrroy a Aldequín, con un cuchillo que llevaba le dio dos puñaladas, y visto, el otro su compañero arremetió a un indio para quitalle una espada que llevaba, que era de Aldequín, y se la quitó. Y como se vio con la espada, volvió a Aldequín, que

iba huyendo con la rabia de la muerte, y diole una cuchillada que le derribó luego. Y aquí se rehacía otro señor que a la sazón estaba allí, que era del Guasco, con unos indios que tenía. Y visto los españoles que se ponían en arma, arremetió el uno a él y huyeron los indios.

Y el capitán Alonso de Monrroy se allegó al otro español, al cual halló muy triste de lo que habían hecho. Y el capitán le decía muchas cosas animándole que se fuese con ellos, porque ya no tenían remedio de quedar en el valle. Y respondióle:

"Pues ¿cómo, señor, esto así se había de hacer sin darme a mi parte? que agora no tenemos remedio para irnos tan larga jornada", que no tenían herraje, ni de comer para entrar en tan gran despoblado, y que se volviesen a Mapocho que era más cerca. Y el capitán le respondió que su compañero tenía escondidos ochenta clavos de herrar y un martillo, y que él tenía cuatro herraduras que bastaban, porque él había de ir a lo que había de ir o morir en la demanda. Y estando ellos en esto, el otro español andando por el campo topó dos carneros que traían los indios cargados de bastimento. Y les tomó dos taleguillas de maíz y fuese donde estaba el capitán Monrroy con el otro español. Llegó a ellos y le dijo:

"¡Veis aquí donde traigo comida!" Y dio la una talega al español que había estado en aquella tierra, y con esto tomo ánimo, porque no le tenía.

Tomaron su camino según lo que tenían de pasar. Y los indios del valle de Copiapó tenían por guarda de los españoles tomados los caminos, y en el Chañaral toparon diez indios que habían de cumplir su guardia, que estaban quince y veinte días, y se remudaban en este tiempo. Y venían los indios cargados de sal, y como los indios lo vieron, dejaron las cargas y huyeron, barruntando el daño que habían hecho. Y corrieron tras de ellos y tomaron un indio, el cual les contó que ellos se iban y quedaban otros diez indios guardando que no se huyesen, y para dar aviso si del Pirú venían cristianos y que para este efecto habían estado allí.

Los españoles siguieron su viaje y a donde quedaban los otros diez indios, que era seis leguas de allí, pasaron de noche porque no fuesen sentidos. Y así llegaron a los reinos del Pirú con harto trabajo que pasaron de sed y hambre. Estuvieron tres meses en esta prisión, y no supo el general el suceso de ellos hasta que volvieron con el socorro. El compañero que escapó con Monrroy se decía Pedro de Miranda, natural de las montañas.

## CAPITULO XLV

*Que trata de cómo llegó el general Pedro de Valdivia con su gente a la fuerza de los indios y de lo que allí hizo*

Habiendo reposado el general Pedro de Valdivia con su gente, comenzó a marchar contra la gran fuerza de los indios toda la noche y habiendo bien caminado, cuando amanecía vieron muy cerca las albarradas y fuerzas donde estaban los indios y toda la gente de los

pormocaes y de la provincia de Mapocho. Tenía este monte seis leguas de latitud y siete de longitud. Era tan espeso que no podía entrar un caballo por él, si no era por alguna vereda que los indios a mano tenían hecha para su entrada y salida. Allegados allí, el general comenzó a entrar dentro por el camino de los indios angosto, y se allegó animando a sus compañeros como debía y usaba hacer. Iban de uno en uno atollando y tropezando en los maderos, donde pasaron un mal paso de agua y cieno y maleza el general con sus guías y lengua. Allí fue avisado de la guía, cómo muy cerca estaba un chico compás de llano sin monte y sin agua, y que allí estaban por la orilla del arboleda mucha gente de guerra ensotada para herir a los cristianos. Paró el general antes de ser descubierto fuera del monte para aguardar a sus compañeros que venían uno a uno, y de que vido que era hora salió con todos a lo llano pareciendo.

Y visto por los indios, alzaron tan gran vocería que parecía que todo el mundo estaba allí y que los montes se asolaban y talaban. Y como voceaban en parte cerrada, resonaba el eco de la voz más claro y causaba grave temor. Y como los indios tienen por costumbre para animarse dar voces altas, no cesaban, y con esto gran flechería que parecía nube de granizo.

Como el general era animoso y los compañeros no medrosos, arremetieron como debían y usaban. Y matando e hiriendo, hicieron en breve huir los indios, y dejar el raso o llano sin impedimento alguno. Allí se ayuntaron todos los españoles con el general. Y mandó luego que quedase allí un caudillo con doce hombres y que guardasen todos los caballos que allí dejaron porque no podían pasar adelante, porque a pie habían de entrar en el fuerte, que estaba tal que apenas entraban los de a pie. Repartió el general la gente en caudillos con tres caudillos, y dioles orden para el combate del fuerte, y cómo se habían de poner para dar la batería y socorrer a la parte más necesitada.

Con esta orden y buen concierto marcharon contra la fuerza que cerca estaba, donde primero que allá llegasen pasaron otra ciénaga o tremedal. Y pasada con gran trabajo, fueron vistos de los indios que dentro de la fuerza estaban, y alzaron gran alarido y dispararon sus flechas en tanta cantidad que era cosa admirable. Y los españoles sirviéronles de arcabucería y ballestas. Trabajaron los indios y pelearon por defender la entrada a los cristianos, y ellos por ganarla. Pelearon gran rato. Y el general socorría y animaba de tal suerte y con tal orden animosamente, que los indios dejaron el fuerte y los españoles entraron dentro, donde mataron muchos indios, y los que huyeron se fueron a ensotar en lo más espeso del monte.

## CAPITULO XLVI

*Que trata de cómo después que hubo tomado el fuerte el general Pedro de Valdivia acordó salirse del monte por ser mal sitio y de lo que le sucedió*

Viendo los indios perdida su fuerza y su esperanza y muertos muchos indios, y en gran peligro ellos y sus mujeres e hijos, pensaron en como mejor se pudiesen aprovechar de los españoles y matarlos todos y hacerles el daño que pudiesen. Enviaron cierta gente a

matar los caballos que habían quedado en el pequeño raso que tengo dicho, donde habían quedado doce de a caballo en guarda, haciendo su cuenta, según se supo por indios que después se tomaron, que muertos los caballos y aquellos que los guardaban, tenían seguros los demás, por quedar menos y a pie.

Sabido por el general, y él que en gran cuidado lo tenía, mandó a su gente que quedase allí con sus caudillos y fue él en persona muy de presto a do los caballos estaban. Y llegado que fue, puso los españoles en orden, e luego dieron los indios la grita disparando mucha flechería, mas fueron resestidos por el general e los españoles que con él estaban. Mas en poco tiempo hicieron lo que suelen hacer, e dejaron la pelea, aunque todavía hirieron algunos españoles y caballos.

Desbaratados los indios y metidos por los montes, dio el general aviso a los españoles que estuviesen sobre aviso, porque él se volvía a socorrer los demás que había dejado. Llegado que fue a donde los otros españoles, les dijo que caminasen, que no era justo que allí quedasen aquella noche, porque estaban divididos y en mal sitio, y que él se quería salir a lo llano que estaba de allí una legua y media, y que allí comerían los caballos y ellos tendrían descanso. Ya es notorio que la fortaleza de los españoles para con los indios es en lo llano gran defensa. Y saliendo del bosque comenzaron los indios otra nueva grita, y en lo cual daba a entender a los indios que están temerosos que ya se van huyendo los cristianos.

Como todo el monte estaba lleno de gente, acudió muy gran copia y con demasiado ánimo que ponían, como lo usan, en aquel tiempo cargaron sobre los españoles e hirieron muchos de ellos e a sus caballos, y ellos no dejaban de matar y asombrar con los arcabuces y ballestas, porque peleaban entre arboleda y áspero monte. Y de esta suerte salieron a lo llano con gran trabajo. Puesto que habían salido, no dejaban los indios de herir crudamente en los españoles, diciendo como suelen: ¡a ellos que huyen!. Viendo el general que con aquel ímpetu salieron a lo llano, ya que estaban más de una carrera de caballo apartados del monte, arremetió con cuatro de a caballo que sanos y más descansados estaban. Y matando e hiriendo, los echó del llano y los encerró en el monte, donde no tornaron a perseverar por ir bien castigados y aún asombrados. El general mandó alojar su gente en sitio a lo llano muy apartado del monte y mandó curar los heridos que había. De aquí despachó a Francisco de Aguirre con veinte y cinco de a caballo a correr el campo, y que recogiese alguna comida para llevar a la ciudad.

## CAPITULO XLVII

*Que trata en cómo estando el general en este sitio supo cómo iban los indios contra el caudillo que habían enviado y cómo se partió a socorrelle*

Estando el general Pedro de Valdivia, como he dicho, con su gente reposando, tuvo noticia cómo los indios de guerra iban contra el caudillo que el general había enviado a recoger alguna comida, el cual estaba doce leguas de donde el general estaba. Luego mandó ir los heridos a la ciudad y él partió con toda la demás gente que le quedó a



socorrer a los que recogían la provisión. E llegó a ellos otro día siguiente por la mañana. Sabido por los indios que el general había allegado con veinte y cuatro de a caballo a donde los otros estaban, recibieron gran congoja y desmayo, y de desanimados se tornaron sin orden a sus montes y fuerzas, porque le tenían demasiadamente los indios al general. Los amigos e indios que servían y eran los más culpados en la cautela que habían tramado, como arriba dijimos, procuraban servir muy bien, pensando de se abonar. Luego, visto esto, despachó seis de a caballo con todos los peones a llevar el bastimento que tenían recogido a la ciudad, que fue buen socorro para la necesidad que se pasaba y para el invierno que venía cerca.

En estas provincias vienen los ríos caudalosos y muy furiosos a causa de tener cerca la corrida, digo desde a donde nace de las sierras nevadas hasta la mar, y por ser tan agra la bajada para correr. Y corren por pedregales de grandes y gruesas piedras, y con la furia que el agua lleva ruedan las piedras y son muy peligrosos. Y a causa de este peligro se dejó de recoger más bastimento.

Partióse el general con veinte de a caballo después de despachados los que llevaban el bastimento, y se fue a correr el campo y la costa de la mar, y de allí fue a la ciudad. No le sucedió en esta jornada cosa ninguna que de contar sea, más de ver la tierra despoblada por estar toda la gente en las fuerzas que dicho habemos.

## CAPITULO XLVIII

*Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia puso quince de a caballo sobre guarnición en la mar para mostrar el puerto a un navío que se esperaba y del suceso que en este tiempo acaeció en el alcanzamiento de los indios*

Estando invernando el general con sus compañeros y reconociendo dos cosas, la una, que ya era tiempo que viniese por tierra de las provincias del Pirú el capitán que había enviado por socorro, y lo otro, que si socorro trajesen de más gente, había de venir por la mar; esta navegación de esta tierra es al contrario de la tierra de abajo, porque corren todos vientos, y en el invierno corre más el viento norte y en el verano viento sur, e no vienta otro viento. Para lo cual envió el general un caudillo con quince de a caballo, y que estuviesen en el puerto más cercano a esta ciudad, porque hay otros, y que tuviesen aviso si viesen algún navío, le hiciesen seña de lo alto con humo para que atinasen al puerto, porque viniendo y acaso no hallase quién los adiestrase al puerto, por ser a ellos incierto, correrían peligro por ser invierno. Mandó el general a estos compañeros que sembrasen e hiciesen sementeras, porque su principal intento era hacer sementeras y tener mucho bastimento, porque más temía la hambre, que no a los trabajos y peligros. Despachados estos españoles para la mar, y viendo que los indios que estaban en los fuertes de los pormocoes no saldrían en invierno de sus casas, y viendo que el Anconcagua estaba cerca de la ciudad y que había allí mucha gente y que era la cabeza de esta tierra, y viendo que si este valle o la gente de él servía, servirían los demás, acordó el general a hacerles la guerra muy a salvo de los españoles y menos daño de los naturales.

Mandó apercebir veinte de a caballo y salió de la ciudad, y fue al valle de Anconcagua casi junto a la mar, y miró un sitio donde edificar una casa fuerte, para que estando allí gente de guarnición, sojuzgarían todo el valle, de suerte que forzasen a los naturales venir a servir. Con no dejarles asegurar, cobrarían temor sabiendo que los tienen cerca. Diose tanta prisa y maña que con aquellos compañeros y con el servicio de sus yanaconas y treinta indios, que andaban más en acecho que de voluntad, hizo adobes, tantos en cantidad, que hizo con ellos dos cuartos de casa y un cercado de treinta y cuatro adobes de alto. Andaba ya en víspera de acabar la obra, porque las casas no eran dobladas y no les faltaba más de ser cubiertas, y estando en su provechosa obra tuvo nueva cómo los naturales de toda la tierra con los pormocoes se ayuntaban para venir sobre la ciudad, y en sus términos arrancar todas las comidas que habían sembrado los españoles.

Sabida la nueva, partióse el general para la ciudad a poner remedio en ella, dejando por caudillo a Rodrigo de Quiroga. Dioles aviso que viviesen muy recatados y no descuidados, y que mirasen que la mayor parte iba por ellos, y dejóles al cacique Tanjalongo, señor de aquel sitio de la casa con la mitad de aquel valle hasta la mar, como arriba hemos dicho, porque teniéndole allí serían advertidos de los secretos de los indios, dándose buena maña, porque el cacique aseguraría sus indios, pues estaba en su tierra, y teniéndolo allí estaban seguros, que mirasen por él, no dándose a entender. Sabido por los indios de guerra que el general era venido y estaba en la ciudad, cesaron de su intención y no efectuaron su propósito, y estuvieron quietos en sus fuertes. Pues viendo los otros que hacían la casa fuerte que el general era ido a la ciudad y que estaba ausente su temor, o por mejor decir, quien se lo causaba, acordaron servir mal y con cautelas y traiciones.

Reconociendo la obra que se les seguiría si aquella casa se acabase, ayuntáronse todos los del valle, así los indios de Tanjalongo como los de Michimalongo, y vinieron a la casa, pareciéndoles que viniendo derribarían por tierra todo lo edificado, o al de menos matarían a los cristianos. Juntáronse cuatro mil indios de Michimalongo y de Tanjalongo con algunos del valle de Mapocho, y vinieron el valle abajo de Anconcagua hasta una legua y media de la casa sin ser sentidos de los cristianos. Mas como Dios nuestro Señor es socorro de los desocorridos y amparo de los peregrinos y padre misericordioso de sus hijos, fue servido que estos españoles fuesen advertidos antes del mal que se les venía acercando.

Fue el caso que envió el caudillo dos de a caballo de la casa una mañana por el valle arriba, y fueles deparada una india, natural del valle del Mapocho que era mujer de un principal de aquel valle, la cual habló a un yanacona que llevaban, y le dijo cómo muy cerca estaban todos los indios del valle juntos en hábito de guerra, y que decían que pasados tres días habían de venir con rostro y muestra que venían a servir, trayendo sus armas secretas, a matar todos los cristianos y derribar la obra de la casa y librar y llevar a Tanjalongo su cacique. Y decían los indios que aquella casa para derribarla convenía echarle las acequias crecidas, y como no tenían cimiento caería en tierra, y con el agua mucha harían el campo cenagoso que los caballos atollasen, y que de esta suerte serían vencedores. Y dijo cómo habían oído tratar a los indios en sus ayuntamientos la orden

que habían de tener en el acometer y por qué parte y cuándo y a qué hora, y que así lo habían oído cuando a su marido se lo decían.

E sabido todo esto por el caudillo que estaba en la obra de la fuerza y casa de los españoles, mandó apercebir a todos y poner en muy buen recaudo al cacique Tanjalongo. E luego despachó por la posta un español a hacer al general el suceso, y que proveyese de socorro con gran brevedad.

Sabido por el general, mandó apercebiesen quince de a caballo y encomendóselo a su maestre de campo Francisco de Villagran, y mandó que fuese con la mayor diligencia que ser pudiese y socorriese aquellos españoles, y que al entrar del valle tuviese gran aviso. Cuando los quince españoles llegaron con el maestre de campo Francisco de Villagran a la casa, tenían los indios sus espías puestas sobre el valle que divisan a los españoles la entrada del valle. Estas espías los vieron a los dieciséis de a caballo y ayuntáronse con los demás. Y vistos y contados por las espías, dieron aviso a sus capitanes y gente de guerra en cómo había venido socorro. Temiéronse y dejaron la jornada. ¡Cosa harto admirable que cuatro mil hombres de guerra con grandes ardides y estando en su tierra teme a treinta hombres de a caballo!

Salidos del valle hicieron todo el daño que pudieron en la sementera que los españoles tenían hecho. Se pasaron a un llano apartados de la casa cuatro leguas, donde litigaron los indios de guerra tanto sobre el caso acaecido, que vinieron a desbaratarse unos a otros, más con las armas que con las palabras. Esto se supo por indios que después tomaron. Otro día que el maestre de campo llegó, mandó salir seis de a caballo de la casa a correr el campo, porque tenían que aquel día habían de dar los indios en los españoles. Salidos los seis de a caballo llegaron a donde el real de los indios había estado y hallaron un escuadroncillo de gente, y dieron los españoles con ellos y mataron algunos y prendieron. Y éstos trajeron a la casa fuerte, de los cuales se informaron el maestre de campo de todo el suceso, e hizo de ellos justicia por hallarlos culpados.

Cada día corrían el valle los cristianos y mataban a los que se defendían y prendían a los demás, a los cuales enviaba por mensajeros a la gente de guerra. De esta suerte se les hacía la guerra, habiendo los indios rompido la paz.

## CAPITULO XLIX

### *Que trata de la guerra que se hizo a la gente del valle de Aconcagua*

Estando el general Pedro de Valdivia en la ciudad siempre tenía aviso de su maestre de campo de todo el suceso que cada día le sucedía, y reconociendo por sus obras a los indios de aquel valle de Chile cómo habían sido aviesos en no mantener lo que prometían, porque al tiempo que mejor servían se alzaban, determinó de irlos a castigar porque se enmendasen y porque los demás escarmentasen en cabeza ajena, y castigándolos servirían los que restasen, y estarían los españoles más seguros y en sosiego, para poder hacer en las cosas que más conviniese al servicio de Dios y de Su

Majestad y ensalzamiento de nuestra religión cristiana. Para lo cual mandó a un capitán de la infantería con diez de a caballo y treinta de pie que fuesen a la casa fuerte a donde el maestre de campo estaba. Y mandóle que con los de a caballo que en la casa estaban y los que él llevaba, eran cuarenta de a caballo, corriesen el valle y que castigasen a quien servir no quisiese y en arma se pusiese, y que desbaratasen todas las fuerzas que en todo el valle hallasen.

Y lo mismo escribió al maestre de campo, y que en todo tuviese gran aviso, y que lo primero que hiciese fuese envialle con seis de a caballo al cacique Tanjalongo, porque mejor estaría en la ciudad para que mejor fuese su valle corrido y sus indios castigados, y porque no se embarazasen seis de a caballo y cuatro de a pie para guardarlo en la casa. Luego que fue venido el cacique Tanjalongo y presentado ante el general, mandóle cortar los pies por la mitad. No le mataron, puesto que sus culpas lo pedían, porque era cacique tenido y que por su aviso y respeto podían venir muchos caciques e indios de paz, ansí como era parte para munillos que viniesen de guerra, y también porque con matarlo no pagaba lo que debía ni el mal y daño que por su causa habíamos recibido, y cortarle los pies le sería más castigo. Y los indios, viendo que aquel cacique estaba en la casa en su tierra, por consentidor e inventor del alzamiento le habían cortado los pies, y otros diez caciques muertos, estarían temerosos y no cometerían traición. Este es un género de castigo que para los indios es el más conveniente y no matarlos, porque los vivos olvidan a los muertos, como en todas partes se usa, y quedando uno vivo y de esta suerte castigado, todos los que lo ven se le representa el delito que cometió aquél, pues anda castigado. Y el propio lo tiene tan en memoria que aunque quiera, no puede olvidarlo.

En estos días que el maestre de campo hizo la guerra en el valle, castigó muchos y mató algunos y deshizo las fuerzas que halló, puesto que era invierno y muy trabajoso. Esta gente de este valle es guerrera y cautelosa, y entienden los ardidés bien, y para vencerlos, bien convenía ánimo y potencia, como en el maestre de campo había con mucha experiencia. Y junto con esto, el general avisaba cada día de lo que más convenía, de suerte que en breve andaban los indios muchos de ellos mansos y servían, y otros no paraban en el valle.

Pues viendo el maese de campo que él y toda la gente española estaba muy trabajada de la guerra, velas, rondas y camino, y de pasar grandes ríos y mayores fríos y no pequeña hambre, porque la vianda de este tiempo es maíz cocido a la noche y tostado al día con alguna poca de carne, si haber se podía, y viendo que era ya hecha la guerra y castigados todos los indios del valle, ansí de Tanjalongo como los de Michimalongo, y en estas vueltas muertos algunos caciques, y viendo que era cumplido el plazo que el general les había dado, se partió el maese de campo para la ciudad y llevó consigo algunos indios principales, los cuales enviaba el general por mensajeros, después de castigados y aún asombrados, a aquellos que andaban huidos para que se volbiesen a sus casas.

## CAPITULO L

*Que trata de la necesidad que habían de sal y cómo la fueron a buscar y de la suerte*

*que la hallaron*

Viendo el general que la sal se les había acabado a los españoles y que la carne, aunque poca, se les estragaba, y viendo que las salinas de que se proveían estaban ocupadas con la gente de guerra del valle de Anconcagua, procuró el general saber si en otra parte había sal. Fue avisado por ciertos indios cómo dieciséis leguas de la ciudad junto a la mar, en un pueblo que se dice Topocalma, había una laguna de donde solían o por mejor decir usaban coger sal, de que se proveían los naturales.

Siendo el general bien informado, envió doce hombres de a caballo por sal, y que la trajesen con los yanacunas e indios que servían, y dioles un principal para guía que sabía bien el camino y la laguna donde la sal estaba. Y así los españoles iban temerosos que no la hallarían, porque en estas partes, como los indios muchas veces niegan la verdad, unas veces por temor y otras por tenello de costumbre. Y el principal no iba con menor duda, viendo que era invierno y que le parecía ser imposible haber sal. Caminaron todos juntos, puesto que la duda iba oculta, aunque repartida entre todos, porque cada uno llevaba su parte.

Allegado a la laguna e sitio donde la sal se había de coger, dijo el principal e guía a los cristianos:

"Catad aquí el sitio donde habéis de hallar y sacar la sal".

Viendo los cristianos el sitio, que era una laguna de mil y cuatrocientos pasos de largo y media legua en redondo, y que estaba con gran copia de agua dulce, que era hecha de las aguas que de las laderas comarcanas allí venían, dioles muy gran risa, que estuvieron gran pieza embarazados ya para volverse, entendiendo que eran engañados. El principal, viendo el rostro que los españoles ponían a su negocio, algo corrido, mandó desnudar cuatro indios y él con ellos, y entraron dentro de la laguna. El agua les daba, porque era invierno, a los pechos, y en verano no tiene tanta y es más fácil de sacar. Entrados dentro sacaron del asiento de abajo tanta sal, que cargaron las piezas que llevaban, de lo cual no fueron poco admirados ellos y todos los españoles. Y el principal quedó muy contento por haber quedado acreditado en haber salido a luz con lo que había prometido. Luego se fueron, y llegados a la ciudad, fueron españoles y llevaron gran cantidad que todo el año y más tuvieron qué gastar.

Esta laguna está dos tiros de piedra de la mar, la cual no entra dentro, ni la agua de la laguna va a la mar, por estar cercada de unos promontorios de tierra. Y a lo que entiendo, debe tener el asiento esta laguna en el asiento de lo salado del agua de la mar, a cuya causa se fragua aquella sal y cuaja en el asiento abajo porque cuando la sacan, sale como losas llenas de grueso de cuatro dedos y de una mano y más, y es tan blanca como cristal. Y en verano, como tiene poca agua la laguna, penetra más el sol su calor en la tierra, hace que la primera sal que sacan es rubia o roja, y la que sacan de abajo de ésta es más blanca. Hay en verano gran cantidad.

## CAPITULO LI

*Que trata de cómo repartió el general Pedro de Valdivia por los españoles los caciques que en la comarca de esta ciudad había*

Conociendo el general los excesivos trabajos que los nuevos descubridores padecen y con cuántas necesidades conquistan, descubren y pueblan y sustentan, sin socorro, si no es de Dios y de sus animosos ánimos, hasta que el que gobierna en nombre de Su Majestad les reparta la tierra que han descubierto y poblado, para ensalzamiento de nuestra Santa Fe católica y para engrandecer la corona real de nuestra España y religión cristiana. Por darles algún contento y darles algún descanso a sus espíritus, viendo lo que en estos reinos y tierras los tales pretenden, y junto con esto para acrecentarles el ánimo y hacerles crecer la voluntad, así para traer de paz a los naturales al presente como a los demás, y para que de este tiempo se ofreciesen, si acaso se alzasen, para que se pudiesen mejor prevenir las necesidades, pues bien pensado y altercando, los mandó ayuntar. Y llamándolos para el tal repartimiento les dijo todo lo sobredicho a todos en general, y que, puesto que no tenía la claridad de todos los caciques de toda la tierra, tenía en voluntad de gratificarles sus trabajos en nombre de Su Majestad, y que si no les daba como él deseaba y tenía en voluntad y ellos merecían, lo causaba estar en aquella sazón toda la tierra de guerra, que apenas hay quien sirva descubiertamente sino con temores, así de nosotros, por no habernos conocido nuestras condiciones, como por los temores que los indios de guerra les ponían si nos servían. Y que andando el tiempo, siendo Dios servido darles vida, que los contentaría y les acrecentaría el descanso teniendo más claridad de ella.

Y de esta suerte repartió todos los caciques y repartimientos, con sus indios que a los tales caciques eran sujetos, en sesenta pobladores. Y les mandó a los españoles en quien hizo el depósito que tuviesen en sus posadas a los españoles que no se les habían depositado indios, para que él les diese la sustentación que convenía como a particioneros de aquellos trabajos pasados y presentes.

Hechos estos vecinos y repartidos por ellos los que no lo eran, dio de términos a la ciudad sesenta leguas, las treinta al norte y las treinta al sur, y desde la mar a la sierra nevada, que es de oriente a occidente, que hay quince y dieciséis leguas en partes. En estos términos de esta ciudad están las poblaciones de los indios. Hay grandes criaderos para todo género de ganados y para hacer grandes sementeras de pan. Hay juntamente con esto noticia de grandes minas de oro, porque ya habernos visto las minas donde los ingas, grandes señores del Pirú, se le sacaba oro en su nombre y se lo enviaban al Cuzco por tributo, y en su nombre se lo enviaban y llevaban de Anconcagua, que por otro nombre se dice de Chile, de quien el reino tiene la dominación.

Tomó el general para sí que le sirviese éste. Está doce leguas de la ciudad y cinco adelante del valle de los chañares. Desde este valle de Chile hasta el valle de Copiapó que es el principio de esta gobernación, que son siete valles, todos los repartió en doce españoles, para que viniendo de paz, estando la tierra más segura y más tratada y de españoles más poblada, poblarían otra ciudad en el valle de Coquimbo.

## CAPITULO LII

*Que trata cómo estando el general Pedro de Valdivia en la ciudad tuvo aviso en cómo había gran junta de indios en un pueblo que se dice la juntura y de cómo fue a ellos y de lo que le sucedió*

En tanto que este tiempo corría y los negocios de la guerra que arriba habernos dicho se negociaban, o por mejor decir, se trabajaban, los naturales no dejaban de hacernos todo el mal y daño que podían y de costumbre tenían y usaban, viniendo de sus fuerzas a saltar, teniendo por amparo al furioso río de Maipo, que está tres leguas de la ciudad. Dábanse tal maña estos indios que cuando hacían un salto no parecían, porque se escondían como astutos en el oficio, porque cuando salen españoles a buscarlos no se podían hallar por ninguna vía. Y para mejor defenderse tenían puestas los indios espías sobre la ciudad, que en esto tenían gran aviso. Viendo que salía gente de a caballo a correr el campo, los contaban y miraban por qué camino caminaban, y muy en breve daban el aviso, y a esta causa hacían sus saltos muy a su salvo.

Viendo el general el gran desasosiego y daño que aquellos indios hacían, mandó a su maestre de campo que saliese con veinte y cinco de a caballo y treinta peones, y fuese al río de Maipo, y que de esta parte sin lo pasar corriese hasta diez leguas, y que todos los fuertes que hallase de los indios los desbaratase y quemase, porque no dejaría de matar en estas vueltas algunos de los salteadores que salteaban, y que hecho esto pasase el río y corriese la tierra, y que mirase con gran aviso el camino por do iba, y que no cometiese fuerte ninguno, si no se viese y conociese estar aventajado, y que de todo le avisase con brevedad por ver el remedio.

Partióse el maestre de campo Francisco de Villagran y corrió al río de Maipo de la una parte y de la otra, y no halló fuerza ni indio ninguno que le impidiese el camino, porque estaban escondidos en sus fuertes por ser avisados de las espías. Caminó el maestre de campo hasta una legua de un fuerte que los indios tenían, y en dos días que allí estuvo no pudo tomar sino un indio viejo, del cual se informó de la fuerza grande que los indios allí tenían y de la entrada y cerca que tenía y de la suerte que era hecho. Y de todo dio el maestre de campo aviso al general, el cual se partió luego con diez y siete de a caballo. Allegado a do el maestre de campo estaba, luego le mandó que fuese con siete de a caballo y siete peones, y que se acercase al fuerte secretamente y por todas las vías que pudiese tomase un indio de que se informase, y si más se tomase era más provecho, y que en todo tuviese aviso.

Partido el maestre de campo con su gente, fue hasta un carrizal muy cercano al fuerte. Sabido por los indios que venían allí españoles, salieron a ellos. Después de haberse bien escondido los de a pie y de que los de a caballo vieron cerca a los indios, hacen vuelta al galope. Como los indios vieron volver los caballos tuvieron por muy cierto que huían, y corrieron con toda furia pensando de los alcanzar. Y cuando los españoles vieron que

estaban fuera, volvieron sobre ellos a todo correr, donde en breve fueron alcanzados, y parte de ellos muertos por los de a pie.

Allí tomaron un principal y otros indios, y lo llevaron al general. Y los demás huyeron y dieron mandado en su fuerte en cómo estaba allí el general con muchos cristianos. Y estando allí se informó de aquel principal de la orden que tenían los indios en su vela y ronda, así de noche como de día. Junto con esto se informó de la suerte que era esta fuerza, y de las entradas y huidas que tenía, y la gente que dentro había. Después de haberse bien informado, mandó a su maestre de campo que con toda la gente de a pie y diez de a caballo, que se fuesen a tomar las espaldas del fuerte y la huida de los indios. Junto con esto le mandó y dio la orden que en todo había de tener, y que dejaran los caballos a buen recaudo cuando quisiesen acometer a entrar, porque no podían entrar bien a caballo. Y así mismo le dio la orden que había de tener en la entrada, y que al tiempo que acometiesen disparasen un arcabuz, para que oído que fuese por el general, acometiese por su parte con la demás gente que tenía a caballo, para dar por la delantera, porque todos acometiesen a su tiempo.

Partido el maestre de campo, envió el general cuatro de a caballo para que hiciesen rostro a los indios por el camino que él había de acometer y trabasen con ellos escaramuza, porque él no había de llegar con la gente de a caballo a donde fuese visto hasta oír el arcabuz, por tener a los indios más seguros para poderlos mejor vencer, y porque embarazándose y dividiéndose los indios a pelear con estos cuatro para defendelles la entrada, y defendiéndola al maestre de campo, acometiese el general con la fuerza de a caballo y los desbaratase y venciese.

Dada esta orden y partidos los cuatro de a caballo, comenzó a marchar el general hasta llegar cerca de ellos, y encubrióse con su gente en parte oculta hasta oír el arcabuz que el maestre de campo había llevado por seña. Estando allí dio otra orden para con las dadas, y fue que se apeó y mandó que todos se apeasen, y que oído el arcabuz, dejaran los caballos allí con muy buen recaudo. Y en esta compañía dejó el estandarte real a una persona de los que aquí dejaron.

Antes de pasar adelante, digo que este pucarán y defensa que los indios tenían hecho dentro de muy grandes arboledas era de esta forma: a la entrada por donde el general entró y por la mayor parte al derredor era un monte bajo, por dentro del cual iba un arroyo de agua que allegaba a los estribos y siempre corría y estaba lleno, y cercaba todo el sitio de la fuerza. Pasado este arroyo estaba un carrizal alto y demasiadamente espeso. Tenía un tiro largo de piedra de ancho, y el asiento era tan cenagoso que se hundían los caballos y atollaban hasta las cinchas, y tomaba en circuito todo el fuerte juntamente con el arroyo. Y pasada esta ciénaga y carrizal estaba un campo pequeño, alto, enjunto y llano. Aquí salían los indios a escaramuzar con los cristianos en este sitio. Y aquí estaba un albarrada hecha de maderos gruesos, soterrados y juntos. Y de la parte de fuera de este palenque estaba un foso ancho y hondo más que un estado y casi estado y medio, y con la tierra que de él sacaron tenían fortalecido el palenque, muy enlatado y atado con unos bejucos, que son a manera de raíces blandas y delgadas y atan con ellos como con mimbre.



Estaba esto tan bien hecho como pueden los españoles hacer una trinchera para defenderse de la artillería. Tenía de alto dos estados y más. Tenía esta albarrada o trinchera hechos muy bien tres cubos con sus troneras para flechar. Tenía toda esta fuerza y cercado sólo una puerta muy fuerte, angosta y no derecha. La entrada tenían de esta puerta los indios cerrada con muy fuertes tablones gruesos, que era cosa admirable de ver. Pasado este bastión estaba otra ciénaga angosta que tenía de ancho un juego de herradura, y junto a la ciénaga una acequia de dos varas de ancho, y honda que daba el agua a los pechos.

E todo lo dicho estaba en torno de un llano en el cual estaban los indios y tenían cien casas. En estas casas habitaba la gente de guerra con sus mujeres e hijos, y tenían mucha cantidad de bastimento.

### CAPITULO LIII

*Que trata de la batería que se dio a este fuerte y de cómo le entraron el general y sus compañeros y lo que en este lugar aconteció*

Estando escaramuzando los cuatro de a caballo que habemos dicho con los indios, y pareciéndoles que cuatro cristianos eran pocos, llamábanlos los indios diciéndoles palabras ofensivas, insistiéndoles que trabasen más de veras la escaramuza. Estando litigando con las armas matando aquel que alcanzaban los cristianos, en este tiempo allegó el maestre de campo a la parte o lugar donde habían de acometer. Y dejando el recaudo que era menester para la guarda de los caballos y huida de los indios, para que fuesen muertos y presos todos los que pudiesen tomar que por allí acometiesen a se salir. Hecho esto comenzó a marchar con toda la orden que convenía. Y pasado el arroyo y foso comenzaron los indios a defenderles la entrada. Y allegados a la albarrada, acudía más gente y defendíase más reciamente y con mayor ánimo. Y como los españoles los apretaban, acudían algunos indios con temor a la huida, donde eran algunos muertos por los españoles que los caballos guardaban.

Sabido por los indios del fuerte que en la parte donde tenían la huida había españoles, y no muchos, repartiéronse y fueron en un escuadrón con intención de romper a los españoles y debaratarlos. Y en esta sazón entraban el maestre de campo y su gente por la palizada con gran trabajo y mayor peligro. Luego que se vieron para subir soltaron el arcabuz que tenían por seña, y los indios peleaban muy de veras, animándose con sus cornetas y vocería. Pues oído por el general el trueno del arcabuz, acudió con toda priesa y ánimo por aquella parte, hiriendo y matando a los que alcanzar podían. Pues como los indios vieron que por tres partes les acometían los españoles, y que para defenderse convenía dividir su gente en tantas partes, y divididos no eran parte para resistirlos, viendo tiempo oportuno acordaron de desamparar el fuerte y volver las espaldas.

Como los españoles que con el maestre de campo estaban vieron que los indios aflojaban

en el combate, entraron con toda furia dentro del fuerte y trinchera, y echaron fuego a los bohíos y pueblo que los indios allí tenían hecho, como ya dijimos.

Cuando el general allegó a pasar el baluarte, vio arder las chozas. De presto se ayuntó con su maestre de campo y compañeros, y siguieron su victoria, que no lo tuvieron en poco por dos cosas, por ser tan fuerte como era aquella fuerza y por la mucha cantidad de gente que había de guerra, y la otra, porque les decían los indios que tomaban, que no les habían podido ganar aquella fuerza los ingas combatiéndoles aquel fuerte. Los que se señalaron en la entrada de este fuerte fueron Francisco de Villagran, Alonso de Córdoba y el padre Juan Lobo. Hubo en esta batalla cinco españoles heridos que en breve fueron sanos. No hubo muerto ninguno, ni caballo. Y de los indios hubo muertos hasta trescientos y no más, porque cuando acometen al principio tienen recio, y si los españoles son experimentados en aquella guerra pelean con más ánimo, y viendo los indios que no pueden resistir luego a los españoles, vuelven las espaldas. El general después de haber echado los indios de su fuerte corrió todo aquel llano, y tomáronse algunas ovejas de que había necesidad. Pues habiendo hecho esto, el general se salió con sus compañeros fuera de aquella fuerza a lo llano, ya donde los caballos pudiesen comer y aun correr si indios viniesen.

#### CAPITULO LIV

*Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia hizo justicia de ciertos principales e indios que sacó de aquel fuerte, y de cómo se volvió a la ciudad con su gente*

Cuando el general quiso salir del fuerte, dejó colgados algunos principales e indios, y lo mismo hizo fuera, para que los demás tuviesen voluntad de venir a servir y estar de paz, que les era más sano y aún más provechoso.

Pues estando esta noche el general con sus compañeros con voluntad de ir a romper otro pucarán o fuerza, comenzó el tiempo a mudarse de cómo había hecho y cómo lo suele hacer en el invierno en todas partes, de suerte que cuando amaneció llovía y ventaba y nevaba tanto y con tan recio aire, que no podían sufrirlo. E le convino irse a la ciudad y no aguardar otra noche por no perecer todos. Pues viendo el general el tiempo metido en grave tormenta, y viendo que convenía poner en cobro tan buenos amigos y compañeros, dio orden a su gente que viniese sin parar hasta la ciudad, y que caminasen aquellas siete leguas que había sin reposar, porque no pudiesen de frío. Y mandó a su maestre de campo que trajese la avanguardia con seis de a caballo, no por los indios, sino por no perder una pieza de servicio. Hecho esto, se partió con todo el campo.

Fue tan gran tormenta la que hizo aquel día y noche siguiente, que se contaron veinte y siete de mayo de mil y quinientos e cuarenta e dos, principio del invierno en esta gobernación. Decían los indios naturales que no se acordaban haber visto tiempo tan recio ni lo habían oído a sus pasados. Fue tanta el agua y viento tan recio, ya que cerca de la ciudad allegaban cuando quería anochecer, que no bastó el buen recaudo del general ni del maestre de campo, que en la oscuridad y furioso aire les arrebató un español, que

nunca más se pudo hallar vivo ni muerto. Y si la ciudad estuviera dos leguas más, perecieran la mayor parte de los españoles. Y con ser tan breve el camino perecieron algunos indios.

Viendo el general el temporal tan deshecho y en tormenta metido, se dio muy gran priesa con los que seguirle pudieron y entró en la ciudad con grave trabajo. Y como no traían vestidos, sino todos viejos, y con las armas no podían apearse de los caballos si no les ayudaran, allegados tan fríos y helados, que para tornarlos en sí no bastaba todo el refrigerio que en la ciudad había, por ser poco.

Como el general allegó a la ciudad, mandó que saliesen de la gente que estaba en la ciudad en sus caballos, y que llevasen más caballos, y que no parasen hasta encontrar con la gente de a pie, y que los trajesen. Y mandó hacer luminarias para que atinasen a la ciudad porque hacía la noche muy oscura. Y con esta buena orden llegaron y no pereció ninguno, sino el que dicho habemos, que nunca se pudo hallar.

## CAPITULO LV

*Que trata en cómo el general Pedro de Valdivia envió tres capitanes fuera de la ciudad*

Pareciendo al general que ya era tiempo que viniese el capitán Alonso de Monrroy, que había ido al Pirú por socorro, y que podía venir por la mar, puesto que fue por la tierra. Envió doce de a caballo, y éstos que estuviesen sobre el puerto en un alto, para que viendo vela hiciesen humadas y señas a los navíos, para que sin temor de los naturales viniesen al puerto. Y mandó que estos doce de a caballo estuviesen un mes, y cumplido este tiempo fuesen otros doce y que viniesen los que estaban. Y para tener aviso si por la tierra viniesen, envió otros quince de a caballo al valle del Guazco, para que sabido que venía gente por el despoblado, enviasen socorro de bastimento, porque la tierra es de tal calidad y la jornada de tal suerte, que no podían dejar de traer necesidad, y por andar los naturales alterados que sembraban poco y escondían lo que cogían de sus sementeras.

En esta sazón despachó el general un caudillo con veinte y cinco hombres a pie, que fuesen a romper ciertos fuertes en que los indios estaban de las cabezadas del valle de Anconcagua, donde tenían alguna presunción que, pues no habían ido los españoles a ellos, que les temían. Y de allí, teniendo esta vana osadía, enviaban a decir y amenazar a los caciques que nos servían, que por cuanto nos ayudaban a hacer las casas y sementeras, que los habían de matar.

Avisado el caudillo de lo que había de hacer y la orden que había de tener en la guerra, se partió a diez de julio de mil y quinientos y cuarenta y tres años. Salió este caudillo, que se decía Pedro Esteban, con sus veinte y cinco compañeros, y fue a los pucaranes. Y diose tan buena maña cual convenía como hombre astuto en ella, y venció y rompió tres fuertes, cada uno por sí, en diversos y breves días. Echados los indios de ellos y castigados los que lo merecían, corrió la tierra que había entre aquellas fuerzas y la sierra, y allegaron a las nieves, donde tuvieron noticia por dicho de indios serranos, que diez

leguas de allí, caminando por las sierras de la nieve contra la parte de oriente, hallarían gran copia de sal, por donde cotidianamente la traen en cantidad.

Los indios que escaparon de los fuertes, sabiendo que los españoles iban por la sierra despacio contra la ciudad, adelantáronse y en la sierra les rompieron los caminos por partes ásperas y peligrosas, de suerte que se vieron en muy gran trabajo, del cual salieron con ayuda de nuestro señor y con buenos ardidés y gran diligéncia que pusieron, la cual conviene poner con todo ánimo.

En aquellos tiempos volvieron los españoles con su caudillo, que no pasaron a la sal. Trujeron algunos indios yanacónas cargados de maíz, los cuales fueron bien recibidos por la buena maña que se dieron y por la hacienda que dejaron hecha, porque es de tener en muy mucho a los españoles, siendo tan pocos en cantidad, y tan peregrinos y apartados de donde socorro les viniese, acometer a tanta barbárica gente y tan guerreros, y salir con ellos victoriosos y vencedores. Y los naturales, estando en sus casas y en su tierra, sabiendo los pasos y veredas y vados de los ríos y sotos y sendas de los bosques, salir vencidos y descalabrados. Y no pensaban que hacían poco en huir y poderse escapar de la furia de los españoles.

## CAPITULO LVI

*Que trata de cómo el general, para remediar la necesidad del herraje, mandó sacar cobre*

Ya en este tiempo la falta del herraje era tanta que muchos caballos gastaban lo que heredaron de sus madres. Y viendo que no había remedio para traerse tan presto, acordó remediar con lo que acaso hallar se pudiese. Mandó apercebir veinte de a caballo y salió él en persona, y fue a las sierras que vecinas tenían, a un sitio de que tenía noticia que había cobre. Puesto que había alguna nieve, cometi6 a subirla y cavarla, porque la falta no le daba lugar aguardar más tiempo, y porque la guerra estaba suspensa y no se visitaban los naturales, que es una cosa que mucho se requiere usar para que pierdan el temor y para que se amaestren a tratar y servir a los españoles. En la primera cata que dio halló lo que buscaba y mandó cavar y sacar tanto cobre que bastó a herrar los caballos y hacer estribos, porque de los estribos que tenían mandó hacer clavos, porque son más provechosos y durables que los de cobre.

Y de esta suerte estaba el general muy contento y todos los que caballos tenían, porque con aquel metal podían sustentarse y tener sus caballos seguros hasta que Dios nuestro Señor proveyese, porque los trabajos corporales no los tenían en nada.

Y con este contento animaba el general a sus amigos y compañeros, diciéndoles que para los trabajos eran los hombres, y los hombres para ello fueron y son nacidos, mayormente para los buenos. Con estas y otras palabras que les decía, que en tal tiempo los capitanes son obligados a mostrar y decir para animar los hombres en servicio de Dios y de Su

Majestad. Y de esta suerte estaban animados, teniendo en poco la necesidad que padecían de las cosas de nuestra España, que necesarias son para entretener la salud y pasar la vida.

Tomado aviso los indios de la provincia de los pormocoes en cómo los españoles hacían herraje del cobre que sacaban de las sierras, y que ya acordaban irles a visitar la tierra y pueblos, y ya los ríos no traían mucha agua por respeto que había ya pasado el verano, que es cuando vienen caudalosos a causa de derretirse las nieves en las altas sierras con el gran calor del sol. Enviaron sus mensajeros al general que querían servirle, aunque daban otras excusas por otra vía por no servir. Y si hacían los indios esto y daban estas excusas, hacíanlo por dos cosas, la una, porque los tuviesen por excusados y no culpados, y la otra, que sabiendo esto los españoles no los culparían, y no pensasen que el no venir suyo era por no querer servir.

Viendo el general sus cautelas, cabalgó con veinte de a caballo y fue a correr toda la tierra del río, y miró si hallar pudiese algún sitio para hacer una puente porque no peligrasen los indios. Caminando por las riberas del río de Maipo halló un sitio donde los ingas hicieron una puente cuando vinieron a conquistar esta tierra, y estaba el sitio arruinado. Fue más adelante y halló sitio y lugar oportuno, puesto que los maesos lo hallaban dificultoso, al general le pareció conviniente lugar y mandó que allí se hiciese con toda brevedad, y luego mandó traer la madera.

## CAPITULO LVII

*Que trata en cómo estando el general con veinte españoles entendiendo en hacer la puente de madera en el río de Maipo tuvo nueva en como era venido un navío de mercadería al puerto*

Estando el general Pedro de Valdivia con sus veinte españoles entendiendo en hacer la puente, una noche vino un indio a decir cómo había visto pasar por el camino de la mar doce indios que llevaban en sus hombros a dos cristianos que venían de la mar e iban para la ciudad. Oída la nueva tan deseada, habló el general a su maestre de campo y le dijo que él quería ir a la ciudad a ver si aquello que decía aquel indio era cierto. Y encargóle que tuviese recaudo en la gente que allí quedaba, y que él de allá le avisaría, y mandóle que estuviese aquella noche muy sobre aviso, porque podrían los indios tener tramada alguna cautela, de las que ellos acostumbran tramar corno hombres cautelosos, y que podría ser haber echado aquella nueva para dividir a los españoles, y dar en ellos tomándolos desapercibidos y matarlos.

Dejando el recaudo que convino, se partió luego con seis de a caballo para la ciudad tres leguas de camino, las cuales fueron en muy breve caminadas. Y sabido en la ciudad que venía el general, salieron muchos españoles a recibirle con grande alegría, y lo que iban hablando era:

"¡Señor general, buenas nuevas, nuevos españoles en la tierra allegados cerca!".

Respondió el general:

"Hermanos, quien quiera que ellos sean, sean bienvenidos".

Allegado el general a su posada, vinieron el maestre y otros hombres, y vistos fue tanto el placer cuanto era el deseo de ver socorro en la tierra. Arrasados los ojos de agua, le ocupó la habla y se la impidió. Luego tomó el general por las manos aquellos dos españoles y llevólos a su aposento, e hincados los hinojos y rodillas en tierra, y alzando las manos al cielo, dio muchas gracias a nuestro Señor Dios que en tan gran necesidad había sido servido de acordarse de él y de sus españoles, y socorrerles con aquel socorro tan deseado, manante de su gran misericordia.

Hecha esta debida oración, preguntó al maestre, de la navegación que habían hecho y de las nuevas que del Pirú traía. Respondió el maestre y dijo que la navegación que habían traído había sido muy breve y demasadamente trabajosa, ansí de furiosos aires, como de grandes pluvias, y que habían pasado adelante del puerto, y que habían tomado puerto por la mayor ventura del mundo, usando Dios de misericordia con ellos, y que no habían visto en mes y medio ninguna seña ni ahumada de españoles.

Preguntó más, que qué orden habían tenido en su navegación y cómo tomaron tierra. Respondió el maestre que navegando un día y no con tormenta por junto a la tierra, acaso había llegado a un poblzuelo de indios pescadores que en la costa estaba, y acaso estaba un yanacona de un español, y como vido el navío y estaba advertido del deseo que tenían los españoles, ató su manta blanca en una vara y alta la meneó, "de suerte que le vimos y acudimos con el esquife, y del yanacona fuimos avisados, así de la población de la ciudad y de dónde estaba el puerto. Y sabido fue el batel y trajo el navío a surgir en parte segura, y metieron el yanacona dentro en el navío y nos llevó al puerto. Y dejando el navío surto y a buen recaudo, salí con aquel compañero y traje el yanacona conmigo, que me mandó dar indios que me trajesen, y así vinimos a la ciudad en dos días y medio".

Luego mandó el general que fuesen dos de a caballo a la mar y dijesen a la gente del navío cómo el maestre y su compañero estaban en la ciudad buenos. Este navío envió Lucas Martínez Vegaso, vecino de la villa viciosa de Arequipa, pretendiendo socorrer en tan gran necesidad a quien tanto deseo tenían de ser socorrido, y porque esta tierra se perpetuase en servicio de Dios nuestro Señor y de Su Majestad, y aumento de nuestra religión cristiana.

Luego mandó el general ir más gente de a caballo y de a pie a la casa, y mandó que llevasen el navío al puerto de Valparaíso, que es tres leguas de la casa, y el sitio donde está la casa se dice Quillota, porque allí estaría mejor y más seguro y mejor proveído. El maestre de este navío dio unas cartas al general, en que por ellas y por dicho del maestre se supo cómo el capitán Alonso de Monrroy y el que había escapado del valle de Copiapó con su compañero, vendrían breve por tierra con sesenta de a caballo.

Sabiendo el general que los indios del valle de Copiapó estarían advertidos por los de

Atacama cómo los dos españoles que escaparon cuando mataron los cuatro españoles venían, y estos dos habían muerto a su cacique Aldequín, y venían por tierra y traían del Pirú sesenta de a caballo. Tenía que estarían temerosos de la vuelta, y que a este efecto estarían ausentes en la sierra y huidos del valle y de sus casas. Para lo cual mandó que siempre anduviesen corriendo por los valles más cercanos veinte o treinta de a caballo, porque tomasen lengua y supiesen de los indios dónde estaban y a qué parte llegaba el capitán Alonso de Monrroy, para que en allegando al valle de Limarí, que es ochenta leguas de la ciudad, se le proveyese de algún bastimento, porque había falta de él a causa de estar los indios alzados que no sembraban. Mandó el general al primer caudillo que salió con gente, proveyese a Monrroy y a su gente de bastimento.

## CAPITULO LVIII

*Que trata de cómo envió el general Pedro de Valdivia un caudillo con doce compañeros a prender al cacique Cataloe que estaba en un fuerte*

Andando este caudillo que se decía Pere Esteban, con sus doce compañeros solicitando lo que por su general le fue mandado y encargado, tuvo por nueva cómo el cacique Cataloe estaba bebiendo, como ellos lo traen de costumbre, en una borrachera solemne o banquete que a todos los indios hacía. Y estaban todos en una fuerza metidos en las cabezadas del valle de Limarí, que era suyo, en sitio de tierra que al parecer no podían por ella caminar. Y había hasta llegar al pucarán y fuerza muy malos pasos y en algunos gentes de guerra en guarnición. Y como el caudillo era animoso y fue bien informado, aunque llevaba poca gente, partió con sus doce compañeros una madrugada tres horas antes del día, y subió por unas peñas arriba con demasiado trabajo de ellos y de sus caballos. Llevaban por guía indios que tomaban, y no fueron a la puerta de la fortaleza porque tenían gran recaudo y el sitio era agro, y hacía más fuerte una quebrada profunda que cercana tenía, y si acaso por allí entraran, no dejara de recibir gran daño. Entraron por la parte más descuidada y más aparejada para dar combate, entre unas peñas muy grandes, y estaban los indios fuera de sospecha, y no entendían que los españoles irían allá sino por lo llano, principalmente con caballos. Y tenían que por las otras partes no podrían ir.

Caminaron con los caballos de diestro con gran peligro de ser despeñados, o por lo menos sacar los caballos mancos. Y estando para subir y hacer entrada para los caballos, unos indios que en un pico de sierra alta cercana estaban, viéronlos y dieron grandes voces y alaridos. Y como los indios de Cataloe estaban embriagados, con el ruido que ellos hacían, no oyeron las voces del aviso que tanto les convenía. De suerte que los españoles entraron en el fuerte hasta la plaza donde Cataloe y toda la gente estaba. Y como vieron que los españoles habían venido allí sin ser vistos de sus velas y centinelas, quedaron espantados, atónitos y turbados todos, y no tuvieron ánimo para tomar armas y defenderse. Pues viendo la obra de los españoles y ellos tornando un poco en sí, acordaron dejar el fuerte y esconderse cada uno por su parte por aquella quebrada y entre peñas. Y lo mesmo hicieron los que en guardia tenían la puerta, puesto que tenían gran

cantidad de flechas. Todos huyeron y fueron muchos heridos y algunos muertos y el cacique preso.

Luego que esto se hizo, echaron fuego a las casas, que eran muchas, y se salieron y pasaron los malos pasos que había por la ladera. Dejaron ardiendo la entrada del fuerte y cierta parte de palenque que tenían hecho, porque lo demás la naturaleza lo tenía fortificado mejor que ellos lo pudieron hacer.

Allegados a lo llano, en parte segura pidieron los españoles al cacique Cataloe, que traían preso, que mandase venir a su gente de paz y que hiciesen casas en que estuviesen. Y estando aquí de asiento este caudillo con estos doce compañeros, preguntaba al cacique y a los demás indios que allí venían a servir si sabían nueva del capitán Monroy, la cual negaban por tenello de costumbre de no decir verdad.

Andando en estos negocios estos doce españoles buscando alguna comida, porque no la tenían de sobra, acaso sucedió que una india dijo a un español cómo ella sabía dónde estaba enterrado en una cierta parte mucho maíz. Y sabido por el caudillo el secreto que la india había descubierto, fueron allá y sacaron de dos hoyos ochenta cargas de maíz, lo cual no tuvieron en poco por ser en el tiempo que era. Y traído al alojamiento, dio el caudillo lo que buenamente bastaba a cada uno, y todo lo demás mandó que el cacique Cataloe y el otro señor lo tomasen a su cargo y lo guardasen, y que cada y cuando que se les fuese pedido diesen cuenta de él. Hecha esta diligencia, se vino el caudillo y sus compañeros a la ciudad, y trajeron consigo presos al cacique Cataloe y al otro cacique.

## CAPITULO LIX

*Que trata de la liberalidad que el general Pedro de Valdivia usó aquí con los españoles descubridores y conquistadores y pobladores que con él vinieron y estaban*

Cuatro años había que los españoles estaban en la tierra, antes que este navío viniese a este reino, que no se vestían después que rompieron la ropa que trajeron, sino pieles de raposas y de nutrias y de lobos marinos. Y había cinco meses que no se decía misa por falta de vino. Y luego que fue descargada la ropa del navío y traída a la ciudad, mandó el general poner en cobro siete botijas de vino porque no faltase, y porque otra vez no se viesen como se habían visto sin oír misa tanto tiempo.

Pues viendo el general, y conociendo los incomportables trabajos que habían pasado sus compañeros y pobladores y sustentadores hasta entonces, y demasiados gastos y pérdidas de haciendas que habían perdido y hecho en estos cuatro años que habemos dicho, que estaban tan desnudos cuanto nunca lo estuvo gente en estas partes, ni en ningunas de Indias. Y en todo este tiempo nunca les habían venido socorro, y a esta causa su principal intento era sembrar y criar para poderse sustentar y perpetuar esta tierra a Su Majestad. Y esto siempre ha procurado, puesto que haya sido ajeno de la condición de la mayor parte de los conquistadores de indios, de decir en esto. Que era un tiempo bueno y un tiempo sano y tiempo libre y amigable. Digo bueno sin codicia, sano sin malicia y libre de



avaricia. Todos hermanos, todos compañeros, todos contentos con lo que les sucedía y con lo que se hacía. Llamábale yo a este tiempo, tiempo dorado.

Pues viendo el general que los que trajeron la mercadería y navío no vendían ni fiaban a nadie por no ver oro, acordó tomar en sí toda la ropa y mercadería a su cargo, como en efecto lo hizo, y quedó a pagar por toda ella a su dueño setenta y cinco mil pesos, de lo cual fueron todos contentos, dando espera hasta que sacasen oro de él, primero estando la tierra más de asiento y más rica, en los cuales se empeñó. Y recibidos los repartió entre todos, no tomando para sí más de un vestido y camisas.

Y junto con esto hizo otra liberalidad, y fue que dio a cada uno por libre de todo lo que le debía, y les rompió las escrituras y obligaciones que tenían del socorro y caballos que en el Pirú les había dado, que pasaban de cincuenta mil pesos. Y juntamente con esto hizo otra notable liberalidad, que paga por todos a los herreros que hacían las obras a los españoles, y mandó que no llevasen a ningún perpetuador y compañero ninguna paga por la obra que se le hiciese, quedando él a pagarla. Y no fue poca la suma, que no había conquistador que no debía cuatrocientos y quinientos pesos de obras que se le hiciese de herraje y de otras herramientas que se hicieron del hierro que trajo el navío y de cobre que ellos sacaron.

Era lo que el general pretendía enriquecer en la honra y en hacienda dada por mano y voluntad de su príncipe y señor. Trabajaba de todo su corazón con servir a Dios y a su rey, en traer los indómitos bárbaros indios en el conocimiento de nuestra Santa Fe católica, y a la obediencia y vasallaje de la corona real de nuestra madre España, y en acrecentar nuestra Santa religión cristiana y los patrimonios y rentas reales.

## CAPITULO LX

### *Que trata de la venida del capitán Alonso de Monrroy*

Pasados dos meses en lo que habemos dicho, mandó el general apercebir y salir el caudillo que había traído preso al cacique Cataloe, por ser hombre de mucha diligencia, que fuese a saber si venía Monrroy y los españoles, y que llevase consigo al cacique Cataloe porque ya estaba asentado y quieto.

Allegó este caudillo con sus doce compañeros al valle y tierra de Cataloe, e reposaron veinte días, los primeros del mes de diciembre del año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro. Y en este día allegó Alonso de Monrroy con sesenta hombres muy fatigados, que había ocho días que no comían más de cerrajas. Estas hay en abundancia en los valles donde hay ríos y acequias. Y con hallar este caudillo con aquellos españoles y con aquel bastimento que guardado lo tenían, se rogocijaron todos. Fue tanto el placer y alegría de todos que no pudo ser más.

Después de haber descansado, Alonso de Monrroy despachó dos de a caballo con cartas al general a hacerles saber de su venida. Y pasados dos días se partieron los dos, el

capitán y caudillo, con toda la gente para la ciudad, y allegaron primero día de enero del año de nuestra salud de mil y quinientos y cuarenta y cinco.

Entrando estos españoles, salió el general con la demás gente que en la ciudad había a recibir a todos los que del Perú venían. Y en verse el general con socorro y los socorredores allegados donde deseaba, no fue pequeño el contento que recibió, y todos lo recibieron, porque no estimaban calor ni hambre ni los demás trabajos. Ver las ceremonias y el abrazar de unos a otros, porque se conocían todos del tiempo que estaban en el Pirú, y el preguntar por las cosas de allá, y ellos por las de acá. Preguntaban los de acá como hombres que estaban en el limbo a los otros como a personas que venían del mundo. Demandaban los recién venidos lo que demandaron los del purgatorio a Dante Aligero, cuando allá anduvo con la imaginación, según él lo relataba en sus tratados. Con la demasiada diligencia y solicitud que el general ponía y había puesto con ayuda de nuestro Señor, fue parte para se defender de los naturales con tan poca gente dos años que tardó en ir por el socorro Alonso de Monrroy y volver, y lo fuera para defendernos de muchos más, puesto que eran pocos para tanto número de indios y en su tierra. Y en todo este tiempo después que del Pirú vinieron, que había ... años hasta este punto, no hubo hombre que se desnudase para dormir ni durmiese desnudo, ni desarmado de las armas que cada uno tenía, si no era el que estaba herido o enfermo.

Ni aun la acostumbrada guerra no les daba tanto trabajo ni la sintieran, si no viniera tan acompañada de tanta hambre y necesidad de provisión, porque acontecía a muchos españoles ir a cavar de dos a dos días y sacar para comer unas cebolletas, que son como las del azafrán salvo que no lleva la flor, que la tierra de acá produce de suyo, que son mantenimientos de los naturales cuando les falta la provisión y cuando sus sementeras granan. Y éste era el refresco que tenían para sustentar sus amigos que del Pirú habían venido, pues carne, si por ventura no se cazaba, no la había, porque puercos no había tantos que se osase comer por criallos, pues perdices andaban tan corridas que no las dejábamos parar y se nos escondían. Y a este recibimiento se mató el primer puerco, que hasta aquí no se había muerto ninguno.

## CAPITULO LXI

*Que trata de cómo salió el general Pedro de Valdivia con sesenta hombres para la provincia de los poromaucaes*

Sabido por los indios de la provincia de los pormocoes que eran venidos del Pirú más españoles, se tornaron alzar de nuevo. Para poner sus personas, mujeres e hijos a buen recaudo se fueron a unos fuertes que tenían hechos en medio de la provincia, y enviaron a decir al general que no querían servir, y que fuese allá con los cristianos que les habían venido del Pirú, y que pelearían con ellos. El general les envió a decir que era contento. Salió el general a veinte de febrero del año de nuestro Señor de mil y quinientos y cuarenta y cinco con sesenta hombres. Y cuando entró en la provincia de los pormocoes, toda la gente de guerra se pasó de la otra banda del río de Maule. Visto esto, el general corrió toda la tierra y provincia de los pormocoes. Allegó de esta vez hasta el río de

Maule, trabajando con los indios que habían quedado y por los pueblos hallaba, avisándoles que no se fuesen, y que no temiesen, sino que sirviesen, que no les haría mal ni daño, y que avisasen a los demás que se viniesen a su tierra y que hiciesen sus casas y sembrasen. Tienen estos indios de costumbre que cuando se salen de su tierra queman sus casas. Y a este efecto les avisaba el general que no tuviesen temor, que se viniesen a hacer sus casas.

Pasados en esta visita dos meses y casi de partida, estando en la misma provincia, tuvo nueva el general cómo habían visto los indios un navío por la mar y cerca de tierra. Y sabida la nueva fue hasta la costa, y cuando allegó allá con sus españoles, con gran trabajo a causa de los muchos y furiosos ríos que en aquella sazón había, pues ya llegados a la playa, hallaron la gente muerta y el navío hecho pedazos. Hallóse un poco de jabón y velas de cera en la playa.

Luego se vino el general a la ciudad a invernar y dejó cierta gente con Francisco de Aguirre en la provincia de los pormocoes con provisión, junto en un pueblo de indios, porque estando allí no pudiese venir los naturales a sus pueblos y vivir seguros, sino fuese queriendo los naturales venir a servir.

Pasados dos meses que era en fin de junio, que es acá cuando dicen el corazón del invierno, como entrante enero en España, allegó al puerto con grave trabajo otro navío con empleo de Panamá con doce mil pesos de mercadería la cual era de don Cristóbal Vaca de Castro, gobernador del Pirú por Su Majestad, y traíala a cargo un criado suyo que se decía Calderón de la Barca, del cual supimos que el navío que se había perdido era de dos compañeros y en Copiapó los habían muerto. Y este navío que traía esta mercadería era de un ciudadano genovés que se decía Joan Batista de Pasten y venía por piloto y señor de él. Pues venido a la ciudad y hablado al general, se ofreció a servir así con su persona como con su hacienda, como en efecto lo hizo al general en nombre de Su Majestad, en esta gobernación y mar de ella con su navío. Y como le conocía y era tenido por buen hombre de la mar, se lo agradeció muy mucho y aceptó sus ofertas, y le hizo teniente y capitán general de la mar.

De esta mercadería que este navío trajo tomó el general ochenta mil pesos y los repartió a los conquistadores y a otros fiaron. De esta suerte se reformaron y previnieron a tan grandes necesidades como tenían. Pues como el señor de este navío era hábil y plático en su arte, súpose dar tan buena maña que vino a este puerto porque te hacían ahumadas seis de a caballo que siempre andaban corriendo la costa por mandado del general para socorro de los navíos que viniesen, y por ellas vinieron y entraron en el puerto a diecisiete de junio del año de mil y quinientos y cuarenta y cinco años.

## CAPITULO LXII

*Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia pobló una villa entre la ciudad de Santiago y el valle de Copiapó en el valle de Coquimbo*

Al principio de la primavera en este año de mil y quinientos y cuarenta y cinco en el mes de agosto, viendo el general que desde la ciudad de Santiago hasta el valle de Copiapó había ciento y veinte leguas, y en medio de ellas que están los valles arriba dichos, viendo que era cosa conveniente poblar allí un pueblo de españoles, a causa de resultar de ello mucho provecho y muchos buenos efectos, el primero y más notable, tener pueblo allí junto al puerto, donde los navíos viniesen seguros a tomar escala del Pirú a esta gobernación y reino de Chile. Y sabiendo que hay puerto y pueden seguramente venir los navíos, no saldrían en toda la navegación y viaje a tomar agua ni otra cosa en acatamiento, ni en su tierra ni en tierra de Copiapó, ni habría sucediente tanto peligro como cada día había con muertes de españoles, y ansí mesmo no padecerían hambre ni sed los navegantes.

La otra causa es que estando allí poblados y echo aquel pueblo, todos los indios que a la ciudad de Santiago sirven, servirían seguros. Y la tercera causa es que los indios de aquellos valles, por ser tierra apartada de la ciudad de Santiago y fragosa, no servían, y poblando allí vendrían a servir y los atraerían al verdadero camino de su salvación y los tratarían moderadamente, no como a bestias sino como hombres y criaturas que Dios nuestro Señor crió, y que se traten no como sus merecimientos y obras lo merecen, sino como nosotros los españoles debemos, que es con amor y buenas obras, y como se les pegue buena doctrina y deprendan alguna buena obra y policia.

Pues para poblar esta villa mandó el general a un capitán que se decía Joan Bohón con treinta de a caballo, y de éstos eran los diez, vecinos a los cuales encomendó indios y mandó dar chácaras y solares. No hicimos vecinos porque no había ni parecían más indios, que para hacer mal siempre hay cantidad. Y para que quedasen con más seguridad, mandó quedasen otros diez de a caballo sin darles indios, a los cuales les dio caballos e armas y otras cosas necesarias porque entendiesen en la sustentación de aquella villa, a la cual puso por nombre la Serena. Poblóse en el valle de Coquimbo.

### CAPITULO LXIII

*Que trata de cómo el general envió un navío a descubrir la costa hacia el estrecho de Magallanes y del suceso*

Deseando el general saber lo que era la tierra de adelante, y viendo que por tierra no podía efectuar su deseo a causa de la poca gente que tenía, porque toda la que había estaba ocupada en la sustentación de las ciudades que poblado había, acordó por mar enviar a saber de la tierra de adelante en contra el sur, que está al estrecho que se descubrió, para lo cual tenía buen aparejo en tener al capitán Bautista, tan buen piloto y hombre de experiencia. Y díjole que convenía al servicio de Su Majestad hacer esta jornada importante y necesario viaje, pues tenía un buen galeón y bien aderezado. Y el capitán Joan Bautista se ofreció al general, reconociendo que en ello le hacía servicio. Y de esta forma se dio orden en cómo salió, para que llegando ochenta leguas de la tierra

de Santiago fuera de sus términos, tomase legua de la tierra y lo enviasen al puerto de Valparaíso. Y dióle gente para que fuese en el galeón con el capitán y piloto, y mandó proveerle de bastimento y de las cosas necesarias para su viaje, y que fuese hasta doscientas leguas. Y mandó a Gerónimo de Alderete y al capitán Rodrigo de Quiroga y a su secretario Joan de Cardeña, escribano mayor del juzgado en esta gobernación, para que diese testimonio de lo que hiciesen. Todos los dichos fueron obedeciendo el mandamiento del general y fueron con entera voluntad. Y de esta forma fueron con todo el recaudo y buena orden que se requería. Salió el navío a tres días andados del mes de septiembre del año de mil y quinientos y cuarenta y cinco.

Y allegados a la provincia de los cauquenes, tomaron los dos capitanes la posesión en nombre de Su Majestad y del general Pedro de Valdivia en su real nombre. Y tomando lengua de la tierra siguieron su viaje hasta cuarenta y un grado y un tercio, y en un río que entra una gran bahía, que se dice Cauten, y en otro río que se dice Leobue, tomó el capitán Gerónimo de Alderete la posesión en nombre de Su Majestad y del general Pedro de Valdivia en su real nombre, con los demás hijosdalgos que para aquel efecto allí iban. Tomada la posesión y lengua de la tierra, y tomada el altura por el capitán y piloto, y hechas las solemnidades que en tal caso se requerían y requieren, hicieron vuelta y vinieron muy contentos en ver tan poblada la tierra. Y allegaron al puerto de Valparaíso el día del bienaventurado señor San Gerónimo, prosterro día del mes y año dicho, y dieron relación al general de lo que habían visto.

En esta sazón envió a mandar a la villa de la Serena a su teniente y cabildo de ella, que todos los indios que de los términos de la ciudad de Santiago allá estaban, los enviasen amenazados a sus caciques y a su tierra, y si después otros algunos se fuesen allá, que los castigasen y no los consintiesen.

Y juntamente con esto envió a Francisco de Aguirre con veinte y cinco hombres de a caballo y de a pie, y le mandó que fuese a la parte del sur hasta el río de Maule, que es treinta leguas de la ciudad de Santiago, y que allí hiciese un fuerte y que de él corriese la tierra adentro hasta veinte leguas por tres cosas, la una, para que si los indios pormocoes huir quisiesen por no servir, que hallasen quien los castigase, y a los que topasen que los costringiesen a que viniesen a sus tierras y a sus caciques a servir, de esta suerte toda la tierra serviría, y la otra, porque los indios maules, viendo aquello y que les corrían la tierra, no consentirían a los pormocoes en su tierra y ellos se sujetarían y vendrían a la obediencia.

Habiendo el general hechas estas cosas tan necesarias, y viendo que en la ciudad y en su compañía había poca gente para poder enviar a visitar la villa de la Serena, acordó hacer un bergantín y con él visitar de tres en tres meses. Y cada vez que iba este bergantín les llevaba trigo y maíz y cebada, así para comer como para sembrar, y aves y puercos para que criasen. Y de esta manera permanecían y en esto tenía especial cuidado el general. Y con esta buena solicitud se sustentó aquella villa.

#### CAPITULO LXIV

*Que trata cómo el general Pedro de Valdivia despachó un navío al Pirú por más socorro*

Hechas las diligencias dichas, viendo que convenía enviar mensajeros por socorro a los reinos del Pirú, y viendo que convenía acreditar este reino enviando muestras de oro, para que enviándolo, donde quiera que allegase pusiesen animo, como lo suele hacer, a los soldados y tratantes. Viendo estas causas y otras muchas acordó echar a las minas. Echáronse quinientas bateas y duró la demora ocho meses, y se juntaron setenta mil pesos, así del general como de los demás españoles, que lo emprestaron de buena voluntad para tan justa y buena obra.

Luego mandó apercebir al capitán Joan Bautista y que tuviese su galeón aprestado para ir a los reinos del Pirú, y que trajesen socorro de gente y armas y caballos. Y así mesmo habló al capitán Alonso de Monrroy. Y les encargó a ambos capitanes que el uno por la mar y el uno por la tierra trajesen socorro a este reino, y que en ello pusiese el calor que convenía, pues veían cuán necesario era, porque contra ello saldrían de tantos trabajos y tan excesivos, y tendrían algún descanso. Y avisóles que demás del socorro de armas y gente y caballos que les había encargado, trajesen otras cosas que acá tenían necesidad. En tanto que se aprestó el navío, despachó para Su Majestad y diolo todo a Antonio de Ulloa, natural de Cáceres, y avisóle que llegado al puerto de Lima, habiendo navío se embarcase y fuese a España, y no parase hasta dar a Su Majestad todo el recaudo que llevaba. Y que mirase con todo cuidado el negocio cuán importante era, para que Su Majestad y su real Consejo de Indias supiesen verdaderamente la conquista de esta tierra y población de la ciudad de Santiago y villa de la Serena, y el descubrimiento por mar de esta tierra de adelante.

Y para que mejor se efectuase, acordó de ir el propio general en el galeón hasta la villa de la Serena, y allí proveyó de moneda a los embajadores y algunos mercaderes que habían venido, como arriba dijimos. Y visto que iban a la vela y salieron del puerto, salió de la villa con seis de a caballo que con él vinieron para aquel efecto, y se fue a la ciudad de Santiago, porque los naturales no se alterasen viendo que estaba ausente. La salida del galeón del puerto de la Serena fue a cuatro días andados del mes de septiembre de mil y quinientos y cuarenta y seis años.

## CAPITULO LXV

*Que trata de cómo después de haber salido el general Pedro de Valdivia de la villa de la Serena mandó al piloto de un bergantín que estaba allí que se decía Luis Hernández que se fuese al puerto de Valparaíso*

Habiendo el general despachado el galeón para el Pirú y dado la orden que convenía al capitán Joan Bohón, que estaba en la villa de la Serena, mandó a Luis Hernández, piloto del bergantín que en el puerto estaba que había venido con socorro, que se fuese y llevase el bergantín con sus compañeros al puerto de Valparaíso, puerto de la ciudad de Santiago,

porque él se partió otro día por tierra. Aquella noche se hizo a la vela el piloto con otros compañeros, y todos tres lusitanos, y se fueron a los reinos del Pirú.

Allegado el general a la ciudad de Santiago y no era venido ni después vino el bergantín, supo cómo se había ido al Pirú, porque no pudo el piloto efectuar un trato secreto que traían con un Pero Sancho, vecino de la ciudad de Santiago, y con el criado del licenciado Vaca de Castro que estaba vendiendo y cobrando su mercadería, o por mejor decir, la que a cargo traía y cosas que convenían a los dos y al piloto también, porque le habían prometido cierta cantidad de dineros porque se fuesen con el navío a entender lo que a ellos les parecía que convenía, y por estas causas se fueron.

Estuvo el general en la ciudad de Santiago cinco meses, en los cuales mandó aderezar armas y reformar los caballos y aprestarse, para en fin de enero, año de mil y quinientos y cuarenta y seis, salir, como salió, a la ligera con sesenta de a caballo. Caminó hasta pasar el caudaloso río de Itata, que es pasados los términos de la ciudad de Santiago y lo último de lo que él con sus compañeros había conquistado, y de allí adelante no había pasado ningún español, ni se sabía qué tan cerca estaba tierra poblada.

Pasado este río fue a dormir a una laguna que estaba cinco leguas de aquel río, adonde los vinieron acometer cierta cantidad de gente, y eran tan salvajes que se venían a los españoles pensando tomarlos a manos, a causa de estar admirados en ver otros hombres en hábito diferente que ellos. Y de ellos perdieron muchos las vidas.

Aquí tomaron ciertos indios y al cacique, señor de aquella laguna. Y a todos les dio a entender el general a lo que venían, y supo de ellos cómo toda la gente de la comarca con sus caciques hacían junta para dar en los españoles, a los cuales hizo mensajeros de estos indios. Envióles a decir cómo él y aquellos sus hermanos venían a aquello que les habían dicho, y que les dijese, mas que sin temor ninguno viniesen a verse con él para que supiesen a lo que venían, y que si quisiesen venir de paz, se la guardarían y así mesmo les guardarían a sus mujeres e hijos y haciendas, y si quisiesen pelear, que allí delante los hallarían no temerosos de sus fieros, ni asquerosos de su sangre.

Fueron los mensajeros a la junta de los indios, y con ellos envió otros indios más pláticos y un yanacona para que les supiesen decir lo que les enviaba de mensaje. Y a este yanacona dijo el general que dijese a los indios de guerra, que si quisiesen servir y venir de paz, que los conocerían en verlos desarmados, porque si armas trajesen los matarían, y los que no las trajesen, se la guardarían.

La respuesta que el yanacona trajo fue que lo apalearon y lo enviaron y no le dijeron cosa alguna. Visto esto, caminó el general con sus compañeros dos días, que no hallaron indio ni otra persona alguna, y al tercero día salieron sesenta indios de guerra. Vistos les envió el general a hablar y decir que por qué andaban con armas y tan pocos, y por ser pocos daban a entender que andaban de paz, y andar con armas no hacían lo que les envió a decir, que se aclarasen. Respondieron que ya lo habían sabido y oído, pero veían que eran pocos y ellos muchos, y que por tanto venían aquéllos a matarlos. Oída la respuesta dijo el general que aguardasen un poco, y mandó a quince soldados que saliesen con él, y

arremetieron como suelen y desbarataron del primer encuentro los indios y mataron más de treinta, y todos los demás tomó y los mandó castigar cortándoles las narices. Y así los envió, y que dijese a sus caciques que si no venían a servirles, que así los habían de castigar, y que tomasen de aquéllos aviso, y que escarmentasen, y que supiesen como lo hacen en la guerra los españoles.

Como los indios de la junta vieron aquellos indios así castigados, tomaron tanto temor que huyeron muchos y desampararon el sitio y se fueron. Dijeron aquellos indios cuando se iban que no querían pelear, porque veían que eran muy valientes, pues quince vencieron a sesenta y mataron más de la mitad, y castigaron a todos los otros de tal suerte que atemorizada. E toda esta gente traía a su cargo un capitán que se llamaba Malloquete, de parte de un gran señor que se llamaba Andalién, el cual le había mandado que viniese a pelear con nosotros y que no dejase la guerra hasta dar fin a todos los cristianos, o morir sobre la defensa de la entrada de su tierra, lo cual amonestaba con buenas razones este Malloquete a los indios que se le iban. Y viendo que no aprovechaba todo lo que les decía ni podía decir, dejó ir hasta cuatro mil indios y dijo que con seis mil indios que le quedaba, que eran los escogidos, matarían a todos los españoles y cumpliría con el mandato de su señor.

Tenía el general asentada su ranchería e alonjamiento encima de una loma, que de una y otra parte pasaba dos quebradas agras. Y acaso la luna era de cinco días, y púsose el primer cuarto, y acabado de se poner, dieron los indios en los cristianos tan sin temor, como si muchas veces lo hubieran usado, dando grandes alaridos como lo usan, que demostraban ser cincuenta mil indios. Saliéronles al encuentro cuatro españoles, que se decían Alonso de Córdoba y Joan de Gangas y Gaspar Orense y Joan de Cepeda, que eran de ronda con sus espadas y rodelas y morriones, y detuviéronles su furia. Y en el entretanto salió el general con los demás españoles y pelearon animosamente, estando en su escuadrón cerrado los indios tan fuertes como si fueran tudescos.

Duró esta batalla gran pieza de la noche, y al fin fueron los indios rompidos y muertos el capitán Malloquete y hasta doscientos indios. Ellos mataron dos caballos e hirieron doce españoles. Vencida la batalla, quedando como quedaron por señores del campo, los españoles curaron los heridos.

## CAPITULO LXVI

*Que trata de lo que le sucedió al general Pedro de Valdivia junto al río de Andalién*  
Después de haber muerto y vencido aquel campo y al capitán y a sus indios, salió de aquel sitio otro día siguiente y caminó cuatro leguas, y allegó al valle y poblazón del cacique Andalién, y pasaron el río que allí estaba, que tiene el nombre mesmo de Andalién. Y pasado se acercaron a otro río ancho y caudaloso, y preguntaron cómo se llamaba. Dijeron que Bibio. Estando allí procuró el general buscar un sitio bueno adonde asentarse el real para mejor se defender de los indios, que eran muchos y los españoles pocos, y de allí enviarles a hablar aquellas gentes con buenas amonestaciones, puesto que



ellos son muy ajenos de ellas y amigos de malas, y si de paz viniesen fundarían una ciudad en aquella comarca.

Y vista la tierra cercana a aquellos ríos y a la mar que está allí muy cerca, tomaron indios, y de ellos supo cómo estaban juntos para dar en los españoles, otro día de mañana cuando el sol saliese, más de treinta mil indios, diciendo que si de noche no acertaron pocos, querían acometer de día.

Luego que esto se supo, acordó el general volver a la ciudad de Santiago atento que allí les fuera mal, y no pudiera ser menos por ser tan pocos y los indios muchos, y estaban en peligro los pueblos poblados de cristianos y en ventura de perderse todos ellos. Y así aquella noche mandó al maestre de campo que tomasen la vanguardia con veinte de a caballo, y dióle una guía que le llevase y guiase por la costa de la mar, y que caminase. Luego salió el general con las demás gente poniendo buen recaudo en la rezaga. Y con esta buena orden salieron del valle sin ser sentidos ni vistos de los indios, puesto que le tenían cercado todo el valle mucha cantidad de gente, por ser muy poblada aquella tierra, y para dar en la mañana el almuerzo a los españoles. Cuando el sol salió fueron a nuestros ranchos los indios y halláronse burlados.

Tardó el general con sus compañeros en esta jornada mes y medio y trajo seis principales y doce indios, y de ellos se informaron de lo que convenía, así de la calidad de la gente y la tierra y de la poblazón de ella. Después de haber descansado algunos días los envió a sus tierras, dándoles bastimentos para el camino, y les dijo que se fuesen a su tierra y que dijese a sus caciques que él había ido con aquellos españoles a ver un sitio bueno para poblar una ciudad como aquella en que estaban, y para que lo vieses los había traído, y que no había ido para más, y que ya lo había visto. Y que supiesen cómo, cuando viniesen los españoles, que habían de venir más y caballos, que los esperaba cada el día, iría a poblarla como decía, y que esto dijese a cuantos vieses, y que cuando otra vez les vieses allá con gente, entendiesen como iban a efectuar lo que les decía, y poblar y estar en aquella tierra los españoles sin irse de ella para siempre, y que para cuando fuesen que tuviesen acordado si habían de servir o pelear, y que tomasen su consejo y no peleasen porque era mal para ellos.

## CAPITULO LXVII

*Que trata de lo que hizo el general después que vino del descubrimiento de por tierra*

Muy gran placer recibieron los españoles, vecinos y estantes en la ciudad de Santiago, cuando vieron al general que era vuelto de la jornada de arriba, porque los naturales andaban en víspera de se alzar, y esto causábalo ser pocos. Y eran muy hermanados, que les pesaba en extremo cuando se apartaban algunos para estar un mes que no se vieses. Luego envió el general veinte y uno de a caballo con un caudillo a visitar la villa de la Serena y hacer la guerra a algunos indios si alterados estuviesen, de que no pequeño placer recibieron todos los que estaban en la sustentación de la villa cuando supieron la venida del general, y por la visita de aquellos caballeros, porque estaban con temor cada

el día que los indios se habían de alzar. Y de esta suerte aseguráronse y algunos indios que estaban indómitos los trajeron al servicio.

E hizo más el general de que fue allegado a la ciudad, que como vino el invierno, para sembrar mandó hacer grandes sementeras de trigo, creyendo que vendrían los capitanes que el septiembre pasado había enviado al Pirú por socorro. E hizo que las minas anduviesen como solían, porque los que viniesen hallasen algún oro, y para que si conviniese, despachar otro mensajero a España a Su Majestad con el traslado de lo que Antonio de Ulloa había llevado y con lo demás que hubiese que hacer saber a Su Majestad del descubrimiento de por tierra y fertilidad de ella.

Pues viendo el general que había cumplido un año y más, y no venía ni había nueva de la gente, acordó despachar a Su Majestad otro mensajero, el cual se llamaba Joan de Avalos Jofre, natural de los Garrovillas, y llevó también dineros para dar a los capitanes, si los hallase con necesidad. A este mensajero envió el general con otras personas, que fueron de esta gobernación para el Pirú a emplear para dar vuelta y venir a esta tierra en un barco que él tenía, el cual sacó de la pesquería con que sustentaba la gente de las minas, entendiendo que convenía e importaba más. Llevaron de esta vez estos hidalgos en este barco setenta mil pesos en oro.

## CAPITULO LXVIII

*Que trata de cómo el general tornó a repartir los indios en menos vecinos y de la llegada del capitán Joan Batista del Pirú*

Viendo el general que había hecho muchos vecinos en la ciudad de Santiago y que los indios eran pocos, y que era gran trabajo estar repartidos en sesenta vecinos, acordó por el bien de los naturales desmenuillos en menos, e hizo treinta vecinos. Y entre éstos repartió todos los naturales que a los otros había quitado, que pues había lugar y tiempo para dar orden que se hiciese más adelante, teniendo atención a la buena tierra y tan poblada como había descubierto y cerca, diciéndoles a cada uno de los que quitó los indios que no tuviesen pena, que breve tendría largo, y que si quería que les señalase caciques arriba, que él se los señalaría. Y díjoles más, que por poco trocaban mucho, y que por cincuenta indios que dejaban que él les daría quinientos presto y cerca en otra ciudad que pensaba poblar breve. De manera que quedaron satisfechos, aunque no del todo contentos. Convino hacerse así por el pro y utilidad dicha.

Hecho esto procuró el general andar en persona toda la tierra, haciendo a los naturales que servían que se asentasen e hiciesen grandes sementeras de maíz y trigo. Avisó a la villa de la Serena para que los vecinos mandasen hacer otro tanto y que se diesen a criar muchos puercos y gallinas, por que estuviesen prósperos de provisión para que favoreciesen a la gente que esperaba cada el día, porque sabiendo los indios que venían gente, estarían más seguros y no se alterarían, y sacaría más fruto que en lo pasado. En estas cosas y otras semejantes entendía el general y en apaciguarlos del todo, porque había algunos caciques que no servían bien a sus amos, y sabiendo de alguno que se hacía

contumaz, amanecía el general en su pueblo con treinta de a caballo y castigábale si era menester, y hacíale servir. Y esto hacía con toda la diligencia y solicitud que era posible y más conveniente.

Así que hecho esto, pasados pocos días tuvo nueva cómo había allegado a la costa el capitán Joan Batista con su galeón, que había ido por socorro al Pirú dos años largos había, y con los demás capitanes que fueron.

Y dejando el capitán Joan Batista el navío a buen recaudo treinta leguas abajo del puerto, para en haciendo tiempo se viniesen al puerto, partióse por tierra. Hizo esta diligencia viendo que los tiempos le eran adversos y su embajada y venida era importante. Y halló al general en la casa de Quillota, con el cual se holgó el general, y luego mandó que le proveyesen de bastimento al navío, que traía necesidad, lo cual así se hizo luego. Y como el general estaba ya desconfiado que no le vinieron aquellos mensajeros, por haber veinte y seis meses que los había despachado, entendían que eran perdidos, y luego preguntó que dónde había dejado al capitán Monrroy y a los demás amigos que había llevado. Dijo que él daría cuenta de todo, que había bien que le dar.

Luego el capitán Joan Batista dio su embajada, diciendo que había veinte y seis meses que partió de la Serena y que había allegado a la ciudad de los Reyes en veinte y cuatro días, donde halló que Gonzalo Pizarro tenía alterada toda la tierra y reino del Pirú, e había ido a Quito en seguimiento del visorrey Blasco Núñez Vela. Y después de haberse embarcado dentro de seis días murió de cierta enfermedad el capitán Alonso de Monrroy, y "allí pareció haber llevado la más cantidad del oro que se sacó del puerto de Valparaíso, que por vuestra merced había sido repartido. Y Antonio de Ulloa acordó mudar propósito y dejó el camino que llevaba para ir a dar cuenta a Su Majestad y llevarle los despachos y relación de vuestra merced, los cuales abrió y leyó delante de otros muchos soldados, y mofando de ellos los rompió. Con el favor que halló en la ciudad en un Lorenzo Aldana, que era primo hermano suyo, que a la sazón había quedado por teniente y justicia mayor de la ciudad de los Reyes y de toda aquella tierra por Gonzalo Pizarro, el cual hizo secuestrar el oro todo que llevó, que se halló en poder del difunto Alonso de Monrroy, y hasta en tanto que el Antonio de Ulloa fuese a dar cuenta a Gonzalo Pizarro de cómo quedaba esta tierra del Nuevo Extremo.

"Y Antonio de Ulloa se partió con toda diligencia a servir a Pizarro. Y allegó a tiempo que se halló en la batalla contra el visorrey Blasco Núñez Vela. Y por aquel servicio y con más favor que de otros tuvo el Ulloa, diciendo que quería venir a traer el socorro a esta tierra. Debajo de cautela le pidió el autoridad y licencia para ello, y así se la dio el Pizarro, y dióle un mandamiento para que tomase todo el oro que había traído el capitán Monrroy, todo el más oro que hallase ser del general Valdivia. Y venido a la ciudad de los Reyes lo tomó todo y lo gastó. Antes, señor, ha sido parte este Antonio de Ulloa de hacerle perder esta jornada más de cuarenta mil pesos por la mala obra que ha hecho. "Y así vino ayuntando gente desde Quito hasta los Reyes. Y allegado allí se declaró que venía a esta tierra por matar a vuestra merced y dar la gobernación a Gonzalo Pizarro. Y trabajó con el favor que tenía en detenerme, porque no viniese a dar aviso a esta tierra. Y por este efecto había el Aldana dado orden en cómo me hizo quitar el navío que yo de acá

llevé y otro que había comprado para mi viaje, diciendo el Ulloa ser menester para la empresa que él traía, creyendo que de esta suerte no podría yo venir acá. "Y con todo esto me animé al servicio de vuestra merced, y me di tan buena maña con ayuda de nuestro Señor que hallé quien me fio un galeón y provisión, con el cual me puse a navegar y venir primero a dar aviso debido. Y como el Ulloa supo en el valle de Arica y Tacana, donde estaba con su gente, que yo venía por la mar, procuro con sus dos navíos que traía delante de me esperar y tomarme. Y como la navegación entendía yo mejor para librarme que no sus pilotos para tomarme, dime mejor maña a ponerme en cobro que ellos pensaban, porque el camino y mal propósito suyo me daba a mí el aviso por donde tomé la delantera, y me adelanté.

"Y conociendo ser los tiempos tan contrarios en la navegación, puesto que estaba treinta leguas de la ciudad de Santiago, acordé salir a tierra y venir como he venido, antes que Antonio de Ulloa viniese a ejecutar su ruin propósito. Y por venir primero, como he dicho, no traigo el navío cargado sino vacío, por venir más a la ligera". Todo este servicio le agradeció mucho el general en nombre de Su Majestad, dándole su palabra de se lo gratificar como adelante lo vería.

## CAPITULO LXIX

Que trata de cómo vino el capitán Diego Maldonado con ocho españoles de los reinos del Pirú

Estando el general como dicho tengo, tuvo nueva cómo había llegado el capitán Diego Maldonado por tierra del Pirú. Luego se fue el general a la ciudad donde halló a el capitán, el cual diole relación el capitán al general de su venida. Y les dijo que en Atacama, estando allí Antonio de Ulloa, le habían venido cartas de las Charcas enviados por un capitán de Gonzalo Pizarro, que se decía Alonso de Mendoza, para el Antonio de Ulloa, en que por ellas le avisaba cómo era allegado a Panamá un presidente enviado por Su Majestad a proveer en lo del Pirú, y que Gonzalo Pizarro tenía muy gran necesidad de que se le juntase toda la más gente que se pudiese. Y teniendo confianza que sabido esto por Ulloa se iría a donde él estuviese, le escribió que donde quiera que estuviese, luego se viniese con la gente a las Charcas, porque de allí se fuesen con toda la gente que más pudiesen haber a donde se hallase Gonzalo Pizarro.

Pues recibidas las cartas por el Antonio de Ulloa, fue muy grande el placer que recibió, y mandó a la gente que consigo traía que se apercibiesen para volver al Pirú, y dijo que habían de ir a las Charcas y de allí adonde Gonzalo Pizarro estuviese. Junto con esto mandó que los navíos, que por la mar venían, que se volviesen a la ciudad de los Reyes y dejasen la navegación de Chile, no mirando ni acatando que allí venían muchos españoles casados, y traían sus mujeres e hijos y habían gastado cuanto tenían en el viaje, y que quedaban pobres y el viaje por hacer.

Dijo más este capitán Maldonado, que viendo este movimiento y rebelación temiendo los alborotos del Pirú y sus bullicios, acordó Pedir licencia al Antonio de Ulloa para venir a

esta tierra. Y Por tener aquel capitán Diego Maldonado muchos amigos en el campo, y si no se la daba la pudiera él tomar y salirse con todos los que seguirle quisieran, que no fueran los menos, y teniendo el Ulloa quedarse solo, dio la licencia liberalmente a él y a los demás, que fueron por todos veinte y dos hombres, a los cuales les tomó las armas y los mejores caballos, dándoles otros no tales, y por no ir el Ulloa embarazado con yeguas y cabras, dio licencia a los que las tenían que las llevarsen, tomándoles los esclavos y algunas piezas de servicios.

Salido de Atacama Antonio de Ulloa para las Charcas, se metió el capitán Diego Maldonado con sus veinte y dos compañeros en el despoblado. Viendo los indios de Atacama cómo eran pechados de los de Copiapó, y de suyo tienen ser inclinados a malicias y traiciones, dieron mandado a los de Copiapó haciéndoles saber cómo iban veinte y dos cristianos para su tierra, y que si allí esperaran un día más ellos los mataran, y pues se habían escapado de sus manos que los matasen en su tierra, pues iban a ella. Y con este aviso cuando llegó Diego Maldonado con su compañía al valle de Copiapó, halló los indios alterados y puestos en arma. Y vistos, dieron los indios en los españoles y mataron cinco de ellos. El capitán con los demás que le quedaron procuró de salir del valle con esta pérdida y mal hospedaje. Y como su salida fue de noche y con lo obscuro por reparar las vidas, caminaron por tierra no sabida y espesa de montes, los cuales perdieron el camino y anduvieron toda la noche perdidos, que no acertaron a salir del valle. Visto por los indios se acaudillaron y dieron de nuevo en los cristianos y mataron nueve, y tomáronles todo el ganado que traía.

Y de estos ocho que escaparon heridos, peleando acertaron a salir del valle. Y como los indios los vieron fuera dejáronlos. Y así escaparon diciendo que de aquella pérdida y mal suceso era causa Antonio de Ulloa, que después de dada por Gonzalo Pizarro la batalla al virrey en Quito donde le mató, se había alzado de nuevo con la tierra toda del Pirú, y que tenía usurpada toda la tierra firme del Nombre de Dios y Panamá, y que decía Gonzalo Pizarro que si Su Majestad no le daba toda la tierra, que él la tenía y la defendería, y que para defensa de ella tenía en Panamá una gruesa armada con sus capitanes y mucha gente de guerra.

Oídas estas palabras, el general tomó en sí gran pena. Acabada esta plática dijo el general al capitán Joan Batista que le avisase cuando el navío hubiese venido al puerto de Valparaíso.

## CAPITULO LXX

*Que trata de cómo acordó el general Pedro de Valdivia ir al Pirú a servir a Su Majestad y de la mañosa maña que se dio para seguir su viaje*

Estando los negocios en este peso, preguntó el general al capitán Juan Bautista que si había allegado el galeón al puerto y si estaba pertrechado. Y si algo le faltase que lo mandaría proveer, porque con él quería enviar sesenta mil pesos que tenía al Pirú por socorro, pues que en los mensajeros pasados no había tenido dicha. Y junto con esto tenía

pena ver tan buena tierra como había visto adelante, y que no se poblaba por falta de gente. Y viendo que se le pasaban los días y meses, acordó mandar aderezar el navío para ir abajo.

Vinieron hasta veintidós españoles a pedir licencia al general para ir al Pirú, y se la dio y les dijo que estuviesen prestos, porque el galeón se despacharía muy breve. Y secretamente hizo el general una provisión para el capitán Francisco de Villagran, en que le dejaba en nombre de Su Majestad y suyo la guarda y defensa de esta tierra, en tanto que él estaba ausente de ella e iba a servir a Su Majestad al Pirú, y un poder en que le dejaba a cargo todas sus haciendas. Y esto mandó a su secretario que lo tuviese secreto hasta que él se lo pidiese, y si alguno preguntase por la partida del navío, les respondiese que acabado de escribir los despachos que se estaban escribiendo, se despacharía.

Estando el navío con todo su matalotaje y oro y todos los que la licencia habían pedido, cabalgó en su caballo el general con ocho españoles y fue al puerto, y dijo a todos que iba a dar los despachos a su capitán, Joan Bautista. Y mandó llamar a todos los que estaban embarcados afuera del navío en tierra, y les dijo que les quería hablar antes que se fuesen. Y de esta manera salieron todos a tierra, y entrados en una casa, el general se salió secretamente por otra puerta, diciéndoles que aguardasen que luego salía. Y fuese al batel y embarcóse con ocho criados y amigos, los cuales fueron, el capitán Gerónimo de Alderete y Joan Jofré, Diego Oro y Diego García de Cáceres, Joan de Cardeña, don Antonio, Álvaro Núñez, Vicencio de Monte. Y fuese al navío. Y los demás que estaban en la casa esperando que saliese, y como veían que se tardaba y no salía, salieron fuera. Y como le vieron ir al navío, escomenzaban a hablar unos con otros y decían cómo habían sido engañados, y daban voces y llamábanle Pedro de Urdimalas. Y ansí se consolaban unos con otros.

Llegado el general al navío, mandó sacar a Gerónimo de Alderete todo el oro suyo y de particulares, y mandó se pusiese por memoria en un libro de cuenta, y señalasen cada partida cuya era, por mandarlo pagar al capitán Francisco de Villagran, como lo mandó, del oro que sus cuadrillas sacasen. Y por más claridad hizo una memoria de todo el oro y la cantidad de cada partida. Hecho esto mandó sumar la cantidad que había, y hallóse con lo que llevaba de particulares, ochenta mil pesos. Lo que él llevaba era cuarenta mil pesos, lo demás se tomó. Hecho esto habló el general a todos los que metió consigo y les dijo cómo él había entrado en aquel navío porque convenía al servicio de Su Majestad, y que si hasta entonces no se lo había hecho saber era por no ser estorbado y "porque todos los que conmigo habéis entrado sois buenos hijosdalgo, quiero que vais conmigo esta jornada". Y habló en particular a Joan de Cardeña, escribano mayor del juzgado en este reino. Y dijo ansí:

"Joan de Cardeña, dadme por fe y testimonio en manera que haga entera fe ante Su Majestad y ante los señores de su real Consejo de Indias, en cómo yo digo y declaro que parto de esta tierra sólo por el servicio de Su Majestad, dejando en la sustentación de ella en su cesáreo nombre y mío, hasta que yo vuelva del Pirú esta jornada, al capitán Francisco de Villagran, que es el mejor remedio que yo puedo dejar al presente.

"Y voy con determinación y a buscar un caballero que dicen que está en Panamá que viene de parte de Su Majestad, para le seguir en su real nombre. Y hallándole o no, haré toda la gente que pudiere y volveré al Pirú, y procuraré desbaratar a Gonzalo Pizarro y matarle, y restituir aquella tierra en servicio de Su Majestad. Y para dar a entender a todos en general cuán leal vasallo soy a la Corona Real de España, quiero con las obras demostrallo. Por lo cual me declaro y lo digo, para que lo entienda Gonzalo Pizarro de mí, que él y cualquiera que no estuviere debajo de la obediencia de Su Majestad y del menor de sus ministros que Su Majestad enviare para la sustentación de aquellas provincias, lo mataré y destruiré".

Acabada esta plática, mandó que alzasen las áncoras y quedase el navío con sola una, poniendo las vergas en alto. Dijo a Joan de Cardeña, su secretario, cómo quería estar allí hasta saber "si el cabildo de la ciudad de Santiago habían recebido al capitán Francisco de Villagran por mi provisión al gobierno de la tierra. Y también conviene que el cabildo y pueblo escriban a Su Majestad cómo voy en paz a le servir, y cómo dejo recaudo para la sustentación de esta tierra en su cesáreo servicio. Por tanto, conviene que salgáis en tierra y llevéis estos despachos a la ciudad, y con toda diligencia entendáis en esto, y traedme el recaudo necesario. Y venid con toda brevedad, para lo cual vos doy tres días de término, y éstos os esperaré, y pasada una hora de este término me haré a la vela".

## CAPITULO LXXI

*Que trata de cómo fue el secretario Joan de Cardeña a la ciudad a los negocios que convenían para seguir el viaje*

Despachado Joan de Cardeña y salido a tierra, luego que fue puesto en camino y allegado a la ciudad, visto los despachos del general, entraron en cabildo y recibieron al capitán Francisco de Villagran para el gobierno de toda la tierra, en nombre de Su Majestad y del general Pedro de Valdivia, y por su provisión en su cesáreo nombre, y se publicó con pregón público en la plaza de la ciudad.

Hecha esta solemnidad, envió al cabildo una carta para Su Majestad y otra escribió el procurador de la ciudad con acuerdo y voluntad de todo el pueblo. Por las cartas dichas suplicaban el cabildo y toda la república a la Audiencia Real que fuese servido mandar despachar al general, porque viniese breve a la gobernación de la tierra por ser amado y querido de todos, y que por ser su ida tan importante al servicio de Su Majestad, fueron todos muy contentos que saliese, poniendo todo calor en su ida, y que si para otro efecto intentara salirse de la tierra, no le dejaran, y conociendo del general cuán verdadero y leal vasallo era de Su Majestad y lo mucho que en su cesáreo servicio había trabajado, y cómo conocían de él tener en su voluntad.

Estas y otras razones como éstas fueron escritas en las cartas, y fueron dadas al secretario. Y con ellas se partió, y fue en muy breve tiempo hasta la mar, de que el general tomó muy gran contento cuando le vido y supo que el capitán Francisco de

Villagran era recibido por el cabildo al gobierno de la tierra. Hizo esta jornada el secretario en menos término que el general le había dado.

Otro día después, que se contaron trece días del mes de diciembre, día de la bienaventurada Señora Santa Lucía, de mil y quinientos y cuarenta y siete años, salió el navío del puerto de Valparaíso, y en dos días con sus noches, con prospero viento cual en este tiempo suele haber, allegó al puerto de la villa de la Serena, en donde estuvo un día, en el cual dio orden al capitán que allí estaba y a la demás gente, de la suerte que se habían de gobernar para se sustentar y tener pacífica la tierra. Y les dijo cómo iba al Pirú a servir a Su Majestad contra la rebelión de Gonzalo Pizarro, y cómo dejaba en su lugar en esta tierra al capitán Francisco de Villagran, y les mandó que le obedeciesen como a su misma persona, porque así convenía al servicio de Su Majestad.

Hecho esto se embarcó en el navío y se hizo a la vela a dieciséis de septiembre, y allegaron al puerto de Iqueique, en los términos y minas de plata del valle de Tarapacá en los reinos del Pirú, doscientas y cincuenta leguas de la ciudad de los Reyes, víspera de la Natividad de Cristo nuestro Señor, en el año ya dicho. Y mandó el general a Gerónimo de Alderete que fuese en el batel del navío con doce españoles, y que tuviese avisado porque no era tierra que se habían de descuidar, lo uno, por ser los indios cautelosos, y lo otro, por tener noticia de la tierra estar alterada con Gonzalo Pizarro.

En la tierra halló un español y dos esclavos, al cual preguntó cómo estaba el reino del Pirú, si acaso tenía nueva y noticia. Dijo el español que había un mes que en el Collao, en un pueblo pequeño de indios que se dice Guarina, había desbaratado y vencido Gonzalo Pizarro con cuatrocientos hombres a Diego Centeno que traía mil y cien hombres, y cómo estaba más poderoso Gonzalo Pizarro que nadie en la tierra.

Juntamente con esto dijo cómo tenía por nueva, y que era público en toda la tierra, cómo ha llegado a Panamá un caballero de parte de Su Majestad para poner orden en aquellas provincias, y que se llamaba el presidente Pedro de la Gasca, y cómo Pedro de Hinojosa y los demás capitanes de Gonzalo Pizarro le habían entregado una armada de mar, que en tierra firme tenía, pero que se decía que no tenía gente ni quien lo siguiese, y que había jurado Gonzalo Pizarro por Santa María de no consentirle entrar en la tierra, sino matarle, y que para el día de nuestra Señora de la Candelaria estaría en la ciudad de los Reyes para defenderle la entrada.

Luego mandó el general que se hiciese el navío a la vela, y siguió su viaje hacia los Reyes. Otro día cuando amaneció entró en el puerto que se dice Ilo, veinte y cinco leguas de la ciudad de Arequipa. Estuvo sobre una amarra seis horas, donde supo de dos españoles que allí habían llegado dos días había que eran venidos de la villa viciosa de Arequipa, en cómo había pocos días que vino por nueva de la ciudad de los Reyes cómo el presidente Pedro de la Gasca estaba en el valle de jauja reforzándose, y que al puerto de los Reyes había llegado su armada, y que estaba la ciudad por Su Majestad. Luego el general escribió una carta al presidente, haciéndole saber de su venida y llegada en aquella costa y a lo que venía, suplicándole que donde quiera que él tomase, le esperase algún día, porque en allegando a la ciudad de los Reyes, se partiría en su



seguimiento. Y dio la carta a su secretario Joan de Cardeña, por ser hombre de toda confianza, y sabia toda aquella tierra. De esta suerte caminó el secretario con todo aviso. Y mandó el general hacerse a la vela con toda diligencia, y salió de aquel puerto.

## CAPITULO LXXII

*Que trata de cómo el general Pedro de Valdivia llegó al puerto de la ciudad de los Reyes y de cómo se partió a la ligera a alcanzar el campo de Su Majestad*

Como en el tiempo que el verano corre, y vienta a la continua el viento sur, y la navegación de los reinos de Chile y para de ellas venir a los del Pirú es a popa, y no es tan manso que con pocas velas no hace andar en breve espacio gran jornada, pues en catorce días allegó el general Valdivia en la nao en que vino hasta el Callao, puerto de la ciudad de los Reyes, el cual está de la ciudad dos leguas llanas.

Salido en tierra, dejó el navío al general de la mar que la armada tenía por Su Majestad, para que allí sirviese, y él se fue a la ciudad con sus amigos, donde escribió al presidente Pedro de la Gasca, que iba marchando con el campo para el Cuzco, haciéndole saber de su venida y la voluntad y buena intención que traía, que era servir a su señoría en el cesáreo nombre de Su Majestad.

Suplicóle en su carta que se fuese deteniendo en las jornadas, porque no se detendría él en la ciudad de los Reyes más de diez días, que sería en reformarse de armas y caballos, él y los amigos que llevaba. Tardó el general en esto y en dar socorro a otros soldados que consigo llevó, que por falta de él se habían quedado, gastó en esto diez días, en lo que habemos dicho, sesenta mil pesos en oro.

Este término cumplido, salió el general con toda la gente que en los Reyes hizo. Y dióse tanta prisa, caminando en un día tanto como el campo de Su Majestad en tres días. Y con esta buena diligencia alcanzó el felicísimo ejército de Su Majestad en el valle que se dice de Andaguailas, cincuenta leguas del Cuzco.

Y allegado fue del presidente muy bien recibido con toda la gente que consigo llevaba, teniéndole de parte de Su Majestad en muy señalado servicio el que había hecho en se disponer a tanto trabajo de su persona y gasto de su hacienda por venir a le servir en tal tiempo y en tal coyuntura. Y díjole el presidente que estimaba mucho su persona en tenella en su campo por la buena fama que de él tenía y por la gran experiencia que tenía de la guerra. A lo cual el general Valdivia le agradeció y ofreció de nuevo a servir tan fiel y enteramente como sus obras lo demostrarían, a las cuales se remitía, dando al tiempo por testigo y personas por fiador. Luego mandó el presidente alojar al general Valdivia. Otro día siguiente mandó el presidente que todo el ejército se ajuntase, donde él hizo una habla general a todos. Hizo traspaso en el general Valdivia de toda la autoridad que el presidente tenía de Su Majestad para en los casos y cosas de la guerra y a ella tocantes, y le encargó todo el ejército de Su Majestad, y le puso bajo de su mano y protección, pidiendo por merced el presidente a todos aquellos caballeros, capitanes y gente de

guerra, de su parte y de la de Su Majestad, mandándoles primeramente obedeciesen al coronel Pedro de Valdivia en todo lo que les mandase acerca de la guerra, y cumpliesen sus mandamientos, "tan bien y tan enteramente como cumpliréis y habéis cumplido los míos, porque haciéndolo así, hacéis, señores, no pequeño servicio a Su Majestad". Y respondió a esto todo el ejército que lo harían.

Hecho esto dijo el presidente, vuelto el rostro al general Valdivia, que le daba aquella autoridad y le encargaba la honra de Su Majestad, como a persona de quien tenía información de su prudencia y experiencia, y largo curso que tenía de las cosas de la guerra y ejercicio militar.

Luego el general y coronel se humilló y pidió la mano al presidente de parte de Su Majestad, y le respondió que él tomaba el servicio y cesárea honra de Su Majestad y su real autoridad a su cargo y sobre su persona, la cual emplearía en lo dicho y en defensa de Su Majestad con toda aquella diligencia y plática que tenía de las cosas de la guerra, hasta vencer o perder la vida. Y juntamente con esto tenía tanta esperanza y confianza en Dios nuestro Señor y en la buena ventura de Su Majestad, que viendo tan justa causa como defendía, entendía salir con la empresa de gente y volver toda la tierra del Pirú debajo de la obediencia y vasallaje de Su Majestad, como lo estaba antes de la rebelión de Gonzalo Pizarro. Y que a él y a los que le seguían y ayudaban a seguir tan grave y pesada opinión destruiríanlos, matando los unos y prendiendo los demás, para que conforme a sus desméritos fuesen justiciados y castigados.

Oído esto por el presidente y por todo el ejército se holgó y regocijó mucho, y todos aquellos caballeros y capitanes del felicísimo ejército lo mostraron en venirle hablar.

### CAPITULO LXXIII

*Que trata de la cuenta que dio el general y coronel Valdivia al presidente de la salida de Chile para venir a servir a su señoría en nombre de Su Majestad*

Hecha esta habla y noble exhortación, se fueron el presidente y el coronel y el mariscal Alonso de Alvarado y otros nobles del ejército de Su Majestad a la posada y alonjamiento del presidente, donde el coronel Valdivia sacó de la mano y dio al presidente Pedro de la Gasca el requerimiento que hizo cuando entró en el navío. Visto por el presidente se holgó mucho, recibiendo gran contento, pareciéndole ser la elección y confianza tan grande que había hecho de él, como de él la tenía, y que conjungía bien lo uno con lo otro, la liberalidad del presidente con las obras del coronel Valdivia y con su fidelidad y voluntad que mostraba de servir a Su Majestad.

Y le tomó el presidente el requerimiento y dijo que lo quería enviar a Su Majestad para que por él viese cuán buen súbdito y leal vasallo era, siendo tan peregrino. Allí dio el general Valdivia en breve cuenta al presidente en cómo dejaba la tierra a tan buen recaudo. Y así mesmo le dio cuenta de su venida, y cómo en llegando a Ilo con la nao, había despachado a su secretario Joan de Cardeña con despachos para su señoría, y

que no había sabido nueva de él, y que acabada la guerra daría más larga cuenta a su señoría de todo, y tan bien como era obligado darla a su Príncipe y Señor, dándola de todo lo que había hecho en estas partes en servicio de Su Majestad, y que en el entretanto se entendiese en las cosas de la guerra, pues tan en la mano la tenían.

Respondió el presidente que se hiciese como tenía acordado, que él tenía confianza que en todo estaría bien acertada la cuenta. Dijo el presidente cómo el secretario Joan de Cardeña le había escrito de la villa de Arequipa y cómo le hizo saber cómo habiendo llegado allí un día antes, vino del Cuzco un capitán de Gonzalo de Pizarro que se decía Francisco de Espinosa, con treinta soldados en seguimiento de ciertas personas que allí alcanzó y ahorcó. Y de cómo le tomó la cabalgadura y a ruego le dejó. Y se fue el capitán por la costa de la mar contra Arica y Tarapacá, y que supo cómo iba recogiendo la gente que pudiese ajuntar para ir a servir con ella a Gonzalo Pizarro.

## CAPITULO LXXIV

*Que trata de la orden que el coronel Valdivia dio en el ejército de Su Majestad*

Otro día siguiente cuando el sol salía, como hombre que todo el cuidado tenía, comenzó el coronel Valdivia a entender en lo que convenía en el ejército. Y recorrió las compañías e hizo la de los arcabuceros por sí, y mandóles proveer de mecha y pólvora y de toda munición, y mandó a las compañías de los piqueros que se les proveyese de picas y mejorar las que llevaban. Visitó a la gente de a caballo y mandó les proveer de las armas que convenían para que mejor se pudiese aprovechar en su tiempo cada uno. Y ordenó los escuadrones, poniéndolos en aquella orden que necesaria y conveniente era a la jornada. Y puso el artillería adonde había de ir cuando marchase el campo, dando la orden de lo que había de hacer los artilleros con su capitán, así yendo marchando como cuando asentasen; quedando el general del ejército Pedro de Hinojosa en el campo cada el día. Y el coronel Valdivia tomó al mariscal y maese de campo Alonso de Alvarado para que fuese con él todos los días delante del ejército, con la gente que les parecía que convenía, dos o tres leguas, descubriendo el campo y haciendo los alonjamientos donde más a su salvo estuviesen. Y de esta suerte y con esta orden marchaba el campo muy contento de todos.

Del valle de Andaguaylas salió el ejército y comenzó a marchar, caminando cada el día la jornada que al coronel le parecía conveniente, dándola algunas veces larga por el pasar de las nieves, donde se podía recibir detrimento del frío y por la falta del bastimento, y otros días se daban menores para que se reformasen así la gente como los caballos. Con esta orden llegaron a un valle muy grande por donde pasa un río caudaloso que se dice Aporima, que está de la ciudad del Cuzco doce leguas.

Cuando el campo salió del valle de Andaguaylas, escribió el coronel Valdivia a Su Majestad, dándole breve cuenta del discurso de su vida y de su venida a servir, y de lo que le pareció más poderse extender, según el poco tiempo que tenían. Fueron sus cartas

con los despachos que de allí envió el presidente a trece de marzo de mil y quinientos y cuarenta y ocho años.

En comarca de estas primeras veinte leguas que desde el Cuzco había, estaban cinco puentes que no eran de albañería, ni de madera, ni sobre barcos, sino hechas en una forma para quien la oye admirable y para quien la ve y ha de pasar. Y todas estas cinco puentes había mandado quemar Gonzalo Pizarro a fin de acudir a nos defender el paso, en sabiendo por dónde hacían muestra de pasar.

Y el coronel por desmentir estas espías, ocho leguas antes que llegase con el campo, proveyó de capitanes que fuesen con arcabuceros a cada una de las puentes quemadas. Y mandó que comenzasen hacer los aparejos con aquella diligencia que más convenía para desmentir a los enemigos, haciendo estas puentes de unas crisnejas de unas vergas a manera de mimbres y torcidas como gruesas maromas, y atados de una parte a la otra del río en gruesos cimientos de piedras, y divisas una de otra aunque atadas bien en cada puente. Echaban cinco y seis maromas y encima rama y tierra, y por éstas pasaba la gente.

Cuando el coronel Valdivia despachó aquellos capitanes a las puentes, despachó un vecino del Cuzco que en el ejército iba, que se decía Lope Martín, éste era lusitano, para que así mismo hiciese con indios aquellas maromas, como los demás, para hacer la puente del río de Aporima. Y cuando el ejército allegó dos leguas del río, se adelantó el coronel a visitar la gente que estaba aderezando las maromas, jueves de la cena, por un camino muy áspero y agro. Y vio la disposición de la puente y sitio de ella donde se había de hacer. Y viendo que ya estaban hechos los aparejos y materiales, mandó a Lope Martín que tuviese aviso y no atase ni pasase las maromas en ninguna manera de la otra banda, y que no entendiese más de estarse allí guardándolo todo hasta que viniese todo el campo y él en persona volviese allí, y aunque le enviase a decir que las armase, no lo hiciese hasta que él viniese a lo mandar, porque así convenía al servicio de Su Majestad y bien y conservación de su felicísimo ejército. Respondió Lope Martín que así lo haría. Luego el Viernes de la cruz tornó el coronel a subir la ladera y fue a donde estaba el campo, y allegado luego, se juntaron el presidente y el coronel y todos los capitanes para acordar en lo que se había de hacer. Demandaron al coronel que dijese su parecer. Respondió que el parecer era que luego en aquella hora se levantase el campo y pasase aquellas dos leguas de camino con toda brevedad. Y acordando todos en aquello, mandó el coronel apercebir para que luego, sábado víspera de Pascua de flores, se levantase el campo. Y marchó lo que pudo.

Y otro día siguiente, de Pascua primero, comenzó a marchar delante del ejército el coronel Valdivia y el mariscal Alonso de Alvarado, como lo tenían de costumbre. Y a hora de tercia toparon un fraile francisco, que se decía fray Bartolomé, que venía la cuesta arriba con gran prisa, y dio nueva al coronel cómo Lope Martín, el que estaba guardando las maromas para hacer la puente, no curándose de lo que le habían mandado, pareciéndole ganar, no sabiendo lo que se aventuraba, echó de la otra parte del río los cabos de las maromas para atarlas y hacer la puente el sábado. Y aquella noche vinieron sus adversos y la quemaron. Y con el temor todos los indios amigos se habían huido. En

aquello mandó a dos capitanes arcabuceros que con él iban y con el mariscal, que le siguiesen, que no era tiempo de volver a comunicar aquella cosa con el presidente, que venía en la retaguardia.

Y así caminaron con el coronel doscientos arcabuceros y con ellos el capitán Palomino. Y mandó dejar el artillería en medio de la cuesta una legua del río, y mandó bajar todos los indios que la traían con cuatro tiros pequeños de campo, para poner en la resistencia de la puente, porque si viniese alguna gente de los adversos, los echasen de allí. Allegado el coronel y el mariscal y el capitán Joan Palomino con sus doscientos arcabuceros a la vera del río, bien era antes que el sol se pusiese, llegado allí, el coronel mandó pasar a nado cien arcabuceros con el cabo de la cuerda que había hecho con gran diligencia con los indios que el coronel había sacado de los que traía con el artillería. Y mandó que en ellas pasasen aquella noche toda la más gente que pudiese de la otra parte. Estando el coronel Valdivia con los doscientos hombres, se hizo la puente.

Otro día siguiente, que fue segundo día de Pascua, allegó el presidente con todo el campo a la orilla del río. Y en estos tres días de pascua al último se acabó de hacer la puente, que en este tiempo no se apartó un momento de allí el coronel hasta que la vio acabada.

## CAPITULO LXXV

*Que trata en cómo pasó el coronel Valdivia la puente y tomó el alto con doscientos arcabuceros y de cómo pasó todo el campo otro día*

Estando junto a la puente mirando el presidente con los demás caballeros y capitanes que allí se ayuntaron, dijo el coronel al presidente, pues ya tenían puente para pasar el río y estaba segura, que los adversos no se la quemarían ni desharían, que convenía tomar el alto de la otra banda, y que él quería ir en persona a tomarlo antes que los enemigos lo tomasen, porque si acaso los enemigos viniesen primero y se apoderasen en él, no la podrían tomar sino con gran trabajo. Dijo el presidente, pues que a su cargo estaba la honra de Su Majestad, que hiciese como mejor y más conviniese.

Luego el coronel Valdivia lo puso por obra y dejó mandado al mariscal Alonso de Alvarado que se quedase en la puente, y que de ella no se apartase hasta que todo el campo pasase, y que pasase la gente de guerra primero, y que no pasase el bagaje hasta lo último. Y de esta suerte pasó el coronel la puente con el ayuda de nuestro Señor y del bienaventurado Señor Santiago y de la buena ventura de Su Majestad. Subió a lo alto con la gente que llevaba, donde tomó un sitio tal cual convenía para aquel tiempo. Estando en este paso con sus doscientos hombres, vino Joan de Acosta con doscientos arcabuceros y llegó a vista de ellos, y pareciendo que había más gente, hizo vuelta. Aquí se le pasó un soldado, que se dice Joan Núñez de Prado, y fue donde estaba el coronel, el cual dio aviso del real de Gonzalo Pizarro. Y mandó que fuese al presidente que estaba abajo en la puente.

Y en esto allegóse la noche y no habían subido arriba más de doscientos hombres. Mandó

tocar arma una hora de la noche porque la gente subiese y estuviese arriba, porque si enemigos viniesen aquella noche, hubiesen quien los resistiese. Y de esta suerte fue de mano en mano el arma por la ladera abajo hasta donde el presidente estaba, porque era largo camino, que aunque arriba se tocaba, no se oía abajo. Y en tres horas había con el coronel más de quinientos hombres, los cuatrocientos y sesenta arcabuceros, y cincuenta de a caballo. Y como allegaban se iban poniendo en orden, donde estuvieron en escuadrón toda la noche, que no hacía poco frío.

## CAPITULO LXXVI

*Que trata de la llegada al valle de Jaquijaguana y de cómo se rompió Gonzalo Pizarro*

Jueves, ocho días andados del mes de abril del año de nuestro Salvador de mil y quinientos y cuarenta y ocho, acabó de subir todo el campo de Su Majestad a lo alto de la cuesta, donde reposó dos días, teniendo el campo de Gonzalo Pizarro cinco leguas adelante. Estaba en un sitio que hallaron a su propósito en el valle de Jaquijaguana, que está del Cuzco cuatro leguas, de suerte que está el Cuzco de donde estaba sitiado el campo de Su Majestad nueve leguas. Y así en la mitad del camino estaba Gonzalo Pizarro con su campo.

Pasados dos días caminó el ejército de Su Majestad adelante... dos leguas. Y otro día siguiente por la mañana mandó el coronel Valdivia a todos los sargentos, que formado el escuadrón, estuviesen quedos y seguros, que no marchasen. Luego mandó salir corredores del campo, e cuando aclaró el día subieron el un campo al otro. Pues dada la orden que convenía, fue el coronel y el mariscal Alonso Alvarado hasta donde estaban los corredores, que era cerca del campo de los enemigos, y con ellos trabó escaramuza. Y fue tal que los hizo retirar.

Y de esta forma allegaron el coronel Valdivia y el mariscal hasta ver dónde estaba sitiado Gonzalo Pizarro con su campo. Juntamente con esto vieron el sitio que les convenía tomar para el campo de Su Majestad. Pues ya visto lo uno y lo otro, dijo el coronel al mariscal que volviesen por el campo, aunque era tarde, porque convenía traerlo esta noche allí a lo llano de este valle, "para que en la mañana demos en los enemigos y hacerlos levantar de donde están".

Dichas estas palabras caminaron los dos, el coronel y el mariscal, y fueron a lo alto de la loma y levantaron el campo que estaba alonjado, y lo llevaron al sitio que había visto. Y puesto allí, mandó el coronel que estuviese toda la noche en escuadrón, como había venido marchando, y que allí les trajesen de comer, sin ir ninguno a su toldo. Y de esta suerte pasaron toda la noche. Y el coronel y el mariscal no se apearon, mirando el escuadrón y rondas y centinelas, y visitando las órdenes cómo estaban sitiadas, animando y connortándoles a todos, dándoles a entender cuán justa y santa demanda llevaban, que era defender la honra de su príncipe y punar y morir por ella. Rendida la prima, ya casi pasada media noche, apercibió el coronel cuatro compañías de arcabuceros y mandóles que estuviesen a punto cuando los llamase. Pues ya rendido el segundo cuarto, envió el

coronel al capitán Pardavel con cincuenta arcabuceros para que trabase escaramuza con los enemigos por la parte de nuestra retaguardia. Y así fue.

El coronel y el mariscal, después de haber oído misa, dieron parte al presidente de lo que habían de hacer. Y mandó el coronel que saliesen con él cuatrocientos arcabuceros, y luego pasado media hora marchase el artillería hacia el campo de los adversos. Allegó el capitán Gerónimo de Alderete con cuatro tiros de campo y tras él venía el campo marchando, el cual mandó el coronel asentar en medio de una loma. Y como el coronel vido junto a sí las cuatro piezas de artillería, mandó a los artilleros las asestasen, y mandó a un artillero que tirase a una tienda grande, la cual era de Gonzalo Pizarro. Disparada la pieza de artillería, derribó la tienda y mató a un paje, el cual estaba armando a Gonzalo Pizarro. Visto la gente contraria el daño que se le hacía, cada uno procuraba escapar la vida, unos con pasarse a Su Majestad, y otros con irse a esconder. Y de esta suerte se desbarataron y fue preso Gonzalo Pizarro y muchos de sus capitanes.

## CAPITULO LXXVII

*Que trata de la habla que hizo el coronel al presidente Pedro de la Gasca y de cómo le crió por gobernador de Su Majestad y de la muerte de Gonzalo Pizarro y sus capitanes*

Desbaratado el campo de Gonzalo Pizarro, y él preso y muchos capitanes suyos y su maestre de campo Francisco de Carvajal, y la gente de guerra ya apaciguada y alojada, se fue el coronel Valdivia a donde el presidente estaba recogido, con la victoria que Dios nuestro Señor le había dado, con el cual estaba el general Pedro de Hinojosa y el mariscal Alonso de Alvarado y todos los capitanes del ejército de Su Majestad, con otros muchos caballeros y vecinos de las ciudades del Pirú. Con el presidente en presencia de todos, habló el coronel Valdivia, y dijo al presidente:

"Ya vuestra señoría y vuestras mercedes ven claro, y a todos es notorio cómo con ayuda de nuestro Señor yo soy fuera de la promesa que a vuestra señoría había dado".

A lo cual respondió el presidente:

"Señor gobernador, Su Majestad os debe mucho, porque le habéis dado la tierra y asegurado el reino del Pirú, y franqueado la mar a los navegantes y la tierra a los tratantes, y habéis hecho que cada uno sea señor de su hacienda, y habéis sido parte para que se quitase la niebla que sobre el Pirú estaba". Nunca el presidente había llamado al coronel Valdivia gobernador hasta este punto.

Respondió el gobernador que Dios se le había dado a Su Majestad aquella victoria, porque merecía tenerla como católico rey y señor de todos, y que él le había servido como criado y vasallo, y que besaba las manos a su señoría por tan gran merced y favor. Y dijo más, que de lo que recibía más contento era de haber hecho lo que era obligado, y así volvía a su señoría el autoridad que de parte de Su Majestad para todo lo de la guerra le había dado. Y luego habló a todos los capitanes y gente, rindiéndoles las gracias de lo

bien que había obrado en servicio de Su Majestad, por el amor y voluntad que le habían tenido, obedeciéndole en lo que en su cesáreo nombre les había mandado hasta allí. Así el presidente con toda aquella caballería y nobles hombres del ejército de Su Majestad dieron gracias a nuestro Señor Dios, y los religiosos cantando el Te Deum o Laudamus, por la victoria que les había dado.

Hecho esto, el maestre de campo Alonso de Alvarado comenzó a justificar las causas de los alterados que presos estaban. Cortaron la cabeza a Gonzalo Pizarro y la envió a que la pusiesen, con pregón público que manifestaba su delito, en el rollo de la plaza de la ciudad de los Reyes. Así mesmo ahorcaron en el valle de Jaquijaguana al maestre de campo Francisco de Carvajal, habiéndola arrastrado a cola de un caballo. Y también ahorcaron al capitán Joan de Acosta y al capitán Guivara. Esta justicia se hizo en el valle de Jaquijaguana.

### CAPITULO LXXVIII

*Que trata de la cuenta que dio al presidente el gobernador Pedro de Valdivia después de haber llegado al Cuzco del descubrimiento y poblazón de la Nueva Extremadura*

Hecho lo sobredicho, se partió el presidente Pedro de la Gasca con todo el campo de Su Majestad para el Cuzco. Y en quince días que el gobernador estuvo en el Cuzco, dio entera y clara relación al presidente del discurso de su vida y de todo lo que había hecho en servicio de Su Majestad, desde el día que emprendió la jornada y descubrimiento y poblazón y conquista del Nuevo Extremo, por orden del marques Pizarro y por comisión de Su Majestad, por virtud de la real cédula que para poblar el Nuevo Toledo le fue enviada, dada en Monzón.

Y también le dijo cómo había descubierto por mar y tierra mucha y muy buena tierra, donde podía dar de comer a muchos vasallos de Su Majestad que le habían seguido y seguirían, y pagarles sus servicios, trabajos y gastos, y que por haber pocos naturales en la ciudad de Santiago y sus términos (estaba repartido en más de sesenta vecinos) porque no se acabasen de apocar, reformó aquella ciudad, acortando el número de los vecinos, y dejándolos en treinta, repartiendo los indios de los demás en aquéllos, y que se movió a lo hacer por muchas causas, la principal era por la sustentación de los naturales, porque no viniesen a disminución y a perderse todos por ser pocos y trabajarlos mucho, la otra causa, porque tenían tierra cerca y próspera de gente donde había para, a quien habían quitado ciento, darles mil, por el fruto tan grande que de ello resultaba. Y todo en cumplimiento de los mandamientos e instrucciones reales de Su Majestad, que sobre estas cosas acostumbra mandar a sus gobernadores de estas Partes de Indias.

El presidente se lo agradeció y dio por muy bien hecho todo lo que en aquella tierra había hecho en nombre de Su Majestad y como su capitán. También le dio cuenta el gobernador en cómo había dejado la tierra en nombre de Su Majestad e suyo al capitán Francisco de Villagran, para que la gobernase en paz y en justicia hasta que volviese de la jornada que iba a hacer, y que, por tanto, suplicaba a su señoría le mandase despachar, para que fuese



a Proveer en lo que tanto convenía al servicio de Su Majestad y bien de aquella tierra. El presidente respondió que era contento y mandó que se hiciese la provisión de gobernador y capitán general por Su Majestad para en las provincias del Nuevo Extremo. Y así se hizo por virtud del poder que para ello trajo de Su Majestad. Pidióle más el gobernador, le hiciese algunas mercedes otras de parte de Su Majestad en remuneración de parte de servicios, hasta que más largamente los pudiese pedir y suplicar a Su Majestad por ellas.

A esto le respondió el presidente que no tenía poder para poderse alargar a más con él, que fuese cierto que para alcanzar de Su Majestad y de los señores de su real Consejo de Indias, que las que él enviase a pedir, que por muchas que fuesen, merecía se le hiciesen y se dispensase con él largamente, y que él sería en todo tiempo buen solicitador, informando a Su Majestad del valor de su persona y lealtad de ella, y de lo mucho que había trabajado y gastado en servicio de Su Majestad, con toda verdad, porque ésta era la verdadera negociación, y que pues tantos servicios precedían, fuese cierto que Su Majestad se alargaría en mercedes con él, como lo acostumbraba hacer con las personas de su calidad que tanto y tan bien le han servido como la suya lo había hecho hasta allí y haría en lo por venir, y que él cumpliría lo que le prometía entera y llanamente sin embargo.

## CAPITULO LXXIX

### *Que trata de la orden que el gobernador Valdivia dio en su partida*

Hechas las mercedes y dada la provisión, y pasado entre el presidente y el gobernador grandes ofertas y largas promesas y notables ofrecimientos, pidióle licencia el gobernador Valdivia al presidente para sacar gente por la mar en navío y por tierra de aquel reino y provincial para traer a éstas, para que sirviesen, poblasen y sustentasen. El presidente se la dio, y juntamente con ella todo favor, viendo los gastos tan excesivos que había hecho después que el gobernador allegó al Pirú a servir a Su Majestad. Excedía la suma hasta aquel punto en más de ciento y cincuenta mil pesos de oro y estaba adeudado en el Pirú en más de los cincuenta mil pesos de oro. Y viendo el presidente que no tenía aparejo para se proveer de navío, mandó a los oficiales de Su Majestad que le vendiesen un galeón y una galera de la real armada, que estaba en el puerto de Reyes, y le fiasen los dineros por el tiempo que les pareciese, y que dejase sus escrituras de ello. Hecho esto, luego se partió el gobernador a tomar aquellos navíos que estaban en el puerto de los Reyes, y entendió con toda diligencia y gran solicitud en su presto despacho, llevando como llevó del presidente todos los despachos que para lo uno y lo otro le eran al gobernador necesarias.

Antes que el gobernador saliese del Cuzco, despachó al capitán Esteban de Sosa con ochenta de a caballo para que fuese por tierra hasta el valle de Atacama, y que caminase con toda diligencia, y que le aguardase allí, teniéndole mucha provisión recogida para toda la gente que fuese para pasar el despoblado, porque dende a tres meses, que no había más de término, estarían recogidas todas las comidas y bastimentos. Hay desde el Cuzco

hasta aquel valle trescientas leguas. Y que fuese con la diligencia que convenía, porque si breve fuese, las tomaría en el campo en sus sementeras, porque caminando con todo aviso y no sabiendo los naturales de su ida, no tendrían lugar de las esconder y enterrar, como suelen hacer.

Y de esta suerte partieron el gobernador para la ciudad de los Reyes y el capitán Esteban de Sosa con los ochenta de a caballo para Atacama en un día. Juntamente con este capitán despachó el gobernador otros tres capitanes, y mandó a los dos que fuesen a la villa viciosa de Arequipa a hacer gente, el uno fue el capitán don Cristóbal de la Cueva, y el otro fue el capitán Diego Oro. Y mandóles que allí les esperasen hasta que volviese. Y mandó al otro capitán que fuese a las provincias de las Charcas, éste fue el capitán Joan Jufre y lo mismo le dijo que a los otros, que caminase para el valle de Atacama, y se juntase con el capitán Esteban de Sosa que para allá iba.

Despachados estos capitanes como dicho habemos, salió el gobernador del Cuzco a veinte y seis de abril, año de mil y quinientos y cuarenta y ocho. Allegó en diez días a la ciudad de los Reyes, y luego presentó las cartas y comisión del presidente a los oficiales de Su Majestad. Y vistas entregaron el galeón y la galera en la cantidad de veinte mil castellanos y de ellos dio una escritura, y con éstos compró el navío que trajo de la gobernación del Nuevo Extremo y lo envió a Panamá a aderezarlo, porque en aquella sazón no había aparejo en la ciudad de los Reyes. Porque tenía voluntad de en llegando a la gobernación, de enviar a descubrir el estrecho de Magallanes para saber cuántas leguas había de la gobernación, y si era buena navegación, porque deseaba hacer este señalado servicio a Su Majestad, descubrirle esta nueva y provechosa navegación, porque su intento principal era hacer obras famosas y servicios hazañosos y dignos de perpetua memoria a la Corona Real de España y ensanchar los patrimonios reales. Y como era solícito dióse tan buena maña que dentro de un mes tenía la armada presta. Y salió del puerto de la ciudad de los Reyes el gobernador dentro de la galera, y sus galeones en conserva. Venía en el uno por capitán Gerónimo de Alderete. Y desde llegaron a la Nasca, salió el gobernador fuera de la galera en tierra con seis hombres, y dejó en su lugar por capitán del armada a Gerónimo de Alderete, el cual siguió su viaje con la armada con gran trabajo por la navegación tan trabajosa, que se navega a la bolina desde toda la costa del Pirú y aun desde Panamá hasta toda la gobernación de Chile, porque en todo la más parte del año vienta el viento Aquilón. Pues dándole cargo del armada el gobernador a Gerónimo de Alderete, se partió por tierra con seis criados por no ir padeciendo por la mar hasta llegar al embarcadero del puerto de Arica, que es la última escala de los reinos del Pirú navegando para Chile.

## CAPITULO LXXX

*Que trata cómo allegado el gobernador Pedro de Valdivia a la villa de Arequipa donde estuvo diez días y se salió con la gente que pudo recoger y se fue para el puerto de Arica*

Allegado el gobernador Valdivia a la villa de Arequipa, fue recibido de todos, ansí de capitanes y gente que tenían allí recogida para llevar a la gobernación de Chile. Y

pasados diez días de agosto salió con toda su gente, porque la gente de guerra no hiciese algún daño.

Y allegado que fue al valle y asiento del pueblo de Tacana, que está siete leguas de Arica, puerto donde el capitán Gerónimo de Alderete había con el armada de tomar al gobernador, estando aquí pacífico y sin zozobra, como hombre que no había ofendido, allegó Pedro de Hinojosa, el general que el presidente Pedro de la Gasca había traído de Panamá. Trajo consigo doce arcabuceros, el cual fue del gobernador muy bien recibido, tanto como era obligado a recibir a un servidor de Su Majestad, y por su bondad y la victoria que estando en compañía habían alcanzado del rebelde Pizarro.

Viéndole el gobernador tan de priesa y con tan poca gente y tan largo camino, preguntóle qué era la causa principal de su venida y que no se la negase. Respondió el Pedro de Hinojosa que habían informado al presidente en cómo iba robando la tierra y molestando los naturales, y haciéndoles y consintiendo se les hiciesen infinitos agravios. Y a esta causa le había enviado el presidente a que se viniese con él a ver con él, y visitase toda la costa para que se informasen bien de lo que pasaba.

Preguntóle el gobernador qué información había tomado y qué era lo que contra él se hallaba en aquel caso.

Respondióle que muy al revés, y dijo más, que se había informado de los vecinos de Arequipa y supo de ellos cómo se había habido muy bien con ellos sin haber recibido de él ni de sus capitanes agravio ninguno. Y que no embargante esta tan buena información que había hecho, por donde no le hallaba en culpa, deseaba muy mucho que volviese con él a verse con el presidente.

A esto le respondió el gobernador muy encarecidamente, si sabía por alguna vía ser necesaria su tornada para el servicio de Su Majestad, o si acaso por indirectas había entendido el presidente holgaría de ello, y de todo le avisase, porque a ser así, en aquel momento daría la vuelta, pero si de esto que decía no había ninguna claridad para poner en efecto aquella jornada, no había necesidad de tomar tan largo y trabajoso camino, porque en la distancia que hay desde el valle de Tacanas hasta la ciudad de los Reyes hay más de ciento y ochenta leguas de arenales y de mal camino.

Y dijo que no estimaba ni tenía en tanto el corporal trabajo, cuanto tenía el daño que con su ausencia podían hacer los soldados hasta que de vuelta le vieses, y que ya era allegado y estaba en las últimas poblaciones del Pirú, y que estaba en víspera de sacar aquella gente de él, y que no era cordura dejalla descarriada, mayormente viéndole volver, y que no volviendo se excusaban. Y juntamente con esto impedían al gobernador, si volvía, no poder subir adelante de la ciudad de Santiago a poblar otra ciudad en Arauco hasta que pasasen catorce meses o más, y que con seguir su jornada y camino iría a tiempo, que antes de cuatro meses la iría a poblar y fundar, y que considerase el servicio que en esto a Su Majestad se hacía, que era mucho mayor que en volver a la ciudad de los Reyes, no teniendo certinidad quererlo el presidente, porque a saberse, por obedecer, todos estos inconvenientes, por mayores que fueran, cesaban.

Tratando con el general Hinojosa tres días, diciendo el gobernador estas y otras palabras que en este caso más convenían, y que si entendía de su voluntad que sería más servicio de Su Majestad volver a Lima que seguir su camino, que luego volvería sin impedimento alguno.

Estando el gobernador una mañana con su gente pacífica y quieta, apercibió Pedro de Hinojosa sus doce arcabuceros y mandóles que tuviesen sus arcabuces cargados y mechas encendidas, y que todos se fuesen con él. Allegado Pedro de Hinojosa al aposento del gobernador, dejó los arcabuceros en el patio de la casa y entró dentro. Y al ruido que hicieron se levantó el gobernador y salió con sus criados a ver qué era, y encontró con Pedro de Hinojosa y preguntóle que qué mandaba su merced que se hiciese. Y el Pedro de Hinojosa, no teniendo respuesta, sacó una provisión de Su Majestad y la presentó al gobernador. Y vista la tomó y la dio a su secretario Joan de Cardeña que la leyese. Y leída y entendido que se le mandaba volviere a la ciudad de los Reyes a dar cuenta de la culpa que se le habían impuesto, luego la tomó y la obedeció, y la puso sobre su cabeza. Luego mandó traer una cabalgadura y dijo a Pedro de Hinojosa que luego se partiesen en aquel punto.

Entendiendo los capitanes del gobernador que allí estaban con cuarenta de a caballo y otros tantos de a pie, y vieron que el gobernador iba a Lima, se alteraron y hablaban como lo suelen hacer la gente de guerra en tales tiempos. Sintiendo el gobernador este tumulto, luego mandó a sus capitanes y gente que ninguno se moviese, so pena de muerte, diciéndoles que él era obligado a obedecer y cumplir aquella provisión como criado de Su Majestad, así aquella como todas las demás que se fuesen presentadas en todo tiempo y lugar.

Dicho esto el gobernador a su gente, volvió a Pedro de Hinojosa y díjole que le pesaba por la dilación, y porque había querido venir en aquellos términos, pues con sólo que lo hubiera dicho, hubiera él vuelto sin mostrarle la provisión.

Y con esto se despidió de su gente, y proveyó al capitán Francisco de Ulloa para que llevase la gente que allí estaba hasta el valle de Atacama, y que allí esperase con ella hasta que volviere, quedando allí los soldados que le pareciese para que allí le aguardasen hasta que él volviere, porque tenía por nueva que el capitán Esteban de Sosa, que era el que había despachado del Cuzco con los ochenta hombres, había ya salido de Atacama y ya había entrado en el gran despoblado de Copiapó. Y encomendó su casa a Joan de Cardeña, su secretario, para que con los demás que allí le hubiesen de esperar les esperase él. Y así se partió hacia la villa de Arequipa sólo con cuatro criados, donde llegaron en siete días.

Y pareciéndome que será bien contar de lo que en este medio tiempo pasaba en la ciudad de Santiago, los dejaremos ir para su viaje por contar de Chile.

## CAPITULO LXXXI

*Que trata de lo que Francisco de Villagran hizo siendo teniente en la ciudad de Santiago, estando ausente el gobernador Pedro de Valdivia, sobre cierto motín que se armaba*

Ya he dicho cómo el gobernador Pedro de Valdivia salió de las provincias de Chile para los reinos del Pirú a servir a Su Majestad, dejando por su teniente a Francisco de Villagran y teniendo en paz y quietud la tierra. E cómo los soldados que habían quedado eran de diversas opiniones.

Y un caballero que se dice Pero Sancho de Hoz, que vino con el gobernador la jornada, el cual era uno de los que se hallaron en Cajamarca en los reinos del Pirú, de los primeros que en él entraron, y fue a España rico, e informando a Su Majestad de cierta tierra hacia el estrecho de Magallanes. Al cual hizo merced Su Majestad e le dio sus provisiones, en que en ellas le hacía merced del descubrimiento de la tierra que está de la otra parte del estrecho, sin perjuicio de otra gobernación. Y él prometió a Su Majestad venir al Pirú e a su costa armar dos navíos, y bastecerlos de gente e lo necesario para semejante descubrimiento, e ir a aquella tierra de que Su Majestad le hacía merced.

Venido al Perú halló que don Pedro de Valdivia hacía la jornada del descubrimiento e conquista de Chile por el marqués Francisco Pizarro. Y el Pero Sancho de Hoz se vino con él la jornada, como dicho tengo, e las provisiones fueron públicas entre todos. E cuando el gobernador Valdivia pobló la ciudad de Santiago e repartió los naturales, le metió en la copia que dio indios y le dio un repartimiento como a los demás vecinos. Y viendo un Romero y los demás sus amigos cómo el gobernador era salido de la tierra para la del Pirú, como he dicho, y pareciéndole a éste y a los demás sus amigos coyuntura y tiempo aparejado para su propósito, acordaron de insistir al Pero Sancho para que se rebelase con la tierra, pues tenía buen tiempo y coyuntura y provisión de Su Majestad.

Escribiósele una carta seis leguas de la ciudad de Santiago, donde él estaba en aquella sazón, dándole a entender en ella lo que tenían pensado y nombrándoles quiénes eran e cómo le querían alzar por gobernador, pues tenía provisiones de Su Majestad en que por ellas le hacía merced de esta tierra, entendiendo mal las provisiones, porque Su Majestad no le hacía merced sino de la tierra que está de la otra parte del estrecho hacia el sur. Vista la carta por el Pero Sancho les respondió muy comedidamente que no tenía tal propósito de hacer aquello.

Visto por el Romero y los demás la respuesta de la carta, le tornaron a escribir y a provocar que lo hiciese, y que esta tierra era su gobernación e que tenía cincuenta amigos para ello, y que fácilmente saldrían con ello matando a Francisco de Villagran y que no hiciese otra cosa.

Visto por él Pero Sancho la otra carta, e como el Romero era muy amigo suyo y pareciéndole que ya lo tenían hecho, vino en ello. Y luego se partió para la ciudad, el cual entró una noche. Luego el Romero le dio cuenta del negocio.

Otro día de mañana escribió una carta el Pero Sancho a Hernán Rodríguez de Monroy,

que era uno de los que estaban en el negocio, dándole cuenta de lo que se había de hacer y cómo él quería salir con una vara en la mano e las provisiones en otra, y que con voz del rey matarían a Francisco de Villagran, e muerto traería a sí la demás gente, y que aquellas cosas no habían de ser pensadas, sino hechas, e que convidase a sus amigos. Vista la carta por el Monrroy, se fue a casa de un padre que se decía Joan Lobo, que era muy su amigo, y llegado le halló con cuatro soldados amigos suyos y les dijo lo que quería hacer, y les mostró la carta del Pero Sancho. Vista por el padre Lobo y lo que el Monrroy le decía respondió que no vendría en ello hasta dar cuenta a un amigo suyo que se decía Alonso de Córdoba, el cual enviaron luego a llamar. Y venido los halló en una cámara metidos al Monrroy y al padre Lobo y a otros tres soldados, y dijéronle al Alonso de Córdoba todo lo que tenían concertado, que era matar a Francisco de Villagran. Visto por el Alonso de Córdoba el fuego que estaba encendido, les dijo que no emprendiesen una cosa como aquélla, que no saldrían con ella, y que el primero que matasen con Francisco de Villagran en servicio de Su Majestad fuese a él. Y con esto se salió temiéndose no le matasen, y como hombre que era de contraria opinión de la suya. Y así se fue derecho a casa de Francisco de Villagran, y le dijo:

"Señor Francisco de Villagran, como servidor de Su Majestad, aviso a vuestra merced de cómo le quieren matar y alzarse con la tierra". Y ansí fue Dios servido se descubriese este negocio, que no poco daño se resultara de ello.

Sabido por el Francisco de Villagran, mandó que llamasen a sus amigos y recogió los que pudo, y viniendo que venía, topó con el Monrroy, que traía la carta que le habían escrito Pero Sancho de Hoz. Vista la carta por Francisco de Villagran, perdonó al Monrroy por haber ido con el Alonso de Córdoba. Y luego Francisco de Villagran salió a la plaza con la vara de Su Majestad, y saliendo a la plaza topó al Francisco Romero, por disimular y ver lo que pasaba por allí con un halcón en la mano. E mandó Francisco de Villagran a Pedro de Villagran lo prendiese y echase en prisiones.

E luego mandó al alguacil mayor Joan Gómez y a cinco servidores de Su Majestad fuesen a prender a Pero Sancho de Hoz. E idos le hallaron solo en su casa y encima de una mesa le hallaron una vara de justicia de hasta dos palmos poco más. Y ansí le prendieron y trajeron delante de Villagran, y luego le metieron en casa de Francisco de Aguirre, y mostróle la carta que había escrito al Monrroy y le mostró la firma y le dijo si era suya, y el Pero Sancho dijo que sí. Y luego le mandó cortar la cabeza y la sacó a la plaza. Y vistos por los que estaban en aquel propósito cómo son cosas sin cimientto, se ausentaron muchos de la ciudad. Y otro día siguiente sacaron ahorcar a Francisco Romero, que no poco culpado era en el negocio. Y con esto se aplacó, que no hubo efecto su mal propósito.

## CAPITULO LXXXII

*Que trata de todo lo que le sucedió al gobernador en la jornada después que salieron de la villa viciosa de Arequipa hasta la ciudad de los Reyes*

Estando en la villa de Arequipa, el gobernador supo cómo el galeón en que iba Gerónimo de Alderete, su capitán, estaba en el puerto de Ilo, veinte y cinco leguas adelante del puerto de Arequipa, y que la otra nao con grandes temporales había arribado al puerto de la ciudad de los Reyes, y que la galera estaba en el puerto de Arequipa, en la cual acordó ir a la ciudad de los Reyes por ahorrar el trabajo del camino. Y sabido esto se fueron el gobernador y Pedro de Hinojosa con los demás compañeros. Se embarcaron y navegaron en diez días hasta entrar en el puerto de los Reyes.

Sabido por el presidente cómo era llegado el gobernador con su galera, salió al camino a recebille muy acompañado de gente, y cuando le vido le abrazó, holgándose con él en extremo grado. Y el gobernador hizo el debido acatamiento como requería por la persona real que representaba. Y dijo a el presidente que la pena mayor y que más sentía era haber su señoría puesto algún trabajo en el hacer de la provisión que Pedro de Hinojosa había llevado, la cual se podía excusar con escrebir su señoría una breve carta. Y con verla, luego en aquel punto, volviera a cumplir su mandato y venir a darle cuenta de todo lo que le fuese pedido y le pidiesen.

Túvoselo el presidente de parte de Su Majestad en muy gran servicio, diciéndole que muy confiado estaba que lo que habían de su persona dicho de los agravios de los naturales era todo cautela y falsedad y envidias, pero que se holgaba, porque él así lo hacía en verle, por el mucho amor que le tenía y por la gran paciencia que tenía y usaba, y por la gran humildad con que había obedecido, porque con ella había dado muy gran ejemplo a los que presentes estaban y lo veían, y a los que lo oían y adelante lo sabrían, y porque todos los súbditos de Su Majestad supiesen obedecer, mayormente en aquella coyuntura y en tiempo tan vedriado y tierra de bullicios.

Respondió el gobernador Valdivia que en todo tiempo haría lo mismo aunque se hallase en lo último de la tierra, y vendría a obedecer pecho por tierra al mandado de Su Majestad y de los señores de su Real Consejo y Audiencias, donde quiera que estuviese, porque esto tenía él heredado de sus pasados, y en ningún tiempo tendría otra voluntad, sino la que su rey y señor natural tuviese, y que seguiría a la continua tras ella sin demandar otra causa ninguna.

Pues estando en esta gran concordia en la ciudad de los Reyes el presidente y el gobernador, allegó una fragata de Chile con quince soldados, a quejarse al presidente del gobernador don Pedro de Valdivia, y principalmente a que no le proveyese su señoría por gobernador, porque no le recibirían en la tierra. Viéndose ante el presidente aquellos quince hombres, se quejaron gravemente en presencia del presidente y del gobernador Valdivia.

Respondióles el presidente a todos que pidiesen por escrito su justicia, que allí se les haría cumplimiento de ella, los cuales le pusieron una demanda al gobernador de ciento y tantos capítulos. Vista por el presidente, dijo que la firmasen las personas que la ponían aquello, los cuales negaron su firma y no quisieron firmar. Y lo que le pedían era que les había quitado los indios que les había encomendado, y cuando vino del descubrimiento

de Arauco, había reducido en menos número los vecinos de la ciudad de Santiago. A esto respondió el gobernador que aquello se había hecho por el bien de la tierra y de los naturales de ella, y de aquello había ya dado cuenta a su señoría en Andaguaylas, y si su señoría mandaba, por el poder que de Su Majestad tenía, que se deshiciese, que él podía dar los indios a quien se quitaron.

Y viendo el presidente que todo era parlerías y malicias cuanto le oponían, no queriendo ninguno mostrarse parte, absolvió al gobernador, ansí de esto como de todos los dineros que le pedían, que les había tomado en el puerto de Valparaíso, porque la mayor parte se les había pagado en Santiago y allí en la ciudad de los Reyes, y que los pocos que les quedaba a deber, se los habrían pagado en Santiago, y cuando no, que él se los pagaría en allegando a la ciudad de Santiago.

Luego el presidente le dio licencia al gobernador, e otro día por la mañana, oído misa, se partió por tierra y dejó la galera a un su capitán que se decía Vicencio Monte, para que la aderezase y enjarciese, y le pusiese todo lo que fuese necesario, y se fuese con los hidalgos que con él en ella quisiesen ir.

### CAPITULO LXXXIII

*Que trata de la salida del gobernador Pedro de Valdivia de la ciudad de los Reyes última vez y de lo que en su jornada por tierra y mar le sucedió hasta llegar al puerto de Valparaíso*

Dada por el presidente la licencia al gobernador, le rogó que se fuese con toda brevedad, y que allegado que fuese al valle de Arica, se embarcase porque la gente de guerra eran de condición que siempre procuraba hacer cosas enojosas.

Cumpliendo el gobernador su mandato, se partió con diez compañeros y allegó a la villa de Arequipa, víspera de Pascua de Navidad, donde estuvo descansando la Pascua, para seguir su jornada con la gente que se allegó. Fue aquel día impedido el gobernador de una enfermedad, a causa de los trabajos pasados de la guerra y largo camino. Fue Dios servido en breves días darle salud, y con el deseo que tenía de no dar pesadumbre con su gente a ninguna persona, acordó de salir, aunque no reformado de salud. Y luego que allegó al valle de Tacana, donde había dejado su casa, fue tan bien recibido como era deseado. Y luego se partió y caminó aquellas siete leguas que hay hasta el puerto de Arica, donde estaba el galeón que a cargo tenía Gerónimo de Alderete. Y entendiendo el gobernador que el presidente deseaba mucho verle salido del reino del Pirú, a él y aquella gente de guerra que para esta gobernación venía, por darle el gobernador aquel contento al presidente y reconociendo que en ello hacía servicio a Su Majestad, luego que fue allegado al puerto de Arica, se embarcó con la gente que en él había de ir. Y mandó hacer la vela, despachando a su maestre de campo Pedro de Villagran por tierra con cuarenta hombres y ciento y veinte caballos. La gente que el navío llevaba serían ciento y cincuenta, los cuales convenían más ir por mar que por la tierra.



Recontar los trabajos de esta navegación sería proceso tan prolijo cuanto es la navegación, que como no corre en verano otro viento sino sur, navegase con muy gran trabajo. Y como es a la bolina muchas veces vuelven atrás, porque el viento norte no vienta en toda aquella tierra hasta que llegan a Atacama, y desde allí adelante vienta el viento norte y todos los más, cuanto más van subiendo al sur. Y lo que más sentía y más trabajo él tenía era la falta de agua y bastimento. Y con todos estos trabajos navegaba el gobernador por alta mar, y jamás consintió arribar a ningún puerto. Y ansí llegó al valle del Guasco.

Y como venían deseosos de salir a tierra y enojados de venir por la mar, mandó el gobernador al capitán Diego Oro fuese a la villa de la Serena a dar aviso de su venida, para que los vecinos proveyesen de alguna provisión que traía gran falta. Y salieron otros tres soldados con él y caminaron un día, y el segundo día se adelantaron los dos a traer refresco y cabalgadura para el capitán, y dijeron que si no volvían a dormir en la noche toda, que se escondiesen y se pusiesen en cobro, que por ser muertos no volverían. Esto dijeron a causa que en el valle del Guasco no había indio de paz, y sospechando estar la tierra alterada y los indios rebelados, y por no saber lo que había en la tierra. Y viendo el capitán Diego Oro que se tardaban y que no venían, acordó a esconderse con su compañero, y caminaba por el monte.

Salido este capitán con tres compañeros, se hizo el gobernador a la vela y se fue al puerto de la Serena, donde mandó salir un capitán con cincuenta hombres, y le mandó fuese a la Serena. Y yendo por el camino topaba cuartos de españoles empalados que los indios habían muerto de los dos que se adelantaron del capitán Diego Oro. Y visto por los españoles tuvieron por muerto al capitán, porque los conocieron. Y luego lo envió a hacer saber al gobernador, de lo cual recibió muy gran pena, y luego conoció el daño que había en la tierra. Y llegados los españoles al pueblo le vieron quemado y asolado. Visto por los indios salieron a ellos y estuvieron escaramuzando un rato. Y luego el gobernador envió otros cincuenta hombres arcabuceros con el capitán Gerónimo de Alderete y una carta, para que la enterrasen do era la iglesia junto a la pared, y que escribiesen con carbón en la pared cómo allí quedaba una carta, y que la sacasen e leyesen. Esta carta escribió el gobernador porque si acaso anduviesen españoles por allí, la vieses y supiesen su venida. Visto por los indios el socorro, determinaron dejarlos e irse. Y visto esto se volvieron. Y junto al puerto, a dicha, un soldado disparó un arcabuz, el cual oyó el capitán Diego Oro que en él estaba escondido con su compañero, y salió a ellos. Y vistos por los españoles, se holgaron mucho, aunque desfigurados, que había tres días que no comían bocado. Y embarcados se hicieron a la vela. Y en aquella sazón andaba Francisco de Villagran con sesenta hombres castigando los indios de aquellos valles.

Y hecho a la vela el gobernador llegó a un puerto que se dice de Tintero, siete leguas de la casa de Quillota. E como venía fatigado de venir por la mar, salió a tierra con la más gente; mandó al capitán Diego Oro se fuese en el galeón al puerto de Valparaíso. El gobernador se fue a la casa de Quillota y estuvo allí tres días, y luego se fue al puerto de Valparaíso, donde halló el galeón.

## CAPITULO LXXXIV

*Que trata de cómo allegó Esteban de Sosa al valle de Copiapó e de allí a la villa de la Serena y de allí a la ciudad de Santiago e de cómo se rebelaron los indios de Copiapó y de la comarca de la Serena*

Partido Esteban de Sosa de la ciudad del Cuzco, como tengo dicho, e llegado al valle de Copiapó, y viéndose con bastimento para pasar el despoblado, pasó al valle de Copiapó, donde topó al capitán Joan Bohón, que andaba con cierta gente recogiendo bastimento para la gente que viniese por tierra, porque tenía noticia por los indios que venía el gobernador. Y llegado el Esteban de Sosa, le dejó veinte hombres, e con los demás pasó a la villa de la Serena, y dejando allí ciertos soldados se fue a la ciudad de Santiago. Pues viendo los indios de Copiapó la venida de tantos cristianos, acordaron de rebelarse, e para esto enviaron sus mensajeros al valle del Guasco e al valle de la Serena y valle de Limarí, avisándoles que ellos tenían noticia de cómo venían muchos cristianos, y más los que habían pasado, como ellos los habían visto, y que mirasen el trabajo que tendrían con ellos, y que se aperciesen de allí a seis días, y que diesen en los cristianos e los matasen a todos e quemasen la ciudad, y que para aquella noche que ellos les señalaban, matarían ellos los que estaban en el valle y todos los demás que por allí pasasen. Dado este aviso, y todos a una voluntad y venida la noche señalada, dieron los del valle de Copiapó en los cristianos, y como estaban descuidados no tuvieron lugar de armarse ni pelear con los indios, y así fueron muertos todos. E lo mismo hicieron los que dieron en la villa de la Serena, que no escapó sino uno, cristiano que se decía Diego Colondres. E quemaron la villa.

Sabido por el general Francisco de Villagran la llevada de la villa de la Serena y muerte de los cristianos, temiendo que los indios de Copiapó harían otro tanto, e que los cristianos que venían por el despoblado corrían riesgo, salió con sesenta de a caballo al castigo. Y Francisco de Aguirre salió a los pormocoes con veinte de a caballo. Llegado Francisco de Villagran al valle de Coquimbo, vio los españoles muertos y empalados, y supo cómo los indios estaban recogidos en el valle del Guasco y cómo tenían un fuerte. Luego se partió, y llegado al Guasco se fue al fuerte, el cual estaba encima de una sierra. Visto por los indios los cristianos escomenzaron a dar muy gran grita. Mandó Francisco de Villagran se apeasen veinte soldados y subiesen por una ladera. Él subió por un rodeo a caballo hasta lo llano de la loma, y dieron en el fuerte de manera que desbarataron los indios e mataron muchos de ellos e los demás huyeron por las sierras. Hirieron los indios a los peones, los seis de ellos fueron malheridos. Aquí se señaló un soldado que se decía Gaspar Orense, el cual se adelantó de los de a pie. E llegado al fuerte, embrazada su adarga y su espada, y visto por los indios, salieron dos indios a él para lo tomar a manos, el cual se abrazó con ellos e se echó por la ladera abajo. Fueron presos estos dos indios.

Habida esta victoria se bajó Francisco de Villagran el valle abajo hacia la mar. Envío un caudillo con diez españoles fuesen al valle de Coquimbo, e llegados andando por los paredones vieron lo que estaba escrito en la pared e cavaron abajo y sacaron la carta, y

supieron cómo el gobernador era pasado adelante. Con esto volvieron al general Francisco de Villagran, y sabido por él, despachó a Gaspar Orense con cinco soldados fuese por la costa adelante hasta topar al gobernador. Salido Gaspar Orense vino hasta el puerto de Tintero, donde halló al gobernador, e le dieron el aviso de lo que pasaba, de cómo los indios habían muerto los de Copiapó e villa de la Serena.

#### CAPITULO LXXXV

*Que trata de lo que el gobernador don Pedro de Valdivia hizo en el puerto de Valparaíso y de cómo llegó la galera*

Llegados los mensajeros que Francisco de Villagran enviaba, y visto por el gobernador, le escribió a Francisco de Villagran se viniese a ver con él al puerto de Valparaíso y que él le aguardaría en aquel puerto. Estuvo en el puerto don Pedro de Valdivia tres meses, proveyendo lo necesario a todas partes. En este tiempo llegó la galera que había dejado en la ciudad de los Reyes y en ella el capitán Francisco de Villagran desde Coquimbo. Y allegado fue muy bien recibido. Dio cuenta al gobernador de lo que en la tierra había sucedido y de lo que él había hecho en su ausencia.

Descargada la galera, la mandó despachar y que fuese cargada de bastimento al valle del Guasco. Y fue esta galera al valle del Guasco, e tuvo noticia cómo había pasado el despoblado y que estaba el capitán Joan Jufre en el valle de Copiapó, esperando al maestre de campo que venía caminando por el despoblado, porque los indios no hiciesen algún daño en la gente, a causa de venir descuidada y traer los caballos fatigados e cansados del camino y los soldados hambrientos de la poca comida e agua que por el camino hay. E que viniendo de esta manera, los indios no los aguardasen a la entrada del valle, como a él le habían aguardado. Mas no les aprovechó nada, porque como eran los delanteros no traían los caballos tan fatigados que no dieron en los indios, e los desbarató. E llegado el maestre de campo e toda la demás gente al valle de Copiapó, se partieron para el valle del Guasco, donde hallaron la galera, que no fue poco refresco lo que hallaron. E repartida la comida a la gente, se volvió la galera y ellos caminaron para el valle de Coquimbo. E vuelta la galera, dio nueva al gobernador que toda la gente que por tierra venía eran llegados, e que estarían en el valle de Coquimbo, que serían cien hombres con cien caballos e yeguas, y que se habían muerto en el despoblado, del gobernador e de particulares, cien caballos y yeguas de hambre y de sed.

#### CAPITULO LXXXVI

*Que trata de cómo se partió el gobernador del puerto de Valparaíso a la ciudad de Santiago*

Vuelta la galera e dada la nueva que la gente de por tierra estaba en el valle de Coquimbo, se partió el gobernador para la ciudad de Santiago, y allegó día de Corpus Christi, año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, que se cumplieron diez y siete meses

que había salido del puerto de Valparaíso en servicio de Su Majestad al Pirú, contra la rebelión de Gonzalo Pizarro. En este tiempo que he dicho, había gastado en servicio de Su Majestad en oro y plata ciento y ochenta y siete mil y quinientos pesos, y todo le pareció poco, según la fidelidad y ánimo y gran celo que tenía de servir a su príncipe. Llegado el gobernador a la ciudad de Santiago a diez días de junio, jueves, día de Corpus Christi, como tengo dicho, salió el cabildo con un palio vestidos de grana fuera de la ciudad con todo el pueblo. E llegado junto a la iglesia, presentó las provisiones reales, por las cuales le hacía Su Majestad merced de le criar por su gobernador y capitán general en todas estas provincias de la Nueva Extremadura, las cuales vieron y obedecieron. Y por virtud de ellas le recibió el cabildo en su ayuntamiento por tal, y las mandaron publicar con toda la solemnidad que pudieron y cerimonias acostumbradas.

Hecho esto, despachó para los reinos del Pirú a su teniente Francisco de Villagran, y dióle para sus gastos treinta mil pesos, y dióle sus despachos y cartas de creencia para el presidente Pedro de la Gasca. Y mandóle que trujese gente y caballos y armas, que bien sabía que los hallaría y vendrían de buena voluntad las personas en quien no hubiese cabido suerte en Pirú de indios. Y junto con esto diese cuenta al presidente de cómo quedaba recibido con gran alegría en esta tierra, y cómo lo había hallado muy pacífica en servicio de Su Majestad, aunque con pérdida de aquellos cristianos y destrucción de la Serena, que serían los españoles que murieron en el valle de Copiapó y en la ciudad de la Serena sesenta hombres, que en este tiempo eran muchos.

Mandóle que diese cuenta de todo al presidente y que con la gente que trujese viniese por detrás de la cordillera y sierras nevadas, y si trajese tanta que hubiese para ello, poblase una ciudad en el paraje del valle de Coquimbo o de Santiago, y dejando la gente que fuese menester para la sustentación de ella y de los pobladores, que con la demás atravesase la cordillera y viniese a le buscar adonde estuviese, porque cuando él viniese, tendría pobladas con ayuda de nuestro Señor una o dos ciudades hacia el estrecho de Magallanes, e que diese de sus negocios cuenta al presidente e de las cabezas que había cortado, estando él ausente de la tierra.

E luego mandó llamar a Francisco de Aguirre e le mandó que se fuese a reedificar a la ciudad de la Serena.

## CAPITULO LXXXVII

*Que trata de cómo fue el capitán Francisco de Aguirre a reedificar la ciudad de la Serena y del suceso*

Venido Francisco de Aguirre de los pormocoes que a la sazón andaba con cierta gente, con la alteración e llevada de la ciudad de la Serena, e dada la provisión de teniente en aquella ciudad, e señalados los vecinos que habían de ser, y señalados los caciques que cada uno había de tener, e quien habían de ser alcaldes, le mandó que luego en allegando, reedificase la ciudad, e que de la gente que allí estaba, tomase los que le pareciesen para la sustentación de aquella ciudad, e que los demás soldados le enviase, para que entrando

el verano estuviese en la ciudad de Santiago, para que de allí a dos o tres meses se partiría él para arriba a la conquista, e poblar una ciudad.

Llegado Francisco de Aguirre al valle de Coquimbo, tomó treinta y dos hombres, e toda la demás gente mandó se viniesen a servir al gobernador, e reedificó la ciudad de la Serena, miércoles, a veinte y seis días del mes de agosto del año de nuestra salud de mil quinientos y cuarenta y nueve. Comenzaron a hacer sus casas e cercar sus solares, y Francisco de Aguirre enviar mensajeros a los indios viniesen de paz. E algunos principales comarcanos a la ciudad escomenzaron a venir a servir, e viendo que todos se desculpaban con los de Copiapó, e que era el más lejano valle e los más culpados en el negocio pasado, acordó salir e ir allá con doce españoles, dejando veinte en la ciudad, dándoles la orden que habían de tener.

Salió el capitán Francisco de Aguirre con sus once españoles, y antes que entrase en el valle, envió a decir a los indios que viniesen a servir, y si no querían, que hiciesen muchas armas, porque él les iba a visitar, y que no dijese que no les avisaba. Oída los indios de Copiapó la embajada que Francisco de Aguirre les enviaba, no poco se alteraron y se espantaron, y decían que qué capitán era aquél, que antes que entrase en el valle le avisaba e les mandaba hacer armas. Se ayuntaron todos, e a la sazón estaba una yanacona entre muchos que del Pirú allí tenían, el cual había andado con el capitán Francisco de Aguirre. Y le preguntaron que qué capitán era aquel que venía. Y el yanacona le respondió que le conocía muy bien, e que se llamaba Aguirre, e que nunca traía mucha gente, más de doce cristianos, y que con éstos acometía todos los indios que estuviesen de guerra, y que en Atacama él había visto desbaratar un fuerte e matar muchos indios, sin que los indios le hiciesen ningún daño. Oído los indios lo que el yanacona decía, perdían todo el animo que en lo pasado habían tenido, e hicieron fuera del valle un fuerte.

Entrado el capitán Francisco de Aguirre en el valle, tuvo noticia del fuerte e fuese a él. E viendo los indios que tan atrevidamente se iba a su fuerte, acordaron no se lo defender, e no con poco miedo huían. Y cuando Francisco de Aguirre llegó no habían huido tan ligeramente que no se tomaron algunos, e hizo castigo de ellos. E luego supo dónde estaba un señor que se decía Cabimba, e informado Francisco de Aguirre dónde estaba aquel señor escondido con su gente, envió cuatro españoles, e que diesen sobre el indio y que de todas maneras hiciesen por le tomar. E idos los cuatro de a caballo dieron una madrugada sobre él, y como la gente estaba tan amedrentada y tomados tan de repente, no cuidaron de defenderse.

Fue preso Cabimba e trujéronselo al capitán Francisco de Aguirre, que no poco culpado era en el negocio. Era indio belicoso y cruel, porque los españoles que mataron en Copiapó había tomado uno a vida, e le mandó colgar de las alillas e le tuvo colgado tres días, atormentándole, cortándole sus miembros. E visto y entendido por Francisco de Aguirre por la confesión que este señor y otros indios le decían, con la crueldad que había muerto aquel español, mandó hacer la misma justicia en él.

E con esta buena maña, con trasnochadas e madrugadas que daba en los indios, los trujo

de paz y vinieron a servir de manera que nunca más se atrevieron a hacer ningún daño. Luego se volvió a la ciudad. Cobraron tan gran miedo los indios de la comarca de esta ciudad que un español solo pasaba el despoblado de Atacama sin temor ninguno.

## CAPITULO LXXXVIII

### *Que trata del suceso que al gobernador aconteció haciendo una reseña*

Después que el gobernador y la gente que había venido por la mar y por la tierra habían descansado algunos días y reformados sus caballos, y entraba ya la primavera, mandó tomar reseña de toda la gente que tenía en la ciudad, así de a pie como de a caballo, por ver la gente que podía sacar para ir adelante a poblar. Y sabida la que había, mandóles se previniesen de armas y lo demás, para que siendo tiempo, saliesen a hacer su jornada. Y mandó a pregonar ocho días antes que todos estuviesen a punto y aparejados. Cumplido que fue el día, que fue de nuestra Señora de septiembre del año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, salieron, y hecha la reseña y vista la gente por lista, mandó que los de a caballo le siguiesen en una escaramuza. Y andando escaramuzando en el campo, cayó el caballo con el gobernador, y dio tan gran golpe con el pie derecho que se hizo pedazos todos los huesos del dedo grande. Salió la choquezuela, y con la fuerza que hizo, rompió el hueso la calza y una bota. Recibió en este golpe tan gran tormento que estuvo gran espacio transportado y sin sentido, que todos los que allí nos hallamos lo tuvimos por difunto. Puso tanta tristeza en la ciudad que todas las señoras que había, mujeres de España, aunque pocas, lloraron, y todos los varones, entendiendo que les faltaba el que les había de remediar.

Ya que hubo tornado en su sentido, fue curado lo mejor que se supo. Estuvo tres meses en cura y en la cama, a causa de tener la cura muy trabajosa, por donde demostraban y sentían bien los del pueblo la falta que les hiciera, así en lo que tocaba a la paz y sosiego de la tierra como a lo demás, cumpliero al servicio de Su Majestad. Y de esta forma se hacían cada el día plegarias y procesiones por su salud. Así nuestro Dios fue servido darle mejoría, así poco a poco iba convaleciendo. Y de esta suerte comenzó a se levantar y sentarse en una silla a una ventana, porque en pie no se podía tener por la falta de los huesos y por el gran dolor del pie que estaba atormentado, y de las llagas no sano. Y de allí veía los regocijos y fiestas que celebraban la Pascua de Navidad por su salud.

Consideraba, como muy cuidadoso que era, tiempo de salir de la ciudad e ir a la población de la tierra que había visto arriba. Y viendo que los vecinos de la ciudad de Santiago padecían trabajo con la costa de la gente de guerra, y la gente de guerra padecía por su parte en tiempo que estaba represada y no iban a entender en aquello que eran acostumbrados, prencipalmente en ir a poblar y ver lo que no habían visto, y de tener descanso y ser señores. Todas estas consideraciones consideraba el gobernador, y en remediar a todos y a todas partes. Acordó apercebir toda la gente que con él había de ir, que estuviesen a punto los de a caballo con sus armas y caballos, y los de a pie con sus arcabuces y ballestas, para que pasado el día primero y segundo de Navidad saliesen, y él

con ellos, para ir a la conquista e población de la ciudad que pensado había de poblar cuando dio la vuelta de arriba con los sesenta hombres.

## CAPITULO LXXXIX

*Que trata de la provincia de Mapocho de los árboles y hierbas parecientes a las de nuestra España e de aves y sabandijas que en ellas hay*

Está la ciudad de Santiago en un hermoso y grande llano como tengo dicho. Tiene a cinco y seis leguas montes de muy buena madera, que son unos árboles muy grandes que sacan muy buenas vigas. E hay otros árboles que se llama canela. Los españoles le pusieron este nombre a causa de quemar la corteza más que pimienta, mas no porque sea canela, porque es muy gorda. Es árbol crecido e derecho, tiene la hoja ancha y larga, casi se parece como la del cedro. Hay arrayán, hay sauces y otro árbol que se dice molle, e no es muy grande. Tiene la hoja como granado e lleva un fruto tan grande como granos de pimienta. Lleva muy gran cantidad. De esta fruta se hace un brebaje gustoso cociendo estos granos en agua muy bien, se hace miel que queda a manera de arropo. Suple esta miel a falta de la de abejas. La corteza de este árbol cocido con agua es buena para hinchazones de piernas.

Hay laureles. Hay otro árbol que tiñe la hoja como cerezo. Lleva un fruto como los granos que tengo dicho. Son gustosos. Hay algarrobos, llevan muy buena algarroba y los indios se aprovechan de ello como en otras partes tengo dicho. Hay otro árbol que se dice espinillo, a causa que lleva muchas espinas, como alfileres e mayores. Es muy buena leña para el fuego. Críanse en llanos. No se riegan ni reciben otra agua, si no es la del invierno. Lleva una hoja menudita y una flor menudita a manera de fleco amarillo. Es olorosa. No lleva fruto de provecho.

Hay guayacán y se ha dado a muchas personas e no les he visto hacer ningún provecho, e críanse en cerros muy altos. Es árbol pequeño. Hay cañas macizas. Hay otros árboles pequeños que se llama albahaca, que nacen en riberas de las acequias y los españoles le pusieron este nombre a causa de parecerse a ella. Hay otro árbol a manera de romero que se le parece en todo, si no es en la olor, que no la tiene como el de nuestra España. Hay palmas, y solamente las hay en esta gobernación en dos partes, que es en el río de Maule, hay un pedazo que hay de estas palmas, y en Quillota las hay en torno de siete y ocho leguas. Llevan un fruto tan grande como nueces de que están verdes e despedidas de la cáscara queda un cuesco redondo, y sacado lo que tiene dentro, que es como una avellana, es gustoso. Tienen muy buenos palmitos.

Las hierbas que hay parecientes a las de nuestra España son las siguientes: centaury y hierba mora y llantén y apio y verbena, manzanilla y malvas y malvarisco y encencio romano que los boticarios llaman, e cerrajas y achicoria, verdolagas, culantrillo de pozo, doradilla, lengua de buey persicaria, ortigas e tomillo y romaza e juncia y coronilla del rey e suelda<sup>183</sup> bis e carrizo y otras muchas hierbas y raíces parecientes a las de nuestra

España que por no ser herbolario no las pongo. Hierbas de la tierra y raíces hay muchas y muy provechosas para enfermedades.

Aves de la tierra son: perdices y palomas torcazas, lavancos, garzotas y águilas pequeñas e guabras que es un ave a manera de cuervo que tiene su propiedad de comer las cosas muertas, e tórtolas e patos, son muy buenos. E pájaros de los pequeños hay sirgueritos y siete colores y gorriones e tordos y golondrinas. Y lechuzas y mochuelos. Hay papagayos de dos o tres maneras. Hay halcones pequeños, éstos cazan perdices, y baharís. De sabandijas hay zorras y nutras y topos, hurones y ratones e culebras e lagartijas e sapos, mas no son ponzoñosos. Hay renacuajos e mariposas. Y al pie de la cordillera nevada he visto alacranes. E hay moscas. Y de seis años a esta parte hay una manera de chinches que pican muy mal e no dan poca comezón. Son tan grandes como cucarachas e su tiempo es el verano. Hay abejas. Son grandes, mas poca miel se saca de ellas y crían debajo de la tierra, como tengo dicho.

En los términos de esta ciudad hay muy buenas minas de oro y plata y cobre y estaño y otros metales. Y ansí mesmo hay muy buenas salinas de sal en la laguna que tengo dicho de Topocalma, y en Quillota hay otras salinas, y en otras muchas partes.

## CAPITULO XC

*Que trata de las costumbres y cerimonias de los naturales de la provincia de Mapocho*

Los indios de esta provincia no tienen casa de adoración ni ídolos. Y desde muere algún señor hereda los señoríos el hijo de la mujer primera que hubo, puesto que son casados con diez y doce mujeres según su posibilidad. Y si no tiene hijo en esta primera mujer, hereda el hermano, y donde no, el pariente más cercano. Cásanse con hermanas y sobrinas. La gente común se casa con una y dos mujeres. No tienen en nada hallarlas dueñas o no. Es su adoración al sol y a la luna y esto tomaron de los ingas cuando de ellos fueron conquistados. Son muy grandes hechiceros.

Sus placeres y regocijos es ajuntarse a beber y tienen gran cantidad de su vino ayuntado para aquella fiesta. Y tañen un atambor con un palo y en la cabeza de él tiene un paño revuelto, y todos asidos de las manos cantan y bailan. Y llévanlo tan a son que suben y caen con las voces a son del atambor. Para estas fiestas sacan todas las mejores y más ricas ropas que tienen y cosas parecidas entre ellos, y embijanse los rostros cada uno la color que quiere y le parece, porque tienen muchas colores. Y aquí se embriagan y no lo tienen en nada, antes lo tienen por grandeza.

Aquí se matan unos a otros con veneno. Es de esta manera: que el que tiene algún enemigo le convida a beber o se lo paga a otra persona. Y si es señor se lo manda a algún allegado suyo. Y como es costumbre entre ellos llevarles de beber, y aquel que lleva la vasija de que se lo da, hácele la salva. Y después que la ha hecho, lleva el dedo pulgar metido en la vasija. Llevan en la uña el veneno y al tiempo que se la da al contrario, deja el veneno dentro y bebe el otro descuidadamente. Es esta ponzoña de tal calidad, que si



quieren dar a uno para que muera en veinte y cuatro horas y si quieren para más tiempo, la tienen.

Y tienen con el demonio su pacto. Y éstos son señalados entre ellos y aún tenidos. Estando en estas fiestas, éstos se levantan, y apartados un poco de la otra gente habla entre sí como si tuviesen al demonio. Y yo los vi muchas veces y paréceme que lo debe de ver o se le demuestra. Y estando en esta habla, saca una quisca que ellos llaman, que es una manera de huso hecho de palo, y en presencia de toda la gente se pasa con ellas la lengua dos o tres veces y por el consiguiente hace lo mesmo a su natura. Y aquella sangre que saca lo escupe y lo ofrece al demonio, que en esto lo tienen enestidos. Yo los vi algunas veces y los veía luego sanos, y les pregunté algunos que si sentían dolor, y decían que no.

El traje de esta gente era antiguamente unas mantas de lana que les tomaba desde la cintura hasta la rodilla y ceñánselo al cuerpo. Y el de ellas era una manta pequeña revuelta por la cintura y le da hasta la rodilla, y con una faja del tamaño y anchor de una cincha de caballo se ata por la cintura, y otra manta pequeña echada por los hombros y presa en el pecho, y dale hasta la cinta. Este era el traje antiguo, aun cuando agora andan los más, vestidos al modo del Pirú por causa de la ropa que de allá viene de algodón. Cuentan hasta diez y no es más su cuenta, que lo demás cuenta por dieces. Son agoreros. Sus armas son arcos y flechas. No se les da nada por riquezas. Son de buen parecer y dispuestos y ellas por el consiguiente y de buenos rostros. Precian de traer los cabellos largos. Acostumbran las indias a pintarse la barba como los moriscos, hacen tres rayas o media luna o la señal que se le antoja, y los pechos y las muñecas de los brazos.

Los enterramientos de ellos es que muriéndose un señor u otra cualquiera persona, ayúntanse todos los parientes y amigos del muerto, y tienen muy gran cantidad de su vino, y ponen el difunto en el cuerpo de la casa. Y juntos todos hacen su llanto y sus oraciones dedicadas al demonio, nuestro adversario. Y allí le ven. Ansí de esta manera lo tienen tres o cuatro días y al cabo de los tres le visten las más privadas ropas que él tenía, y vestido le meten en una talega, que le ponen en la mano maíz y frísoles y pepitas de zapallos y de todas las demás semillas que ellos tienen, y le lían con unas sogas muy bien. Y llévanle a la tierra o heredad más preciada que él tenía y solía sembrar, y allí hacen un hoyo y allí le meten un cántaro y olla y escudillas. Y venido averiguar para qué es aquello y para qué meten semillas, es para que coma y siembre allá a donde fuere, que bien entienden que sale del cuerpo y se aparta a otra casa, que allá donde va que ha menester trabajar, y en esto los tiene ciegos el demonio. Y allí están otros cuatro días haciendo su llanto por el difunto, y los parientes se embijan los rostros de negro en señal de luto.

No hay tanta gente en esta provincia como cuando los cristianos entraron en ella, a causa de las guerras y alzamientos que con los españoles tuvieron. Fue parte para desmenuillos, que de tres partes no hay la una. Y las minas han sido también parte, que lo uno con lo otro se ha juntado el destruimiento de ellos.

## CAPITULO XCI

*Que trata de una manera de juego que tienen estos indios de Mapocho y todos los demás en esta comarca*

Su manera de juego de estos indios es de esta manera: que en el suelo hacen una placita pequeña, y por una parte de ella hacen una raya como una "ce" al derecho y otra "ce" en contra al revés. Y en medio de estas dos "ces", digo en las cabezas, está un hoyuelo pequeño, y por las dos "ces" va por cada una de ellas diez hoyuelos más pequeños. Y ponen por ellos piedras o maíces o palos, de manera que difieren en la color los unos de los otros. Y desde fuera de este circuito hincan una varita de tres palmos y la cabeza de ella cae en medio de este circuito de las "ces". Hacen de una varita de mimbre una "o" atada allí, que será tan grande como una ajorca.

Siéntanse los que quieren jugar, que son dos o cuatro compañeros, y no pueden jugar más de cuatro. Y toman cuatro frísoles blancos, porque los hay de muchas colores y por la una parte los tornan negros, y échanlos por de dentro de la mimbre que está en alto, como ajorca que digo. Y en echándolos y en dándose con las manos en el pecho y en el muslo derecho, es todo uno, hablando en alto. Y caen abajo en la placita. Y si caen todos blancos, sube aquel que les echa cuatro casas, subiendo de la casa del cabo, para arriba do está la otra casa que digo que es mayor que éstas. E si echa todos negros, sube tres casas con la misma piedra que anda. Y si echa dos blancos y dos negros, anda una casa. E si echa uno negro o tres blancos, o tres negros e uno blanco, pierde la mano e juega el otro contrario, y sube de la misma manera conforme a lo que echa.

Y esta piedra que va caminando por las casas en que están las otras piedras, y si acierta a entrar en la casa mayor que dije de la cabeza de las "ces", pierde la mano. Estando allí gana aquella piedra al contrario. Y hecha ganancia, sale de allí hacia las piedras contrarias y prende a todas en cuantas casas entra con lo que ha echado. Y si estando en la casa grande pierde la piedra, es porque dicen ellos que es aquél el río y que se ahogó. Y torna a jugar con la otra del cabo que queda. Y si se la matan, con la otra del cabo, y así juegan. Y el que antes mata y echa fuera de sus casas las diez piedras contrarias, gana el precio que ponen.

Y éste es su juego y no tienen otro. Y son muy grandes tahúres, tanto, que muchas veces juegan las mujeres e hijos. Y ellas son muy tahúras de este juego y juegan lo que tienen.

## CAPITULO XCII

*Que trata de la cordillera nevada y de dónde viene y lo que corre y de una gente que habitan dentro de ella*

Muchas veces se ha tratado de la cordillera nevada, y pareciéndome justo quise decir de ella y dónde procede, que es desde Santa Marta, y pasa por cerca de Cartagena y atraviesa todo el Pirú y toda esta gobernación de Chile, y llega al estrecho de Magallanes y pasa

adelante, según se ha visto. Desde Cartagena al estrecho son más de dos mil leguas. En muchas partes de ella no se quita la nieve en todo el año. Tiene de atravesía veinte y cinco y treinta leguas y más, de altas sierras y profundas quebradas.

En esta gobernación es en parte montuosa la falda de ella y en partes es pelada. Pásase por tres o cuatro partes y con gran trabajo. Son tres meses en el año que es enero y febrero y marzo, y todos los demás no se puede pasar por causa de los grandes fríos. El término que hay de ella a la mar son quince y dieciséis y en partes diez y siete leguas, y no hay más anchor y ansí va hasta el estrecho. Y en este compás va la población. Dentro de esta cordillera a quince y a veinte leguas hay unos valles donde habita una gente, los cuales se llaman puelches y son pocos. Habrá en una parcialidad quince y veinte y treinta indios. Esta gente no siembra. Susténtanse de caza que hay en aquestos valles. Hay muchos guanacos y leones y tigres y zorros y venados pequeños y unos gatos monteses y aves de muchas maneras. Y de toda esta caza y montería se mantienen que la matan con sus armas, que son arco y flechas.

Sus casas son cuatro palos y de estos pellejos son las coberturas de las casas. No tienen asiento cierto, ni habitación, que unas veces se meten a un cabo y otros tiempos a otro. Los vestidos que tienen son de pieles y de los pellejos de los corderos. Aderézalos y córtalos y cósenlos tan sutilmente como lo puede hacer un pellejero. Hacen una manta tan grande como una sobremesa y ésta se ponen por capa o se la revuelven al cuerpo. De éstas hacen cantidad.

Los tocados que traen en la cabeza los hombres son unas cuerdas de lana que tienen veinte y veinte y cinco varas de medir, y dos de éstas que son tan gordas como tres dedos juntos. Hácenlas de muchos hilos juntos y no las tuercen. Esto se revuelven a la cabeza y encima se ponen una red hecha de cordel, y este cordel hacen de una hierba que es general en todas las Indias. Es a manera de cáñamo. Pesará este tocado media arroba y algunos una arroba. Y encima de este tocado en la red que dije meten las flechas, que les sirve de carcaj.

Los corderos que toman vivos sacrifican encima de una piedra que ellos tienen situada y señalada. Degüéllanlos encima y la untan con sangre, y hacen ciertas cerimonias y a esta piedra adoran. Es gente belicosa y guerreros y dada a ladronicios, y no dejarán las armas de la mano a ninguna cosa que hagan. Son muy grandes flecheros, y aunque estén en la cama han de tener el arco cabe sí.

Estos bajan a los llanos a contratar con la gente de ellos en cierto tiempo del año, porque señalado este tiempo, que es por febrero hasta en fin de marzo que están derretidas las nieves y pueden salir, que es al fin del verano en esta tierra, porque por abril entra el invierno y por eso se vuelven en fin de marzo, rescatan con esta gente de los llanos. Cada parcialidad sale al valle que cae donde tiene sus conocidos y amigos, y huélganse este tiempo con ellos. Y traen de aquellas mantas que llaman llunques y también traen plumas de avestruces, y de que se vuelven llevan maíz y comida de los tratos que tienen. Son temidos de esta otra gente, porque ciento de ellos juntos de los puelches correrán toda la tierra, sin que de estos otros les haga ningún enojo, porque antes que viniesen

españoles, solían abajar ciento y cincuenta de ellos y los robaban y se volvían a sus tierras libres. No sirven éstos a los españoles por estar en tierra y parte tan agra y fría e inhabitable. Parece esta gente alarbes en sus costumbres y en la manera de vivir.

### CAPITULO XCIII

*Que trata de la provincia de los pormocoes y costumbres de los indios y por qué se llamaron pormocoes*

Está esta provincia de los pormocoes que comienza de siete leguas de la ciudad de Santiago, que es una angostura y así le llaman los españoles estos cerros que hacen una angostura. Y aquí llegaron los ingas cuando vinieron a conquistar esta tierra, y de aquí adelante no pasaron. Y en una sierra de una parte de angostura hacia la cordillera toparon una boca y cueva, la cual está hoy en día y estará. Y de ella sale viento y aún bien recio. Y como los ingas lo vieron fueron muy contentos, porque decían que habían hallado "guaira huasi", que es tanto como si dijese "la casa del viento". Y allí poblaron un pueblo, los cuales cimientos están hoy en día, y no digo de ellos por estar tan arruinados. Y de aquí hasta el río de Maule que son veinte y tres leguas es la provincia de los pormocoes. Es tierra de muy lindos valles y fértil. Los indios son de la lengua y traje de los de Mapocho. Adoran al sol y a las nieves, porque les da agua para regar sus sementeras, aunque no son muy grandes labradores.

Es gente holgazana y grandes comedores. Y los ingas, cuando vinieron a aquella angostura, de allí los enviaron a llamar los ingas, y venían a servirles y huíanseles que no se podían averiguar con ellos. Y preguntándoles qué era su vida o qué manera tenían de vivir, ellos se lo contaron, y cómo sembraban muy poco y se sustentaban el más del tiempo de raíces de una manera de cebollas que tengo dicho, y de otra raíz que llaman ellos "pique pique", que es una manera de castañas piladas, salvo que no tienen el gusto que ellas, y blancas. Y por qué llaman "pique pique", es porque unas pulgas pequeñas que se meten en los pies, entran en la carne, y hácense gordas como un garbanzo, salvo que no es redondo, y es a esta apariencia por tener a un cabo y otro dos puntillas negras como estas niguas, y a este efecto le llaman "pique pique".

Visto los ingas su manera de vivir los llamaron pomaucos, que quiere decir lobos monteses, y de aquí se quedaron pormocoes, que se ha corrupto la lengua, porque de antes se llamaban picones porque estaban a la banda del sur y al viento sur llaman pico.

### CAPITULO XCIV

*Que trata de la salida del gobernador de la ciudad de Santiago para la provincia de Arauco*

El gobernador, puesto en voluntad de seguir su jornada, hizo sus oficiales y nombró a Gerónimo de Alderete por su general y a Pedro de Villagran por su maestro de campo, e

hizo sus capitanes. Y luego mandó hacer de madera unas andas, que llevaban cuatro negros y a veces seis indios. Dejó la armada de por mar, que era una galera y un bergantín, encargado al capitán Joan Batista, y mandóle, como a su capitán que era en la mar, la llevase y fuese hasta treinta y siete grados, y corriese la tierra y la costa, y donde hubiese gran ahumada que él mandaría hacer, que fuese a reconocer, y si viese gente de a caballo, que tomase puerto, porque él estaría aguardándole en puerto o bahía.

Hecho esto y pasados los días de Pascua primero, acordó aventurar su persona, aunque contra voluntad de todos, y proveer a todo como convenía, y viendo que era tiempo muy conveniente para ir a poblar adelante, por tener los indios entonces sus sementeras ya grandes y cuando allá allegasen estarían de sazón para coger, y estando así no padecerían detrimento, así los naturales como los pobladores. Y con esto consideraba el gobernador que si no iba en aquella coyuntura y tiempo, no podía salir hasta el otro año, de donde se le recrecía inmensos trabajos. Y no convenía entrar en invierno, que es trabajoso. Y saliendo en aquella sazón, iban en buen tiempo para correr la tierra y traer la gente de paz, y traerlos en conocimiento de la verdad, y buscar sitio bueno para poblar e invernar y hacer sus casas.

Hechas estas cuentas y consideradas estas consideraciones, después de haber oído misa mandóse poner en su litera y fue a visitar la casa de nuestra Señora del Socorro. Y salió con ciento y ochenta hombres a caballo y siguió su jornada y camino veinte días, hasta que llegó a lo último de los límites de esta ciudad. Y en estos días iba mejorando el pie que podía ir a caballo. Y como el gobernador se vido pasado el río de Itata y en tierra de gente de guerra, cuarenta leguas de la ciudad de Santiago, mandó poner en orden toda la gente y mandó a sus capitanes tuviesen cuenta con los caballos que a cargo llevaban. Y dioles la orden que habían de tener así en el caminar como en el velar. Y él proveyendo muy bien en la rezaga, trayendo el servicio y bagaje en medio. E iba cada el día delante descubriendo el campo y corriendo la tierra con cincuenta de a caballo. Y el maestre de campo, cuando le parecía, enviaba un capitán. Y con esta orden iba marchando, topando en cada valle indios que nos daban guazábaras o recuentros y punaban y trabajaban con toda diligencia defender nuestro viaje y entrada de su tierra cada el día. Y a cada escuadrón y junta de indios los enviaba el gobernador a requerir con la paz y darles a entender a lo que venía de parte de Su Majestad, y que viniesen a la obediencia porque en ello ganarían.

Caminamos con esta orden hasta treinta leguas adelante del río de Itata que arriba dijimos, y apartados de la costa de la mar catorce leguas, donde se halló muy gran poblazón y tierra muy alegre y apacible. Y en este compás de leguas que hemos dicho, hallamos un río muy ancho y caudaloso. Va muy llano y sesgo, y corre por unas vegas anchas, y por ser arenoso no va hondo, mayormente en verano que daba hasta los estribos de los caballos. Este río se llama Nihuequetén, que es cinco leguas antes de la mar. Entra en el gran río que se dice Bibio. A la pasada de este río Nihuequetén se desbarataron hasta dos mil indios y se tomaron tres caciques.

Caminando más adelante, llegó el gobernador al gran río de Bibio a los veinticuatro de enero del año de mil y quinientos y cincuenta. Mandó el gobernador a todos no pasase

nadie, ni procurase vadear tan ancho río, sino que se hiciesen balsas de carrizo y de madera, porque era arenoso y hondo. Y estando haciendo las balsas de carrizo y dando orden en el pasaje, allegó de la otra banda mucha cantidad de indios a defendernos el paso. Y confiados en su multitud, viendo que nosotros éramos tan pocos, determinaron muchos de ellos de pasar a pelear con nosotros. Y como el gobernador vido que pasaban, mandó a todos que estuviésemos quedos e hiciésemos muestra que les temíamos. Y de esta manera acabaron de pasar el río los indios en unas balsas.

Vistos en tierra de esta parte, mandó el gobernador a un su capitán, que se decía Esteban de Sosa, que fuese a ellos con su compañía. Y fue con cuarenta hombres de pie, y púsose el gobernador con ciento de a caballo a su amparo. Y con los arcabuces mataron los de a pie hasta veinte indios, porque los demás se echaron en el agua huyendo, temiendo aquella voz que los mataba sin ver quién, que no aprovechaba asegurarles la vida con buenas palabras. Y pasados a la otra parte, no osaban acometer ni volver, sino dar muy grandes voces.

De allí partió el gobernador por no aventurar un hombre ni un caballo en tal pasaje, y fue el río arriba con toda su gente a buscar otro mejor paso. Habiendo caminado otras dos leguas, pareció otra mayor cantidad de indios, y vistos, mandó el gobernador al general Gerónimo de Alderete que fuese con veinte de a caballo y pasase el río y les cometiese, que él iría cerca con toda la gente para su socorro, lo cual fue hecho como fue mandado, puesto que fue el pasar el río muy trabajoso. Los indios, como no sabían qué cosa era caballo, esperaron, pensando resistirles. Y no bastó su esfuerzo y fuerza a reestir la menor furia e ímpetu de los caballos. Y después que conocieron la gran fortaleza y liberalidad de los españoles, acordaron no tener con ellos trabacuenta, temiendo de ser perdidos. Y por presto que revolvieron a echarse al río e huir por la tierra, quedaron muertos más de doscientos indios.

Cuando el gobernador vido tanto número de gente de guerra, estando a la orilla del río, mandó pasar otros treinta de a caballo al socorro de los veinte. Allí se nos ahogó un comendador que se decía Pero Fernández Mascareñas. Siguieron el alcance los caballos con su capitán y recogieron algunas ovejas. Y viendo que era tarde, tornaron a pasar el río y volvieron al sitio donde el gobernador estaba.

Otro día siguiente caminó el gobernador con toda la gente tres leguas más adelante el río arriba por sus riberas, y junto al agua asentó el campo. Y luego envió a llamar caciques de paz como lo traía de costumbre, y vinieron de guerra mucha más gente que de antes había venido a punar y defendernos el paso del río. Y puesto que daba el agua a los estribos y bastos de las sillas, pasamos por cascajar, y no cenagoso, con el gobernador cincuenta de a caballo. Y confiados los indios tenerse por valientes y los más belicosos del reino y en su multitud, esperaron y cometieron. Acaudilló el gobernador y peleó con ellos. Quedaron muertos muchos indios, y a hora de vísperas recogióse el gobernador con su gente a su real. Y otro día tornó a pasar el río por el mismo vado con sesenta de a caballo, quedando el campo asentado en donde solfa, y corrió dos días la tierra hacia la mar, donde se halló gran poblazón. Visto esto dio la vuelta al real.

Aquí estuvo el gobernador ocho días enviando mensajeros a los señores de aquella comarca a hacerles saber a lo que venían. En estos días que aquí estuvo se recogió algún ganado.

## CAPITULO XCV

*Que trata de cómo caminó el gobernador hacia la mar a buscar un sitio donde poblar una ciudad y de cómo hubo una batalla en el camino*

Pasados los ocho días mandó el gobernador levantar el campo y tornó a pasar el río de Niehuequeten, y caminó hasta donde se ajunta y entra en el río de Bibio. Y por las orillas bajó con toda la gente hasta junto a la mar. Y asentó su campo junto al río de Andalién y el de Bibio en un compás de llano que allí están. Hay del un río al otro media legua. Tenía el campo donde estaba sitiado de una parte una pequeña laguna de agua dulce, todo lo restante era llano.

Estuvimos allí día y medio. Y en este tiempo la segunda noche, ya rendido el primer cuarto, vinieron por la sierra que vecina allí estaba por encima de una loma que tenía tres leguas de largo y es de grandes quebradas, que de ella proceden espesos y grandes árboles. Este es el camino y parte por donde ellos más se atreven a andar con gente de guerra, porque en general en todos ellos, cuando vienen a dar en españoles, asitian semejantes partes para tener reparo, y lo principal que buscan es tener huida.

Traía esta gente un capitán que se decía Ainavillo, hombre belicoso y guerrero. Bajado este capitán con su gente a lo llano, se pusieron en su escuadrón y comenzaron a tañer sus cornetas, porque otros instrumentos no usan y con estas cornetas se entienden. Y marchando hacia nosotros sus picas caladas y los flecheros sobresalientes, fue su acometimiento con tanto ímpetu y alboroto y gran alarido como lo usan. Y como era valle resonaba el eco de las voces más furioso y aún más temeroso. Ya el gobernador los estaba esperando con su gente con el ánimo que en tal tiempo los españoles lo acostumbran. Pelearon tres horas, que jamás pudieron romper a los indios. Eran tan recios los palos y tan espesos que daban a los caballos en las cabezas, que les hacían empinar y revolver para atrás.

Viendo el gobernador que no les podía entrar por valerosamente que peleaban y que los peones tenían trabajo en resistirlos, se apearon más españoles y entraron con toda furia sin ser resistidos de los indios. Y pelearon dentro del escuadrón con los demás, con tanto ánimo como para aquel tiempo era menester, y mataban y herían y no se rendían ni se desbarataban de los indios, antes ganaban tierra, porque era oscuro, y así caían muertos los indios. Estaba tan espeso el escuadrón que como los españoles estaban juntos, todos los indios que mataban caían unos encima de otros, y aquel compás no daba lugar a que ellos se desbaratasen. Y los arcabuceros que no les hacían poco daño. E viéndose los indios vencidos, tomaron la huida y la sierra que estaba cerca, y, por tanto, fue el alcance corto, pero con todo esto quedaron muertos más de trescientos en el llano, que era

admiración verlos. Hirieron los indios sesenta caballos y más de cien caballeros españoles de flechas y botes de lanzas.

Y luego otro día se entendió en curar caballos y caballeros y dar a nuestro señor inmensas gracias, por las mercedes que les había hecho en haberles dado victoria a tan pocos y peregrinos españoles, en tierra donde tanto número de bárbaros hay, y gente tan bestial que no dan la vida a su adverso, ni le toman a rehenes, ni por servir. Y, por tanto, conviene al español que no ha usado la guerra, que pelee con grandísimo ánimo y venda bien su vida, para vencer y ganar, juntamente con la vida, honra y fama.

## CAPITULO XCVI

*Que trata de cómo vencida por el gobernador esta batalla que se dice la de Andalién con sus buenos españoles se fue de ahí a la orilla de una bahía y asentó su campo e hizo un fuerte y de lo que en este tiempo le sucedió*

Otro día siguiente se levantó el campo y se fue a una bahía que había visto el gobernador cuando vino el año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro, donde dijo que había de poblar una ciudad cuando allá tornase. Y así fue. Y hallado el asiento, estará una legua y media del río de Bibio. En esta bahía entra el río Andalién. Aunque es río dulce, crece y mengua por sus mareas, porque entra la marea de la mar por él casi una legua el río arriba. Miró el gobernador el sitio junto a la bahía y llano, y por medio de este llano corre otro río chico de agua clara todo el año, que procede de las vertientes de las más cercanas lomas. La bahía es ancha y casi redonda, tendrá dos leguas de latitud y tres de longitud. Tiene a la boca y entrada de la bahía una isla pequeña poblada.

Viendo el gobernador tan buen sitio y lugar tan aparejado para poblar, asentó allí el campo a veinte y uno de febrero, por mejor poderse favorecer y aprovechar de su armada, que cada día la aguardaba. Otro día siguiente, en aquel llano junto aquella bahía, acordó no fundar la ciudad, sino hacer un fuerte hasta en tanto que trajesen los caciques de paz, porque tenía por cierto que si se ocupaba en hacer casas, vendrían los indios a le buscar cada el día, y que era mejor acertado hacerles la guerra y amonestarles viniesen de paz. Y si acaso los indios viniesen, los hallasen fortalecidos, y también por dar descanso a los españoles en lo de la vela de noche que era excesiva, y porque de aquel fuerte saldrían a pelear cuando quisiesen y no cuando la ímpetu de los indios lo constriñesen. Luego otro día mandó el gobernador traer grandes maderos y varas, y mandó hincarlos en la tierra y enlatarlos, y abrir un foso de doce pies de ancho y otros tantos de hondo. Y la tierra que sacaban se echaba para reparar y fortalecer el palenque, que sería estado y medio de alto, muy espeso. Tendría de circuito mil y quinientos pasos, el cual, con la diligencia y solicitud del gobernador y de buenos hombres hábiles y a fuerza de brazos, se tardó ocho días en hacer una trinchera fuerte con tres puertas para servidumbre. Y en cada puerta estaban los baluartes muy bien hechos en que velaban las velas, y por de fuera andaba cada noche la ronda.

Luego que fue hecho, repartió el gobernador los alonjamientos y sitios donde cada uno



había de estar, y todos juntos dentro por sus cuarteles. Acabóse esto de hacer a los tres de marzo del año de mil y quinientos y cincuenta. De aquí mandó el gobernador ir sus capitanes a correr la tierra, y enviaba mensajeros a los caciques, dándoles a entender su venida por mandado de Su Majestad, y que viniesen a dar la paz y obediencia como lo habían hecho los indios de Mapocho y de toda su comarca.

## CAPITULO XCVII

*Que trata de cómo vino el capitán Ainavillo sobre el gobernador estando en aquel fuerte y la victoria que nuestro Señor fue servido de dalle*

Estando el gobernador con sus españoles aderezando lo que había menester para el invierno que se les acercaba, que entra por abril y sale en septiembre, estando en este cuidado, supo el gobernador nueva cómo la mayor parte de la gente de guerra de toda la tierra venían marchando con sus campos, repartida la gente en tres escuadrones, y que era en tanta cantidad que pasaban sesenta mil indios, y que venían la gente de las riberas del gran río de Itata con los de Reinoguelen y sus comarcanos en un escuadrón, por la parte de entre oriente de donde estaba el gobernador y su gente. Y cumplidos los doce de marzo fueron representados todos tres escuadrones.

A hora de nona parecieron entre lomas bajas que tienen sus vertientes sobre el asiento de la ciudad, y como el sol iba contra occidente, reverberaba en aquella gente de guerra y se mostraba ser cosa admirable y aun temerosa ver tanto género de armas, así ofensivas como defensivas, y tantos plumajes y de tan diversas colores.

Pues viendo el gobernador cómo los indios venían repartidos en los escuadrones y avisado de qué generación era cada escuadrón, y viendo por qué loma y camino habían venido y cómo la gente más belicosa era la de Arauco y de más cantidad, y el general de ellos era Ainavillo, el que arriba dijimos, y reconociendo que estaban asentados en sitio que no podían favorecerse los unos a los otros, y reconociendo que los indios tendrían mucho temor de la nieve que tendrían de la batalla de Andalién, y que a esta causa venían divididos para mejor se aprovechar de sus pies más que de sus manos, hechas estas consideraciones, mandó el gobernador venir toda su gente a punto de guerra y no perezosos. En esto los escuadrones marchaban en su orden a son de sus cornetas. Viendo el gobernador el escuadrón mayor y más lucido y más cercano, mandó al general Gerónimo de Alderete que acometiese con la cuarta parte de los de a caballo y de pie, quedando el gobernador con los demás muy a punto. Y aprestado el general con los dichos, acometió sin temor ni pereza, todos juntos al galope, y llegando cerca con toda furia rompieron el escuadrón de los indios. Y viéndose desbaratados, temían tanto el resultado de los caballos que no paraban, y dejando las armas en el campo, y como iban a la ligera, que no les embarazaba mucho la ropa que traen, no iban muy perezosos huyendo. Y viendo los otros dos escuadrones la obra que se le había hecho al más fuerte y en el que más confiaban, volvieron las espaldas. El despojo que en el campo dejaron fueron muchas picas y plumajes y otras armas. En este recuento murieron trescientos

indios y prendiéronse más de doscientos. Y de aquéstos mandó el gobernador castigar, que fue cortalles las narices y manos derechas.

Esta victoria hubo el gobernador con el ayuda de Dios y de su bendita madre Santa María y del bienaventurado apóstol Santiago, porque cortándole las manos a estos indios habló con algunos, y decían todos a una que no habíamos sido parte nosotros para con ellos, sino una mujer que había bajado de lo alto y se había puesto en medio de ellos, y que juntamente bajó un hombre de una barba blanca y armado con una espadacha desnuda y un caballo blanco. Y visto por los indios tan gran resplandor que de si salía, les quitaba la vista de los ojos, y que de verlo perdieron el ánimo y fuerzas que traían. Y según yo me informé de ellos, fue muy cierto ver este milagro cuando se pusieron a vista de los españoles, porque sin el favor de Dios, tan pocos españoles contra tanto enemigo no nos podíamos sustentar. Pues ver los aparejos que traían era de ver, porque yo vi muchas ollas y flechas de fuego para echarnos en las casas y muchos tablones para poner en el foso y pasarnos al fuerte.

Hecho este castigo, les habló el gobernador a todos juntos, porque había algunos caciques y prencipales, y les dijo y declaró cómo aquello se usaba con ellos porque les había enviado a llamar muchas veces y a requerir con la paz, diciéndoles a lo que venía a esta tierra, y que habían recibido el mensajero, y que no tan solamente no cumplieron aquello, pero vinieron con mano armada contra nosotros y tanta cantidad para tan pocos españoles, y que lo mismo se haría con los demás que no viniesen a dar la obediencia y a servir a los españoles. De esta suerte se enviaron estos indios a sus casas para en castigo de ellos y enxemplo para los demás.

Luego mandó el gobernador a ciertos caudillos fuesen con todo recaudo y trujesen bastimento para el invierno, y que corriesen el campo y que trujesen de paz los caciques que les saliesen, y que diesen a entender a los indios que viniesen de paz a los servir, y donde no, que les harían la guerra y que no estarían seguros en ninguna parte que se metiesen.

## CAPITULO XCVIII

*Que trata de la venida de los navíos que quedaron en Valparaíso y de cómo fueron a descubrir una isla donde trajo bastimento para el campo*

Estando en este placer y contento de la victoria que el gobernador había habido, allegó a la boca de la bahía el armada que en el puerto de Valparaíso había quedado el capitán Joan Bautista para que pertrechada la trajese. Era una galera y un navío pequeño. Fue con ellos buen socorro.

Descargado el bastimento que traía y el fardaje de la gente que por tierra había venido, mandó el gobernador al capitán Joan Bautista que fuese con la armada a correr la costa y que donde pudiese cargar de comida aquellos navíos lo trujese. Embarcáronse cuarenta soldados, y envió por tierra al general Gerónimo de Alderete con sesenta de a caballo

para hacer espaldas a la gente del armada, que eran cincuenta y tres hombres y llevaban veinte arcabuceros. Y como la tierra es muy poblada y la gente de ella muy belicosa, era todo esto menester.

Allegada la armada a la costa de Arauco, salimos en tierra el capitán con cuarenta hombres y corrimos hasta media legua la tierra adentro, donde hallamos muy gran cantidad de casas y mucha poblazón y las casas sin gente. Y esto era a causa de estar toda la más gente en consulta y puestos a punto de guerra para dar en la gente de a caballo, que estaba dos leguas de donde estaba la de la armada porque no sabíamos los unos de los otros. Y viendo el capitán Alderete que no tenía ni podría haber nueva del armada, hizo la vuelta para el fuerte de donde el gobernador estaba.

Y el capitán Joan Bautista viendo que en tierra tan poblada no había gente, entendiendo que estaba junta y que sería mucha y que no se podía resistir, acordó, tomando parecer de buenos hombres que consigo llevaba, qué convenía hacer. Mandó hacer a la vela el armada e ir a una isla que cercana estaba que al pasar habíamos descubierto. Y navegando para la isla, íbamos en los esquifes por cerca de tierra y dentro doce arcabuceros, los cuales tomaron ciertas balsas con ciertos caciques y los metieron en la galera. Y con esta presa se metió el capitán con su armada en una bahía que se halló en la isla.

Y visto por los indios, pusiéronse en arma y vinieron en dos escuadroncillos, porque hay en la isla dos caciques y señores de ella. El uno vino con su gente cerca, donde habló al capitán y le hizo un parlamento, dándoles a entender a lo que era allí venido por mandado del gobernador, y que le rogaba les diese alguna comida, lo cual fue tanto lo que trajeron que no había para un día.

Viendo el capitán que no se lo querían dar, salió en tierra con cuarenta hombres, los diez y ocho arcabuceros, y subió una loma baja donde estaba un cacique con su gente, que serían doscientos indios, los cuales aguardaron, que con las lanzas que nos alcanzábamos. Y esto hicieron viendo que nos habían tomado las espaldas. El otro cacique con cuatrocientos y cincuenta indios tenían ocupado el embarcadero. Y junto con esto vieron que eran ellos muchos y nosotros pocos.

Pues estando el capitán con los españoles tan cerca, habló un indio viejo que tenía una capa de cuero de carnero negro, y con una hacha de piedra en una asta de madera hizo una raya por junto los pies del capitán muy larga, y dijo que de allí nos volviésemos y que no pasásemos su tierra ni le viésemos sus casas, so pena que nos matarían, lo cual nos declaró un yanacona que entendía la lengua.

Luego el capitán mandó disparar los arcabuces, viéndose cercado de indios y tomada la mar. Y dimos en ellos. Y ellos, pensando que éramos otros, pusiéronse a resestirnos y no pudieron, porque no les dejamos entrar en otro juego sino tomar la huida, puesto que algunos se tardaron, porque alcanzaron los arcabuces a los delanteros y los filos de las espadas a los perezosos en huir.

Pues viendo el escuadrón que tenía tomada la mar que los de arriba iban de priesa y a su

pesar, acordaron ausentarse del trueno antes que llegase el relámpago. Seguimos en el alcance y sojuzgamos la isla toda en breve y recogimos algunas piezas, y amansándolos nos ayudaron a traer toda provisión para la galera y galeón, de maíz y papas y frísoles que les tomaron.

De esta suerte vinimos al fuerte donde estaba el gobernador, y mandó repartir a todo el campo el bastimento, que tuvo qué comer algunos días. El capitán trujo ante el capitán tres caciques que tomó en las balsas y dos que tomó en la isla, y éstos dijeron al gobernador cómo adelante estaba otra isla mayor que aquella suya y más poblada, y la tierra de la costa firme mucho más.

## CAPITULO XCIX

*Que trata de cómo el gobernador fundó la ciudad de Santiago, digo de la Concepción, en el sitio donde estaba el fuerte*

Habiendo salido a correr la tierra el maestre de campo Pedro de Villagran y el capitán don Cristóbal de la Cueva y el capitán Diego Oro, cada uno por su parte con gente, traían de paz muchos caciques y prencipales. Y en este noble exercicio se ocuparon estos capitanes y conquistadores todo el invierno, que no es poco trabajo. Pues viendo el gobernador al fin de las aguas y entrada de la primera vez, que habían venido de paz y venían muchos caciques y servían con sus indios, acordó con ellos y con los españoles hacer un fuerte en una cuadra de cuatro solares. Y para hacello convino trazar la ciudad en el sitio donde estaba hecho el fuerte. Y fundóla e intitulóla la ciudad de la Concepción. Y formó cabildo y justicia y regimiento, y puso en la plaza una picota. Y en esta sazón andaban los españoles sacando de la mar en la playa mucha piedra y la acarreaban con carretas a las zanjas que abrían los indios, y otros entendían en hacer adobes. De suerte que todos trabajábamos, unos en la guerra y otros en la obra, con la orden siguiente, que los que andaban en la guerra un mes, venían a la ciudad y entendían en la obra, y de los que andaban en la obra, iban otros tantos a la guerra y estaban otros treinta o cuarenta días. Y de esta suerte conquistaba y poblaba y se sustentaba. Y muchas veces y aun muchos días, no comíamos sino mejillones y marisco sacado de la mar y cogollos chicos y raíces de achupallas, que son a imitación de palmitos.

Comenzado esto y entrado el mes de octubre, despachó el gobernador un mensajero, que se decía Alonso de Aguilera, a dar cuenta a Su Majestad de todo. Partió de la ciudad de la Concepción en quince días del mes de octubre del año de nuestra salud de mil y quinientos y cincuenta.

Despachado el mensajero, viendo el gobernador que de ahí a tres meses le convenía subir con la gente de guerra arriba la tierra dentro y poblar adelante hacia el estrecho una ciudad, y dando orden en cómo había de llevar la gente que conviniese y dejar la que bastase para sustentarse y sustentar la ciudad que poblado había, y considerando que tenía pocos caballos y no muchos españoles, acordó hacer en el cercado que habemos dicho una casa fuerte de adobes donde pudiesen quedar seguros hasta sesenta vecinos y

conquistadores. Y quedando en este fuerte a buen recaudo, podían quedar con veinte caballos, porque con éstos y con quedar en aquel fuerte, no eran parte los indios, porque aunque viniesen muchos no bastaban a los ofender, ni aún forzalles que saliesen a pelear, si ellos no quisiesen. Y esto se hizo a fin que pudiesen estar seguros los españoles, hasta en tanto que poblaba adelante, porque después de haber poblado, el gobernador pondría remedio en la sustentación.

En esta sazón mandó el gobernador apercebir ochenta hombres y mandó al general Gerónimo de Alderete que fuese con aquella gente y pasase a Niehuequetén y a Bibio, y que fuese hasta quince leguas de la ciudad y que llegase a la cordillera, y que por allí descubriese y fuese hasta donde le pareciese, y que al fin de febrero volviese a la costa de la mar a la ribera de Bibio, porque para aquel tiempo saldría él a juntarse allí para ir adelante.

Salido el general Gerónimo de Alderete, luego despachó al capitán Joan Bautista con los navíos, que fuese a correr la costa y descubriese unas islas de que tenía noticia, que donde más seguro y sin peligro pudiese tomar comida, y cargase aquellos navíos para dejar proveídos aquella gente que había de quedar en sustentación de aquella ciudad. Salió el capitán con los navíos y llegamos a la isla que de antes se había descubierto, y fue avisado del gobernador que no saltase en tierra firme, sino que fuese a las islas que él tenía noticia que estaban adelante de aquella otra que había descubierto.

Llegamos a la primera isla habiendo navegado un día y una noche. Estará esta isla de la ciudad de la Concepción doce leguas y dos leguas de tierra firme. Y a media noche mandó el capitán hacer a la vela los navíos y fuimos a la tierra firme a Labapi, donde la otra vez habíamos estado. Y luego el capitán mandó saliesen cuarenta hombres a tierra, pareciéndole que allí se tomaría la comida. Entramos por el valle arriba un cuarto de legua y hallábamos las casas despobladas, que era ya que amanecía. Salieron los indios a nosotros y nos retiramos hacia la mar. Y como éramos de a pie, se nos atrevían, que cuando llegamos a la mar donde estaban los navíos era el sol salido y allí cargó sobre nosotros gran cantidad de gente a estorbarnos la entrada. Y por buena maña que nos dimos, aunque no perezosos, nos mataron cinco hombres, allí delante de nosotros los hacían pedazos y los comían sin que los pudiésemos socorrer, y nos hirieron veinte españoles. Embarcamos con esta ganancia, aunque habíamos salido a tomar comida, más ellos nos la defendieron muy bien. Y ansí mismo nos hicimos a la vela de donde habíamos salido a hacer el salto.

Estuvimos un día y una noche, y otro día salimos para seguir nuestro viaje, y al tercero día vimos la otra isla, en la cual tomamos puerto. Esta isla se decía de Amocha. Está alta en medio y montuosa, y la falda rasa y muy poblada donde se da mucho bastimento. Estará de la otra isla treinta leguas y ocho de tierra firme. Tendrá una legua de ancho y dos y media en torno. Hay más de ochocientos indios.

Llegados a ella vinieron muchos indios y mujeres y muchachos, espantados de ver aquello que no habían visto. Y otro día salimos por la mañana y luego vinieron los indios, y nos mandaron sentar y que no pasásemos adelante, que nos matarían. Mandó el capitán

diésemos en ellos, y matáronse hasta catorce indios y los demás huyeron y perdiéronse dos señores, los cuales metimos en la galera. Y con el servicio que llevábamos cargamos los navíos de maíz y papas y frísoles, que había gran cantidad.

Y fue, que en la sazón que llegamos estaban diferentes dos señores que hay en aquella isla, y por esto no se nos defendió. Y como ellos en condición general se huelgan del mal de unos y de otros, no se confederaron y ansí la tomamos seguramente. Aunque yo he andado e visto hartas provincias, no he visto indios más proveídos de bastimento y de mejores casas que en esta isla. Mas no es de maravillar, porque es muy fértil tierra. Hecho este salto o ranchería, como acá decimos, nos hicimos a la vela y nos volvimos a la ciudad. Esta comida se repartió en las personas que habían de quedar en la ciudad. Habló el gobernador aquellos principales indios, y pesóle el suceso que nos había acontecido. Tardamos en este viaje treinta días, que el gobernador nos tenía por perdidos y aún no tuvo poca alegría cuando nos vido entrar por la bahía. Y de allí a seis días mandó al capitán Diego Oro fuese con aquellos navíos y llevase aquellos caciques a sus tierras, porque era el principal, señor de la una parcialidad de la isla y el otro era su hijo.

## CAPITULO C

*Que trata de cómo el gobernador don Pedro de Valdivia salió de la ciudad de la Concepción y fue a juntarse con el general Gerónimo de Alderete*

Habiendo acabado el fuerte y casa, que ya era tiempo de ir a poblar otra ciudad, dejó por teniente al capitán Diego Oro. Salió con treinta hombres. Luego el general Gerónimo de Alderete envió seis de a caballo a Biobio y él quedaba en Andalicán, que es un pueblo que está cinco leguas de la ciudad de la Concepción. Y llegado el gobernador a aquel pueblo donde estaba el general Gerónimo de Alderete, de aquí salió a cinco de febrero de mil y quinientos y cincuenta y un años, y fue por la costa de la mar por la provincia de Arauco por ver disposición de la tierra, y llegó cuarenta leguas de Concepción, donde salieron la mayor parte de los caciques de paz, donde llegó riberas del río que se dice Cautén, donde estuvo algunos días.

De aquí hacía mensajeros y enviaba a llamar a los caciques de la comarca y riberas del río. Y como ellos tenían entre nos y ellos aquel río por delante y veían que éramos pocos, hacíaseles grave la venida y no querían venir. Antes, tenían por exercicio o ardid de guerra darnos muy grandes voces y grita cada el día y cada noche, ansí indios como indias, chicos y grandes. Y como era mucha gente y el compás del valle no era grande, y como la mar estaba cerca y batía, y la costa brava, era tanto el ruido que no nos oíamos, ni aún nos entendíamos y casi atónitos.

Y como no hallábamos vado para pasar el río por causa de ser hondable, andando Diego de Higuera, que era caudillo de cierta gente, y llegado a la orilla del río e viendo que ningún soldado osaba pasar, se puso en la delantera, diciendo a los soldados muy airado y echando un "¡pese a tal!", que le siguiesen. Dio al caballo y como el río era hondable, el caballo le despidió de sí y salió de la otra parte. Y él nunca pareció muerto ni vivo,

aunque estuvimos tres días buscándole por ver si el agua le echa fuera. Cierto fue gran soberbia y ofensa a Dios.

Viendo el gobernador que aquel sitio no era para estar un día, acordó subir más arriba el campo a la orilla del mismo río, donde de la otra parte estaban recogidos todos los indios. Estos, con flechas y piedras de hondas nos estorbaban e impedían el pasaje del río, que no íbamos a ellos y no nos dejaban reposar por ser diestros de las hondas que los usan. Viendo el gobernador este negocio de esta suerte, acordó pasar a ellos, que no nos dejaban reposar.

Salió el gobernador a ellos con cuarenta de a caballo y se echó a nado en el río. Y fue Dios servido que pasamos a la otra banda sin riesgo, puesto que era muy hondo y tan ancho como un tiro de ballesta. Y pasados y salidos a lo llano a do los indios estaban, dimos en ellos, y como nos vieron pasar y pasados, acordaron pasarse ellos de una banda del otro río. No fueron tan presto ni dieron tan buena mana que la nuestra no fue más presta y más breve, porque fueron alcanzados en el compás de tierra que hay entre el un río y el otro. Y perdieron algunos la vida, porque no supieron ni pudieron defenderse. Hecho esto y viendo el gobernador que los indios tenían allí aquellos dos ríos y muchas canoas, y que tenían en tener esto por guarida y que no se podían aprovechar de ellos, acordó irse el río arriba con todo su campo y fue hasta un sitio, y como vio tan buen lugar y que era apacible y riberas del río Cautén, asentó su real.

## CAPITULO CI

### *Que trata de la fundación de la ciudad de la Imperial*

Como el gobernador hallase tan buen sitio y en tan buena comarca y tan apacible, y que allí podía pagar a los conquistadores su trabajo y dalles muy bien de comer, fundó allí una ciudad e intitulola la Imperial. Pasa por ella el río Cautén, hondo y muy poderoso. Pasa otro pequeño río por un lado de la ciudad. Luego puso por obra de hacer un fuerte encima de la loma donde había de ser la ciudad, en que dejase la gente que le pareciese para volverse con quince o veinte hombres a la ciudad de la Concepción. Luego se entendió en hacer una cava y casas y en recoger comida para que quedasen apercebidos y que no les faltase. Esta es una loma que está sobre el río de Cautén. Es tierra doblada y en partes llana. Es tierra muy poblada. Tiene el monte legua y media de donde se trae la madera para las casas.

Viendo los indios que los españoles hacían sitio para estarse allí, se ayuntaron muy gran cantidad y se pusieron de la otra banda del río y comenzaron a dar muy grandes voces y grita, estando informados de los de la costa, que por causa de sus voces y que de miedo nos habíamos ido de allí. Determinaron ellos de hacer la guerra de aquella manera, que les dejaríamos a ellos su tierra. El gobernador se puso en la orilla del río y de allí les hablaba. Y viendo que no aprovechaba, mandó se embarcasen en unas canoas ciertos españoles y se acercasen a la otra orilla, y que sin desembarcar les tirasen con los arcabuces.

Idos los españoles en las canoas, saltaron en una isla que cerca de los indios estaba. Y vistos por los indios que los españoles estaban en tierra, se embarcaron en sus canoas y saltaron en una isla, y pelearon los españoles de manera que les daban en qué entender. Y viendo un soldado que se decía Alonso Sánchez en la necesidad en que estaban aquellos españoles y que no había quien los socorriese, hirió a su caballo y entró en el río y fue a nado hasta la isla. E Viendo los indios al caballo, se tornaron a embarcar y se pasaron a la otra banda. Y así fueron socorridos aquellos españoles por este soldado.

Vuelto los españoles, mandó al general Gerónimo de Alderete que fuese el río arriba hasta topar vado, y que topado le pasase y viniese por las espaldas de aquellos indios, que él les haría rostro de que quería pasar por allí. Salido Gerónimo de Alderete con treinta de a caballo, fue legua y media, donde halló un vado que daba a los estribos de los caballos. Y pasado fue secreto hasta tomalles las espaldas, y ellos, descuidados y seguros, dio en ellos y muchos perdieron el vocear y otros se prendieron. Y con esto se volvió. Y entre los presos se trujeron algunos caciques y prencipales a los cuales habló el gobernador y les dio a entender cómo él había venido a poblar una ciudad, y así los envió, y que dijesen a sus vecinos viniesen de paz a servirlos y que serían seguros, y que si no venían que aquellos cristianos los irían a buscar. Y así escomenzaron a venir de paz.

Estuvo el gobernador aquí mes y medio, informándose de la tierra y dando prencipales de los que venían de paz y de los que noticia tenían, para que sirviesen a los españoles y para que se informasen de los demás, hasta en tanto que repartiesen la tierra. Hecho esto, se partió el gobernador a la ciudad de la Concepción para invernar en ella, y dejó a su maestre de campo para la sustentación. Salió a siete de abril con veinte de a caballo y llegó a la ciudad de la Concepción a diecisiete de abril.

## CAPITULO CII

*Que trata de cómo llegado que fue el gobernadora la ciudad de la Concepción repartió los caciques que en su comarca había en los vecinos que habían de ser*

Llegado el gobernador a la ciudad y visto la visita de los caciques que en su comarca había y de los indios que cada cacique tenían, vista la claridad de toda la tierra comarcana de la ciudad de la Concepción, repartió todos los caciques y principales. Hizo cuarenta y ocho vecinos y mandóles dar sus células, y dioles sus chácaras y solares, y a la ciudad dio sus baldíos y términos.

Estando el gobernador en este ejercicio, allegó el capitán Diego Maldonado con dos de a caballo, el cual enviaba Francisco de Villagran, que había enviado al Pirú, el cual venía de la otra parte de la cordillera nevada, el cual enviaba a avisar de su venida y que estaba en las provincias de Cuyo, que es a las espaldas de la ciudad de Santiago, y que tenía ciento y ochenta hombres y cuatrocientas cabalgaduras, y que allí esperaba la respuesta de lo que le enviase a mandar. El capitán Diego Maldonado fue del gobernador muy bien



recibido por haber hecho aquel servicio a Su Majestad, en pasar con ocho de a caballo la cordillera nevada y tan ásperas sierras y tan fragosos caminos.

Visto los despachos que Francisco de Villagran le enviaba y habiendo descansado ocho días, despachó al capitán Diego Maldonado e le mandó volviese a donde estaba el capitán Francisco de Villagran, y que si pudiese pasara a donde él estaba, y si no, que en todas maneras trabajase con indios de Aconcagua que acostumbran pasar y procurase de envialle aquellos despachos a Francisco de Villagran. En las cartas envió el gobernador avisar al capitán Francisco de Villagran que se estuviese asistido con su campo en donde más seguro pudiese estar, y que mandase recoger de la comarca más cercana todo el bastimento que pudiese y no pasasen hasta diciembre, que es tiempo que más seguro se puede pasar la nieve.

Cuando el capitán Diego Maldonado llegó al valle de Anconcagua, le dijeron los indios que había mucha nieve en la cordillera, pero no estante esto, que ellos pasarían las cartas y las darían al capitán Francisco de Villagran. Viendo el capitán Diego Maldonado la diligencia que aquellos indios ponían en llevar las cartas, se las dio y las llevaron.

### CAPITULO CIII

*Que trata de los árboles y hierbas que hay en el término de la ciudad de la Concepción*

Esta ciudad de la Concepción tiene de término hacia la banda del norte treinta leguas y hacia el sur tiene veinte, y hasta la cordillera nevada hay dieciséis leguas. Y desde el valle de Maule hasta el valle de Itata es del temple de Mapocho, y de aquí escomienza otro temple, que hay invierno y verano y llueve más y los vientos más furiosos. No es de regadío y los bastimentos se crían con el agua que reciben de invierno. Y de este valle de Itata no hay algarrobas ni espinillos de los que dicho tengo de Mapocho. Y desde el valle de Copiapó hasta este valle de..., la cordillera nevada no es montuosa sino pelada, y desde aquí adelante va montuosa de muy grandes árboles.

Junto a la ciudad de la Concepción pasa otra cordillera pequeña. Y va de la mar esta cordillera media legua y una legua y en partes menos. Y es muy montuosa de grandes árboles y arrayanes y laureles y otros árboles grandes que llevan una fruta a manera de nueces, y antes que despidan la cáscara y desque está madura, esta fruta es amarilla, y de ella se hace miel y un brebaje muy bueno. A falta de otra es buena. Y este árbol solamente le hay en tres leguas en torno de la Concepción y en otra parte no la hay. Hay muchas cañas macizas.

Hay en esta tierra un árbol muy alto a manera de pino, salvo que no tiene rama, sino solamente una copa en lo alto. El asta que tiene procede de las hojas. Llevan estas ramas o copa unas piñas que casi se parecen a las de pino en el llevar de los piñones, y tiénelos en aquellos encajes y así se abren, y sacan unos piñones de ellas mayores que almendras. Estos pasan los indios y los comen cocidos. Son como bellotas. Algunos españoles le llamaron líbano, acaso de llevar una resina que echándola en el fuego huele

bien. De estos árboles hay en algunas partes. Hay gran cantidad pasado el río de Bibio para delante.

Hay otro árbol no muy alto. Lleva un fruto como avellanas, salvo que no tiene tan dura la cáscara, sino blanda y no tienen capillo. Lleva una rama tres y cuatro y más cantidad juntas. Son como avellanas, y cuando están maduras están coloradas y saben a bellotas. Hay en algunas partes otro árbol que dicen molle, y hay otros árboles muy buenos de que hacen madera para las casas.

De la frutilla que dije en la ciudad de Santiago, aparrada por el suelo, hay muy gran cantidad, de la cual hacen un brebaje los indios para beber. Es gustoso. Y pasada imita a higos. Dase mucho trigo y cebada, y los naturales tienen maíz y frísoles y papas y una hierba a manera de avena, que es buen mantenimiento para ellos. Son muy grandes labradores y cultivan muy bien la tierra. Dase toda la hortaliza de nuestra España y legumbres, y hanse puesto sarmientos y danse muy bien, e higueras. Y se darán todas las demás plantas de nuestra España muy bien porque el temple es muy bueno. Y hay muchas hierbas parecientes a las de nuestra España, y porque las he dicho ya en el valle de Mapocho, no las contaré. Y de la tierra hay muchas y muy buenas, hay orozuz que produce la tierra, que en Castilla la Vieja llaman regalicia, y salvia y violetas y poleo y zarzaparrilla como la de Guayaquil y muy buena.

#### CAPITULO CIV

*Que trata de la orden que tienen cuando vienen a pelear estos indios de esta provincia de la Concepción y de los géneros de armas que traen y de su orden*

Esta gente antiguamente tuvieron guerras unos con otros como eran todos parcialidades, unos señores con otros. Cuando vienen a pelear vienen en sus escuadrones por buena orden y concierto, que me paréceme a mí que aunque tuviesen acostumbrado la guerra con los romanos, no vinieran con tan buena orden.

Y vienen de esta manera: que los delanteros traen unas capas y éstas llaman "tanañas", y es de esta manera, que hacen una capa como verdugado que por arriba es angosta y por abajo más ancha. Préndenla al pecho con un botón y por un lado le hacen un agujero por donde sale el brazo izquierdo. Esta armadura les llega a la rodilla. Hácenlas de pescuezos de ovejas o carneros cosidos unos con otros y son tan gruesos como cuero de vaca y de... Hacen de lobos marinos que también son muy gruesos. Es tan recia esta armadura que no la pasa una lanza, aunque tenga buena fuerza el caballero. Y estas capas van aforradas con cueros de corderos pintados de colores prieto y colorado y azul y de todas colores. Y otras llevan de tiras de este cuero de corderos en cruces y aspas por de fuera. Y otros, la pintura que les quieren echar.

Llevan unas celadas en las cabezas que les entran hasta abajo de las orejas, del mismo cuero, con una cobertura de tres dedos solamente para que vean con el ojo izquierdo, que el otro llévanle tapado con la celada. Y encima de estas celadas por bravosidad llevan una

cabeza de león, solamente el cuero y dientes y boca, de tigres y zorras y de gatos y de otros animales que cada uno es aficionado. Y llevan estas cabezas las bocas abiertas que parecen muy fieras. Y llevan detrás sus plumajes.

Llevan picas de a veinte y cinco palmos de una madera muy recia, y engeridos en ellas unos hierros de cobre a manera de asadores rollizos de dos palmos y de palmo y medio. Y con unas cuerdas que hacen de nervios muy bien atados, los engieren de tal manera en aquella asta como puede ir un hierro en una lanza. Y junto a esta atadura llevan una manera de borlas de sus cabellos.

Van entremedias de éstos, armados otros, sin de estas capas ni celadas, con unas astas largas, algunas engeridos en estas astas unas hachas de pedernal. Y otros llevan en estas astas hecho en lo alto una manera de manzana y éstos llevan enarboladas, y a donde las dejan caer, si aciertan a español, aunque lleve celada, le aturden, y si dan a caballo, lo hacen volver a trás desatinado, por ser tan pesado. Y luego va otra hilera de otros con lanzas de astas de quince y dieciséis palmos y llevan en la asta, de una vara puesto, un hacha como de armas de cobre, hecha de dos o tres picos, o de la manera que el que la trae quiere, porque unas son anchas y otras como martillos. Y otros llevan picas sin capas, y éstos van en medio del escuadrón. Y éstos y los de las lanzas llevan unos garrotes que arrojan y tiran con tan gran fuerza que si acierta alguna rodela, la hace pedazos, y si dan en el brazo o pierna, lo quiebran. Y tiran tantos de éstos que parecen granizos, según los arrojan espesos.

Van luego otra hilera con unas varas largas en que llevan unos lazos de bejuco, que es una manera de mimbre muy recio, solamente para echallo a los pescuezos de los españoles, y redondo como un aro de harnero. Y echado por la cabeza, al que acierta acuden luego los más indios que pueden a tirar el lazo. Y éstos andan para este efecto y acudir a donde los llaman. Y al caballero que le echan este lazo, si no se da buena maña a cortarlo, en sus manos perece. Y de éstos traen gran munición, aunque en la conquista pasada no se aprovecharon de ellas.

Traen flecheros como en un escuadrón de españoles arcabuceros. Y aun muchas veces salen algunos que se tienen por valientes a señalarse, nombrándose "Inche cai che", que quiere decir "yo soy". Y no vienen a dar en españoles que no vengan en tres o cuatro cuadrillas, y aunque los desbaraten de uno, se rehacen en otro. Y ha acontecido estar un español con un indio peleando y decirle que se diese, y responderle el indio: "Inchi lai", que quiere decir "No quiero sino morir". Y no temen muerte, aunque en otras partes que yo he visto y me he hallado de Indias, en ver matar se cobran miedo. Mas éstos, aunque les maten gente, los he visto yo tomar los muertos y meterlos dentro del escuadrón. Y en otras partes huyen y aun les pesa la ropa que llevan, mas estos las armas no quieren dejar, aunque huyen.

Traen todos en general unos pellejos de zorras por detrás, que les llega la cola de la zorra hasta las corvas. Y vienen embijados. En lo cual me parece a mí, en los ardidés que tienen en la guerra y orden y manera de pelear, ser como españoles cuando eran conquistados de los romanos, y ansí están en los grados y altura de nuestra España. Lo

más que temen son arcabuces y artillería. Este término de esta gente belicosa es desde el río de Itata hasta el río Cautén, que en ella hay sesenta leguas de esta gente de esta orden de pelear.

## CAPITULO CV

### *Que trata de las costumbres y cerimonias de la gente de la provincia de la ciudad de la Concepción*

Hay del río de Itata hasta el río de Toltén, que está ocho leguas de la ciudad imperial, sesenta leguas. Y todo este término está muy poblado de gente muy belicosa. Y de todas estas sesenta leguas y comarca de Santiago es una lengua. Estos no adoran a ninguna cosa, ni tienen ídolos y son muy grandes... Tienen ésta orden entre ellos, que cada lebo, que es una parcialidad, tienen un señor, y estos principales obedecen aquella cabeza. Tendrá un lebo de éstos mil quinientos y dos mil indios y otros más. Y todos se ajuntan en ciertos tiempos del año en una parte señalada que tienen para aquel efecto. Y ajuntados allí, comen y beben y averiguan daños y hacen justicia al que la merece, y allí conciertan y ordenan y mandan, y esto es guardado. Y esto es como cuando entran a cabildo.

Los casamientos hacen de esta manera, que el que tiene hija y se la pide otro, conciertan en cierta cantidad de ovejas, y el que la quiere ha de pagar aquellas ovejas y lleva la mujer. Lo máspreciado que entre ellos tienen es una chaquirá de hueso hecha muy menudita, esto traen las mujeres por gargantillas.

El traje de ellos es una manta de vara y media de largo y una de ancho. Y esto se ponen por entre las piernas y los cabos se ciñen a la cintura, que lo traen a manera de zaragüeles. Y encima unas camisetas que les dan hasta medio muslo y otras menos. Esta ropa hacen de lana. Traen unas mantas a manera de capa, y otros no traen más de aquella manta revuelta al cuerpo, porque cada uno anda vestido como alcanza y tiene la posibilidad. Andan tresquilados a manera de frailes, salvo que traen en los lados dos verijas de cabellos. Traen brazaletes de oro y de plata y una manera de coronas. Traen al pescuezo una manera de diadema y de turquesas y de tiritas de oro a manera de estampas. Ellas andan como las de Mapocho, salvo que traen una manera de zarcillos de cobre. Son de buen parecer. Précianse mucho de los cabellos y no son frías. Y ellas son bien dispuestas. Son muy grandes hechiceras, y úsase mucho entre ellos como dije en la provincia de Mapocho, y hablan con el demonio los que más por amigos se les dan, y éstos son tenidos y acatados de la demás gente.

Sus enterramientos es en el campo con las cerimonias que los de Mapocho. Otros se entierran a las puertas de sus casas en un alto que es hecho con dos horcones gruesos, y ponen dos a manera de artesas angostas arriba, y métenle en la una y cúbrenle con la otra. Este es su entierro y sepultura de algunos principales.

Son muy grandes jugadores de chueca. Y a las puertas de sus casas tienen dos palos, y

arriba en la cabeza de palo tiene hecho del mismo palo una águila, y otros tienen gatos y otros tienen zorras, otros tienen tigres. Y esto tienen por grandeza la gente noble, y si pintan algún palo es con fuego.

Ha habido entre ellos gente muy valerosa por las armas y algunos tiránicamente poseen el señorío, porque yo conocí en Arauco un señor que se decía Peteguelen, que lo tenían por ser hombre valeroso y liberal. Así mismo lo fue Andalién, padre de Ainavillo. Sus placeres y bailes y regocijos son como los de Mapocho, salvo que el cantar es diferente. Y lo que allí cantan son cosas pasadas y presentes que les haya acontecido. Es tierra de grandes minas de oro y plata y de cobre y de otros muchos metales. Es falta de sal, y la sal que comen la hacen de una hierba que cerca de la mar nace a manera de tomillo, y en la hoja y astil de esta hierba está pegada como rocío sal, y toman cantidad de esta hierba y quemanla, y aquella ceniza revuélvenla con agua y hacen unos panes. No tiene otra falta sino ser morena.

Cuando entramos en esta tierra los españoles, había ganado, aunque no mucho, y con las guerras se han acabado, por lo cual no hay ahora ninguno sino cual o cual, porque donde entran españoles, especialmente en conquistas, son como langostas en los panes. Hay muchas perdices y palomas y otras muchas aves, como las que tengo dicho en la provincia de Mapocho.

Quise escribir y dar cuenta de estas sesenta leguas, que son los términos de la ciudad de la Concepción y parte de la ciudad Imperial. Y por ser un temple y costelación, y por ser los indios de una costumbre, no contaré sino del río Toltén adelante. Acostumbran estos indios de que nacen los hijos de ponerles nombres, y cuando son de edad de doce o quince años le ponen otro nombre, y cuando son de treinta o cuarenta años les ponen otro nombre. Y son muy guerreros.

## CAPITULO CVI

### *Que trata de cómo pasó la cordillera nevada Francisco de Villagran*

Despachado Diego Maldonado, envió el gobernador a mandar a Rodrigo de Quiroga, su teniente, que toda la más comida que pudiese llevase al valle de Anconcagua y la pusiese al pie de la cordillera. Los indios que Diego Maldonado envió con las cartas le toparon ya que estaba ocho o nueve leguas dentro en la cordillera.

Recibidas las cartas por el capitán Francisco de Villagran, vio por ellas cómo le enviaba el gobernador a decir pasase a donde él estaba. Luego despachó aquellos indios volviessen donde estaba el capitán Maldonado, y con ellos envió un yanacona suyo para que le proveyesen de alguna comida, porque traían muy gran necesidad que había tres días que se les había acabado. Tardó este yanacona en volver con la comida dos días y dos noches, y topó a Francisco de Villagran en medio la cordillera. Y mandó que aquella comida la pasasen a los de la rezaga que traían más necesidad. Tornó este yanacona e hizo otro camino, que fue harto alivio para los españoles. Y así pasó la cordillera sin perder más

de dos esclavos y dos caballos. Fue Dios servido hacelles buen tiempo, porque muy pocas veces la suele hacer si no es en los tres meses que tengo dichos, porque en el tiempo que él pasó, suele caer mucha nieve y hacer grandes fríos.

Llegado al valle de Anconcagua donde estaba el capitán Maldonado y otros españoles con él, fueron bien recibidos y restaurados de la necesidad que traían de comida. Luego el capitán Villagran despachó al gobernador, haciéndole saber de cómo había pasado la cordillera a quince de septiembre. Llegaron las cartas al gobernador en fin de este mes a la ciudad de la Concepción. Luego le tornó a responder que reformada la gente y caballos, se viniese su poco a poco a donde él estuviese.

## CAPITULO CVII

*Que trata de cómo salió el gobernador de la ciudad de la Concepción para la Imperial y de lo que hizo*

Despachado el mensajero para el capitán Villagran, se partió el gobernador para la ciudad Imperial a seis días andados del mes de octubre del año de mil quinientos y cincuenta y un años. Llegado que fue a la Imperial no estuvo allí más de ocho días, y luego salió con ochenta hombres adelante a descubrir, hasta en tanto que Francisco de Villagran llegase con la gente, y que aquel verano poblaría dos ciudades.

Pasamos el río de Cautén y caminamos hacia la cordillera y dimos en una alaguna muy grande. De esta alaguna procede el río de Toltén, y está una isla en medio de esta alaguna muy poblada de gente, donde salieron en canoas a nosotros. Aquí vio el gobernador un asiento donde poblar una villa, diez y seis leguas de la mar y catorce de la ciudad Imperial. Y de aquí dimos vuelta hasta la costa y asentamos en un valle que se dice Marequina, muy poblado. Y de aquí hizo mensajeros el gobernador a todos los señores de aquella provincia, dándoles a entender a lo que venían, que viniese de paz a le servir. Estando aquí el gobernador, llegó Francisco de Villagran con doce hombres. Fue del gobernador bien recibido. Luego le mandó volver a la ciudad Imperial y que de allí despachase a la ciudad de Santiago a la gente, que viniesen los que quisiesen donde él estaba, y con los que pudiese traerse volviese, porque él se partiría de allí luego a descubrir adelante, y que donde hallase buen asiento para poblar una ciudad, poblaría. Luego se partió el capitán Villagran a la Imperial, y luego de allí a ocho días se partió el gobernador adelante, y llegamos a un río muy caudaloso y manso. Y pasados a la otra parte, en un llano asentó el gobernador su campo.

Luego envió al general Gerónimo de Alderete en unas canoas con diez y seis españoles fuese hasta la mar y mirase si hacía puerto aquel río. El cual fue y halló un puerto muy bueno y una bahía muy grande, el cual oí yo a muchos hombres de la mar que allí iban, que aunque habían andado en muchas partes en España y en las Indias, que no habían visto tan buen puerto. Vuelto Gerónimo de Alderete dio la nueva al gobernador como había descubierta el puerto.

## CAPITULO CVIII

### *Que trata de la fundación de la ciudad de Valdivia*

Visto el gobernador tan buena comarca y sitio para poblar una ciudad, y ribera de tan buen río, y teniendo tan buen puerto, fundó una ciudad e intitulola la ciudad de Valdivia, e hizo alcaldes y regimiento. Fundóse a nueve de febrero, año de mil y quinientos y cincuenta y dos.

Despachó al general Gerónimo de Alderete con treinta hombres que fuese a poblar la alaguna que dije, donde había señalado un sitio, y que allí poblase una villa, la cual puso por nombre la Villarrica, a causa de la gran noticia que se tenía de minas de oro y de plata, y que los indios de aquella comarca repartiesen en aquellos españoles, y en otros que Francisco de Villagran le enviaría cuando volviese de la Imperial. Esta ciudad de Valdivia está asentada en un llano. Tiene algunas hoyas. El río que pasa junto a ella cerca la mitad de la ciudad. Está dos leguas de la mar y los navíos entran hasta la ciudad por él. Hay al derredor de esta ciudad muy grandes montes y en sus términos. Está la Villarrica catorce leguas de ella.

Es muy cenagosa toda esta tierra. Desde el río de Toltén es montuosa, y estos árboles son robles y arrayanes y de los avellanos que tengo dicho. Hay gran cantidad de cañas macizas. Estos montes en alguna parte son ralos y en otras muy espesos. Hay zarzaparrilla y de la frutilla que he dicho aparrada con el suelo. La hoja de esta frutilla tira a trébol, salvo que es mayor. La leña de esta tierra tiene una propiedad que no hace ceniza en todo el año, y en todo el año en una casa se recogerá un almud de ella. Hay buena madera para casas y aun para navíos.

Tienen la hierba que he dicho. Es como avena. Hay más otra que es a manera de linaza, y de esta semilla se saca un licor que suple por aceite y se guisa con él y es razonable. Esta hierba se llama entre los indios "mare". Cóménla tostada. También la hay en la provincia de la Concepción y en la Imperial. Siembran los indios maíz y frísoles y papas. Dase trigo y cebada. Lluve mucho más que en ninguna parte de las provincias que he dicho. El año que se pobló esta ciudad fue de cincuenta y dos. Hubo tantos ratones que no se podían defender que no comiesen las sementeras, que aunque se sembró harto trigo y cebada, no se cogió la semilla. Y nos roían los vestidos, aunque no los teníamos de sobra. No dejaban cabo de cinta que no llevaban e hierro de talabarte que no roían por junto al cuero y lo llevaban.

Hízoseles una industria, que fue unas ollas soterradas en la tierra, y aún yo puse algunas, y las amediábamos de agua. Amanecían en tres o cuatro hollas que se ponían en una casa cuatrocientos y quinientos ratones ahogados. Y en esta caza entendíamos y, yo pregunté algunos iridios que si solían venir de aquella arte otras veces. Dijérome que sí, que de cierto en cierto tiempo solían venir de aquella manera, y que los hechiceros hacían hoyos en que los hacían meter a estos ratones, y que agora los habían soltado por amor de la

venida de los cristianos. Esto le hacen entender estos hechiceros a la demás gente, y que ellos lo pueden hacer. Hay ovejas mansas.

Las armas de esta gente de esta provincia son unas mantas hechas de nudillos de cordel de la hierba que tengo dicho, y es de una vara de ancho y a los dos cabos va hecho en punta, y por debajo de los sobacos se la prenden en el hombro y ceñida por el cuerpo. Llégalas a medio muslo. Es tan fuerte que una lanzada, si no es de muy buen brazo, tendrá bien que pasalla. Traen lanzas y dardos y hondas. Y éstas son sus armas de toda esta provincia que tengo dicho.

Es falta de sal esta ciudad y hácenla como la que tengo dicho en la Concepción. A las espaldas de la Villarrica hay muy grandes minas de sal. Son trabajosas de ir a ellas por causa de la cordillera nevada que en medio está. Hay muy grandes minas de oro y plata y de otros metales. Y aún yo vi unas minas de oro junto a la Villarrica, en un pueblo de un cacique que se decía Pucorco, bien ricas.

Es tierra templada. No hace demasiado frío, salvo llover como tengo dicho, que cuando están de sazón las comidas llueve y muchas veces se secan en casa al humo en unos altos que hacen. Está esta ciudad de Valdivia de la Imperial treinta leguas. Está la Villarrica de la Imperial doce leguas.

Estando Francisco de Villagran en la imperial le llegaron cien hombres de los que él había traído, y luego se partió a buscar al gobernador. Del camino envió treinta hombres al general Gerónimo de Alderete, como el gobernador se lo había mandado, y con los demás se fue a la ciudad donde supo que le estaba esperando el gobernador.

## CAPITULO CIX

### *Que trata de las costumbres y cerimonias de los indios de la provincia de la ciudad de Valdivia*

En esta provincia de Mallalauquén no adoran al sol ni a la luna, ni tienen ídolos ni casa de adoración. Difieren un poco en la lengua a las demás provincias que tengo dichas. Estos indios de esta provincia tienen esta orden, que tienen un señor, que es un "lebo", siete u ocho "cabís", que son principales, y éstos obedecen al señor principal. Ciertas veces del año se ajuntan en una parte que ellos tienen señalado para aquel efecto que se llama "regua", que es tanto como decir, parte donde se ayuntan o sitio señalado, como en nuestra España tienen donde hacen cabildo. Este ayuntamiento es para averiguar pleitos y muertes. Y allí se casan y beben largo, y es como cuando van a cortes, porque van todos los grandes señores. Y todo aquello que allí se acuerda y hace es guardado y tenido y no quebrantado. Y estando allí todos juntos estos principales, pide cada uno su justicia. Y si es de muerte de hermano o primo o en otra manera, conciertanlos. Si es el delincuente hombre, que tiene y puede, ha de dar cierta cantidad de ovejas que comen todos los de aquella junta, y otras tantas da a la parte contraria, que serán hasta diez o doce ovejas. Y como tenga para pagar esto, es libre, y donde no, muere por ello.



Y si tienen guerra con otro señor, todos estos cabís y señores son obligados a salir con sus armas y gente a favorecer aquella parcialidad, según y como allí se ordena. Y el que falta de salir tiene pena de muerte y perdida toda su hacienda. Y si entre estos principales tienen alguna diferencia u otros particularmente, allí los conciertan y averiguan. Y allí venden y compran los días que aquel cabildo y junta dura.

Y allí se casan en esta manera, el que tiene hijas para casar o hermanas las lleva allí, y al que le parece bien alguna pídela a su padre, y pídenle por ella cierta cantidad de ovejas, quince o veinte, según tiene la posibilidad, y alguna ropa, o da una chaquira blanca que ellos tienen muy preciada. Y concertados en lo que se le ha de dar, se la da, mas a mí paréceme que la compra. Y si por ventura queda debiendo alguna cosa y no tiene para pagar, es obligado que si pare la mujer hija, se la da a su suegro en pago de lo que le restó debiendo, y si es hijo, no es obligado a dallo. Tienen en poco hallallas dueñas. Danle la mujer bien aderezada cuando se la dan al marido, aunque no es mucho gasto el atavío de ellas.

Si alguna mujer acomete algún adulterio a su marido, toma el marido y da queja de aquel tal en este cabildo, y parece el delincuente ante los señores. Y si es hombre que tiene y es de valor, paga cinco ovejas, las tres para que se coma en el cabildo y las dos para el marido. Y si es hombre que no tiene, muere por ello él y la mujer que acometió el adulterio, y los matan los mismos señores con sus manos. Esta junta dura quince o veinte días, y allí beben y se embriagan. En toda esta provincia se usa esto en cada lebo. Son muy grandes hechiceros. Hablan con el demonio los que más por amigo se le dan. Son agoreros. Esta costumbre es en todas las partes. Estos indios cada uno anda vestido como alcanza y lo que visten es de lana de ovejas. Es gente dispuesta y ellas de buen parecer. Andan vestidas como las de la provincia de la Concepción. Acostumbran traer zarcillos de cobre y traen en cada oreja ocho o diez, porque no se les da nada por otro metal, aunque lo tienen. Tienen muy buenas casas y en las puertas acostumbran poner como en la provincia Imperial, que son zorras y tigres y leones y gatos y perros. Y esto tienen en las puertas por grandeza. Entiérranse en el campo como los demás que he dicho.

## CAPITULO CX

### *Que trata de la salida de Francisco de Villagran de los reinos del Pirú*

Llegado que fue Francisco de Villagran de los reinos del Pirú donde estaba el presidente Pedro de la Gasca, dados los despachos que del gobernador llevaba y él dado su descargo de lo que había hecho en la tierra mientras el gobernador estuvo fuera de ella. El presidente, oído todo esto, le dio licencia para que hiciese gente y con ella fuese por detrás de la cordillera como el gobernador se lo encargaban. E hizo ciento y cincuenta hombres y se fue a Potosí, y de allí a Omaguaca, que serán sesenta leguas de Potosí. Salido de estas provincias de Omaguaca pásase la cordillera nevada. Aquí hay unos indios que se sustentan de solamente caza y no se les da nada de sembrar.

De aquí vino a un valle que se dice Esteco que tendrá cuarenta leguas el valle abajo. Toda la orilla de este río no hay agua para que puedan beber. Hay muy grandes algarrobales y chañares. Sus pueblos es en lo raso a causa de los muchos tigres que hay. Es lengua por sí. Es gente dispuesta y las mujeres son de buen parecer. Es tierra fértil y tienen algunas ovejas de que se visten. Hay avestruces y de las plumas de éstos hacen una cobertura con que se cubren sus vergüenzas, y ellas con unas mantillas de lana de la cintura abajo. En el río hay mucho pescado y muy bueno. No tienen ídolos ni casa de adoración. Este río al cabo de las cuarenta leguas se sume debajo de la tierra y hace lagunas. De esta provincia se vino a la provincia de Tuama que está veinte leguas de Amaguaca, e son todas arenales.

Estando en un pueblo que se dice Cotagaeta, estaba un capitán de Joan Núñez de Prado que se decía Santa Cruz, el cual llevaba cierta gente a Joan Núñez de Prado. Y cerca de él estaba otro capitán de Francisco de Villagran, el cual se decía Graviel de Villagran. Fue al Santa Cruz y le prendió y le quitó la gente, e le mandó que se volviese a Potosí. Llevando el Graviel de Villagran la gente se fue adelante a juntarse con Francisco de Villagran.

Esta provincia de Tuama que he dicho es toda tierra llana. Hay grandes algarrobos. No se halla en toda esta tierra una piedra, si no es traída de otra parte, aunque sea como una avellana. Acostumbran estos indios hondas. Es gente belicosa. Sus armas son arcos y flechas. Tienen hierba muy peligrosa. Este valle está muy poblado y más que el pasado, porque tiene más de ochenta leguas el río abajo de poblazón. Y créese que entra en el río de la Plata, porque se hallaron cosas de nuestra España, en que se halló un real y un dedal y un barril de barro vedriado. Las mismas cosas que hay en el otro valle de arriba, solamente difieren en la lengua.

Aquí se vido una cosa admirable que tienen por costumbre, que si una mujer enviuda, tiene el defunto en una barbacoa o cama desnudo y ella le está cada el día llorando. Y como es tan calurosa la tierra, en breve cría gusanos el cuerpo, y ella se los limpia y los toma con sus manos sin asco ninguno, aunque hiede pestíferamente. Y allí está de noche y de día y no se levanta si no es a cosas necesarias que no las puede escusar. Y si por ventura corre alguna grasa del cuerpo, la toma con las manos y avuelta los gusanos y sin pena se unta ella el cuerpo y el rostro. Y de esta manera se está hasta que el cuerpo se seca y se consume. Toma los huesos y los meten en un cántaro, y allí los tiene guardados. Y éste es su entierro.

Aquí se vio un cuero de una culebra que le faltaba la cola y cabeza, que tenía veinte pies de largo y tres pies y medio de ancho. Y de este cuero se hicieron veinte vainas de espadas. Estas culebras son mansas que los mismos indios se dicen darles de comer, y no hacen mal.

Siembran estos indios en esta manera, que desde viene el río fuera de madre en invierno, sale dos o tres leguas de madre y después se torna a su ser. Queda toda esta tierra empantanada y allí siembran. Y acontece estar un maíz para se coger e otro en berza y

otro en leche. En invierno no hace mucho frío y el verano hace tan gran calor que no pueden andar ni salir fuera de la sombra.

Esta provincia se dice Juríes. Andan vestidos de lana y de las avestruces hacen la misma ropa que dije arriba para sus vergüenzas. Es gente dispuesta, y tanto, que en todo lo que se ha descubierto en las Indias a una mano, no se ha visto tan dispuesta, y ellas por el consiguiente, y son de buen parecer y tienen muy lindos ojos. No tienen casa de adoración ni ídolos. Adoran al sol.

Tienen los pueblos cercados de una muy fuerte palizada, a causa de una gente comarcana que se dicen ules. Y esta gente no siembra, sino sustentan de algarrobas y de chañares y de caza que tienen mucha. Son dados a ladronicios y viénelles a hurtar las comidas, que es maíz y frísoles y zapallos y maní. Y estos juríes los temen y a esta causa tienen los pueblos cercados, y tienen en cada pueblo de éstos dos y tres y cuatro mil indios. Y cuando éstos se juntan trescientos de ellos, aunque estén tres mil jurís, no osan defenderles las comidas.

En esta provincia no hay oro ni plata. Tienen ovejas y por los campos guanacos. Hay muchas avestruces y por esta causa se llama esta provincia Jaríes, porque se llaman las avestruces en su lengua así. Hay muchas perdices. Tienen mucho pescado en el río. Tiene cien leguas la cordillera nevada de sí, y a la falda de la cordillera nevada pobló Joan Núñez de Prado un pueblo por mandado del presidente Pedro de la Gasca y púsole por nombre la ciudad del Barco. Está en la provincia de Tonusca.

Y estando Francisco de Villagran en esta provincia, pareciéndole a Joan Núñez que tenía poca gente y que fácilmente se la podía quitar, vino una noche con cierta gente sobre él, y como vio que traía mucha gente no hizo nada, sino volvióse a su pueblo. Visto el atrevimiento Francisco de Villagran, caminó a la ciudad del Barco, del cual envió al camino Núñez de Prado al padre Carvajal a disculparse, y que él quería quedar por teniente del gobernador don Pedro de Valdivia, pues que él había poblado aquella ciudad en sus límites, y que le dejase alguna gente para la sustentación. Y así lo dejó Francisco de Villagran.

## CAPITULO CXI

*Que trata de la provincia de los comechingones y de las demás provincias que se vieron hasta llegar a Chile*

De esta provincia de los jurís se fue a los comechingones. Y de la provincia de los jurís a ésta de los comechingones hay setenta leguas caminando hacia el sur. La causa por qué los llaman los españoles comechingones es porque cuando vienen a pelear traen por apellido "comechingon, comechingon", que quiere decir en su lengua: muera, muera o matar. Esta provincia es tierra doblada. Hay grandes algarrobales y de estas algarrobas hacen pan como la que tengo dicho. Hay muchos chañares. Es tierra fértil de mucho maíz y frísoles y maní y camotes y zapallos y ovejas mansas.

Andan vestidos con unas mantas pequeñas cuando se cubren sus vergüenzas y las mujeres ni más ni menos. Y algunos andan con mantas y camiseta como en el Pirú. No adoran ídolos ni se le halló cosa de adoración. Su habitación es debajo de la tierra, por causa del invierno que hace grandes tempestades de viento y lluvias. Hay mucha caza de venados como los de nuestra España, y perdices y liebres tan grandes como los de España. Hay víboras que tienen en la cola una manera de cascabel que va sonando cuando van andando y bien ponzoñosas.

Hay muchos papagayos y las plumas son preciadas entre ellos. Y avézanlos a hablar de una manera que nunca tal he oído, que es envolverlos en una mantilla, y los atan y ponen en una cazuela al fuego y métenle dentro, y con la calor da el papagayo muy grandes graznidos de como se tuesta. Tienen ellos que de aquí les queda el hablar. Es gente belicosa. Pelean en escuadrón, y sus armas son bastones hechos de un palo muy recio y flechas, y no tienen hierba.

En un lugar de esta provincia que se dice Calamochica, dijeron unos indios e indias cómo en los tiempos pasados habían venido aquel pueblo una gente como ellos a pie y que traían una casa pequeña, y desde que la tiraban daban muy gran trueno. Y les enseñaron una casa donde habían estado ciertos días, y que de allí salieron y no los vieron más. Esto se tiene por cierto que fue César, el que salió de la fortaleza de Gaboto con once compañeros y vino atravesando toda esta tierra en busca de la mar del sur, y que había vuelto hacia el sur, según estos indios dijeron. Y habiendo caminado tan largo camino sin encontrar la mar del sur, pareciéndole que estaba lejos, dio la vuelta hacia la mar del norte, el cual volvió donde había salido, con cinco compañeros, que los demás se le habían quedado cansados en algunas provincias.

De esta provincia no se ve la cordillera nevada, y de donde ellos volvieron a la mar del norte, que es más de doscientas leguas de esta provincia, vieron la cordillera nevada, según dijo en Santa Marta uno de los compañeros que yo vi, que con él había andado. Y también le oí decir que habían pasado por una provincia de gente barbada, y así son estos comechingones, porque en cuanto se ha descubierto en las Indias no las hay, porque se las pelan. Y a esta causa me parece que son éstos, y que toparon otra provincia rica en oro y plata en vasijas, y que dando noticia a Su Majestad se murió César, la cual no se ha descubierto.

Estos comechingones poseen oro y tráenlo a los pescuezos hecho una manera como diadema que traen a la garganta. De esta provincia a la de Caria hay ciento y veinte leguas de tierra seca, arenales. Hay indios, mas no siembran, que se sustentan de algarrobas. En medio de este camino está un valle, el cual los españoles llamaron el río Bermejo por causa de ir muy bermejo del barro que lleva. Es el agua salobre. Aquí hay muchos indios y de mucho ganado. Y no hay en estas ciento y veinte leguas sino este río que corra, porque todos son jagüeyes que los indios hacen a mano, y de que llueve se recoge allí el agua. Es tierra muy poblada y es tierra fértil, aunque los indios no son muy grandes labradores. Sústentanse de algarrobas y chañares, y hacen pan de ello. Y del chañar hacen vino que ellos beben. Tienen muchos guanacos y liebres y perdices, como

las que tengo dicho. Es tierra de regadío. Fueron conquistados del inga y aún hoy en día están depositados de aquel tiempo, y de allí tomaron algunas costumbres suyas.

De esta provincia a la de Cuyo hay treinta leguas. Están todas pobladas y de mucha gente. Estos indios de Cuyo también fueron conquistados de los ingas. Estos son más labradores que no los de Caria. Siembran mucho maíz y frísoles y quinoa. Poseen muchos guanacos. Están a la falda de la cordillera nevada. Hay todas las cazas que he dicho y sus vestiduras son de lana. También hay acequias muy buenas. De aquí se fue a un río que se dice Diamante, de poca gente. Estará treinta leguas, poco más o menos, de esta provincia, donde se halló un mármol hincado en el suelo de estatura de un hombre. Y preguntado a los indios que qué era aquello, dijeron que los ingas cuando vinieron a conquistar aquella provincia llegaron allí, y que en memoria que habían conquistado hasta aquel río, pusieron aquella señal y de aquí dieron vuelta.

En esta provincia de Cuyo son de las costumbres de los de Mapocho y algunos caciques sirven a la ciudad de Santiago, mas es cuando ellos quieren, a causa de estar tan lejos y no poderse pasar a ellos por amor de la cordillera nevada. De aquí se tuvo noticia de muchas provincias hacia la mar del norte y de muy grandes poblaciones. Todo está por conquistar. De aquí de esta provincia de Cuyo pasó el general Francisco de Villagran la cordillera y salió al valle de Aconcagua. Estas provincias de Cuyo y Caria son ricas de oro porque se vio entre los indios. En este camino tardó el general Francisco de Villagran dos años.

## CAPITULO CXII

*Que trata de los puertos que hay desde el valle de Atacama hasta la ciudad de Valdivia y de la altura en que está*

El valle de Atacama tiene muy gentil bahía, aunque no sale río de ella, solamente tiene un jagüey salobre. Hay indios en él. Y doce leguas adelante pasa el trópico de Capricornio. Está en veinte y un grado. El puerto de Copiapó es un ancón a manera de "ce" y es playa y no tiene reparo para el norte. Este puerto está del río legua y media hacia el sur. Tiene este puerto mucho pescado y muy pocas veces toman puerto los navíos en él, si no es trayendo ganado que lo echan allí. Este puerto está en veinte y seis grados y dos tercios. Estos grados de esta mar del sur se cuenta cada uno diez y siete leguas y media. El puerto de la Serena es una bahía grande y antes de entrar en el puerto tiene dos isletas pequeñas. Tiene un buen reparo al norte. Está la ciudad de este puerto legua y media. Tiene este puerto mucho pescado de muchas maneras y hay en tiempo muchos atunes, que si hubiese aderezo se podrían hacer almadrabas. Este puerto está en treinta grados y un cuarto. El puerto de Valparaíso es un ancón pequeño y entran en este ancón con todos vientos. Es limpio y está reparado del norte. Está en treinta y dos grados y medio largos. Está el río Maule en treinta y cinco grados y dos tercios. Tiene un portezuelo que es el mismo río. Entran en él pocos navíos por ser peligrosa la entrada de la resaca de la mar. El puerto de la Concepción es una muy grande bahía casi redonda. Entran dos ríos pequeños en ella. No tiene reparo del norte. A la boca, a la banda del sur, tiene una

pequeña isla donde se reparan del norte en un puerto que tiene la isla. En el un río entran navíos pequeños vacíos, éste es el río de Andalién. Y tiene mucho pescado y de muchas maneras como en nuestra España, donde son pescadas sardinas y lisas y lampreas, y por no saber los nombres de los más, no los cuento. Hay también lenguados. Es muy conocido puerto. Está en treinta y seis grados y un tercio. Es buen puerto, aunque muy pocas veces se han visto navíos en él.

El río de Cautén está en treinta y ocho grados y un tercio. No es puerto, sino playa. El puerto del Carnero está en treinta y seis grados y un tercio.

El puerto de Valdivia es muy buen puerto. Tiene una bahía muy grande y reparado de todos los vientos, y el río que he dicho tan caudaloso, que con todos los vientos se puede entrar en este puerto seguramente cualquiera navío, como tengo dicho, hasta la ciudad. Es muy conocido puerto. Está este puerto en treinta y nueve grados y dos tercios.

### CAPITULO CXIII

*Que trata de cómo salió el gobernador don Pedro de Valdivia a descubrir adelante*

Después de haber fundado el gobernador la ciudad de Valdivia y repartidos los solares y estancias en los vecinos que habían de ser, y escomenzando a edificar casas con algunos principales que había repartido y habiendo descansado la gente que Francisco de Villagran trujo, dejando en la ciudad la gente que convenía y buen recaudo, salió con ochenta hombres a siete días del mes de febrero de mil y quinientos y cincuenta y dos a descubrir y conquistar adelante.

Y andadas siete leguas de esta ciudad, dimos en un río muy hondable y caudaloso y en tierra muy poblada y sin monte, porque en las siete leguas cesa la montaña. Y esta tierra que he dicho que está sin monte, no hay árbol si no es puesto a mano. Y es tres leguas de latitud y diez o doce de longitud. Este compás que está sin monte es tierra fértil de maíz y frísoles y de papas. Luego dimos en otro río pequeño que pusimos por nombre el de las Canoas, y el otro que digo se llama el río Hueño. Y de este río de las Canoas vuelve el monte en partes muy espeso y en partes claro.

Caminamos quince días por tierra muy poblada, donde llegamos a un gran lago que está a la falda de la cordillera nevada. Estuvimos en una loma pequeña que a las espaldas tenía. Este lago se puso por nombre el lago de Valdivia. Estará treinta leguas de Valdivia. Es tierra de mucho ganado, aunque no anda suelto. Andan vestidos los indios razonablemente, aunque no andan sino como cada uno alcanza y tiene la posibilidad. La gente es dispuesta y las mujeres de buen parecer, aunque en hartas provincias no he visto yo más blancas mujeres, y los cabellos muy largos. Poseen oro y plata.

Aquí nos daban los indios relación que siete leguas adelante de este lago había otro mayor lago y que se pasaba en dos o tres días de camino en canoas. También nos dieron noticia que detrás de este lago estaba otro lago en la cordillera y que desaguaba a la mar

del norte, que detrás de la cordillera nevada estaba otra provincia muy poblada de mucha gente. Y yo vi al indio que nos dio esta relación tomar un jarro de plata y que de aquello tenían mucha cantidad, y que ganado no lo tenían sino por los campos. A lo cual me parece esta noticia ser lo que vio César, según contaba el compañero suyo que yo hablé en Santa Marta, por la altura que él decía, porque de aquella provincia dijo habían visto la cordillera nevada, y que de otra parte no la habían visto tan baja como por allí va, y así es, que hacía una ensenada, y así la hace, y que había dos mogotes altos que estaban norte sur a manera de dos tejas, y que hacía una abertura por entre ellos, y que estaban nevados, y así están.

Y por esto me parece a mí ser aquélla la noticia, aunque detrás de la ciudad Imperial se tiene otra muy gran noticia, según dicen los indios, detrás de la cordillera. Y aún yo vi a uno que decía haber estado allá y que si iban catorce y quince jornadas, allegarían allá. Es una jornada de ellos cuatro leguas. A mí paréceme que podría ser toda una, porque del lago allá nos dijeron que en doce jornadas llegaríamos. Mas por la Imperial, según el indio decía, es gran trabajo por falta del agua, que no se ha podido descubrir ni ir allá por haber pocos españoles.

#### CAPITULO CXIV

*Que trata de cómo se volvió el gobernador don Pedro de Valdivia con toda la gente de este lago a la ciudad de Valdivia y de cómo fue a la ciudad de Santiago*

Este gran lago dio vuelta el gobernador sin ver más tierra, porque fuimos por entre la mar y la cordillera nevada por medio del compás que hay de tierra, que no vimos la mar, ni la cordillera nevada, si no es por este lago.

Vuelto el gobernador a la ciudad de Valdivia, de todos los principales que tenía noticia repartió a la gente que tenía en la ciudad, hasta tanto que volviese a repartirlos y a encomendárselos. Y de aquí fue a la ciudad Imperial, y vista la visita de los caciques e principales de la comarca de la ciudad, los repartió y encomendó y dio cédula de ellos a los vecinos que allí habían de ser, que fueron ochenta. Esto hizo a cuatro días del mes de marzo de mil y quinientos y cincuenta y dos años.

Estuvo aquí el gobernador doce días y luego se partió para la ciudad de la Concepción, dejando por su teniente al maestre de campo Pedro de Villagran. Fue con el general Gerónimo de Alderete que vino de la Villarrica habiendo dejado qué convenía. Llegó el gobernador a la ciudad de la Concepción a cinco de abril del año de cincuenta y dos. Estuvo en esta ciudad cinco meses.

Luego se partió por la mar a la ciudad de Santiago. Despachó a Francisco de Aguirre por su teniente a la ciudad del Barco, la que había poblado Joan Núñez de Prado, y para esto le dio sus provisiones y para que sí se hallase con gente, poblase otra ciudad en los diaguitas. Y dióle a la villa de la Serena para que tuviese puerto para aquella tierra. Y

luego despachó al general Gerónimo de Alderete a Su Majestad, y llevó ochenta mil pesos.

Despachado Gerónimo de Alderete, se partió el gobernador por tierra a la ciudad de la Concepción y llegó víspera de Pascua de Navidad. Y pasada la fiesta despachó a Francisco de Villagran con sesenta hombres fuese al lago y visitase la tierra, que de allí a dos o tres meses iría allá él y poblaría en aquella loma donde había estado la otra vez una ciudad, y daría de comer a los que no había dado.

Despachado Francisco de Villagran, acordó enviar dos navíos que tenía a descubrir el estrecho de Magallanes. Envió en ellos al capitán Francisco de Ulloa. Salieron estos navíos de la Concepción a ocho días del mes de septiembre, año de mil y quinientos y cincuenta y tres años. Llegaron estos navíos a la ciudad de Valdivia en el mes de octubre. Y Pedro de Villagran, que estaba por teniente de la ciudad imperial, fue con veinte y cinco hombres a pasar la cordillera para ir a la noticia que he dicho.

Pues viendo los indios los españoles repartidos y devididos en tantas partes y viendo el trabajo que tenían, porque era el primer año que les habían echado a sacar oro, acordaron levantarse, no como indios, sino como gente que entendían y que procuraban verse libres. Y en una provincia que se dice Tocapel tenía una casa fuerte el gobernador y siete españoles en ella. Estando en la Concepción el capitán Diego Maldonado con seis soldados y llegado a Arauco, donde había doce españoles, que era otra casa fuerte que está doce leguas de la Concepción y de ésta a la de Tocapel hay siete leguas. Salió el capitán Diego Maldonado con cinco hombres para la casa de Tocapel y llegó a vista de ella y vio cómo ardía la casa e los indios venían a él. Y como vio salir los indios de guerra y quemar la casa, temió que habían muerto a los españoles que en ella estaban. Dio vuelta, y como cargó tanta gente e los pasos malos, solamente se escapó con otro soldado. Los indios mataron los cuatro.

Y otro día antes habían dado los indios en los españoles que estaban en Tocapel. Y los españoles desbarataron los indios y aquella noche dejaron la casa y se fueron a la de Puerén, entendiendo que si los indios se rehacían y venían otro día sobre ellos, que estaban malheridos de aquel día, que no serían parte a resestir los indios si volvían, e así acordaron entre ellos de irse aquella noche a la casa de Puerén e juntarse con otros diez españoles que estaban en ella y hacerlo saber al gobernador el suceso. Y venido el día y sabido los indios que habían huido los españoles, fueron a la casa y le pegaron fuego. Como estaban todos ayuntados y el capitán Diego Maldonado iba descuidado, salieron y le mataron los cuatro soldados y se escapó malherido.

Llegado a la casa de Arauco, le hicieron saber al gobernador por una carta, la cual llegó un domingo. Visto la carta el gobernador y el suceso del capitán Diego Maldonado, tuvo que habían muerto a los españoles que estaban en Tocapel y así salió de la ciudad de la Concepción.

## CAPITULO CXV



Que trata de la salida del gobernador don Pedro de Valdivia de la ciudad de la Concepción y de la desgracia que hubo

Vista la carta el gobernador que Diego Maldonado le había enviado, salió luego el mismo domingo a vísperas con treinta y seis hombres y fue a las minas que están cinco leguas de esta ciudad que se dice Quillacuay, donde estuvo ocho días, a causa de hacer un fuerte en que quedarse seguros los españoles que andaban con los indios sacando oro, que serían cincuenta españoles y más de doce mil indios.

Y estando en este asiento el gobernador, le llegó una carta de la casa de Puerén del caudillo que estaba en Tocapel, que todos siete españoles que estaban en la casa de Tocapel se habían escapado, aunque les habían muerto todo el servicio, y que en aquella casa de Puerén estaban dieciocho españoles que de la Imperial habían venido con otros ocho, y que habían venido sobre la casa diez mil indios, y que habían salido los españoles a ellos y los habían desbaratado.

Luego el gobernador respondió a la casa de Purén a Joan Gómez, vecino de la Imperial, que con la más gente que pudiese sacar, para el primer día de Pascua de Navidad entrase en Tocapel, porque para aquel día entraría él a juntarse con él, y que para este día estuviese apercebido, y que él se partía luego para la casa de Arauco. Y en esta casa estuvo dos días y se partió de ella, y dejó doce españoles y llevó cuarenta. Llegó a un pueblo que se dice Lebolebo, que es cuatro leguas de la casa de Arauco y tres de la de Tocapel, donde le dijeron los indios que estaban más de cincuenta mil indios esperándole. Aquí estuvo el viernes víspera de Pascua.

Y otro día sábado envió a Luis de Bobadilla, su caballerizo, con cinco soldados, y le mandó que fuese a la casa de Tocapel y que de vista de ella se volviese. Llegado el caudillo a vista de la casa, salieron los indios a los españoles, habiéndoles tomado los pasos. Mataron a este caudillo y cuatro españoles y se escapó uno, y fue donde estaba el gobernador y le contó el suceso, cómo había visto muy gran cantidad de indios. Esto escribió a la casa de Arauco, avisándoles que se guardasen a los que estaban en la casa. Viendo el gobernador el suceso de aquel caudillo que había enviado y considerando que los indios estaban desvergonzados, cierto se volviera de aquí si no fuera por la carta que había enviado a Joan Gómez a Puerén, que entrase como dicho tengo. El gobernador estaba tres leguas de Tocapel, y que si él volvía a Arauco, que corrían peligro los españoles que entrasen con Joan Gómez, y que entrando él por allí y Joan Gómez por la otra parte, los indios se detendrían viendo entrar por dos partes, y juntos todos los españoles no serían parte los indios, porque él llevaba treinta y cinco hombres y Joan Gómez traía veinte, y como se juntasen en Tocapel, no se atreverían los indios, y que ya que les acometiese, no serían parte.

Hechas estas consideraciones con aquel ánimo que en semejantes tiempos no le faltaba, amaneció primero domingo de Pascua de Navidad y primer día del año de cincuenta y cuatro. Caminó, y por el camino tenían los indios puestos y echados las cabezas de los españoles que el día antes les habían muerto, y no poca lástima y pesar sentía el

gobernador, y aún juntamente conocía la desvergüenza que los indios tenían. Y a hora de misa mayor llegó a una loma no muy alta, la cual está a vista de la casa de Tocapel, de quebradas y malos pasos y árboles, y a la abajada de esta loma corre un pequeño río. Llegado el gobernador a la mitad de esta loma, que es más de una legua, y viendo los indios que ya tenían a los españoles en parte donde ellos se podían muy bien aprovechar de ellos, mejor que los españoles de ellos, salieron de donde estaban ocultos y escomenzaron a tocar sus trompetas, que es una manera de cornetas hechas de hueso, y a mosarse por todas partes. Y vistos por el gobernador, acaudilló sus españoles, animándolos como acostumbraba e dio en los indios y acometió con el ánimo que en semejantes casos solían acometer, e como la gente era mucha, cada vez que acometían les dejaban españoles a los indios. El gobernador por bajar a lo llano, los indios por defendérselo, pasaban trabajo los españoles, como eran pocos, y como el día iba entrando, el sol calentando, los caballos se les calmaban, los caballeros se cansaban, porque en esta tierra en este tiempo es la fuerza del verano y a medio día le faltaba al gobernador algunos españoles. Todavía peleaban con aquella confianza de ser socorridos, y como los enemigos cada hora eran más y salían de refresco, y el sitio no era como los caballos lo habían menester y la calor grande, y fatigados de todas estas cosas, puesto que muchas veces los desbarataban y los hacían meter en los montes.

Y viendo un mal indio que se decía Luataro, que servía al gobernador, que los indios se aflojaban, se pasó a ellos, diciéndoles que se animasen y que volviesen sobre los españoles, porque andaban cansados y los caballos no se podían menear. Acaudilló los indios y tomando una pica, eso comenzó a caminar hacia los españoles y los indios a seguirle.

Comenzaron a dar de nuevo sobre los españoles, siendo la causa este mal indio, y como los caballos estaban fatigados y los brazos de los españoles cansados, ya a hora de vísperas no se halló el gobernador ni tenía consigo más de nueve españoles, y éstos malheridos, y los caballos maltratados e todos los demás españoles muertos. Y ya desconfiando del socorro que aguardaba, se determino de volverse a Arauco. Como le tenían tomado los pasos, llegó a un pueblo que se dice Pelmaiquén, que sería legua y media que había caminado. Y en esta legua y media le mataron los siete españoles. Y aquí fue el gobernador preso por los indios, que como llevaba el caballo malherido y de aquel día fatigado, le tomaron los indios. Y con un yacanona que allí se halló habló a los indios, y les decía que no le matasen, que bastaba el daño que habían hecho a sus españoles. Y ansí los indios estaban de diversos pareceres, que unos decían que lo matasen y otros que le diesen la vida, como es gente de tan ruin entendimiento, no conociendo ni entendiendo lo que hacían.

A esta sazón llegó un mal indio que se decía Teopolicán, que era señor de la parte de aquel pueblo, y dijo a los indios que qué hacían con el apo, que por qué no le mataban que:

"Muerto ése que manda a los españoles, fácilmente mataremos a los que quedan". Y dióle con una lanza de las que dicho tengo y lo mató.

Y así pereció y acabó el venturoso gobernador, que hasta aquí cierto lo había sido en todo cuanto hasta este día emprendió y acometió. Y llevaron la cabeza a Tucapel e la pusieron en la puerta del señor principal en un palo, y otras dos cabezas con ella. Y teníanlas allí por grandeza, porque aquellos tres españoles habían sido los más valientes. Y contaban cosas del gobernador y de los dos españoles que habían hecho aquel día. Por no saber sus nombres no los pongo aquí, que cierto lo merecían según las hazañas que los indios decían de ellos.

No anduvieron las lanzas de los españoles aquel día tan perezosas, ni las espadas anduvieron tan botas de filos, que setecientos indios mataron. Y yo oí decir algunos indios que más. Y de esto me informé de yanaconas ladinos e indios que allí se hallaron y escaparon.

## CAPITULO CXVI

### *Que trata de la entrada de Joan Gómez de Puerén a Tocapel y del suceso*

Recebida la carta el Joan Gómez en que el gobernador le enviaba a mandar que el primer día de Pascua, como tengo dicho, entrase a Tocapel con la gente que pudiese. Allegado el día de Pascua quiso entrar e ir, como el gobernador se lo había mandado, y fue requerido de la gente que allí estaba no entrase, a causa del peligro que quedaba llevando él catorce hombres. Y a esta causa se detuvo. E venida la noche, e viendo que no cumplía el mandato del gobernador y que él estará en Tocapel y él no había ido, cabalgó con sus catorce españoles. Caminó toda la noche y otro día, lunes segundo día de Pascua, fue a amanecer media legua de la casa de Tocapel, los cuales se apearon y dieron de comer a sus caballos, y maravillados de cómo no habían hallado ni veían señal de haber españoles.

Estando en esto les salió un yanacona, el cual era de los españoles que con el gobernador había ido e había estado escondido, y les dijo que qué hacían allí, que al gobernador y todos los cristianos habían muerto los indios una legua adelante de donde ellos estaban. E los españoles que andan en estas partes cursados en las cosas de los indios, pocas veces le dan crédito a lo que dicen. Y ellos no creyendo pudiese ser, salió una india que también se había escondido, y llorando llegó a ellos y les dijo que qué hacían, que "ayer mataron al apo y todos los cristianos que con él venían, que no escapó ninguno, y todos los yanaconas de servicio, si no eran los que se habían escondido".

Oído los españoles la india y que conformaba con el yanacona, diéronle crédito y cabalgaron en sus caballos. Y vieron venir la gente de guerra por todas partes. Y llegados los indios a ellos, se acaudillaron con todos catorce y arremetieron. Y como era tierra llana, los caballos tenían lugar para andar en todas partes y ligeramente entraban y sallan y peleaban con los indios como españoles que eran. Como la calor del sol les fatigaba y así anduvieron peleando todo el día, venidos a hora de vísperas se ayuntaron todos catorce, sin faltarles ninguno ni haberles muerto caballo en todo este tiempo.

Y viéndose tan fatigados y los indios que les acosaban, aunque ellos habían muerto hartos, y viendo que la noche les venía cerca, acordaron de volverse a Puerén donde habían salido. Y puestos en camino y en huida y más españoles, según yo he visto en estas partes e aun me he hallado, huyendo son malos de acaudillar y aún peores de ordenar, porque no miran más de cada uno por sí, y no socorren a nadie, ni favorecen al amigo; puesto que tenían malos pasos, y en ellos gente de guerra que los guardaba, y como llegaban y pasaban estos pasos, a ninguna parte llegaban que no dejaban españoles en poder de los indios, de manera que al medio camino les habían muerto siete cristianos. Y al caudillo se le cansaba el caballo y quiso su ventura que fue en un monte, y viéndose en aquel peligro y el caballo cansado, se apeó y se metió por el monte. Y como venía la noche y ellos no caminaban perezosos, y como cada uno procuraba escaparse, no cuidaban por el caudillo y así se lo dejaron. Y llegados los indios que en su seguimiento venían, vieron el caballo, y considerando que estaría allí el español comenzaron a buscallo. Fue Dios servido que no lo hallaron. Venida la noche tomó el camino y escomenzó a caminar. Ya que amanecía llegó a vista de la casa de Puerén. Y los seis españoles que habían escapado llegaron a Puerén, y como los que estaban en la casa los vieron de aquella arte, algunos de ellos malheridos, no poco temor cobraron, e desmampararon la casa y se fueron a la ciudad Imperial, que está diez leguas de ella. Y antes que llegase Joan Gómez a la casa de Puerén vio que ardía, y salió a él un yanacona que era de los españoles que con él habían ido y le dijo:

"¡Oh, señor! que todos los cristianos se han ido de la casa y los indios de guerra están en ella, que no podemos pasar".

Y así se tornó a esconder y dijo al yanacona que fuese alcanzar a los españoles y les dijese cómo él venía allí. Y el yanacona le dijo que él iría. Y así caminó el yanacona sin que los indios le viesen y alcanzó a los españoles cuatro leguas de la casa, el cual les dijo cómo venía un cristiano. Y volvieron dos españoles a buscallo, andando por donde el yanacona les había dicho, y como no le topaban se querían volver, y acaso relinchó un caballo, el cual salió a ellos, y así le tomaron y se fueron a la Imperial. Quiero nombrar estos siete españoles que se escaparon que fue Joan Gómez, Gonzalo Hernández Buenaños, Gregorio de Castañeda, Luis Hernández de Córdoba, Joan Morán, Diego de Velgara, Joan de San Martín.

## CAPITULO CVII

*Que trata de cómo salió el gobernador de la ciudad de la Concepción para la Imperial y de lo que hizo*

Despachado el mensajero para el capitán Villagran, se partió el gobernador para la ciudad Imperial a seis días andados del mes de octubre del año de mil quinientos y cincuenta y un años. Llegado que fue a la Imperial no estuvo allí más de ocho días, y luego salió con ochenta hombres adelante a descubrir, hasta en tanto que Francisco de Villagran llegase con la gente, y que aquel verano poblaría dos ciudades.

Pasamos el río de Cautén y caminamos hacia la cordillera y dimos en una alaguna muy grande. De esta alaguna procede el río de Toltén, y está una isla en medio de esta alaguna muy poblada de gente, donde salieron en canoas a nosotros. Aquí vio el gobernador un asiento donde poblar una villa, diez y seis leguas de la mar y catorce de la ciudad Imperial. Y de aquí dimos vuelta hasta la costa y asentamos en un valle que se dice Marequina, muy poblado. Y de aquí hizo mensajeros el gobernador a todos los señores de aquella provincia, dándoles a entender a lo que venían, que viniese de paz a le servir. Estando aquí el gobernador, llegó Francisco de Villagran con doce hombres. Fue del gobernador bien recibido. Luego le mandó volver a la ciudad Imperial y que de allí despachase a la ciudad de Santiago a la gente, que viniesen los que quisiesen donde él estaba, y con los que pudiese traerse volviere, porque él se partiría de allí luego a descubrir adelante, y que donde hallase buen asiento para poblar una ciudad, poblaría. Luego se partió el capitán Villagran a la Imperial, y luego de allí a ocho días se partió el gobernador adelante, y llegamos a un río muy caudaloso y manso. Y pasados a la otra parte, en un llano asentó el gobernador su campo.

Luego envió al general Gerónimo de Alderete en unas canoas con diez y seis españoles fuese hasta la mar y mirase si hacía puerto aquel río. El cual fue y halló un puerto muy bueno y una bahía muy grande, el cual oí yo a muchos hombres de la mar que allí iban, que aunque habían andado en muchas partes en España y en las Indias, que no habían visto tan buen puerto. Vuelto Gerónimo de Alderete dio la nueva al gobernador como había descubierto el puerto.

## CAPITULO CVIII

### *Que trata de la fundación de la ciudad de Valdivia*

Visto el gobernador tan buena comarca y sitio para poblar una ciudad, y ribera de tan buen río, y teniendo tan buen puerto, fundó una ciudad e intitulola la ciudad de Valdivia, e hizo alcaldes y regimiento. Fundóse a nueve de febrero, año de mil y quinientos y cincuenta y dos.

Despachó al general Gerónimo de Alderete con treinta hombres que fuese a poblar la alaguna que dije, donde había señalado un sitio, y que allí poblase una villa, la cual puso por nombre la Villarrica, a causa de la gran noticia que se tenía de minas de oro y de plata, y que los indios de aquella comarca repartiessen en aquellos españoles, y en otros que Francisco de Villagran le enviaría cuando volviere de la Imperial.

Esta ciudad de Valdivia está asentada en un llano. Tiene algunas hoyas. El río que pasa junto a ella cerca la mitad de la ciudad. Está dos leguas de la mar y los navíos entran hasta la ciudad por él. Hay al derredor de esta ciudad muy grandes montes y en sus términos. Está la Villarrica catorce leguas de ella.

Es muy cenagosa toda esta tierra. Desde el río de Toltén es montuosa, y estos árboles son

robles y arrayanes y de los avellanos que tengo dicho. Hay gran cantidad de cañas macizas. Estos montes en alguna parte son ralos y en otras muy espesos. Hay zarzaparrilla y de la frutilla que he dicho aparrada con el suelo. La hoja de esta frutilla tira a trébol, salvo que es mayor. La leña de esta tierra tiene una propiedad que no hace ceniza en todo el año, y en todo el año en una casa se recogerá un almud de ella. Hay buena madera para casas y aun para navíos.

Tienen la hierba que he dicho. Es como avena. Hay más otra que es a manera de linaza, y de esta semilla se saca un licor que suple por aceite y se guisa con él y es razonable. Esta hierba se llama entre los indios "mare". Cóménla tostada. También la hay en la provincia de la Concepción y en la Imperial. Siembran los indios maíz y frísoles y papas. Dase trigo y cebada. Lluve mucho más que en ninguna parte de las provincias que he dicho. El año que se pobló esta ciudad fue de cincuenta y dos. Hubo tantos ratones que no se podían defender que no comiesen las sementeras, que aunque se sembró harto trigo y cebada, no se cogió la semilla. Y nos roían los vestidos, aunque no los teníamos de sobra. No dejaban cabo de cinta que no llevaban e hierro de talabarte que no roían por junto al cuero y lo llevaban.

Hízoseles una industria, que fue unas ollas soterradas en la tierra, y aún yo puse algunas, y las amediábamos de agua. Amanecían en tres o cuatro hollas que se ponían en una casa cuatrocientos y quinientos ratones ahogados. Y en esta caza entendíamos y, yo pregunté algunos iridios que si solían venir de aquella arte otras veces. Dijérome que sí, que de cierto en cierto tiempo solían venir de aquella manera, y que los hechiceros hacían hoyos en que los hacían meter a estos ratones, y que agora los habían soltado por amor de la venida de los cristianos. Esto le hacen entender estos hechiceros a la demás gente, y que ellos lo pueden hacer. Hay ovejas mansas.

Las armas de esta gente de esta provincia son unas mantas hechas de nudillos de cordel de la hierba que tengo dicho, y es de una vara de ancho y a los dos cabos va hecho en punta, y por debajo de los sobacos se la prenden en el hombro y ceñida por el cuerpo. Llégales a medio muslo. Es tan fuerte que una lanzada, si no es de muy buen brazo, tendrá bien que pasalla. Traen lanzas y dardos y hondas. Y éstas son sus armas de toda esta provincia que tengo dicho.

Es falta de sal esta ciudad y hácenla como la que tengo dicho en la Concepción. A las espaldas de la Villarrica hay muy grandes minas de sal. Son trabajosas de ir a ellas por causa de la cordillera nevada que en medio está. Hay muy grandes minas de oro y plata y de otros metales. Y aún yo vi unas minas de oro junto a la Villarrica, en un pueblo de un cacique que se decía Pucorco, bien ricas.

Es tierra templada. No hace demasido frío, salvo llover como tengo dicho, que cuando están de sazón las comidas llueve y muchas veces se secan en casa al humo en unos altos que hacen. Está esta ciudad de Valdivia de la Imperial treinta leguas. Está la Villarrica de la Imperial doce leguas.

Estando Francisco de Villagran en la imperial le llegaron cien hombres de los que él

había traído, y luego se partió a buscar al gobernador. Del camino envió treinta hombres al general Gerónimo de Alderete, como el gobernador se lo había mandado, y con los demás se fue a la ciudad donde supo que le estaba esperando el gobernador.

## CAPITULO CIX

### *Que trata de las costumbres y cerimonias de los indios de la provincia de la ciudad de Valdivia*

En esta provincia de Mallalauquén no adoran al sol ni a la luna, ni tienen ídolos ni casa de adoración. Difieren un poco en la lengua a las demás provincias que tengo dichas. Estos indios de esta provincia tienen esta orden, que tienen un señor, que es un "lebo", siete u ocho "cabís", que son principales, y éstos obedecen al señor principal. Ciertas veces del año se ajuntan en una parte que ellos tienen señalado para aquel efecto que se llama "regua", que es tanto como decir, parte donde se ayuntan o sitio señalado, como en nuestra España tienen donde hacen cabildo. Este ayuntamiento es para averiguar pleitos y muertes. Y allí se casan y beben largo, y es como cuando van a cortes, porque van todos los grandes señores. Y todo aquello que allí se acuerda y hace es guardado y tenido y no quebrantado. Y estando allí todos juntos estos principales, pide cada uno su justicia. Y si es de muerte de hermano o primo o en otra manera, conciertanlos. Si es el delincuente hombre, que tiene y puede, ha de dar cierta cantidad de ovejas que comen todos los de aquella junta, y otras tantas da a la parte contraria, que serán hasta diez o doce ovejas. Y como tenga para pagar esto, es libre, y donde no, muere por ello. Y si tienen guerra con otro señor, todos estos cabís y señores son obligados a salir con sus armas y gente a favorecer aquella parcialidad, según y como allí se ordena. Y el que falta de salir tiene pena de muerte y perdida toda su hacienda. Y si entre estos principales tienen alguna diferencia u otros particularmente, allí los conciertan y averiguan. Y allí venden y compran los días que aquel cabildo y junta dura.

Y allí se casan en esta manera, el que tiene hijas para casar o hermanas las lleva allí, y al que le parece bien alguna pídelo a su padre, y pídenle por ella cierta cantidad de ovejas, quince o veinte, según tiene la posibilidad, y alguna ropa, o da una chaquira blanca que ellos tienen muy preciada. Y concertados en lo que se le ha de dar, se la da, mas a mí paréceme que la compra. Y si por ventura queda debiendo alguna cosa y no tiene para pagar, es obligado que si pare la mujer hija, se la da a su suegro en pago de lo que le restó debiendo, y si es hijo, no es obligado a dallo. Tienen en poco hallallas dueñas. Danle la mujer bien aderezada cuando se la dan al marido, aunque no es mucho gasto el atavío de ellas.

Si alguna mujer acomete algún adulterio a su marido, toma el marido y da queja de aquel tal en este cabildo, y parece el delincuente ante los señores. Y si es hombre que tiene y es de valor, paga cinco ovejas, las tres para que se coma en el cabildo y las dos para el marido. Y si es hombre que no tiene, muere por ello él y la mujer que acometió el adulterio, y los matan los mismos señores con sus manos. Esta junta dura quince o veinte días, y allí beben y se embriagan. En toda esta provincia se usa esto en cada lebo.

Son muy grandes hechiceros. Hablan con el demonio los que más por amigo se le dan. Son agoreros. Esta costumbre es en todas las partes. Estos indios cada uno anda vestido como alcanza y lo que visten es de lana de ovejas. Es gente dispuesta y ellas de buen parecer. Andan vestidas como las de la provincia de la Concepción. Acostumbran traer zarcillos de cobre y traen en cada oreja ocho o diez, porque no se les da nada por otro metal, aunque lo tienen. Tienen muy buenas casas y en las puertas acostumbran poner como en la provincia Imperial, que son zorras y tigres y leones y gatos y perros. Y esto tienen en las puertas por grandeza. Entiérranse en el campo como los demás que he dicho.

## CAPITULO CX

### *Que trata de la salida de Francisco de Villagran de los reinos del Pirú*

Llegado que fue Francisco de Villagran de los reinos del Pirú donde estaba el presidente Pedro de la Gasca, dados los despachos que del gobernador llevaba y él dado su descargo de lo que había hecho en la tierra mientras el gobernador estuvo fuera de ella. El presidente, oído todo esto, le dio licencia para que hiciese gente y con ella fuese por detrás de la cordillera como el gobernador se lo encargaban. E hizo ciento y cincuenta hombres y se fue a Potosí, y de allí a Omaguaca, que serán sesenta leguas de Potosí. Salido de estas provincias de Omaguaca pásase la cordillera nevada. Aquí hay unos indios que se sustentan de solamente caza y no se les da nada de sembrar. De aquí vino a un valle que se dice Esteco que tendrá cuarenta leguas el valle abajo. Toda la orilla de este río no hay agua para que puedan beber. Hay muy grandes algarrobales y chañares. Sus pueblos es en lo raso a causa de los muchos tigres que hay. Es lengua por sí. Es gente dispuesta y las mujeres son de buen parecer. Es tierra fértil y tienen algunas ovejas de que se visten. Hay avestruces y de las plumas de éstos hacen una cobertura con que se cubren sus vergüenzas, y ellas con unas mantillas de lana de la cintura abajo. En el río hay mucho pescado y muy bueno. No tienen ídolos ni casa de adoración. Este río al cabo de las cuarenta leguas se sume debajo de la tierra y hace lagunas. De esta provincia se vino a la provincia de Tuama que está veinte leguas de Amaguaca, e son todas arenales.

Estando en un pueblo que se dice Cotagaeta, estaba un capitán de Joan Núñez de Prado que se decía Santa Cruz, el cual llevaba cierta gente a Joan Núñez de Prado. Y cerca de él estaba otro capitán de Francisco de Villagran, el cual se decía Graviel de Villagran. Fue al Santa Cruz y le prendió y le quitó la gente, e le mandó que se volviese a Potosí. Llevando el Graviel de Villagran la gente se fue adelante a juntarse con Francisco de Villagran.

Esta provincia de Tuama que he dicho es toda tierra llana. Hay grandes algarrobas. No se halla en toda esta tierra una piedra, si no es traída de otra parte, aunque sea como una avellana. Acostumbran estos indios hondas. Es gente belicosa. Sus armas son arcos y flechas. Tienen hierba muy peligrosa. Este valle está muy poblado y más que el pasado, porque tiene más de ochenta leguas el río abajo de poblazón. Y créese que entra en el río



de la Plata, porque se hallaron cosas de nuestra España, en que se halló un real y un dedal y un barril de barro vedriado. Las mismas cosas que hay en el otro valle de arriba, solamente difieren en la lengua.

Aquí se vido una cosa admirable que tienen por costumbre, que si una mujer enviuda, tiene el defunto en una barbacoa o cama desnudo y ella le está cada el día llorando. Y como es tan calurosa la tierra, en breve cría gusanos el cuerpo, y ella se los limpia y los toma con sus manos sin asco ninguno, aunque hiede pestíferamente. Y allí está de noche y de día y no se levanta si no es a cosas necesarias que no las puede escusar. Y si por ventura corre alguna grasa del cuerpo, la toma con las manos y avuelta los gusanos y sin pena se unta ella el cuerpo y el rostro. Y de esta manera se está hasta que el cuerpo se seca y se consume. Toma los huesos y los meten en un cántaro, y allí los tiene guardados. Y éste es su entierro.

Aquí se vio un cuero de una culebra que le faltaba la cola y cabeza, que tenía veinte pies de largo y tres pies y medio de ancho. Y de este cuero se hicieron veinte vainas de espadas. Estas culebras son mansas que los mismos indios se dicen darles de comer, y no hacen mal.

Siembran estos indios en esta manera, que desde viene el río fuera de madre en invierno, sale dos o tres leguas de madre y después se torna a su ser. Queda toda esta tierra empantanada y allí siembran. Y acontece estar un maíz para se coger e otro en berza y otro en leche. En invierno no hace mucho frío y el verano hace tan gran calor que no pueden andar ni salir fuera de la sombra.

Esta provincia se dice Jurís. Andan vestidos de lana y de las avestruces hacen la misma ropa que dije arriba para sus vergüenzas. Es gente dispuesta, y tanto, que en todo lo que se ha descubierto en las Indias a una mano, no se ha visto tan dispuesta, y ellas por el consiguiente, y son de buen parecer y tienen muy lindos ojos. No tienen casa de adoración ni ídolos. Adoran al sol.

Tienen los pueblos cercados de una muy fuerte palizada, a causa de una gente comarcana que se dicen ules. Y esta gente no siembra, sino sustentanse de algarrobas y de chañares y de caza que tienen mucha. Son dados a ladronicios y viénelles a hurtar las comidas, que es maíz y frísoles y zapallos y maní. Y estos jurís los temen y a esta causa tienen los pueblos cercados, y tienen en cada pueblo de éstos dos y tres y cuatro mil indios. Y cuando éstos se juntan trescientos de ellos, aunque estén tres mil jurís, no osan defenderles las comidas.

En esta provincia no hay oro ni plata. Tienen ovejas y por los campos guanacos. Hay muchas avestruces y por esta causa se llama esta provincia Jarís, porque se llaman las avestruces en su lengua así. Hay muchas perdices. Tienen mucho pescado en el río. Tiene cien leguas la cordillera nevada de sí, y a la falda de la cordillera nevada pobló Joan Núñez de Prado un pueblo por mandado del presidente Pedro de la Gasca y púsole por nombre la ciudad del Barco. Está en la provincia de Tonusa.

Y estando Francisco de Villagran en esta provincia, pareciéndole a Joan Núñez que tenía poca gente y que fácilmente se la podía quitar, vino una noche con cierta gente sobre él, y como vio que traía mucha gente no hizo nada, sino volvióse a su pueblo. Visto el atrevimiento Francisco de Villagran, caminó a la ciudad del Barco, del cual envió al camino Núñez de Prado al padre Carvajal a disculparse, y que él quería quedar por teniente del gobernador don Pedro de Valdivia, pues que él había poblado aquella ciudad en sus límites, y que le dejase alguna gente para la sustentación. Y así lo dejó Francisco de Villagran.

## CAPITULO CXI

*Que trata de la provincia de los comechingones y de las demás provincias que se vieron hasta llegar a Chile*

De esta provincia de los jurís se fue a los comechingones. Y de la provincia de los jurís a ésta de los comechingones hay setenta leguas caminando hacia el sur. La causa por qué los llaman los españoles comechingones es porque cuando vienen a pelear traen por apellido "comechingon, comechingon", que quiere decir en su lengua: muera, muera o matar. Esta provincia es tierra doblada. Hay grandes algarrobales y de estas algarrobas hacen pan como la que tengo dicho. Hay muchos chañares. Es tierra fértil de mucho maíz y frísoles y maní y camotes y zapallos y ovejas mansas.

Andan vestidos con unas mantas pequeñas cuando se cubren sus vergüenzas y las mujeres ni más ni menos. Y algunos andan con mantas y camiseta como en el Pirú. No adoran ídolos ni se le halló cosa de adoración. Su habitación es debajo de la tierra, por causa del invierno que hace grandes tempestades de viento y lluvias. Hay mucha caza de venados como los de nuestra España, y perdices y liebres tan grandes como los de España. Hay víboras que tienen en la cola una manera de cascabel que va sonando cuando van andando y bien ponzoñosas.

Hay muchos papagayos y las plumas son preciadas entre ellos. Y avézanlos a hablar de una manera que nunca tal he oído, que es envolverlos en una mantilla, y los atan y ponen en una cazuela al fuego y métenle dentro, y con la calor da el papagayo muy grandes graznidos de como se tuesta. Tienen ellos que de aquí les queda el hablar. Es gente belicosa. Pelean en escuadrón, y sus armas son bastones hechos de un palo muy recio y flechas, y no tienen hierba.

En un lugar de esta provincia que se dice Calamochica, dijeron unos indios e indias cómo en los tiempos pasados habían venido aquel pueblo una gente como ellos a pie y que traían una casa pequeña, y desde que la tiraban daban muy gran trueno. Y les enseñaron una casa donde habían estado ciertos días, y que de allí salieron y no los vieron más. Esto se tiene por cierto que fue César, el que salió de la fortaleza de Gaboto con once compañeros y vino atravesando toda esta tierra en busca de la mar del sur, y que había vuelto hacia el sur, según estos indios dijeron. Y habiendo caminado tan largo camino sin

encontrar la mar del sur, pareciéndole que estaba lejos, dio la vuelta hacia la mar del norte, el cual volvió donde había salido, con cinco compañeros, que los demás se le habían quedado cansados en algunas provincias.

De esta provincia no se ve la cordillera nevada, y de donde ellos volvieron a la mar del norte, que es más de doscientas leguas de esta provincia, vieron la cordillera nevada, según dijo en Santa Marta uno de los compañeros que yo vi, que con él había andado. Y también le oí decir que habían pasado por una provincia de gente barbada, y así son estos comechingones, porque en cuanto se ha descubierto en las Indias no las hay, porque se las pelan. Y a esta causa me parece que son éstos, y que toparon otra provincia rica en oro y plata en vasijas, y que dando noticia a Su Majestad se murió César, la cual no se ha descubierto.

Estos comechingones poseen oro y tráenlo a los pescuezos hecho una manera como diadema que traen a la garganta. De esta provincia a la de Caria hay ciento y veinte leguas de tierra seca, arenales. Hay indios, mas no siembran, que se sustentan de algarrobas. En medio de este camino está un valle, el cual los españoles llamaron el río Bermejo por causa de ir muy bermejo del barro que lleva. Es el agua salobre. Aquí hay muchos indios y de mucho ganado. Y no hay en estas ciento y veinte leguas sino este río que corra, porque todos son jagüeyes que los indios hacen a mano, y de que llueve se recoge allí el agua. Es tierra muy poblada y es tierra fértil, aunque los indios no son muy grandes labradores. Sústentanse de algarrobas y chañares, y hacen pan de ello. Y del chañar hacen vino que ellos beben. Tienen muchos guanacos y liebres y perdices, como las que tengo dicho. Es tierra de regadío. Fueron conquistados del inga y aún hoy en día están depositados de aquel tiempo, y de allí tomaron algunas costumbres suyas.

De esta provincia a la de Cuyo hay treinta leguas. Están todas pobladas y de mucha gente. Estos indios de Cuyo también fueron conquistados de los ingas. Estos son más labradores que no los de Caria. Siembran mucho maíz y frísoles y quinoa. Poseen muchos guanacos. Están a la falda de la cordillera nevada. Hay todas las cazas que he dicho y sus vestiduras son de lana. También hay acequias muy buenas. De aquí se fue a un río que se dice Diamante, de poca gente. Estará treinta leguas, poco más o menos, de esta provincia, donde se halló un mármol hincado en el suelo de estatura de un hombre. Y preguntado a los indios que qué era aquello, dijeron que los ingas cuando vinieron a conquistar aquella provincia llegaron allí, y que en memoria que habían conquistado hasta aquel río, pusieron aquella señal y de aquí dieron vuelta.

En esta provincia de Cuyo son de las costumbres de los de Mapocho y algunos caciques sirven a la ciudad de Santiago, mas es cuando ellos quieren, a causa de estar tan lejos y no poderse pasar a ellos por amor de la cordillera nevada. De aquí se tuvo noticia de muchas provincias hacia la mar del norte y de muy grandes poblaciones. Todo está por conquistar. De aquí de esta provincia de Cuyo pasó el general Francisco de Villagran la cordillera y salió al valle de Aconcagua. Estas provincias de Cuyo y Caria son ricas de oro porque se vio entre los indios. En este camino tardó el general Francisco de Villagran dos años.

## CAPITULO CXII

*Que trata de los puertos que hay desde el valle de Atacama hasta la ciudad de Valdivia y de la altura en que está*

El valle de Atacama tiene muy gentil bahía, aunque no sale río de ella, solamente tiene un jagüey salobre. Hay indios en él. Y doce leguas adelante pasa el trópico de Capricornio. Está en veinte y un grado. El puerto de Copiapó es un ancón a manera de "ce" y es playa y no tiene reparo para el norte. Este puerto está del río legua y media hacia el sur. Tiene este puerto mucho pescado y muy pocas veces toman puerto los navíos en él, si no es trayendo ganado que lo echan allí. Este puerto está en veinte y seis grados y dos tercios. Estos grados de esta mar del sur se cuenta cada uno diez y siete leguas y media. El puerto de la Serena es una bahía grande y antes de entrar en el puerto tiene dos isletas pequeñas. Tiene un buen reparo al norte. Está la ciudad de este puerto legua y media. Tiene este puerto mucho pescado de muchas maneras y hay en tiempo muchos atunes, que si hubiese aderezo se podrían hacer almadrabas. Este puerto está en treinta grados y un cuarto. El puerto de Valparaíso es un ancón pequeño y entran en este ancón con todos vientos. Es limpio y está reparado del norte. Está en treinta y dos grados y medio largos. Está el río Maule en treinta y cinco grados y dos tercios. Tiene un portezuelo que es el mismo río. Entran en él pocos navíos por ser peligrosa la entrada de la resaca de la mar. El puerto de la Concepción es una muy grande bahía casi redonda. Entran dos ríos pequeños en ella. No tiene reparo del norte. A la boca, a la banda del sur, tiene una pequeña isla donde se reparan del norte en un puerto que tiene la isla. En el un río entran navíos pequeños vacíos, éste es el río de Andalién. Y tiene mucho pescado y de muchas maneras como en nuestra España, donde son pescadas sardinas y lisas y lampreas, y por no saber los nombres de los más, no los cuento. Hay también lenguados. Es muy conocido puerto. Está en treinta y seis grados y un tercio. Es buen puerto, aunque muy pocas veces se han visto navíos en él.

El río de Cautén está en treinta y ocho grados y un tercio. No es puerto, sino playa. El puerto del Carnero está en treinta y seis grados y un tercio.

El puerto de Valdivia es muy buen puerto. Tiene una bahía muy grande y reparado de todos los vientos, y el río que he dicho tan caudaloso, que con todos los vientos se puede entrar en este puerto seguramente cualquiera navío, como tengo dicho, hasta la ciudad. Es muy conocido puerto. Está este puerto en treinta y nueve grados y dos tercios.

## CAPITULO CXIII

*Que trata de cómo salió el gobernador don Pedro de Valdivia a descubrir adelante*

Después de haber fundado el gobernador la ciudad de Valdivia y repartidos los, solares y estancias en los vecinos que habían de ser, y escomenzando a edificar casas con algunos prencipales que había repartido y habiendo descansado la gente que Francisco de

Villagran trujo, dejando en la ciudad la gente que convenía y buen recaudo, salió con ochenta hombres a siete días del mes de febrero de mil y quinientos y cincuenta y dos a descubrir y conquistar adelante.

Y andadas siete leguas de esta ciudad, dimos en un río muy hondable y caudaloso y en tierra muy poblada y sin monte, porque en las siete leguas cesa la montaña. Y esta tierra que he dicho que está sin monte, no hay árbol si no es puesto a mano. Y es tres leguas de latitud y diez o doce de longitud. Este compás que está sin monte es tierra fértil de maíz y frísoles y de papas. Luego dimos en otro río pequeño que pusimos por nombre el de las Canoas, y el otro que digo se llama el río Hueño. Y de este río de las Canoas vuelve el monte en partes muy espeso y en partes claro.

Caminamos quince días por tierra muy poblada, donde llegamos a un gran lago que está a la falda de la cordillera nevada. Estuvimos en una loma pequeña que a las espaldas tenía. Este lago se puso por nombre el lago de Valdivia. Estará treinta leguas de Valdivia. Es tierra de mucho ganado, aunque no anda suelto. Andan vestidos los indios razonablemente, aunque no andan sino como cada uno alcanza y tiene la posibilidad. La gente es dispuesta y las mujeres de buen parecer, aunque en hartas provincias no he visto yo más blancas mujeres, y los cabellos muy largos. Poseen oro y plata.

Aquí nos daban los indios relación que siete leguas adelante de este lago había otro mayor lago y que se pasaba en dos o tres días de camino en canoas. También nos dieron noticia que detrás de este lago estaba otro lago en la cordillera y que desaguaba a la mar del norte, que detrás de la cordillera nevada estaba otra provincia muy poblada de mucha gente. Y yo vi al indio que nos dio esta relación tomar un jarro de plata y que de aquello tenían mucha cantidad, y que ganado no lo tenían sino por los campos. A lo cual me parece esta noticia ser lo que vio César, según contaba el compañero suyo que yo hablé en Santa Marta, por la altura que él decía, porque de aquella provincia dijo habían visto la cordillera nevada, y que de otra parte no la habían visto tan baja como por allí va, y así es, que hacía una ensenada, y así la hace, y que había dos mogotes altos que estaban norte sur a manera de dos tejas, y que hacía una abertura por entre ellos, y que estaban nevados, y así están.

Y por esto me parece a mí ser aquélla la noticia, aunque detrás de la ciudad Imperial se tiene otra muy gran noticia, según dicen los indios, detrás de la cordillera. Y aún yo vi a uno que decía haber estado allá y que si iban catorce y quince jornadas, allegarían allá. Es una jornada de ellos cuatro leguas. A mí paréceme que podría ser toda una, porque del lago allá nos dijeron que en doce jornadas llegaríamos. Mas por la Imperial, según el indio decía, es gran trabajo por falta del agua, que no se ha podido descubrir ni ir allá por haber pocos españoles.

#### CAPITULO CXIV

*Que trata de cómo se volvió el gobernador don Pedro de Valdivia con toda la gente de este lago a la ciudad de Valdivia y de cómo fue a la ciudad de Santiago*

Este gran lago dio vuelta el gobernador sin ver más tierra, porque fuimos por entre la mar y la cordillera nevada por medio del compás que hay de tierra, que no vimos la mar, ni la cordillera nevada, si no es por este lago.

Vuelto el gobernador a la ciudad de Valdivia, de todos los principales que tenía noticia repartió a la gente que tenía en la ciudad, hasta tanto que volviese a repartirlos y a encomendárselos. Y de aquí fue a la ciudad Imperial, y vista la visita de los caciques e principales de la comarca de la ciudad, los repartió y encomendó y dio cédula de ellos a los vecinos que allí habían de ser, que fueron ochenta. Esto hizo a cuatro días del mes de marzo de mil y quinientos y cincuenta y dos años.

Estuvo aquí el gobernador doce días y luego se partió para la ciudad de la Concepción, dejando por su teniente al maestre de campo Pedro de Villagran. Fue con el general Gerónimo de Alderete que vino de la Villarrica habiendo dejado qué convenía. Llegó el gobernador a la ciudad de la Concepción a cinco de abril del año de cincuenta y dos. Estuvo en esta ciudad cinco meses.

Luego se partió por la mar a la ciudad de Santiago. Despachó a Francisco de Aguirre por su teniente a la ciudad del Barco, la que había poblado Joan Núñez de Prado, y para esto le dio sus provisiones y para que sí se hallase con gente, poblase otra ciudad en los diaguitas. Y dióle a la villa de la Serena para que tuviese puerto para aquella tierra. Y luego despachó al general Gerónimo de Alderete a Su Majestad, y llevó ochenta mil pesos.

Despachado Gerónimo de Alderete, se partió el gobernador por tierra a la ciudad de la Concepción y llegó víspera de Pascua de Navidad. Y pasada la fiesta despachó a Francisco de Villagran con sesenta hombres fuese al lago y visitase la tierra, que de allí a dos o tres meses iría allá él y poblaría en aquella loma donde había estado la otra vez una ciudad, y daría de comer a los que no había dado.

Despachado Francisco de Villagran, acordó enviar dos navíos que tenía a descubrir el estrecho de Magallanes. Envió en ellos al capitán Francisco de Ulloa. Salieron estos navíos de la Concepción a ocho días del mes de septiembre, año de mil y quinientos y cincuenta y tres años. Llegaron estos navíos a la ciudad de Valdivia en el mes de octubre. Y Pedro de Villagran, que estaba por teniente de la ciudad imperial, fue con veinte y cinco hombres a pasar la cordillera para ir a la noticia que he dicho.

Pues viendo los indios los españoles repartidos y devididos en tantas partes y viendo el trabajo que tenían, porque era el primer año que les habían echado a sacar oro, acordaron levantarse, no como indios, sino como gente que entendían y que procuraban verse libres. Y en una provincia que se dice Tocapel tenía una casa fuerte el gobernador y siete españoles en ella. Estando en la Concepción el capitán Diego Maldonado con seis soldados y llegado a Arauco, donde había doce españoles, que era otra casa fuerte que está doce leguas de la Concepción y de ésta a la de Tocapel hay siete leguas. Salió el capitán Diego Maldonado con cinco hombres para la casa de Tocapel y llegó a vista de

ella y vio cómo ardía la casa e los indios venían a él. Y como vio salir los indios de guerra y quemar la casa, temió que habían muerto a los españoles que en ella estaban. Dio vuelta, y como cargó tanta gente e los pasos malos, solamente se escapó con otro soldado. Los indios mataron los cuatro.

Y otro día antes habían dado los indios en los españoles que estaban en Tocapel. Y los españoles desbarataron los indios y aquella noche dejaron la casa y se fueron a la de Puerén, entendiendo que si los indios se rehacían y venían otro día sobre ellos, que estaban malheridos de aquel día, que no serían parte a resestir los indios si volvían, e así acordaron entre ellos de irse aquella noche a la casa de Puerén e juntarse con otros diez españoles que estaban en ella y hacerlo saber al gobernador el suceso. Y venido el día y sabido los indios que habían huido los españoles, fueron a la casa y le pegaron fuego. Como estaban todos ayuntados y el capitán Diego Maldonado iba descuidado, salieron y le mataron los cuatro soldados y se escapó malherido.

Llegado a la casa de Arauco, le hicieron saber al gobernador por una carta, la cual llegó un domingo. Visto la carta el gobernador y el suceso del capitán Diego Maldonado, tuvo que habían muerto a los españoles que estaban en Tocapel y así salió de la ciudad de la Concepción.

## CAPITULO CXV

### *Que trata de la salida del gobernador don Pedro de Valdivia de la ciudad de la Concepción y de la desgracia que hubo*

Vista la carta el gobernador que Diego Maldonado le había enviado, salió luego el mismo domingo a vísperas con treinta y seis hombres y fue a las minas que están cinco leguas de esta ciudad que se dice Quillacuay, donde estuvo ocho días, a causa de hacer un fuerte en que quedarse seguros los españoles que andaban con los indios sacando oro, que serían cincuenta españoles y más de doce mil indios.

Y estando en este asiento el gobernador, le llegó una carta de la casa de Puerén del caudillo que estaba en Tocapel, que todos siete españoles que estaban en la casa de Tocapel se habían escapado, aunque les habían muerto todo el servicio, y que en aquella casa de Puerén estaban dieciocho españoles que de la Imperial habían venido con otros ocho, y que habían venido sobre la casa diez mil indios, y que habían salido los españoles a ellos y los habían desbaratado.

Luego el gobernador respondió a la casa de Purén a Joan Gómez, vecino de la Imperial, que con la más gente que pudiese sacar, para el primer día de Pascua de Navidad entrase en Tocapel, porque para aquel día entraría él a juntarse con él, y que para este día estuviese apercebido, y que él se partía luego para la casa de Arauco. Y en esta casa estuvo dos días y se partió de ella, y dejó doce españoles y llevó cuarenta. Llegó a un pueblo que se dice Lebolebo, que es cuatro leguas de la casa de Arauco y tres de la de

Tocapel, donde le dijeron los indios que estaban más de cincuenta mil indios esperándole. Aquí estuvo el viernes víspera de Pascua.

Y otro día sábado envió a Luis de Bobadilla, su caballero, con cinco soldados, y le mandó que fuese a la casa de Tocapel y que de vista de ella se volviese. Llegado el caudillo a vista de la casa, salieron los indios a los españoles, habiéndoles tomado los pasos. Mataron a este caudillo y cuatro españoles y se escapó uno, y fue donde estaba el gobernador y le contó el suceso, cómo había visto muy gran cantidad de indios. Esto escribió a la casa de Arauco, avisándoles que se guardasen a los que estaban en la casa. Viendo el gobernador el suceso de aquel caudillo que había enviado y considerando que los indios estaban desvergonzados, cierto se volviera de aquí si no fuera por la carta que había enviado a Joan Gómez a Puerén, que entrase como dicho tengo. El gobernador estaba tres leguas de Tocapel, y que si él volvía a Arauco, que corrían peligro los españoles que entrasen con Joan Gómez, y que entrando él por allí y Joan Gómez por la otra parte, los indios se detendrían viendo entrar por dos partes, y juntos todos los españoles no serían parte los indios, porque él llevaba treinta y cinco hombres y Joan Gómez traía veinte, y como se juntasen en Tocapel, no se atreverían los indios, y que ya que les acometiese, no serían parte.

Hechas estas consideraciones con aquel ánimo que en semejantes tiempos no le faltaba, amaneció primero domingo de Pascua de Navidad y primer día del año de cincuenta y cuatro. Caminó, y por el camino tenían los indios puestos y echados las cabezas de los españoles que el día antes les habían muerto, y no poca lástima y pesar sentía el gobernador, y aún juntamente conocía la desvergüenza que los indios tenían. Y a hora de misa mayor llegó a una loma no muy alta, la cual está a vista de la casa de Tocapel, de quebradas y malos pasos y árboles, y a la abajada de esta loma corre un pequeño río. Llegado el gobernador a la mitad de esta loma, que es más de una legua, y viendo los indios que ya tenían a los españoles en parte donde ellos se podían muy bien aprovechar de ellos, mejor que los españoles de ellos, salieron de donde estaban ocultos y escomenzaron a tocar sus trompetas, que es una manera de cornetas hechas de hueso, y a mosarse por todas partes. Y vistos por el gobernador, acaudilló sus españoles, animándolos como acostumbraba e dio en los indios y acometió con el ánimo que en semejantes casos solían acometer, e como la gente era mucha, cada vez que acometían les dejaban españoles a los indios. El gobernador por bajar a lo llano, los indios por defendérselo, pasaban trabajo los españoles, como eran pocos, y como el día iba entrando, el sol calentando, los caballos se les calmaban, los caballeros se cansaban, porque en esta tierra en este tiempo es la fuerza del verano y a medio día le faltaba al gobernador algunos españoles. Todavía peleaban con aquella confianza de ser socorridos, y como los enemigos cada hora eran más y salían de refresco, y el sitio no era como los caballos lo habían menester y la calor grande, y fatigados de todas estas cosas, puesto que muchas veces los desbarataban y los hacían meter en los montes.

Y viendo un mal indio que se decía Luataro, que servía al gobernador, que los indios se aflojaban, se pasó a ellos, diciéndoles que se animasen y que volviesen sobre los españoles, porque andaban cansados y los caballos no se podían menear. Acaudilló los



indios y tomando una pica, eso comenzó a caminar hacia los españoles y los indios a seguirle.

Comenzaron a dar de nuevo sobre los españoles, siendo la causa este mal indio, y como los caballos estaban fatigados y los brazos de los españoles cansados, ya a hora de vísperas no se halló el gobernador ni tenía consigo más de nueve españoles, y éstos malheridos, y los caballos maltratados e todos los demás españoles muertos. Y ya desconfiando del socorro que aguardaba, se determino de volverse a Arauco. Como le tenían tomado los pasos, llegó a un pueblo que se dice Pelmaiquén, que sería legua y media que había caminado. Y en esta legua y media le mataron los siete españoles. Y aquí fue el gobernador preso por los indios, que como llevaba el caballo malherido y de aquel día fatigado, le tomaron los indios. Y con un yacanona que allí se halló habló a los indios, y les decía que no le matasen, que bastaba el daño que habían hecho a sus españoles. Y ansí los indios estaban de diversos pareceres, que unos decían que lo matasen y otros que le diesen la vida, como es gente de tan ruin entendimiento, no conociendo ni entendiendo lo que hacían.

A esta sazón llegó un mal indio que se decía Teopolicán, que era señor de la parte de aquel pueblo, y dijo a los indios que qué hacían con el apo, que por qué no le mataban que:

"Muerto ése que manda a los españoles, fácilmente mataremos a los que quedan". Y dióle con una lanza de las que dicho tengo y lo mató.

Y ansí pereció y acabó el venturoso gobernador, que hasta aquí cierto lo había sido en todo cuanto hasta este día emprendió y acometió. Y llevaron la cabeza a Tucapel e la pusieron en la puerta del señor principal en un palo, y otras dos cabezas con ella. Y teníanlas allí por grandeza, porque aquellos tres españoles habían sido los más valientes. Y contaban cosas del gobernador y de los dos españoles que habían hecho aquel día. Por no saber sus nombres no los pongo aquí, que cierto lo merecían según las hazañas que los indios decían de ellos.

No anduvieron las lanzas de los españoles aquel día tan perezosas, ni las espadas anduvieron tan botas de filos, que setecientos indios mataron. Y yo oí decir algunos indios que más. Y de esto me informé de yanaconas ladinos e indios que allí se hallaron y escaparon.

## CAPITULO CXVI

### *Que trata de la entrada de Joan Gómez de Puerén a Tocapel y del suceso*

Recebida la carta el Joan Gómez en que el gobernador le enviaba a mandar que el primer día de Pascua, como tengo dicho, entrase a Tocapel con la gente que pudiese. Allegado el día de Pascua quiso entrar e ir, como el gobernador se lo había mandado, y fue requerido de la gente que allí estaba no entrase, a causa del peligro que quedaba llevando él catorce

hombres. Y a esta causa se detuvo. E venida la noche, e viendo que no cumplía el mandato del gobernador y que él estará en Tocapel y él no había ido, cabalgó con sus catorce españoles. Caminó toda la noche y otro día, lunes segundo día de Pascua, fue a amanecer media legua de la casa de Tocapel, los cuales se apearon y dieron de comer a sus caballos, y maravillados de cómo no habían hallado ni veían señal de haber españoles.

Estando en esto les salió un yanacona, el cual era de los españoles que con el gobernador había ido e había estado escondido, y les dijo que qué hacían allí, que al gobernador y todos los cristianos habían muerto los indios una legua adelante de donde ellos estaban. E los españoles que andan en estas partes cursados en las cosas de los indios, pocas veces le dan crédito a lo que dicen. Y ellos no creyendo pudiese ser, salió una india que también se había escondido, y llorando llegó a ellos y les dijo que qué hacían, que "ayer mataron al apo y todos los cristianos que con él venían, que no escapó ninguno, y todos los yanaconas de servicio, si no eran los que se habían escondido".

Oído los españoles la india y que conformaba con el yanacona, diéronle crédito y cabalgaron en sus caballos. Y vieron venir la gente de guerra por todas partes. Y llegados los indios a ellos, se acaudillaron con todos catorce y arremetieron. Y como era tierra llana, los caballos tenían lugar para andar en todas partes y ligeramente entraban y sallan y peleaban con los indios como españoles que eran. Como la calor del sol les fatigaba y así anduvieron peleando todo el día, venidos a hora de vísperas se ayuntaron todos catorce, sin faltarles ninguno ni haberles muerto caballo en todo este tiempo. Y viéndose tan fatigados y los indios que les acosaban, aunque ellos habían muerto hartos, y viendo que la noche les venía cerca, acordaron de volverse a Puerén donde habían salido. Y puestos en camino y en huida y más españoles, según yo he visto en estas partes e aun me he hallado, huyendo son malos de acaudillar y aún peores de ordenar, porque no miran más de cada uno por sí, y no socorren a nadie, ni favorecen al amigo; puesto que tenían malos pasos, y en ellos gente de guerra que los guardaba, y como llegaban y pasaban estos pasos, a ninguna parte llegaban que no dejaban españoles en poder de los indios, de manera que al medio camino les habían muerto siete cristianos. Y al caudillo se le cansaba el caballo y quiso su ventura que fue en un monte, y viéndose en aquel peligro y el caballo cansado, se apeó y se metió por el monte. Y como venía la noche y ellos no caminaban perezosos, y como cada uno procuraba escaparse, no cuidaban por el caudillo y así se lo dejaron. Y llegados los indios que en su seguimiento venían, vieron el caballo, y considerando que estaría allí el español comenzaron a buscallo. Fue Dios servido que no lo hallaron. Venida la noche tomó el camino y escomenzó a caminar. Ya que amanecía llegó a vista de la casa de Puerén. Y los seis españoles que habían escapado llegaron a Puerén, y como los que estaban en la casa los vieron de aquella arte, algunos de ellos malheridos, no poco temor cobraron, e desmampararon la casa y se fueron a la ciudad Imperial, que está diez leguas de ella. Y antes que llegase Joan Gómez a la casa de Puerén vio que ardía, y salió a él un yanacona que era de los españoles que con él habían ido y le dijo:

"¡Oh, señor! que todos los cristianos se han ido de la casa y los indios de guerra están en ella, que no podemos pasar".

Y así se tornó a esconder y dijo al yanacona que fuese alcanzar a los españoles y les dijese cómo él venía allí. Y el yanacona le dijo que él iría. Y así caminó el yanacona sin que los indios le viesen y alcanzó a los españoles cuatro leguas de la casa, el cual les dijo cómo venía un cristiano. Y volvieron dos españoles a buscallo, andando por donde el yanacona les había dicho, y como no le topaban se querían volver, y acaso relinchó un caballo, el cual salió a ellos, y así le tomaron y se fueron a la Imperial. Quiero nombrar estos siete españoles que se escaparon que fue Joan Gómez, Gonzalo Hernández Buenaño, Gregorio de Castañeda, Luis Hernández de Córdoba, Joan Morán, Diego de Velgara, Joan de San Martín.

## CAPITULO CXVII

*Que trata de lo que hicieron los indios en el alzamiento habiendo muerto al gobernador y a todos los españoles que con él entraron*

Viéndose los indios tan victoriosos con los españoles, habiendo muerto cincuenta y un español, no pocos soberbios estaban, pareciéndoles que ya no había cristianos que los resistiesen. Hicieron una junta muy grande y vinieron todos los señores y principales de toda la tierra. Hicieron esta junta en el pueblo de Tocapel y allí hicieron grandes convites, y pareciéndoles que era necesario de nombrar un señor a quien obedeciese y les mandase en las cosas de la guerra de los españoles, y juntos estos señores, les pareció bien. Se levantaron Colocolo, que era señor de seis mil indios, y Pailaguala, que era señor de cinco mil indios, y Paicaví, señor de tres mil indios. Illecura, señor de más de tres mil indios, y Tocapel, señor de más de tres mil quinientos, y Teopolicán, señor de cuatro mil indios. Aillacura, señor de más de cinco mil indios. Todos estos señores que he dicho, había entre ellos gran diferencia, porque cada uno particularmente lo pretendía y había grandes desafíos.

Y viendo Millarapue, que era señor de más de seis mil indios, la discordia que había entre los demás señores y por ser viejo no pertenecía a él aquel cargo, llegado a ellos, les dijo que callasen y que les rogaba le oyesen. Y así lo hicieron. Y les habló en esta manera: "¿Cómo, hermanos y amigos, yendo como vamos y de victoria contra nuestros enemigos, y que los que quedan ya no son parte a resistir nuestras fuerzas, por qué permitís que haya entre nosotros discordias? Yo quiero dar mi parecer, porque ya no soy para otra cosa, si aprovechar".

Y mandó traer un trozo de palo grande y pesado, que bien tenía un indio que levantarlo del suelo. E díjoles que allí quería él ver las fuerzas de cada uno e no en los desafíos, y que el que más tiempo aquel trozo en los hombros trujese fuese general y de todos obedecido.

E todos los señores e indios dijeron que era buen parecer y así lo otorgaron que estarían por ello. Y el primero que tomó el trozo fue Manigalco y lo trujo seis horas. Y dejado lo tomó Colocolo y le trajo medio día. Y luego lo torno Pailaguala que lo trujo doce horas.

Y luego lo tomó Paicaví y lo trujo un día entero. Y dejado lo tomó Illacura y le trajo un día y casi media noche. Y dejado lo tomo Aillacura y le trajo un día y una noche. Y luego lo tomó Tocapel y le trajo día y medio. Y éste tenía cierto que había de ser general. E dejado lo tomó Teopolicán, indio dispuesto, membrudo e robusto e tuerto del ojo izquierdo, y trujo el trozo dos días y una noche.

Y visto por todos los señores, fueron espantados y maravillados de ver las fuerzas de Teopolicán y con la ligereza que traía aquel trozo tan pesado. Fue luego recibido por todos los señores indios de toda la tierra. Hizo sus capitanes. Hizo a Lautaro, el que tengo dicho que se pasó cuando mataron al gobernador, su general, y le dio tres mil indios, e no poco belicoso contra los españoles.

## CAPITULO CXVIII

*Que trata de cómo sabido en la Imperial del suceso e muerte del gobernador se hizo saber a Francisco de Villagran*

En este tiempo andaba Francisco de Villagran en el lago de Valdivia como tengo dicho, visitando aquella provincia, trayendo de paz aquellos naturales para poblar una ciudad. Sabido en la Imperial el suceso acontecido por los siete que se escaparon, despachó Pedro de Villagran cuatro de a caballo a hacerle saber el suceso y alteración de los naturales. Y llegado los cuatro de a caballo y entendido por Francisco de Villagran, se vino a la ciudad de Valdivia y llegado, fue el Cabildo a él, e le recibió por capitán general y justicia mayor, para que los tuviese debajo de su amparo.

E dejó el recaudo que convenía en aquella ciudad y se partió para la imperial. Y llegado, el Cabildo fue a él y le dijeron que convenía al servicio de Dios y de Su Majestad los tomase debajo de su amparo, para que los tuviese en justicia, y que para esto le querían recibir y recibieron por capitán general y justicia mayor. Y también lo recibió el Cabildo de Villarrica, que con el alteramiento, antes que Francisco de Villagran viniese a la Imperial, se habían despoblado e se habían recogido en la ciudad Imperial. Y también se habían recogido en ella otra villa que el gobernador había fundado, que se decía los Confines, como adelante diré de ella, porque los vecinos que allí eran sacados de la ciudad imperial e de la ciudad de la Concepción, e con el alzamiento de los indios, los vecinos que habían salido de la ciudad Imperial se volvieron a ella e los de la ciudad se recogieron a la Concepción, y de los que se hallaron en la Imperial de esta villa, recibieron a Francisco de Villagran como los demás cabildos.

Y recibido Francisco de Villagran por todos estos cabildos como tengo dicho, enviaba caudillos por todas partes a requerir los indios no se alterasen los que no se habían alterado. Y los indios que tomaban estos caudillos los traían a Francisco de Villagran, los cuales le decían que también habían llevado la ciudad de la Concepción y muertos todos los españoles. E informado el general de esto que los indios decían y creyendo que podría ser, acordó de ir a visitarla y saber si era verdad. Y antes que saliese fortaleció la ciudad Imperial y dejó por su teniente a Pedro de Villagran. Y dejando el recaudo que convenía,

tomó cincuenta de a caballo para ir a la ciudad de la Concepción. Envió a decir a los navíos que habían vuelto del estrecho se viniesen al puerto de la Concepción, porque él se partía para allá.

Llegó el general Francisco de Villagran a la ciudad de la Concepción a veintiséis de enero del año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro años, y el Cabildo de la ciudad lo recibió como los demás cabildos lo habían hecho. Y luego hizo copia de la gente que había y mandó aderezar diez piezas de artillería que había y todos los arcabuces, y despachó al capitán Diego Maldonado y a Joan Gómez a la ciudad de Santiago y despachos para el cabildo de ella, para que los recibiesen como las demás ciudades y cabildos lo habían hecho, porque convenía para la pacificación de la tierra y servicio de Su Majestad.

Llegados estos dos mensajeros a la ciudad de Santiago y dados los despachos al Cabildo de ella, le respondieron que no había lugar porque habían recibido por general a Rodrigo de Quiroga que estaba por teniente del gobernador, a causa que tenían por nueva de que arriba no había españoles, que todos los habían muerto los indios, y que para reparo de esta ciudad le habían recibido.

Y vuelto los mensajeros, e sabido por Francisco de Villagran la respuesta que el Cabildo de Santiago le enviaba, y que no le quería recibir, se apercibió para ir a pacificar la tierra y castigar a los naturales.

## CAPITULO CXIX

*Que trata de cómo salió Francisco de Villagran de la ciudad de la Concepción al castigo y pacificación de los naturales e del suceso y despoblación de la Concepción*

Viendo Francisco de Villagran los negocios y alteración de la tierra, y que los mensajeros que enviaba a los indios rebelados no volvían con respuesta, antes hacían alterar a los que no lo estaban, acordó salir a ellos. Y antes que saliese despachó un navío de los que habían venido de Valdivia con despachos de Su Majestad, haciéndole saber el suceso. Llevó estos despachos Gaspar Orense, vecino de la ciudad de Santiago. El otro navío envió a Valdivia.

Y despachado estos dos navíos, salió Francisco de Villagran de la Concepción, lunes a veinte y tres de febrero del año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro años, con ciento y sesenta soldados muy bien aderezados y seis piezas de artillería y treinta arcabuces, dejando en la ciudad ochenta hombres y por su teniente a Graviel de Villagran. E pasó el río de Bibio, y pasado este río de Bibio caminó con aquella orden que en semejantes tiempos se requiere, y llegó a un pueblo de Andalicán que está cinco leguas de la ciudad de la Concepción, donde se tomaban indios, de donde se informó el general cómo la gente de guerra le estaban esperando en un paso dos leguas de allí, y que allí le habían de esperar e dalle la batalla.

Salido de aquí el general, llegó a este paso que los indios le habían dicho y asentó gente al pie de él, en un pequeño llano que hace la playa de la mar, donde estuvo tres días aguardando los indios si venían a darle batalla. Y como no venían, pareciéndole que no estaban allí, pues no se habían mostrado ni aparecido. Este es un cerro grande de más de media legua de mala subida y encima de él hace una loma de poco compás de llano, e de la parte de la tierra muy montuosa e de malas quebradas y espesos cañaverales, e de la parte de la mar profundas y grandes quebradas, y al cabo de ella tiene una pequeña bajada. Y subió el general con su gente, y caminando por la loma, que es más de media legua, topaban el camino de una banda y otra de palizada y árboles hincados. Ya que iban a la bajada de este cerro, comenzaron los indios a salir de donde habían estado ocultos y a mostrarse a los españoles por todas partes, porque éstos son los sitios y campos que generalmente buscan estos indios, por amor de los caballos y aprovecharse más de los españoles.

Vistos por el general, acaudilló sus españoles en un pequeño compás, aunque de los caballos poco se podían aprovechar, a causa que tenían los indios cerca la acogida del monte, y asentaron su artillería y escomenzaron los arcabuceros a jugar y los caballos a acudir donde podían. Y así estuvieron gran rato peleando, e muchas veces desbarataban a los indios, y como tenían cerca la montaña, allí se rehacían y salían de refresco. Y el general andaba a todas partes favoreciendo adonde más necesidad había. Do vio un escuadrón que nunca se había podido desbaratar, arremetió a los indios y ellos le recibieron de tal manera que le derribaron y mataron al caballo. Y visto por ciertos españoles fue socorrido de Joan Sánchez Alvarado e Joan de Chica y Hernando de Medina. Estos socorrieron al general e quitado de poder de sus enemigos. E visto por el Hernando de Medina que el general estaba a pie y malherido, se apeó de su caballo y le hizo cabalgar al general. Cierta fue gran ánimo y liberalidad de soldado en semejante tiempo en dar su caballo al general, pues él perdió la vida por ello. Y escapado el general de esta aventura, no le faltaba el ánimo, porque a todas partes acudía, animando a sus españoles con palabras que le convidaban a ello.

Visto los indios que el artillería les hacía más daño, se acaudillaron y arremetieron con tran grande ímpetu y ánimo, que sin poder resistir los españoles, ganaron la artillería y mataron diez españoles. Y como el sol les fatigaba y el sitio era peligroso, y que estaban cansados y los caballos calmados a causa de haber peleado más de seis horas, e viendo el general que no eran parte para desbaratar aquella gente, y que bajar a lo llano corrían peligro por causa que les faltaba muchos españoles, y que abajo en el río había mucha gente de refresco, y que de allí a Arauco tenían dos leguas, y por parecer de sus capitanes, acordó retirarse.

Y viendo los indios que los españoles huían, cobraron tan grande ánimo. E como era el paso tan malo y los caballos llevaban cansados, e grandes quebradas y cada uno huía por donde quería, se despeñaban e iban a dar a mano de sus enemigos, donde eran hechos pedazos. E hicieron mucho daño los indios con aquellos lazos que tengo dicho. Y los comían, de manera que podremos decir que esta gente bárbara fueron sepulcro de aquestos españoles. Habíanles tomado los pasos y hecho grandes albarradas y puestas

gentes en ellas, e los iban siguiendo. El general en la retaguardia socorriendo y animándolos, y algunas veces rovolvía sobre los indios, sólo porque los españoles tuviesen lugar de andar.

Y andando legua y media toparon un paso con mucha gente y una fuerte albarrada, y allí los españoles se repararon, que ninguno quería hacer el camino temiendo de no quedar allí. Y visto por el general que los españoles se reparaban e que no pasaban adelante, se adelantó y llegó al albarrada, y como era animoso y esforzado, arremetió y la rompió y desbarató los indios e hizo camino. E pasaron los españoles e tornó a tomar la retaguardia, y hasta aquí le siguieron los indios.

Llegaron a Bibio a medianoche y mirando los españoles que iban, hallaron setenta y quedaron muertos noventa y más de tres mil piezas de servicio. Dio orden el general como pasasen los españoles e no quiso pasar él hasta que todos pasasen. Tardó ocho días en ir y volver estos setenta hombres que se habían escapado.

Llegaron a la Concepción lunes, muy malheridos ellos y sus caballos, desarmados, porque por venir a la ligera, las celadas echaban e las cotas les pesaban y muchos no traían espada. Y los que estaban en la ciudad eran viejos y enfermos y había pocos para la guerra. Y los que habían escapado venían espantados, y los que estaban en la ciudad no poco medrentados. Y cada uno procuraba escaparse. Y otro día por la mañana, martes segundo de marzo, se dio una arma en la ciudad, que los indios pasaban a Biobio, e luego la gente escomenzó a salir y a desmamparar la ciudad sin que fuese parte el general con amenazas ni palabras a detener la gente.

E visto el general que desmamparaban la ciudad, salió fuera en unas barcas que estaban en la playa. Hizo embarcar ciertas mujeres viudas e doncellas, e yo estuve con él hasta que se embarcó. E mandó traer de la iglesia el retablo y un crucifijo, y lo hizo meter en el barco e les envió se fuesen a Valparaíso, y él se quedó con catorce soldados hasta la postre e recogió la que pudo. E salió en la retaguardia y siempre vino con ella aviando y socorriendo a heridos y enfermos, proveyendo cabalgaduras a mujeres que venían a pie. Dos leguas de la ciudad de la Concepción hizo parar la gente e un día los juntó a todos los soldados, e juntos les dijo:

"Ya sabéis, amigos y señores, en el peligro en que quedan y están nuestros hermanos, los que están en la imperial y en la ciudad de Valdivia, y cuánta necesidad tienen de saber nuestro suceso, porque cierto es que los indios por tomarlos descuidados no se lo dirán ni avisarán. E para esto pido vuestras mercedes de parte de Su Majestad y de la mía les ruego, se junte quince o veinte de los que más en dispusición se sintieren, para ir a la ciudad imperial y socorrerla e darle el aviso de nuestro suceso, que en ello se hace gran servicio a Dios y a Su Majestad".

Y los que se ofrecieron a ir fueron hasta cinco o seis, porque todos los demás estaban desarmados y faltos de buenos caballos, porque para la jornada que habían de ir y el camino que habían de pasar, eran bien menester los caballos. Pues viendo el general que no se ofrecían más de aquellos países y que enviarlos iban en peligro, a causa de ser

pocos y larga la jornada y la tierra muy poblada y los indios rebelados, no quiso enviarlos.

Y viendo Joan de Chica que no había quien fuese a dar el aviso, se ofreció al general de ir él solo a pie, e que sería mejor que no aventurar quince hombres, porque él se daría mana como caminase de noche, escondiéndose de día, y que le diese las cartas y despachos, y que los llevaría con condición que le diese un repartimiento que él señalaría. Y el general se lo otorgó en nombre de Su Majestad.

Salió este soldado e caminó tres jornadas hasta el río de Niehuequetén y allí le mataron los indios. No se supo hasta que el general volvió con socorro. E despachado este soldado, se partió el general con la orden que hasta allí había traído para la ciudad de Santiago, e llegado, los vecinos recogieron los soldados e toda la gente.

## CAPITULO CXX

*Que trata de los puertos que descubrieron los navíos que envió el gobernador a descubrir el estrecho de Magallanes y en qué grados están*

En cuatro de noviembre de mil y quinientos y cincuenta y tres años, salió el armada que el gobernador don Pedro de Valdivia envió a descubrir el estrecho de Magallanes de la ciudad de Valdivia. Salida que fue esta armada, llegó a una bahía que tenía de boca ocho leguas y a la boca de ella tenía dos islas pequeñas y dentro otras islas pequeñas, que serían cinco o seis. En esta bahía entra y sale muy gran corriente con gran orgullo de mar. No tomamos puerto por causa de no perder el tiempo que teníamos para nuestro viaje. No vimos gente ninguna. Toda esta bahía es hondable que no le fallamos fondo y al parecer tenía buenos surgideros. Mas junto a tierra es tierra llana, aunque partes doblada, y tierra de montes claros y buen apariencia de tierra. Pasados que fuimos de esta bahía, caminamos un día y una noche, y otro día topamos una isla de hasta doce o quince leguas, de buen apariencia de tierra hasta legua y media de la tierra firme. No vimos si estaba poblada. Pusímosle por nombre San Martín.

Andando aquel día y aquella noche, hallamos entre otras, dos islas grandes, la una del tamaño de la pasada y la otra mayor y buen apariencia de tierra, con otras muchas islas junto a la tierra firme, las cuales pusimos por nombre las islas de Nuestra Señora de la O. Y queriendo tomar estas islas, no pudimos por sernos el tiempo contrario y dimos sobre otras tres que estaban cinco o seis leguas de la tierra firme. No quisimos surgir por la ruin apariencia que tenían, y así nos anduvimos sobre ella hasta otro día de mañana que se contaron doce del dicho mes, que dimos en un abran donde hacía un río o estero de media legua de ancho. Y subimos por él una legua sin hallar fondo y llegamos a una playa donde surgimos arrimados a las peñas en veinticinco brazas. Allí estuvimos tres días y tomamos agua y leña, y al tercero día mandó el capitán al piloto fuese en un batel el estero arriba a descubrir tierra. Y así fue y volvió aquel día, y halló que era isla en la que estábamos. Entramos por este barco adentro al este e sueste.



Y está este archipiélago en cuarenta y cinco grados. Y dígole archipiélago porque en poco término hay diez o doce islas y otras que no vimos por estar junto a tierra, y tienen sus entradas y salidas a la boca de este brazo. Tiene unas isletas de peña que se puede entrar por medio de ellas. Toda esta tierra que vimos es montuosa. Y no vimos gente, salvo que en una isla vimos unos ranchos pequeños y al parecer eran de gente pobre. Había papas y maíz. Tenía buen parecer de tierra. Hallamos una canoa hecha de tres tablas muy bien cosida, de veinte y cuatro o veinte y cinco pies y por las costuras tenían echado un betún que ellos hacen. Era a manera de lanzadera con las puntas muy grandes. De este puerto salimos domingo diez y nueve de noviembre del dicho año, y caminamos con buen tiempo, aluengo de tierra dos días, y luego topamos un ancón donde tomamos puerto y está en altura de cuarenta y seis grados y dos tercios. Es una tierra alta y un buen puerto limpio y hace una playuela pequeña. Y la tierra es muy poblada, porque vimos muchos humos y caminamos y hallamos mucho rastro de gente. Es tierra de árboles, laurel y acipreses y arrayán, y otras muchas hierbas de nuestra España, y la hierba como avena. Hay papas y maíz.

Estuvimos en este puerto ocho días. Aquí vimos una cueva muy grande con un pilar en medio hecho de la misma peña, que cabrían en ella más de mil hombres, y ranchos hechos al derredor con rastros de perros. Y pusímosle por nombre la cueva Infernal por su grandeza y pusimos por nombre a este puerto Santiesteban.

Salidos de este puerto fuimos nuestro viaje. Llegamos a una punta que sale dos leguas este ueste, en la cual entramos a tomar puerto y nos llegamos a tierra. Y hallamos una bahía que hace muchos puertos, en la cual hay muchos bajos encubiertos. Llegados a este puerto, envió el capitán por un estero arriba o río hasta dos leguas y media un batel, y hallaron una braza donde se juntan otros muchos esteros, y no quisieron pasar de aquí y se volvieron. Y no hallaron rastro de gente y no vieron sino sola una casa pequeña. Es tierra montuosa y fría. A este puerto pusimos por nombre los Puertos de Hernando Gallego, porque los descubrió él. Está en la altura de cuarenta y ocho grados y dos tercios.

Salimos de este puerto a seis de diciembre y seguimos nuestro viaje y llegamos día de nuestra Señora de la Concepción, que se contaron nueve de diciembre del año de mil y quinientos y cincuenta y tres. Llegamos a la boca del estrecho de Magallanes y estuvimos allí dos días por no nos aclarar el tiempo. Y aclarado el tiempo, se vio la boca del estrecho que tiene tres leguas de ancho. Tiene dos isletas pequeñas en medio y al lado del norte tiene unos farellones que parecen velas. A la banda del sur tiene una isla a manera de campana, y así se llama la isla de la Campana. Es montuosa y poblada de indios. Tienen sus casas cubiertas con cortezas de árboles y con cueros de lobos marinos. Y ellos desnudos y andan untados los cuerpos de lobos marinos y tresquilados. Toda la costa de la banda del sur es montuosa y de grandes peñascos altos. Está en altura de cincuenta y un grado y medio.

Entrados por la boca del estrecho, se caminó todo el día y a la noche se tomó puerto en una playuela en la costa, que se contaron doce del presente. Allí se quedó la nao capitana

por causa de habersele quebrado el antena con unas refriegas y el otro navío subió el estrecho arriba a trece del presente, y caminó hasta la noche y se arrimó a unas peñas, porque por medio no se halla fondo si no es llegándose muy junto a tierra. Y todos estos peñascos altos y de muy gran nieve. Hace frío y los días pequeños.

Otro día siguiente se caminaron hasta cuatro o cinco leguas, que no se pudo caminar más por las refriegas y aguaceros. Otro día sábado, se caminaron tres o cuatro leguas a causa de unas turbias con viento contrario y surgióse arrimados a unas peñas. Aquí se estuvo el domingo barloado a las peñas y otro día fue en la barca el piloto Graviel del Río a descubrir para acabarse de certificar del estrecho, el cual fue y descubrió volver el estrecho al este, por donde pareció claro ser el estrecho. Y dando la vuelta al este, el estrecho hace una anconada al ueste con un riachuelo y dos o tres playecillas de arena con apio en ellas. Halló unos ranchuelos de indios y halláronse unos dardos.

Digo esto y pongo por seña el apio y las playecillas para los que vinieren a navegallo. Todo esto que se entró por el estrecho tiene de ancho legua y media y dos y en partes más. En todo él hay abrigos donde se recoger. Fue y vino aquel día. De aquí se dio vuelta a dieciocho de diciembre para donde dejamos el otro navío. Llegamos otro día donde estaba por causa del buen tiempo y de aquí se volvieron los dos navíos a dar esta relación al gobernador don Pedro de Valdivia.

## CAPITULO CXXI

*Que trata de cómo llegado el general Francisco de Villagran a la ciudad de Santiago con toda la gente y de lo que allí hizo*

Llegado el general Francisco de Villagran a la ciudad de Santiago con la gente de la Concepción, que eran ciento y cincuenta hombres y más de cincuenta mujeres, entendió con el Cabildo en cómo lo recibiesen, pues las demás ciudades le habían recibido. El cabildo le respondió que acordarían en ello, y entrados en su acuerdo, acordaron de no le recibir, y la causa de ello fue por haber recibido a Rodrigo de Quiroga, como tengo dicho. Y cuando supieron las nuevas de la muerte del gobernador, sacaron un testamento que el gobernador don Pedro de Valdivia tenía en la caja de Su Majestad, el cual leído y visto por el Cabildo de esta ciudad, hallaron en él que dejaba después de sus días al general Gerónimo de Alderete para que tuviese en justicia la tierra, hasta tanto que Su Majestad proveyese, y en ausencia del general Gerónimo de Alderete, al capitán Francisco de Aguirre. Esto hizo por virtud de una provisión que del presidente Pedro de la Gasca tenía, y que pudiese señalar y dejar después de sus días a una persona. Y en esta sazón el general Gerónimo de Alderete estaba en España y Francisco de Aguirre estaba en la provincia de Tucumán, el cual había enviado preso a esta tierra a Joan Núñez de Prado, y para ello llevó provisión del gobernador, porque cuando Francisco de Villagran le dejó por teniente del gobernador don Pedro de Valdivia en la ciudad del Barco en la provincia de Tucumán, viendo que estaba en los límites de la gobernación de don Pedro de Valdivia, mudó la ciudad de la provincia de los jurís donde estaba Francisco de Aguirre. Y sabido por algunos amigos suyos en esta ciudad de

Santiago la cláusula del testamento, le escribieron cómo el gobernador le había dejado encumbrado en su testamento después de sus días. Cuando estas cartas le escribieron tenían que habían llevado las ciudades de arriba todas y muertos los españoles, y así se lo escribieron.

Vistas las cartas por Francisco de Aguirre y sabido el suceso del gobernador, dejando buen recaudo en aquella ciudad, se partió con sesenta hombres, que es ciento y ochenta leguas de esta ciudad de Santiago, el cual vino al valle del Copiapó porque es la entrada de aquellas provincias por allí. Y de allí vino a la ciudad de la Serena.

Visto y sabido por Francisco de Villagran la venida de Francisco de Aguirre y al efecto que venía, daba priesa al Cabildo que le recibiesen. Y lo mismo escribió Francisco de Aguirre al Cabildo, pues que Gerónimo de Alderete no estaba en la tierra. Y visto por el Cabildo que el uno y el otro pretendían mandar esta gobernación, respondieron que no había lugar. Y esto dijeron a Francisco de Villagran y lo mismo a Francisco de Aguirre. Tornó a escribir al Cabildo cómo él era venido de la provincia de los juríes a causa de la muerte del gobernador y que en un testamento que había dejado en esta ciudad en la caja de Su Majestad, le dejaba después de sus días en su lugar, hasta en tanto que Su Majestad proveyese otra cosa, o en su lugar, a la Audiencia Real de la ciudad de los Reyes. Vista la carta por el Cabildo le respondieron como de antes.

Y en este tiempo el general Francisco de Villagran, visto que no le recibían en esta ciudad, despachó un navío a la ciudad de Valdivia y a la Imperial con los soldados que en él pudo enviar, que fueron hasta treinta hombres, para darles aviso del suceso y cómo la tierra estaba. Y con este aviso se partió este navío del puerto de Valparaíso, y llegado que fue a la ciudad de Valdivia, dio los despachos que llevaba, por los cuales luego el teniente, que era allí por el general, despachó a la ciudad Imperial, haciendo saber lo que pasaba a Pedro de Villagran. E viendo Pedro de Villagran la necesidad que tenía de socorro, despachó un regidor para que viniese a la ciudad de Santiago, e de la ciudad de Valdivia vino otro regidor. E con ellos se partió el navío e vino a Valparaíso. E vinieron los regidores a la ciudad e dieron sus despachos.

E viendo que le pedían socorro e que él no podía darlo, e que no bastaban los requerimientos de los cabildos de todas las ciudades para que le recibiese el Cabildo de Santiago, y viendo la necesidad que las ciudades de arriba tenían y que él no era parte para sacar la gente para poder hacer aquel socorro que tan necesario era al servicio de Dios y de Su Majestad y bien de este reino, acordó en nombre de Su Majestad, repartir todos los indios que estaban vacos en ciento y cincuenta conquistadores, e para hacer mejor este socorro, requirió al Cabildo de esta ciudad le recibiese, porque convenía al servicio de Su Majestad, y que él quería ir con aquellos ciento y cincuenta hombres a socorrer las ciudades de arriba.

El Cabildo respondió que aquí estaban el licenciado Joan Gutiérrez de Altamirano y el licenciado Pedro de las Peñas, que eran letrados, y que lo que ellos dijese por su parecer que ellos estarían por ello. Y el general respondió que era contento y que cualquiera persona que ellos señalasen que fuese recibido, que él lo obedecería y estaría por ello.

Y con este acuerdo habló el Cabildo a los letrados para que diesen su parecer, quién tenía más justicia de ser recibido y se debía recibir. Francisco de Villagran e Francisco de Aguirre respondieron que eran contentos y los licenciados respondieron que eran contentos de dar su parecer, con tal condición que habían de estar en el puerto de Valparaíso metidos en un navío y que allí darían el parecer, para que el uno de ellos fuese en el navío a dar cuenta a la Audiencia Real de la ciudad de los Reyes y que el otro saldría con el parecer que diesen.

Visto por el Cabildo la respuesta de los letrados, acordaron que fuese así, yendo con el que fuese a dar cuenta uno de los del Cabildo. Y acordado en esto Francisco de Villagran y el Cabildo, le tomaron pleito homenaje que no iría ni vendría contra el parecer que los letrados diesen y él lo juro así.

Al letrado que iba a dar cuenta al Audiencia dieron cuatro mil y quinientos pesos y al que saliese con el parecer mil y quinientos pesos. Y así fueron a la mar los dos letrados, y embarcados en el navío y a punto de hacerse a la vela, dieron su parecer, e dado le cerraron, e salió con él Joan Gutiérrez Altamirano y el otro fue a dar cuenta con el regidor que fue Francisco de Riberos. Y luego se hizo el navío a la vela. E venido el parecer a la ciudad y entregado al Cabildo, estando presente Francisco de Villagran, e leído, el parecer que dieron fue que la tierra se estuviese como se estaba sin recibir a ninguno hasta pasados seis meses, y que si dentro de estos seis meses no viniese respuesta de la Audiencia Real, que recibiesen a Francisco de Villagran.

Y así visto y declarado lo que en el parecer decían, y viendo Francisco de Villagran el daño que la tierra recibía en no haber cabeza, y que se perdería, y que era servicio de Su Majestad, y que a él le habían de echar la culpa, hizo con el Cabildo que te recibiesen, porque así convenía al servicio de Dios y de Su Majestad y a la sustentación de este reino. Y ellos le respondieron que sí recibían, mas que le recibían por fuerza. Y así le recibieron, miércoles, a catorce de septiembre del año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro. No vinieron este año navíos a causa de la alteración de Francisco Hernández Girón, y a esta causa los letrados pusieron los seis meses, que era el tiempo que los navíos viniesen a esta gobernación.

Sabido por Francisco de Aguirre el parecer que los letrados habían dado y cómo se había hecho recibir Francisco de Villagran, despachó seis hombres por tierra al Audiencia Real de la ciudad de los Reyes con el traslado del testamento de don Pedro de Valdivia. Visto el general que los regidores que habían venido de los cabildos de arriba le daban priesa que fuese a socorrer aquellas ciudades, porque las dejaba en gran necesidad, y que los indios habían llegado legua y media de la ciudad Imperial para dar en ellos, e que fue Nuestro Señor servido no dieron, antes se volvieron a sus tierras, acordó de ir las a socorrer. Y para ello sacó de la caja de Su Majestad de la ciudad de Santiago cincuenta mil pesos, aunque algunos se lo tuvieron a mal, no entendiendo el servicio que en ello se hacía a Dios y a Su Majestad y a la sustentación de este reino. Esto hizo el general, teniendo atención que Su Majestad se lo tendría en servicio.

## CAPITULO CXXII

*Que trata de lo que hizo Pedro de Villagran en la ciudad Imperial y de cómo salió a un fuerte y de lo que le sucedió*

Ya tengo dicho cómo los indios de guerra de la costa de la mar llegaron legua y media de la ciudad Imperial, y de cómo se volvieron sin efectuar el propósito que traían, a causa de no querer los de la comarca de la ciudad ayudarles. Mas la causa de su vuelta fue que llamaron a ciertos hechiceros, ya tengo dicho cómo éstos son tenidos entre ellos, y les preguntaron que les dijese si irían sobre los cristianos, y que mirasen si les sucedería bien. Y ellos le respondieron que esperasen.

Y juntáronse estos hechiceros y miraron en sus abusiones, y como son tan agoreros, tomaron un león de los que hay en esta tierra, que son pardos pequeños, y lleváronlo donde estaba la gente de guerra. Y mandáronlos poner en orden y les dijeron que si aquel león se les iba, que se volviesen porque les iría mal con los cristianos, y si le matasen, que seguramente podían ir. Y suelto el león lo procuraron de matar, más fue Dios servido se les escapase, porque cierto, si no socorriera con su misericordia y fueran los indios a la ciudad, pusieran en gran trabajo a los españoles. Y así se deshizo esta junta y se volvieron a sus tierras.

Pues visto por los señores y principales de la comarca de la ciudad imperial que los indios de la costa se habían vuelto a sus tierras, y el daño que habían hecho a Francisco de Villagran, y cómo se había despoblado la ciudad de la Concepción, acordaron alzarse y hacer el daño que pudiesen a los españoles. Y en un pueblo que se dice Reinaco todos los de aquella comarca hicieron un fuerte, y que metidos allí sus mujeres e hijos, ellos irían a correr la tierra, y que ya que no hiciesen daño en los cristianos, la harían en los indios que sirviesen.

Y sabido por Pedro de Villagran, se informó del fuerte y cómo cada día se iban allegando más y convidaban a los que quisiesen ir a él. Y viendo Pedro de Villagran que al presente no tenían socorro, sino el de Dios, y que el fuerte estaba doce leguas de la ciudad hacia la cordillera nevada, y aunque salido él quedaba la ciudad en peligro, acordó, encomendándose a Dios nuestro Señor, salir a ellos con sesenta hombres.

Salió de la ciudad a diez días del mes de junio de mil y quinientos y cincuenta y cuatro años y llegó al fuerte, el cual estaba en un cerro alto, y por la falda de él corría un pequeño río por hacia la banda del sur. Y toda esta parte de este cerro era montuosa de espesos cañaverales y por la otra parte tenía grandes peñas y muy fuertes. Y por un lado de este cerro era raso aunque peligroso de subir, y en este raso llegó Pedro de Villagran. En el alto de este cerro hacía un llano. Y todo este llano estaba por partes muy fuerte palizada, porque donde no la había, la peña lo tenía fortalecido. Y aquí tenían hechas sus casas, donde tenían sus hijos y mujeres.

Visto por Pedro de Villagran y reconocido el sitio, les hizo acometimiento de subir. Luego los indios escomenzaron tocar sus cornetas y a dar grita y acometer, que salían del

fuerte e se ponían en partes donde podían flechar. Y viendo Pedro de Villagran que aquella subida era peligrosa y que todos los indios estaban en aquella frontera, mandó secretamente diez peones arcabuceros que fuesen secretos por aquel monte hasta la otra cuchilla del cerro, y que por todas vías hiciesen por subir al fuerte, porque él subiría por la otra parte a favorecerlos.

Idos hacia el fuerte los diez de a pie, llegaron al cerro, donde hallaron una pequeña senda que los indios tenían para su servicio, por donde subieron sin ser vistos de los indios hasta que llegaron a la palizada. Y viéndose en lo alto, acometieron a la palizada, y como había poca defensa a causa de estar toda la gente haciendo rostro al maestro de campo, pelearon con los indios que les defendían, de manera que entraron dentro.

Pues ida la nueva a la gente que defendía la subida al maestre de campo, y viendo por todas partes les daban los españoles, acudía gente a defender los fuertes. Y viéndose ellos dentro del fuerte, con los arcabuces que llevaban y las espadas defendíanse tan bien que daban en qué entender a los indios. Y a esta sazón Pedro de Villagran estaba en la palizada, y como sintió el murmullo de los indios de como se dividían, entendió que los diez españoles estaban ya en lo alto y que tenían necesidad de socorro. Rompió con gran ímpetu que desbarató los indios y entró en el fuerte y socorrió los diez españoles.

Y viendo los indios que no lo podían resestir, como no tenían huida, se despeñaban de lo más agro, y echábanse con tan lindo ánimo que muchos se hacían pedazos. Y querían más morir de esta manera que no verse en poder de los españoles. Ansí desbarató este fuerte. Murieron más de ochocientas ánimas y perdióse gran cantidad. Y de los indios que se prendieron castigó Pedro de Villagran, cortándoles las narices a unos y a otros las manos, que los demás escarmentasen. Y hecho esto se volvió a la ciudad, donde fue bien recibido.

### CAPITULO CXXIII

*Que trata de otro fuerte que fue a desbaratar Pedro de Villagran y de lo que ende le sucedió*

Estando Pedro de Villagran y los españoles que en la ciudad imperial estaban en el trabajo acostumbrado, porque no se desarmaban de noche ni de día, ni los caballos se desensillaban, a causa de que cada día les daban arma los indios que en una fuerza estaban, legua y media de la ciudad en una laguna, la cual tenía dentro islas. Y todos los indios de la comarca de esta laguna recogieron sus hijos e mujeres, y lo metieron en una isla que estaba en esta laguna, considerando que allí lo tendrían seguro y que ellos saldrían en canoas a hacer el daño que pudiesen, y que si acaso fuesen cristianos a ellos, metiéndose en su isla, no podían los españoles entrarles, y que harían que no le sirviesen ningunos indios, y que viendo los españoles que no tenían quien les sirviese, se irían e les dejarían sus tierras. Y ansí les corrían y llegaban cerca de la ciudad e les mataban las piezas de servicio, y hacían el daño que podían y amenazaban a los indios y principales que servían y estaban de paz.

Pues viendo Pedro de Villagran el gran desasosiego que de aquellos indios recibían, determinó de salir con cincuenta y cinco hombres. Y salió miércoles, a veinte y seis de julio del año de mil y quinientos y cincuenta e cuatro años. Y antes que saliese recogió todas las canoas que pudo y mandó a veinte de a pie fuesen en ellas por el río abajo hasta la boca de la laguna, costa de la mar, y que él iría por la otra parte del río para defender de los indios que saliesen a ellos. Los que fueron en las canoas fueron amanecer a la boca del río, costa de la mar, donde entra el río de Cautén. Pedro de Villagran durmió de la otra banda del río de Cautén, una legua de la ciudad.

Visto los indios que no había más españoles que iban en las canoas, salieron hasta seiscientos indios y dieron en los españoles, a los cuales hicieron huir en las mismas canoas por el río arriba, yendo los indios por la orilla del río siguiendo a los españoles. En esta sazón asomó Pedro de Villagran con la gente de a caballo, y visto por los indios se escomenzaron a retirar hacia su fuerte, y no fueron tan ligeramente que los caballos no alcanzaron algunos antes que se metiesen en las canoas. Quedaron más de ciento muertos. Luego mandó volver las canoas y sacar a tierra, y con amigos que llevaba las mandó llevar hasta el desaguadero de aquella laguna, que de donde sacaron las canoas hasta el desaguadero de esta alaguna hay media legua por junto a la mar. Tardaron en llevarse estas canoas dos días, a causa de las llevar arrastrando y haber poca gente que las llevase.

Llegadas las canoas, las mandó echar en el río que desaguaba de la laguna. Y luego los indios se pusieron a la otra parte en defensa y flechaban. Y otro día mandó el capitán Pedro de Villagran a un caudillo, fuese con las canoas con veinte españoles por el desaguadero de la laguna y también envió a otro caudillo con catorce de a caballo, pasase de la otra banda y fuese haciendo espaldas a las canoas. Y él fue con la demás gente a orilla de la alaguna a vista de la isla. Las canoas no pudieron llegar aquel día a causa de las muchas canoas de los indios de guerra que salían a pelear con ellos, sino quedáronse aquella noche de la otra parte por donde iban los catorce de a caballo.

Otro día de mañana allegaron las canoas a vista de la isla, los cuales encontraron muchas canoas que pasaban gente a la isla, y mataron aquel día algunos indios y tomáronse ciertas canoas. Viendo Pedro de Villagran el suceso de las canoas, les hizo seña que viniesen donde él estaba, y ansí vinieron. Y mandó entrar diez españoles más en las canoas, que por todas eran treinta, y que fuesen a la isla, y que desembarcasen, y que peleasen con los indios como españoles que eran e hiciesen por desbaratarlos. Idas las canoas y llegados cerca de la isla, salieron y se pusieron en defensa tres escuadrones de indios. Y visto por el caudillo que iban en las canoas la gente que estaba, mandó que diesen vuelta a la isla para descubrir si había más gente. E visto por el caudillo esto, acordaron de no acometer sino volver a dar aviso al capitán y decille lo que había en la isla, y cómo iban pocos españoles para acometer tanta cantidad de gente. Y dado el aviso a Pedro de Villagran, otro día siguiente mandó a doce españoles llevasen las canoas a una parte de la tierra firme que más cerca de la isla estaba, y que él se iba allá con la demás gente.

Idas las canoas para ir aquella punta que tengo dicho, pasaron por junto a la isla y vieron estar cincuenta indios, y que no parecían más a causa de estar ocultos. Parecióle al caudillo que iba en las canoas con los doce españoles que aquella noche se habían huido los indios y acometió a los cincuenta indios. Visto los indios que las canoas iban a ellos, ellos mismos se metían en el agua para los recibir. Pelearon los indios de tal manera que les tomaron una canoa a los españoles, hirieron algunos muy mal. Ya Pedro de Villagran estaba en esta sazón en la punta de la isla, y viendo que los españoles andaban envueltos con los indios, no poco enojado, mandó que llamasen a los de las canoas. Y así se retiraron las canoas y se fueron a donde Pedro de Villagran estaba.

#### CAPITULO CXXIV

*Que trata de la orden que el capitán Pedro de Villagran dio para entrar en la isla y de cómo fueron los indios desbaratados*

Llegadas las canoas adonde Pedro de Villagran estaba, recibió muy grande enojo de ver que habían acometido a los indios y tenía gran pena de ver malheridos algunos españoles. Luego mandó que llevasen cuatro caballos ensillados y que fuesen nadando hasta donde tomasen pie, y que luego cabalgasen sus dueños y saliesen en tierra para que hiciesen lugar a las canoas para que la gente de cristianos saliesen en tierra.

Llegadas las canoas a la isla, y en tomando pie los caballos, cabalgaron sus dueños. Había en la entrada cien indios que se les defendían y los tres de a caballo cabalgaron, porque el otro caballo se soltó, que los indios les daban en qué entender. Aunque andaban los de a caballo entre ramas luego fueron desbaratados los indios y se retiraron donde estaba la demás gente, los cuales estaban en una ciénaga que al pie de la loma que tengo dicho estaba. Y los que iban huyendo tapaban indios que les iban a socorrer y aún defendían la entrada a los españoles. Y viendo que los españoles estaban muy a tierra, se volvían la demás gente, los cuales se habían rehecho en la playa, teniendo aquella laguna por delante, y tenían a sus hijos y mujeres por las espaldas.

Llegados los españoles adonde estaban los indios, escomenzaron los indios a pelear tan animosamente. Era por dos cosas, que lo primero era que no tenían huida, y la otra por tener sus hijos e mujeres allí y que no las tenían seguras. Y los españoles, que en semejantes tiempos no les suele faltar ánimo, pelearon con los indios más de dos horas grandes, y como los arcabuces y los filos de las espadas de los españoles no andaban perezosos, llevaron los cristianos a los indios hasta la laguna. Y no pudiendo resestir la fuerza de los cristianos, écharonse a nado, pensando escapar por allí las vidas. Y como había por donde ellos iban nadando a la tierra más cercana una legua y media, yendo en el camino y engolfados, y como se venía la tarde, levantóse un viento y tempestad furiosa que levantó las olas de la laguna que parecía mar. Y como iban cansados, se ahogaron todos, que fue una lástima muy grande de ver tantos cuerpos sobreaguados y echados por aquella playa de la laguna, que ahogados y muertos, así de españoles, fueron más de dos



mil ánimas. Salieron doce españoles muy malheridos. Esta laguna tiene más de seis leguas de torno. Tiene esta isla que tengo dicho dentro otras dos pequeñas. Está media legua de la mar y legua y media de la ciudad Imperial.

Y habida esta victoria, Pedro de Villagran se volvió a la ciudad. Fue tanto el miedo que los indios cobraron que no fue poco provecho. Y así, en este ejercicio acostumbrado y con el buen capitán que aquella ciudad tenía se sustentaban los naturales. Y así, en saliendo de juntas y fuerzas, salía Pedro de Villagran con sus compañeros y los desbarataba y no los dejaba juntar. Y de esta suerte temían tanto a los españoles que los llamaban "los cristianos de Cautén".

Y desde aquí adelante escomenzaron a comerse que hasta aquí no lo habían hecho, que los españoles lo supiesen. Y así donde salían españoles, hallaban cuartos de carne de indios e indias como carnicería, como tengo dicho, porque había algunos principales que se juntaban con sesenta o setenta indios y su ejercicio era andar por los caminos en tomar gentes para comer. Y a las que llegaban, no dejaban chico ni grande que no mataban, que era lástima de ver la destrucción que entre estos bárbaros había.

Estando Pedro de Villagran en esta sustentación, y cada día salían a correr la tierra, supo cómo en los puertos de Peltacaví había muy gran junta de indios y que habían hecho un fuerte, y habían llegado a él catorce españoles, y que los habían hecho retirar los indios. Estaba diez leguas de la ciudad.

## CAPITULO CXXV

*Que trata de cómo salió Pedro de Villagran para Peltacaví, adonde estaba un fuerte de indios, y de cómo los desbarató*

Viéndose Pedro de Villagran tan venturoso, e informado de este fuerte, y como Dios nuestro Señor le había ayudado en lo demás, y encomendándose a su bendita Madre, confiado que así le ayudaría en lo demás como hasta allí le había ayudado, salió con cincuenta hombres, lunes a veinte y ocho de agosto de mil quinientos y cincuenta y cuatro. Y llegado y reconocido el fuerte y sitio en que los indios estaban, se puso en una parte donde más raso estaba. E visto por los indios, escomenzaron a hacer aquello que acostumbran: a tocar las cornetas y hacer los fieros y dar grandes voces.

Estaba este fuerte en medio de un grande y espeso monte de muy grandes malezas. Corría un hondable estero por junto a él que casi le cercaba y de esta banda estaba Pedro de Villagran con su gente. Tenía una gran plaza y junto a la orilla del río, que era raso, tenían una gruesa y fuerte trinchera hecha de palos, que tomaba desde el monte todo el raso, sin puerta. Y adelante, dejando otro compás de llano en largo, estaba otra trinchera, la cual llegaba a entrambas partes y se juntaba al monte con una puerta casi al cabo. Y más adelante, dejando otro compás en largo, iba de monte a monte otra paliza con una puerta en medio, la cual tapaba otra pequeña palizada. Y de la otra parte había otra gran plaza donde tenían sus casas y mujeres e hijos, cercado de montaña espesísima. Estos

compases que había de las palizadas estaban llenos de hoyos. De esta causa no había sino caminos por donde ellos andaban.

Viendo Pedro de Villagran el peligroso fuerte, escomenzaba y hacía que quería pasar, y los indios salían al compás que había de la palizada a riberas del estero y de allí flechaban a los españoles. Y viendo Pedro de Villagran que toda la gente de guerra, o casi la más, estaba en aquella frontera mandó a doce españoles de a pie fuesen por aquel monte adentro, porque si los indios caminaban había de ser por aquella espesura del monte, y que por donde pudiesen allegar al fuerte, hiciesen por entrar, porque él, en sintiendo ruido dentro, se arrojaría con los de a caballo, y a nado pasaría el estero y entraría a los favorecer.

Pues idos los doce españoles por el monte adentro, aunque con trabajo, llegaron a una senda que los indios tenían para su servicio, y toparon piezas que les metían hasta la plaza que tengo dicho, donde tenían las casas. Y éstos fueron dentro sin ser sentidos. Luego les salieron los que estaban guardando las mujeres e hijos y pelearon con ellos. Ida la nueva a la gente que estaba con los otros españoles, que van entrando por otra parte españoles, escomenzáronse a dividir y haber gran ruido entre ellos.

Y viendo el maestre de campo que los indios se dividían, consideró que los españoles estaban dentro e que habían menester socorro. Se echaron a nado con los caballos, y pasaron el estero y rompieron por una parte de la palizada. Entraron dentro a pesar de los indios, aunque algunos caballos caían en los hoyos, más solamente se hirió un caballo. Y así socorrieron a los doce españoles, que no poco menester lo habían cuando llegaron, porque como sea gente de pie, atrévense más los indios que no a los de a caballo. Y así acordaron los indios de desmamparar el fuerte y meterse por aquellas espesuras de monte. Y así fueron desbaratados y los españoles quedaron por señores del fuerte. Con esta buena diligencia y maña que Pedro de Villagran se daba, sustentó aquella ciudad todo el tiempo que estuvo, aunque el trabajo del invierno era grande.

## CAPITULO CXVI

### *Que trata de la entrada de Joan Gómez de Puerén a Tocapel y del suceso*

Recebida la carta el Joan Gómez en que el gobernador le enviaba a mandar que el primer día de Pascua, como tengo dicho, entrase a Tocapel con la gente que pudiese. Allegado el día de Pascua quiso entrar e ir, como el gobernador se lo había mandado, y fue requerido de la gente que allí estaba no entrase, a causa del peligro que quedaba llevando él catorce hombres. Y a esta causa se detuvo. E venida la noche, e viendo que no cumplía el mandato del gobernador y que él estará en Tocapel y él no había ido, cabalgó con sus catorce españoles. Caminó toda la noche y otro día, lunes segundo día de Pascua, fue a amanecer media legua de la casa de Tocapel, los cuales se apearon y dieron de comer a sus caballos, y maravillados de cómo no habían hallado ni veían señal de haber españoles.

Estando en esto les salió un yanacona, el cual era de los españoles que con el gobernador había ido e había estado escondido, y les dijo que qué hacían allí, que al gobernador y todos los cristianos habían muerto los indios una legua adelante de donde ellos estaban. E los españoles que andan en estas partes cursados en las cosas de los indios, pocas veces le dan crédito a lo que dicen. Y ellos no creyendo pudiese ser, salió una india que también se había escondido, y llorando llegó a ellos y les dijo que qué hacían, que "ayer mataron al apo y todos los cristianos que con él venían, que no escapó ninguno, y todos los yanaconas de servicio, si no eran los que se habían escondido".

Oído los españoles la india y que conformaba con el yanacona, diéronle crédito y cabalgaron en sus caballos. Y vieron venir la gente de guerra por todas partes. Y llegados los indios a ellos, se acaudillaron con todos catorce y arremetieron. Y como era tierra llana, los caballos tenían lugar para andar en todas partes y ligeramente entraban y sallan y peleaban con los indios como españoles que eran. Como la calor del sol les fatigaba y así anduvieron peleando todo el día, venidos a hora de vísperas se ayuntaron todos catorce, sin faltarles ninguno ni haberles muerto caballo en todo este tiempo.

Y viéndose tan fatigados y los indios que les acosaban, aunque ellos habían muerto hartos, y viendo que la noche les venía cerca, acordaron de volverse a Puerén donde habían salido. Y puestos en camino y en huida y más españoles, según yo he visto en estas partes e aun me he hallado, huyendo son malos de acaudillar y aún peores de ordenar, porque no miran más de cada uno por sí, y no socorren a nadie, ni favorecen al amigo; puesto que tenían malos pasos, y en ellos gente de guerra que los guardaba, y como llegaban y pasaban estos pasos, a ninguna parte llegaban que no dejaban españoles en poder de los indios, de manera que al medio camino les habían muerto siete cristianos. Y al caudillo se le cansaba el caballo y quiso su ventura que fue en un monte, y viéndose en aquel peligro y el caballo cansado, se apeó y se metió por el monte. Y como venía la noche y ellos no caminaban perezosos, y como cada uno procuraba escaparse, no cuidaban por el caudillo y así se lo dejaron. Y llegados los indios que en su seguimiento venían, vieron el caballo, y considerando que estaría allí el español comenzaron a buscallo. Fue Dios servido que no lo hallaron. Venida la noche tomó el camino y escomenzó a caminar. Ya que amanecía llegó a vista de la casa de Puerén. Y los seis españoles que habían escapado llegaron a Puerén, y como los que estaban en la casa los vieron de aquella arte, algunos de ellos malheridos, no poco temor cobraron, e desmampararon la casa y se fueron a la ciudad Imperial, que está diez leguas de ella. Y antes que llegase Joan Gómez a la casa de Puerén vio que ardía, y salió a él un yanacona que era de los españoles que con él habían ido y le dijo:

"¡Oh, señor! que todos los cristianos se han ido de la casa y los indios de guerra están en ella, que no podemos pasar".

Y así se tornó a esconder y dijo al yanacona que fuese alcanzar a los españoles y les dijese cómo él venía allí. Y el yanacona le dijo que él iría. Y así caminó el yanacona sin que los indios le viesen y alcanzó a los españoles cuatro leguas de la casa, el cual les dijo cómo venía un cristiano. Y volvieron dos españoles a buscallo, andando por donde el

yanacona les había dicho, y como no le topaban se querían volver, y acaso relinchó un caballo, el cual salió a ellos, y así le tomaron y se fueron a la Imperial. Quiero nombrar estos siete españoles que se escaparon que fue Joan Gómez, Gonzalo Hernández Buenaños, Gregorio de Castañeda, Luis Hernández de Córdoba, Joan Morán, Diego de Velgara, Joan de San Martín.

## CAPITULO CXVII

*Que trata de lo que hicieron los indios en el alzamiento habiendo muerto al gobernador y a todos los españoles que con él entraron*

Viéndose los indios tan victoriosos con los españoles, habiendo muerto cincuenta y un español, no pocos soberbios estaban, pareciéndoles que ya no había cristianos que los resistiesen. Hicieron una junta muy grande y vinieron todos los señores y principales de toda la tierra. Hicieron esta junta en el pueblo de Tocapel y allí hicieron grandes convites, y pareciéndoles que era necesario de nombrar un señor a quien obedeciese y les mandase en las cosas de la guerra de los españoles, y juntos estos señores, les pareció bien. Se levantaron Colocolo, que era señor de seis mil indios, y Pailaguala, que era señor de cinco mil indios, y Paicaví, señor de tres mil indios. Illecura, señor de más de tres mil indios, y Tocapel, señor de más de tres mil quinientos, y Teopolicán, señor de cuatro mil indios. Aillacura, señor de más de cinco mil indios. Todos estos señores que he dicho, había entre ellos gran diferencia, porque cada uno particularmente lo pretendía y había grandes desafíos.

Y viendo Millarapue, que era señor de más de seis mil indios, la discordia que había entre los demás señores y por ser viejo no pertenecía a él aquel cargo, llegado a ellos, les dijo que callasen y que les rogaba le oyesen. Y así lo hicieron. Y les habló en esta manera: "¿Cómo, hermanos y amigos, yendo como vamos y de victoria contra nuestros enemigos, y que los que quedan ya no son parte a resistir nuestras fuerzas, por qué permitís que haya entre nosotros discordias? Yo quiero dar mi parecer, porque ya no soy para otra cosa, si aprovechar".

Y mandó traer un trozo de palo grande y pesado, que bien tenía un indio que levantarlo del suelo. E díjoles que allí quería él ver las fuerzas de cada uno e no en los desafíos, y que el que más tiempo aquel trozo en los hombros trujese fuese general y de todos obedecido.

E todos los señores e indios dijeron que era buen parecer y así lo otorgaron que estarían por ello. Y el primero que tomó el trozo fue Manigalco y lo trujo seis horas. Y dejado lo tomó Colocolo y le trajo medio día. Y luego lo torno Pailaguala que lo trujo doce horas. Y luego lo tomó Paicaví y lo trujo un día entero. Y dejado lo tomó Aillacura y le trajo un día y casi media noche. Y dejado lo tomó Tocapel y le trajo un día y una noche. Y luego lo tomó Teopolicán, indio dispuesto, membrudo e robusto e tuerto del ojo izquierdo, y trujo el trozo dos días y una noche.

Y visto por todos los señores, fueron espantados y maravillados de ver las fuerzas de Teopolicán y con la ligereza que traía aquel trozo tan pesado. Fue luego recibido por todos los señores indios de toda la tierra. Hizo sus capitanes. Hizo a Lautaro, el que tengo dicho que se pasó cuando mataron al gobernador, su general, y le dio tres mil indios, e no poco belicoso contra los españoles.

## CAPITULO CXVIII

*Que trata de cómo sabido en la Imperial del suceso e muerte del gobernador se hizo saber a Francisco de Villagran*

En este tiempo andaba Francisco de Villagran en el lago de Valdivia como tengo dicho, visitando aquella provincia, trayendo de paz aquellos naturales para poblar una ciudad. Sabido en la Imperial el suceso acontecido por los siete que se escaparon, despachó Pedro de Villagran cuatro de a caballo a hacerle saber el suceso y alteración de los naturales. Y llegado los cuatro de a caballo y entendido por Francisco de Villagran, se vino a la ciudad de Valdivia y llegado, fue el Cabildo a él, e le recibió por capitán general y justicia mayor, para que los tuviese debajo de su amparo.

E dejó el recaudo que convenía en aquella ciudad y se partió para la imperial. Y llegado, el Cabildo fue a él y le dijeron que convenía al servicio de Dios y de Su Majestad los tomase debajo de su amparo, para que los tuviese en justicia, y que para esto le querían recibir y recibieron por capitán general y justicia mayor. Y también lo recibió el Cabildo de Villarrica, que con el alteramiento, antes que Francisco de Villagran viniese a la Imperial, se habían despoblado e se habían recogido en la ciudad Imperial. Y también se habían recogido en ella otra villa que el gobernador había fundado, que se decía los Confines, como adelante diré de ella, porque los vecinos que allí eran sacados de la ciudad imperial e de la ciudad de la Concepción, e con el alzamiento de los indios, los vecinos que habían salido de la ciudad Imperial se volvieron a ella e los de la ciudad se recogieron a la Concepción, y de los que se hallaron en la Imperial de esta villa, recibieron a Francisco de Villagran como los demás cabildos.

Y recebido Francisco de Villagran por todos estos cabildos como tengo dicho, enviaba caudillos por todas partes a requerir los indios no se alterasen los que no se habían alterado. Y los indios que tomaban estos caudillos los traían a Francisco de Villagran, los cuales le decían que también habían llevado la ciudad de la Concepción y muertos todos los españoles. E informado el general de esto que los indios decían y creyendo que podría ser, acordó de ir a visitarla y saber si era verdad. Y antes que saliese fortaleció la ciudad Imperial y dejó por su teniente a Pedro de Villagran. Y dejando el recaudo que convenía, tomó cincuenta de a caballo para ir a la ciudad de la Concepción. Envió a decir a los navíos que habían vuelto del estrecho se viniesen al puerto de la Concepción, porque él se partía para allá.

Llegó el general Francisco de Villagran a la ciudad de la Concepción a veintiséis de

enero del año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro años, y el Cabildo de la ciudad lo recibió como los demás cabildos lo habían hecho. Y luego hizo copia de la gente que había y mandó aderezar diez piezas de artillería que había y todos los arcabuces, y despachó al capitán Diego Maldonado y a Joan Gómez a la ciudad de Santiago y despachos para el cabildo de ella, para que los recibiesen como las demás ciudades y cabildos lo habían hecho, porque convenía para la pacificación de la tierra y servicio de Su Majestad.

Llegados estos dos mensajeros a la ciudad de Santiago y dados los despachos al Cabildo de ella, le respondieron que no había lugar porque habían recibido por general a Rodrigo de Quiroga que estaba por teniente del gobernador, a causa que tenían por nueva de que arriba no había españoles, que todos los habían muerto los indios, y que para reparo de esta ciudad le habían recibido.

Y vuelto los mensajeros, e sabido por Francisco de Villagran la respuesta que el Cabildo de Santiago le enviaba, y que no le quería recibir, se apercibió para ir a pacificar la tierra y castigar a los naturales.

## CAPITULO CXIX

*Que trata de cómo salió Francisco de Villagran de la ciudad de la Concepción al castigo y pacificación de los naturales e del suceso y despoblación de la Concepción*

Viendo Francisco de Villagran los negocios y alteración de la tierra, y que los mensajeros que enviaba a los indios rebelados no volvían con respuesta, antes hacían alterar a los que no lo estaban, acordó salir a ellos. Y antes que saliese despachó un navío de los que habían venido de Valdivia con despachos de Su Majestad, haciéndole saber el suceso. Llevó estos despachos Gaspar Orense, vecino de la ciudad de Santiago. El otro navío envió a Valdivia.

Y despachado estos dos navíos, salió Francisco de Villagran de la Concepción, lunes a veinte y tres de febrero del año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro años, con ciento y sesenta soldados muy bien aderezados y seis piezas de artillería y treinta arcabuces, dejando en la ciudad ochenta hombres y por su teniente a Graviel de Villagran. E pasó el río de Bibio, y pasado este río de Bibio caminó con aquella orden que en semejantes tiempos se requiere, y llegó a un pueblo de Andalicán que está cinco leguas de la ciudad de la Concepción, donde se tomaban indios, de donde se informó el general cómo la gente de guerra le estaban esperando en un paso dos leguas de allí, y que allí le habían de esperar e dalle la batalla.

Salido de aquí el general, llegó a este paso que los indios le habían dicho y asentó gente al pie de él, en un pequeño llano que hace la playa de la mar, donde estuvo tres días aguardando los indios si venían a dalle batalla. Y como no venían, pareciéndole que no estaban allí, pues no se habían mostrado ni aparecido. Este es un cerro grande de más de media legua de mala subida y encima de él hace una loma de poco compás de llano, e de

la parte de la tierra muy montuosa e de malas quebradas y espesos cañaverales, e de la parte de la mar profundas y grandes quebradas, y al cabo de ella tiene una pequeña bajada. Y subió el general con su gente, y caminando por la loma, que es más de media legua, topaban el camino de una banda y otra de palizada y árboles hincados. Ya que iban a la bajada de este cerro, comenzaron los indios a salir de donde habían estado ocultos y a mostrarse a los españoles por todas partes, porque éstos son los sitios y campos que generalmente buscan estos indios, por amor de los caballos y aprovecharse más de los españoles.

Vistos por el general, acaudilló sus españoles en un pequeño compás, aunque de los caballos poco se podían aprovechar, a causa que tenían los indios cerca la acogida del monte, y asentaron su artillería y escomenzaron los arcabuceros a jugar y los caballos a acudir donde podían. Y así estuvieron gran rato peleando, e muchas veces desbarataban a los indios, y como tenían cerca la montaña, allí se rehacían y salían de refresco. Y el general andaba a todas partes favoreciendo adonde más necesidad había. Do vio un escuadrón que nunca se había podido desbaratar, arremetió a los indios y ellos le recibieron de tal manera que le derribaron y mataron al caballo. Y visto por ciertos españoles fue socorrido de Joan Sánchez Alvarado e Joan de Chica y Hernando de Medina. Estos socorrieron al general e quitado de poder de sus enemigos. E visto por el Hernando de Medina que el general estaba a pie y malherido, se apeó de su caballo y le hizo cabalgar al general. Cierta fue gran ánimo y liberalidad de soldado en semejante tiempo en dar su caballo al general, pues él perdió la vida por ello. Y escapado el general de esta aventura, no le faltaba el ánimo, porque a todas partes acudía, animando a sus españoles con palabras que le convidaban a ello.

Visto los indios que el artillería les hacía más daño, se acaudillaron y arremetieron con tran grande ímpetu y ánimo, que sin poder resistir los españoles, ganaron la artillería y mataron diez españoles. Y como el sol les fatigaba y el sitio era peligroso, y que estaban cansados y los caballos calmados a causa de haber peleado más de seis horas, e viendo el general que no eran parte para desbaratar aquella gente, y que bajar a lo llano corrían peligro por causa que les faltaba muchos españoles, y que abajo en el río había mucha gente de refresco, y que de allí a Arauco tenían dos leguas, y por parecer de sus capitanes, acordó retirarse.

Y viendo los indios que los españoles huían, cobraron tan grande ánimo. E como era el paso tan malo y los caballos llevaban cansados, e grandes quebradas y cada uno huía por donde quería, se despeñaban e iban a dar a mano de sus enemigos, donde eran hechos pedazos. E hicieron mucho daño los indios con aquellos lazos que tengo dicho. Y los comían, de manera que podremos decir que esta gente bárbara fueron sepulcro de aquestos españoles. Habíanles tomado los pasos y hecho grandes albarradas y puestas gentes en ellas, e los iban siguiendo. El general en la retaguardia socorriendo y animándolos, y algunas veces rovolvía sobre los indios, sólo porque los españoles tuviesen lugar de andar.

Y andando legua y media toparon un paso con mucha gente y una fuerte albarrada, y allí los españoles se repararon, que ninguno quería hacer el camino temiendo de no quedar

allí. Y visto por el general que los españoles se reparaban e que no pasaban adelante, se adelantó y llegó al albarrada, y como era animoso y esforzado, arremetió y la rompió y desbarató los indios e hizo camino. E pasaron los españoles e tornó a tomar la retaguardia, y hasta aquí le siguieron los indios.

Llegaron a Bibio a medianoche y mirando los españoles que iban, hallaron setenta y quedaron muertos noventa y más de tres mil piezas de servicio. Dio orden el general como pasasen los españoles e no quiso pasar él hasta que todos pasasen. Tardó ocho días en ir y volver estos setenta hombres que se habían escapado.

Llegaron a la Concepción lunes, muy malheridos ellos y sus caballos, desarmados, porque por venir a la ligera, las celadas echaban e las cotas les pesaban y muchos no traían espada. Y los que estaban en la ciudad eran viejos y enfermos y había pocos para la guerra. Y los que habían escapado venían espantados, y los que estaban en la ciudad no poco medrentados. Y cada uno procuraba escaparse. Y otro día por la mañana, martes segundo de marzo, se dio una arma en la ciudad, que los indios pasaban a Biobio, e luego la gente escomenzó a salir y a desmamparar la ciudad sin que fuese parte el general con amenazas ni palabras a detener la gente.

E visto el general que desmamparaban la ciudad, salió fuera en unas barcas que estaban en la playa. Hizo embarcar ciertas mujeres viudas e doncellas, e yo estuve con él hasta que se embarcó. E mandó traer de la iglesia el retablo y un crucifijo, y lo hizo meter en el barco e les envió se fuesen a Valparaíso, y él se quedó con catorce soldados hasta la postre e recogió la que pudo. E salió en la retaguardia y siempre vino con ella aviando y socorriendo a heridos y enfermos, proveyendo cabalgaduras a mujeres que venían a pie. Dos leguas de la ciudad de la Concepción hizo parar la gente e un día los juntó a todos los soldados, e juntos les dijo:

"Ya sabéis, amigos y señores, en el peligro en que quedan y están nuestros hermanos, los que están en la imperial y en la ciudad de Valdivia, y cuánta necesidad tienen de saber nuestro suceso, porque cierto es que los indios por tomarlos descuidados no se lo dirán ni avisarán. E para esto pido vuestras mercedes de parte de Su Majestad y de la mía les ruego, se junte quince o veinte de los que más en dispusición se sintieren, para ir a la ciudad imperial y socorrerla e darle el aviso de nuestro suceso, que en ello se hace gran servicio a Dios y a Su Majestad".

Y los que se ofrecieron a ir fueron hasta cinco o seis, porque todos los demás estaban desarmados y faltos de buenos caballos, porque para la jornada que habían de ir y el camino que habían de pasar, eran bien menester los caballos. Pues viendo el general que no se ofrecían más de aquellos países y que enviarlos iban en peligro, a causa de ser pocos y larga la jornada y la tierra muy poblada y los indios rebelados, no quiso enviarlos.

Y viendo Joan de Chica que no había quien fuese a dar el aviso, se ofreció al general de ir él solo a pie, e que sería mejor que no aventurar quince hombres, porque él se daría mana como caminase de noche, escondiéndose de día, y que le diese las cartas y despachos, y



que los llevaría con condición que le diese un repartimiento que él señalaría. Y el general se lo otorgó en nombre de Su Majestad.

Salió este soldado e caminó tres jornadas hasta el río de Niehuequetén y allí le mataron los indios. No se supo hasta que el general volvió con socorro. E despachado este soldado, se partió el general con la orden que hasta allí había traído para la ciudad de Santiago, e llegado, los vecinos recogieron los soldados e toda la gente.

## CAPITULO CXX

*Que trata de los puertos que descubrieron los navíos que envió el gobernador a descubrir el estrecho de Magallanes y en qué grados están*

En cuatro de noviembre de mil y quinientos y cincuenta y tres años, salió el armada que el gobernador don Pedro de Valdivia envió a descubrir el estrecho de Magallanes de la ciudad de Valdivia. Salida que fue esta armada, llegó a una bahía que tenía de boca ocho leguas y a la boca de ella tenía dos islas pequeñas y dentro otras islas pequeñas, que serían cinco o seis. En esta bahía entra y sale muy gran corriente con gran orgullo de mar. No tomamos puerto por causa de no perder el tiempo que teníamos para nuestro viaje. No vimos gente ninguna. Toda esta bahía es hondable que no le fallamos fondo y al parecer tenía buenos surgideros. Mas junto a tierra es tierra llana, aunque partes doblada, y tierra de montes claros y buen apariencia de tierra. Pasados que fuimos de esta bahía, caminamos un día y una noche, y otro día topamos una isla de hasta doce o quince leguas, de buen apariencia de tierra hasta legua y media de la tierra firme. No vimos si estaba poblada. Pusímosle por nombre San Martín.

Andando aquel día y aquella noche, hallamos entre otras, dos islas grandes, la una del tamaño de la pasada y la otra mayor y buen apariencia de tierra, con otras muchas islas junto a la tierra firme, las cuales pusimos por nombre las islas de Nuestra Señora de la O. Y queriendo tomar estas islas, no pudimos por sernos el tiempo contrario y dimos sobre otras tres que estaban cinco o seis leguas de la tierra firme. No quisimos surgir por la ruin apariencia que tenían, y así nos anduvimos sobre ella hasta otro día de mañana que se contaron doce del dicho mes, que dimos en un abran donde hacía un río o estero de media legua de ancho. Y subimos por él una legua sin hallar fondo y llegamos a una playa donde surgimos arrimados a las peñas en veinticinco brazas. Allí estuvimos tres días y tomamos agua y leña, y al tercero día mandó el capitán al piloto fuese en un batel el estero arriba a descubrir tierra. Y así fue y volvió aquel día, y halló que era isla en la que estábamos. Entramos por este barco adentro al este e sueste.

Y está este archipiélago en cuarenta y cinco grados. Y dígole archipiélago porque en poco término hay diez o doce islas y otras que no vimos por estar junto a tierra, y tienen sus entradas y salidas a la boca de este brazo. Tiene unas isletas de peña que se puede entrar por medio de ellas. Toda esta tierra que vimos es montuosa. Y no vimos gente, salvo que en una isla vimos unos ranchos pequeños y al parecer eran de gente pobre. Había papas y maíz. Tenía buen parecer de tierra. Hallamos una canoa hecha de tres

tablas muy bien cosida, de veinte y cuatro o veinte y cinco pies y por las costuras tenían echado un betún que ellos hacen. Era a manera de lanzadera con las puntas muy grandes. De este puerto salimos domingo diez y nueve de noviembre del dicho año, y caminamos con buen tiempo, aluengo de tierra dos días, y luego topamos un ancón donde tomamos puerto y está en altura de cuarenta y seis grados y dos tercios. Es una tierra alta y un buen puerto limpio y hace una playuela pequeña. Y la tierra es muy poblada, porque vimos muchos humos y caminamos y hallamos mucho rastro de gente. Es tierra de árboles, laurel y acipreses y arrayán, y otras muchas hierbas de nuestra España, y la hierba como avena. Hay papas y maíz.

Estuvimos en este puerto ocho días. Aquí vimos una cueva muy grande con un pilar en medio hecho de la misma peña, que cabrían en ella más de mil hombres, y ranchos hechos al derredor con rastros de perros. Y pusímosle por nombre la cueva Infernal por su grandeza y pusimos por nombre a este puerto Santiesteban.

Salidos de este puerto fuimos nuestro viaje. Llegamos a una punta que sale dos leguas este ueste, en la cual entramos a tomar puerto y nos llegamos a tierra. Y hallamos una bahía que hace muchos puertos, en la cual hay muchos bajos encubiertos. Llegados a este puerto, envió el capitán por un estero arriba o río hasta dos leguas y media un batel, y hallaron una braza donde se juntan otros muchos esteros, y no quisieron pasar de aquí y se volvieron. Y no hallaron rastro de gente y no vieron sino sola una casa pequeña. Es tierra montuosa y fría. A este puerto pusimos por nombre los Puertos de Hernando Gallego, porque los descubrió él. Está en la altura de cuarenta y ocho grados y dos tercios.

Salimos de este puerto a seis de diciembre y seguimos nuestro viaje y llegamos día de nuestra Señora de la Concepción, que se contaron nueve de diciembre del año de mil y quinientos y cincuenta y tres. Llegamos a la boca del estrecho de Magallanes y estuvimos allí dos días por no nos aclarar el tiempo. Y aclarado el tiempo, se vio la boca del estrecho que tiene tres leguas de ancho. Tiene dos isletas pequeñas en medio y al lado del norte tiene unos farellones que parecen velas. A la banda del sur tiene una isla a manera de campana, y así se llama la isla de la Campana. Es montuosa y poblada de indios. Tienen sus casas cubiertas con cortezas de árboles y con cueros de lobos marinos. Y ellos desnudos y andan untados los cuerpos de lobos marinos y tresquilados. Toda la costa de la banda del sur es montuosa y de grandes peñascos altos. Está en altura de cincuenta y un grado y medio.

Entrados por la boca del estrecho, se caminó todo el día y a la noche se tomó puerto en una playuela en la costa, que se contaron doce del presente. Allí se quedó la nao capitana por causa de habersele quebrado el antena con unas refriegas y el otro navío subió el estrecho arriba a trece del presente, y caminó hasta la noche y se arrimó a unas peñas, porque por medio no se halla fondo si no es llegándose muy junto a tierra. Y todos estos peñascos altos y de muy gran nieve. Hace frío y los días pequeños.

Otro día siguiente se caminaron hasta cuatro o cinco leguas, que no se pudo caminar más por las refriegas y aguaceros. Otro día sábado, se caminaron tres o cuatro leguas a causa

de unas turbias con viento contrario y surgióse arrimados a unas peñas. Aquí se estuvo el domingo barloado a las peñas y otro día fue en la barca el piloto Graviel del Río a descubrir para acabarse de certificar del estrecho, el cual fue y descubrió volver el estrecho al este, por donde pareció claro ser el estrecho. Y dando la vuelta al este, el estrecho hace una anconada al ueste con un riachuelo y dos o tres playecillas de arena con apio en ellas. Halló unos ranchuelos de indios y halláronse unos dardos.

Digo esto y pongo por seña el apio y las playecillas para los que vinieren a navegallo. Todo esto que se entró por el estrecho tiene de ancho legua y media y dos y en partes más. En todo él hay abrigos donde se recoger. Fue y vino aquel día. De aquí se dio vuelta a dieciocho de diciembre para donde dejamos el otro navío. Llegamos otro día donde estaba por causa del buen tiempo y de aquí se volvieron los dos navíos a dar esta relación al gobernador don Pedro de Valdivia.

## CAPITULO CXXI

*Que trata de cómo llegado el general Francisco de Villagran a la ciudad de Santiago con toda la gente y de lo que allí hizo*

Llegado el general Francisco de Villagran a la ciudad de Santiago con la gente de la Concepción, que eran ciento y cincuenta hombres y más de cincuenta mujeres, entendió con el Cabildo en cómo lo recibiesen, pues las demás ciudades le habían recibido. El cabildo le respondió que acordarían en ello, y entrados en su acuerdo, acordaron de no le recibir, y la causa de ello fue por haber recibido a Rodrigo de Quiroga, como tengo dicho. Y cuando supieron las nuevas de la muerte del gobernador, sacaron un testamento que el gobernador don Pedro de Valdivia tenía en la caja de Su Majestad, el cual leído y visto por el Cabildo de esta ciudad, hallaron en él que dejaba después de sus días al general Gerónimo de Alderete para que tuviese en justicia la tierra, hasta tanto que Su Majestad proveyese, y en ausencia del general Gerónimo de Alderete, al capitán Francisco de Aguirre. Esto hizo por virtud de una provisión que del presidente Pedro de la Gasca tenía, y que pudiese señalar y dejar después de sus días a una persona.

Y en esta sazón el general Gerónimo de Alderete estaba en España y Francisco de Aguirre estaba en la provincia de Tucumán, el cual había enviado preso a esta tierra a Joan Núñez de Prado, y para ello llevó provisión del gobernador, porque cuando Francisco de Villagran le dejó por teniente del gobernador don Pedro de Valdivia en la ciudad del Barco en la provincia de Tucumán, viendo que estaba en los límites de la gobernación de don Pedro de Valdivia, mudó la ciudad de la provincia de los jurís donde estaba Francisco de Aguirre. Y sabido por algunos amigos suyos en esta ciudad de Santiago la cláusula del testamento, le escribieron cómo el gobernador le había dejado encumbrado en su testamento después de sus días. Cuando estas cartas le escribieron tenían que habían llevado las ciudades de arriba todas y muertos los españoles, y así se lo escribieron.

Vistas las cartas por Francisco de Aguirre y sabido el suceso del gobernador, dejando

buen recaudo en aquella ciudad, se partió con sesenta hombres, que es ciento y ochenta leguas de esta ciudad de Santiago, el cual vino al valle del Copiapó porque es la entrada de aquellas provincias por allí. Y de allí vino a la ciudad de la Serena.

Visto y sabido por Francisco de Villagran la venida de Francisco de Aguirre y al efecto que venía, daba priesa al Cabildo que le recibiesen. Y lo mismo escribió Francisco de Aguirre al Cabildo, pues que Gerónimo de Alderete no estaba en la tierra. Y visto por el Cabildo que el uno y el otro pretendían mandar esta gobernación, respondieron que no había lugar. Y esto dijeron a Francisco de Villagran y lo mismo a Francisco de Aguirre. Tornó a escribir al Cabildo cómo él era venido de la provincia de los juríes a causa de la muerte del gobernador y que en un testamento que había dejado en esta ciudad en la caja de Su Majestad, le dejaba después de sus días en su lugar, hasta en tanto que Su Majestad proveyese otra cosa, o en su lugar, a la Audiencia Real de la ciudad de los Reyes. Vista la carta por el Cabildo le respondieron como de antes.

Y en este tiempo el general Francisco de Villagran, visto que no le recibían en esta ciudad, despachó un navío a la ciudad de Valdivia y a la Imperial con los soldados que en él pudo enviar, que fueron hasta treinta hombres, para darles aviso del suceso y cómo la tierra estaba. Y con este aviso se partió este navío del puerto de Valparaíso, y llegado que fue a la ciudad de Valdivia, dio los despachos que llevaba, por los cuales luego el teniente, que era allí por el general, despachó a la ciudad Imperial, haciendo saber lo que pasaba a Pedro de Villagran. E viendo Pedro de Villagran la necesidad que tenía de socorro, despachó un regidor para que viniese a la ciudad de Santiago, e de la ciudad de Valdivia vino otro regidor. E con ellos se partió el navío e vino a Valparaíso. E vinieron los regidores a la ciudad e dieron sus despachos.

E viendo que le pedían socorro e que él no podía darlo, e que no bastaban los requerimientos de los cabildos de todas las ciudades para que le recibiese el Cabildo de Santiago, y viendo la necesidad que las ciudades de arriba tenían y que él no era parte para sacar la gente para poder hacer aquel socorro que tan necesario era al servicio de Dios y de Su Majestad y bien de este reino, acordó en nombre de Su Majestad, repartir todos los indios que estaban vacos en ciento y cincuenta conquistadores, e para hacer mejor este socorro, requirió al Cabildo de esta ciudad le recibiese, porque convenía al servicio de Su Majestad, y que él quería ir con aquellos ciento y cincuenta hombres a socorrer las ciudades de arriba.

El Cabildo respondió que aquí estaban el licenciado Joan Gutiérrez de Altamirano y el licenciado Pedro de las Peñas, que eran letrados, y que lo que ellos dijese por su parecer que ellos estarían por ello. Y el general respondió que era contento y que cualquiera persona que ellos señalasen que fuese recibido, que él lo obedecería y estaría por ello. Y con este acuerdo habló el Cabildo a los letrados para que diesen su parecer, quién tenía más justicia de ser recibido y se debía recibir. Francisco de Villagran e Francisco de Aguirre respondieron que eran contentos y los licenciados respondieron que eran contentos de dar su parecer, con tal condición que habían de estar en el puerto de Valparaíso metidos en un navío y que allí darían el parecer, para que el uno de ellos fuese

en el navío a dar cuenta a la Audiencia Real de la ciudad de los Reyes y que el otro saldría con el parecer que diesen.

Visto por el Cabildo la respuesta de los letrados, acordaron que fuese así, yendo con el que fuese a dar cuenta uno de los del Cabildo. Y acordado en esto Francisco de Villagran y el Cabildo, le tomaron pleito homenaje que no iría ni vendría contra el parecer que los letrados diesen y él lo juro así.

Al letrado que iba a dar cuenta al Audiencia dieron cuatro mil y quinientos pesos y al que saliese con el parecer mil y quinientos pesos. Y así fueron a la mar los dos letrados, y embarcados en el navío y a punto de hacerse a la vela, dieron su parecer, e dado le cerraron, e salió con él Joan Gutiérrez Altamirano y el otro fue a dar cuenta con el regidor que fue Francisco de Riberos. Y luego se hizo el navío a la vela. E venido el parecer a la ciudad y entregado al Cabildo, estando presente Francisco de Villagran, e leído, el parecer que dieron fue que la tierra se estuviese como se estaba sin recibir a ninguno hasta pasados seis meses, y que si dentro de estos seis meses no viniese respuesta de la Audiencia Real, que recibiesen a Francisco de Villagran.

Y así visto y declarado lo que en el parecer decían, y viendo Francisco de Villagran el daño que la tierra recibía en no haber cabeza, y que se perdería, y que era servicio de Su Majestad, y que a él le habían de echar la culpa, hizo con el Cabildo que te recibiesen, porque así convenía al servicio de Dios y de Su Majestad y a la sustentación de este reino. Y ellos le respondieron que sí recibían, mas que le recibían por fuerza. Y así le recibieron, miércoles, a catorce de septiembre del año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro. No vinieron este año navíos a causa de la alteración de Francisco Hernández Girón, y a esta causa los letrados pusieron los seis meses, que era el tiempo que los navíos viniesen a esta gobernación.

Sabido por Francisco de Aguirre el parecer que los letrados habían dado y cómo se había hecho recibir Francisco de Villagran, despachó seis hombres por tierra al Audiencia Real de la ciudad de los Reyes con el traslado del testamento de don Pedro de Valdivia. Visto el general que los regidores que habían venido de los cabildos de arriba le daban prisa que fuese a socorrer aquellas ciudades, porque las dejaba en gran necesidad, y que los indios habían llegado legua y media de la ciudad Imperial para dar en ellos, e que fue Nuestro Señor servido no dieron, antes se volvieron a sus tierras, acordó de ir las a socorrer. Y para ello sacó de la caja de Su Majestad de la ciudad de Santiago cincuenta mil pesos, aunque algunos se lo tuvieron a mal, no entendiendo el servicio que en ello se hacía a Dios y a Su Majestad y a la sustentación de este reino. Esto hizo el general, teniendo atención que Su Majestad se lo tendría en servicio.

## CAPITULO CXXII

*Que trata de lo que hizo Pedro de Villagran en la ciudad Imperial y de cómo salió a un fuerte y de lo que le sucedió*

Ya tengo dicho cómo los indios de guerra de la costa de la mar llegaron legua y media de la ciudad Imperial, y de cómo se volvieron sin efectuar el propósito que traían, a causa de no querer los de la comarca de la ciudad ayudarles. Mas la causa de su vuelta fue que llamaron a ciertos hechiceros, ya tengo dicho cómo éstos son tenidos entre ellos, y les preguntaron que les dijese si irían sobre los cristianos, y que mirasen si les sucedería bien. Y ellos le respondieron que esperasen.

Y juntáronse estos hechiceros y miraron en sus abusiones, y como son tan agoreros, tomaron un león de los que hay en esta tierra, que son pardos pequeños, y lleváronlo donde estaba la gente de guerra. Y mandáronlos poner en orden y les dijeron que si aquel león se les iba, que se volviesen porque les iría mal con los cristianos, y si le matasen, que seguramente podían ir. Y suelto el león lo procuraron de matar, más fue Dios servido se les escapase, porque cierto, si no socorriera con su misericordia y fueran los indios a la ciudad, pusieran en gran trabajo a los españoles. Y así se deshizo esta junta y se volvieron a sus tierras.

Pues visto por los señores y principales de la comarca de la ciudad imperial que los indios de la costa se habían vuelto a sus tierras, y el daño que habían hecho a Francisco de Villagran, y cómo se había despoblado la ciudad de la Concepción, acordaron alzarse y hacer el daño que pudiesen a los españoles. Y en un pueblo que se dice Reinaco todos los de aquella comarca hicieron un fuerte, y que metidos allí sus mujeres e hijos, ellos irían a correr la tierra, y que ya que no hiciesen daño en los cristianos, la harían en los indios que sirviesen.

Y sabido por Pedro de Villagran, se informó del fuerte y cómo cada día se iban allegando más y convidaban a los que quisiesen ir a él. Y viendo Pedro de Villagran que al presente no tenían socorro, sino el de Dios, y que el fuerte estaba doce leguas de la ciudad hacia la cordillera nevada, y aunque salido él quedaba la ciudad en peligro, acordó, encomendándose a Dios nuestro Señor, salir a ellos con sesenta hombres.

Salió de la ciudad a diez días del mes de junio de mil y quinientos y cincuenta y cuatro años y llegó al fuerte, el cual estaba en un cerro alto, y por la falda de él corría un pequeño río por hacia la banda del sur. Y toda esta parte de este cerro era montuosa de espesos cañaverales y por la otra parte tenía grandes peñas y muy fuertes. Y por un lado de este cerro era raso aunque peligroso de subir, y en este raso llegó Pedro de Villagran. En el alto de este cerro hacía un llano. Y todo este llano estaba por partes muy fuerte palizada, porque donde no la había, la peña lo tenía fortalecido. Y aquí tenían hechas sus casas, donde tenían sus hijos y mujeres.

Visto por Pedro de Villagran y reconocido el sitio, les hizo acometimiento de subir. Luego los indios escomenzaron tocar sus cornetas y a dar grita y acometer, que salían del fuerte e se ponían en partes donde podían flechar. Y viendo Pedro de Villagran que aquella subida era peligrosa y que todos los indios estaban en aquella frontera, mandó secretamente diez peones arcabuceros que fuesen secretos por aquel monte hasta la otra

cuchilla del cerro, y que por todas vías hiciesen por subir al fuerte, porque él subiría por la otra parte a favorecerlos.

Idos hacia el fuerte los diez de a pie, llegaron al cerro, donde hallaron una pequeña senda que los indios tenían para su servicio, por donde subieron sin ser vistos de los indios hasta que llegaron a la palizada. Y viéndose en lo alto, acometieron a la palizada, y como había poca defensa a causa de estar toda la gente haciendo rostro al maestro de campo, pelearon con los indios que les defendían, de manera que entraron dentro. Pues ida la nueva a la gente que defendía la subida al maestro de campo, y viendo por todas partes les daban los españoles, acudía gente a defender los fuertes. Y viéndose ellos dentro del fuerte, con los arcabuces que llevaban y las espadas defendíanse tan bien que daban en qué entender a los indios. Y a esta sazón Pedro de Villagran estaba en la palizada, y como sintió el murmullo de los indios de como se dividían, entendió que los diez españoles estaban ya en lo alto y que tenían necesidad de socorro. Rompió con gran ímpetu que desbarató los indios y entró en el fuerte y socorrió los diez españoles. Y viendo los indios que no lo podían resestir, como no tenían huida, se despeñaban de lo más agro, y echábanse con tan lindo ánimo que muchos se hacían pedazos. Y querían más morir de esta manera que no verse en poder de los españoles. Ansí desbarató este fuerte. Murieron más de ochocientas ánimas y perdióse gran cantidad. Y de los indios que se prendieron castigó Pedro de Villagran, cortándoles las narices a unos y a otros las manos, que los demás escarmentasen. Y hecho esto se volvió a la ciudad, donde fue bien recibido.

### CAPITULO CXXIII

*Que trata de otro fuerte que fue a desbaratar Pedro de Villagran y de lo que ende le sucedió*

Estando Pedro de Villagran y los españoles que en la ciudad imperial estaban en el trabajo acostumbrado, porque no se desarmaban de noche ni de día, ni los caballos se desensillaban, a causa de que cada día les daban arma los indios que en una fuerza estaban, legua y media de la ciudad en una laguna, la cual tenía dentro islas. Y todos los indios de la comarca de esta laguna recogieron sus hijos e mujeres, y lo metieron en una isla que estaba en esta laguna, considerando que allí lo tendrían seguro y que ellos saldrían en canoas a hacer el daño que pudiesen, y que si acaso fuesen cristianos a ellos, metiéndose en su isla, no podían los españoles entrarles, y que harían que no le sirviesen ningunos indios, y que viendo los españoles que no tenían quien les sirviese, se irían e les dejarían sus tierras. Y ansí les corrían y llegaban cerca de la ciudad e les mataban las piezas de servicio, y hacían el daño que podían y amenazaban a los indios y principales que servían y estaban de paz.

Pues viendo Pedro de Villagran el gran desasosiego que de aquellos indios recibían, determinó de salir con cincuenta y cinco hombres. Y salió miércoles, a veinte y seis de julio del año de mil y quinientos y cincuenta e cuatro años. Y antes que saliese recogió todas las canoas que pudo y mandó a veinte de a pie fuesen en ellas por el río abajo hasta

la boca de la laguna, costa de la mar, y que él iría por la otra parte del río para defender de los indios que saliesen a ellos. Los que fueron en las canoas fueron amanecer a la boca del río, costa de la mar, donde entra el río de Cautén. Pedro de Villagran durmió de la otra banda del río de Cautén, una legua de la ciudad.

Visto los indios que no había más españoles que iban en las canoas, salieron hasta seiscientos indios y dieron en los españoles, a los cuales hicieron huir en las mismas canoas por el río arriba, yendo los indios por la orilla del río siguiendo a los españoles. En esta sazón asomó Pedro de Villagran con la gente de a caballo, y visto por los indios se escomenzaron a retirar hacia su fuerte, y no fueron tan ligeramente que los caballos no alcanzaron algunos antes que se metiesen en las canoas. Quedaron más de ciento muertos. Luego mandó volver las canoas y sacar a tierra, y con amigos que llevaba las mandó llevar hasta el desaguadero de aquella laguna, que de donde sacaron las canoas hasta el desaguadero de esta alaguna hay media legua por junto a la mar. Tardaron en llevarse estas canoas dos días, a causa de las llevar arrastrando y haber poca gente que las llevase.

Llegadas las canoas, las mandó echar en el río que desaguaba de la laguna. Y luego los indios se pusieron a la otra parte en defensa y flechaban. Y otro día mandó el capitán Pedro de Villagran a un caudillo, fuese con las canoas con veinte españoles por el desaguadero de la laguna y también envió a otro caudillo con catorce de a caballo, pasase de la otra banda y fuese haciendo espaldas a las canoas. Y él fue con la demás gente a orilla de la alaguna a vista de la isla. Las canoas no pudieron llegar aquel día a causa de las muchas canoas de los indios de guerra que salían a pelear con ellos, sino quedáronse aquella noche de la otra parte por donde iban los catorce de a caballo.

Otro día de mañana allegaron las canoas a vista de la isla, los cuales encontraron muchas canoas que pasaban gente a la isla, y mataron aquel día algunos indios y tomáronse ciertas canoas. Viendo Pedro de Villagran el suceso de las canoas, les hizo seña que viniesen donde él estaba, y ansí vinieron. Y mandó entrar diez españoles más en las canoas, que por todas eran treinta, y que fuesen a la isla, y que desembarcasen, y que peleasen con los indios como españoles que eran e hiciesen por desbaratarlos.

Idas las canoas y llegados cerca de la isla, salieron y se pusieron en defensa tres escuadrones de indios. Y visto por el caudillo que iban en las canoas la gente que estaba, mandó que diesen vuelta a la isla para descubrir si había más gente. E visto por el caudillo esto, acordaron de no acometer sino volver a dar aviso al capitán y decille lo que había en la isla, y cómo iban pocos españoles para acometer tanta cantidad de gente. Y dado el aviso a Pedro de Villagran, otro día siguiente mandó a doce españoles llevasen las canoas a una parte de la tierra firme que más cerca de la isla estaba, y que él se iba allá con la demás gente.

Idas las canoas para ir aquella punta que tengo dicho, pasaron por junto a la isla y vieron estar cincuenta indios, y que no parecían más a causa de estar ocultos. Parecióle al caudillo que iba en las canoas con los doce españoles que aquella noche se habían huido los indios y acometió a los cincuenta indios. Visto los indios que las canoas iban a ellos,



ellos mismos se metían en el agua para los recibir. Pelearon los indios de tal manera que les tomaron una canoa a los españoles, hirieron algunos muy mal.

Ya Pedro de Villagran estaba en esta sazón en la punta de la isla, y viendo que los españoles andaban envueltos con los indios, no poco enojado, mandó que llamasen a los de las canoas. Y así se retiraron las canoas y se fueron a donde Pedro de Villagran estaba.

## CAPITULO CXXIV

*Que trata de la orden que el capitán Pedro de Villagran dio para entrar en la isla y de cómo fueron los indios desbaratados*

Llegadas las canoas adonde Pedro de Villagran estaba, recibió muy grande enojo de ver que habían acometido a los indios y tenía gran pena de ver malheridos algunos españoles. Luego mandó que llevasen cuatro caballos ensillados y que fuesen nadando hasta donde tomasen pie, y que luego cabalgasen sus dueños y saliesen en tierra para que hiciesen lugar a las canoas para que la gente de cristianos saliesen en tierra.

Llegadas las canoas a la isla, y en tomando pie los caballos, cabalgaron sus dueños. Había en la entrada cien indios que se les defendían y los tres de a caballo cabalgaron, porque el otro caballo se soltó, que los indios les daban en qué entender. Aunque andaban los de a caballo entre ramas luego fueron desbaratados los indios y se retiraron donde estaba la demás gente, los cuales estaban en una ciénaga que al pie de la loma que tengo dicho estaba. Y los que iban huyendo tapaban indios que les iban a socorrer y aún defendían la entrada a los españoles. Y viendo que los españoles estaban muy a tierra, se volvían la demás gente, los cuales se habían rehecho en la playa, teniendo aquella laguna por delante, y tenían a sus hijos y mujeres por las espaldas.

Llegados los españoles adonde estaban los indios, escomenzaron los indios a pelear tan animosamente. Era por dos cosas, que lo primero era que no tenían huida, y la otra por tener sus hijos e mujeres allí y que no las tenían seguras. Y los españoles, que en semejantes tiempos no les suele faltar ánimo, pelearon con los indios más de dos horas grandes, y como los arcabuces y los filos de las espadas de los españoles no andaban perezosos, llevaron los cristianos a los indios hasta la laguna. Y no pudiendo resecir la fuerza de los cristianos, écharonse a nado, pensando escapar por allí las vidas. Y como había por donde ellos iban nadando a la tierra más cercana una legua y media, yendo en el camino y engolfados, y como se venía la tarde, levantóse un viento y tempestad furiosa que levantó las olas de la laguna que parecía mar. Y como iban cansados, se ahogaron todos, que fue una lástima muy grande de ver tantos cuerpos sobreaguados y echados por aquella playa de la laguna, que ahogados y muertos, así de españoles, fueron más de dos mil ánimas. Salieron doce españoles muy malheridos. Esta laguna tiene más de seis leguas de torno. Tiene esta isla que tengo dicho dentro otras dos pequeñas. Está media legua de la mar y legua y media de la ciudad Imperial.

Y habida esta victoria, Pedro de Villagran se volvió a la ciudad. Fue tanto el miedo que los indios cobraron que no fue poco provecho. Y así, en este ejercicio acostumbrado y con el buen capitán que aquella ciudad tenía se sustentaban los naturales. Y así, en saliendo de juntas y fuerzas, salía Pedro de Villagran con sus compañeros y los desbarataba y no los dejaba juntar. Y de esta suerte temían tanto a los españoles que los llamaban "los cristianos de Cautén".

Y desde aquí adelante escomenzaron a comerse que hasta aquí no lo habían hecho, que los españoles lo supiesen. Y así donde salían españoles, hallaban cuartos de carne de indios e indias como carnicería, como tengo dicho, porque había algunos prencipales que se juntaban con sesenta o setenta indios y su ejercicio era andar por los caminos en tomar gentes para comer. Y a las que llegaban, no dejaban chico ni grande que no mataban, que era lástima de ver la destrucción que entre estos bárbaros había.

Estando Pedro de Villagran en esta sustentación, y cada día salían a correr la tierra, supo cómo en los puertos de Peltacaví había muy gran junta de indios y que habían hecho un fuerte, y habían llegado a él catorce españoles, y que los habían hecho retirar los indios. Estaba diez leguas de la ciudad.

## CAPITULO CXXV

*Que trata de cómo salió Pedro de Villagran para Peltacaví, adonde estaba un fuerte de indios, y de cómo los desbarató*

Viéndose Pedro de Villagran tan venturoso, e informado de este fuerte, y como Dios nuestro Señor le había ayudado en lo demás, y encomendándose a su bendita Madre, confiado que así le ayudaría en lo demás como hasta allí le había ayudado, salió con cincuenta hombres, lunes a veinte y ocho de agosto de mil quinientos y cincuenta y cuatro. Y llegado y reconocido el fuerte y sitio en que los indios estaban, se puso en una parte donde más raso estaba. E visto por los indios, escomenzaron a hacer aquello que acostumbran: a tocar las cornetas y hacer los fieros y dar grandes voces.

Estaba este fuerte en medio de un grande y espeso monte de muy grandes malezas. Corría un hondable estero por junto a él que casi le cercaba y de esta banda estaba Pedro de Villagran con su gente. Tenía una gran plaza y junto a la orilla del río, que era raso, tenían una gruesa y fuerte trinchera hecha de palos, que tomaba desde el monte todo el raso, sin puerta. Y adelante, dejando otro compás de llano en largo, estaba otra trinchera, la cual llegaba a entrambas partes y se juntaba al monte con una puerta casi al cabo. Y más adelante, dejando otro compás en largo, iba de monte a monte otra paliza con una puerta en medio, la cual tapaba otra pequeña palizada. Y de la otra parte había otra gran plaza donde tenían sus casas y mujeres e hijos, cercado de montaña espesísima. Estos compases que había de las palizadas estaban llenos de hoyos. De esta causa no había sino caminos por donde ellos andaban.

Viendo Pedro de Villagran el peligroso fuerte, escomenzaba y hacía que quería pasar, y los indios salían al compás que había de la palizada a riberas del estero y de allí flechaban a los españoles. Y viendo Pedro de Villagran que toda la gente de guerra, o casi la más, estaba en aquella frontera mandó a doce españoles de a pie fuesen por aquel monte adentro, porque si los indios caminaban había de ser por aquella espesura del monte, y que por donde pudiesen allegar al fuerte, hiciesen por entrar, porque él, en sintiendo ruido dentro, se arrojaría con los de a caballo, y a nado pasaría el estero y entraría a los favorecer.

Pues idos los doce españoles por el monte adentro, aunque con trabajo, llegaron a una senda que los indios tenían para su servicio, y toparon piezas que les metían hasta la plaza que tengo dicho, donde tenían las casas. Y éstos fueron dentro sin ser sentidos. Luego les salieron los que estaban guardando las mujeres e hijos y pelearon con ellos. Ida la nueva a la gente que estaba con los otros españoles, que van entrando por otra parte españoles, escomenzáronse a dividir y haber gran ruido entre ellos.

Y viendo el maestro de campo que los indios se dividían, consideró que los españoles estaban dentro e que habían menester socorro. Se echaron a nado con los caballos, y pasaron el estero y rompieron por una parte de la palizada. Entraron dentro a pesar de los indios, aunque algunos caballos caían en los hoyos, más solamente se hirió un caballo. Y así socorrieron a los doce españoles, que no poco menester lo habían cuando llegaron, porque como sea gente de pie, atrévase más los indios que no a los de a caballo. Y así acordaron los indios de desmamparar el fuerte y meterse por aquellas espesuras de monte. Y así fueron desbaratados y los españoles quedaron por señores del fuerte. Con esta buena diligencia y maña que Pedro de Villagran se daba, sustentó aquella ciudad todo el tiempo que estuvo, aunque el trabajo del invierno era grande.

## CAPITULO CXXVI

*Que trata de cómo salió Francisco de Villagran de la ciudad de Santiago para ir a socorrer a las ciudades de arriba*

Habiendo oído Francisco de Villagran los embajadores de arriba, y habiendo repartido la moneda que dicho tengo, salió de esta ciudad para la imperial a primero de noviembre del año mil y quinientos y cincuenta y cuatro. Llegó a la ciudad Imperial en fin de noviembre. Y visto por los indios que no se habían alterado que les había llegado socorro aunque eran pocos, comenzaron a quemar las comidas que alrededor de la ciudad había en las sementeras, que por este tiempo en esta tierra se coge el trigo. Esto hacían ellos pensando que por hombre se irían los españoles de la tierra, mas al cabo la peor parte les cae, y escomenzaron de alzarse de nuevo. Visto el general el suceso, enviaba caudillos a todas partes a hacelles la guerra.

Vinieron los indios en tan gran necesidad de comida en algunas partes que se vinieron a comer unos a otros. Y algunos más lo hacían de vicio e de bellaquería que no de falta de

comida que tenían, porque se vio en un pueblo estar el marido y la mujer al fuego, y tener un hijo de año y medio, y con unos cuchillos que tienen de cobre y de pedernal cortaban del hijo y lo asaban y lo comían. Y viose más, en casa de un vecino una india comer de sus carnes de esta manera, que se ataban dos cuerdas al muslo abajo y arriba, y del medio cortaba y comía. Y también se vido el marido a la mujer y la mujer al marido. Y así, andando los españoles por estas partes, se hallaban casas con cuartos colgados como carnicería y se vendían. Y para que no les hiciese mal, tomaron un remedio que lo cocían con aryán, y de esta arte no les hacía daño. Y comiendo les dio tan gran pestilencia, que lo uno con lo otro fue para desmenuirse en tal manera que faltan de tres partes las dos.

He querido hacer mención de esto porque es cosa admirable, y cierto no lo osara poner por memoria, si de ello no tuviera muchos testimonios. Y de comerse unos a otros no es de maravillar, que otra vez, según ellos dicen, se habían comido en tiempos pasados en que otra pestilencia y hambre había habido, de manera que quedó la tierra despoblada, y dicen indios antiguos, que de otra tierra de arriba se había vuelto a poblar aquella vez. En esto los tiene el demonio nuestro adversario, tan ensistidos, diciéndoles que ni más ni menos volverán a poblar como la otra vez pasada los mismos que mueren, y que no se les dé nada de morir, pues han de resucitar. Y a mi parecer les debe de decir el día del juicio. Y como es gente de tan poca razón creen que será así. E con esto, cuando vienen a pelear con los españoles no traen otro apellido sino que "muera el que muriese", que poco se les da de ello con la mala y errónea que tienen que han de resucitar.

A diez y siete días del mes de abril de mil y quinientos y cincuenta e cinco años vinieron los navíos a esta gobernación al puerto de Valparaíso, y Francisco de Villagran bajaba de visitar las ciudades de arriba, con los cuales navíos vino una provisión del Audiencia Real del Pirú, en que por ella proveían y mandaban que los alcaldes mandasen y proveyesen en todo aquello que ellos viesen que era necesario a la tierra, y que otra persona ninguna no se entremetiese en ello, y que Francisco de Aguirre se estuviese en la ciudad de la Serena, y Francisco de Villagran en la ciudad de Santiago. Y en ella mandaba que habiendo posibilidad y pudiéndose poblar, se poblase la ciudad de la Concepción, y que si para ello fuese menester gente se despoblase una ciudad de las de arriba, y que la justicia de la ciudad de Santiago diese favor y ayuda.

Llegado Francisco de Villagran a la ciudad de Santiago, se publicó la provisión, que aún no se había publicado hasta en tanto que llegase, porque le esperaron para ello, la cual provisión se publicó sábado a veinte y siete días del mes de abril del dicho año. Vista por Francisco de Villagran habló en general a todos, diciendo de esta manera:

"Señores y caballeros, ya ven vuestras mercedes lo que por los señores del Audiencia es proveído. Y hasta agora vuestras mercedes han cumplido lo que yo les he mandado como general e desde aquí adelante suplico a vuestras mercedes obedezcan a los alcaldes, porque así lo haré yo. Y el que al contrario hiciere, sepa que seré yo alguacil de los alcaldes para ejecutar la justicia", e que de allí adelante no era él más de una persona particular. Y así estuvo en la ciudad de Santiago sin ir ni venir contra cosa que los alcaldes hiciesen.

## CAPITULO CXXVII

*Que trata de cómo se revelaron los indios de la provincia de los pormocoes y de cómo fue un capitán a ellos y de lo que hizo*

Salido el general Francisco de Villagran a socorrer las ciudades Imperial y Valdivia, y llevado la más gente de Santiago, la provincia de los pormocoes viendo que quedaba poca gente en la ciudad, y que los que iban con Francisco de Villagran iban a Arauco, echando cuenta que aquellos indios matarían aquellos españoles y que ellos matarían los que quedaban en la ciudad, se rebelaron, haciendo el daño que en las haciendas de sus amos podían, comiéndoles los ganados y comidas que en los pueblos tenían sus amos, y a enviar sus mensajeros a los caciques de la comarca de la ciudad de Santiago. Y así se comenzaron a rebelar muchos caciques hasta el valle de Anconcagua, y los españoles, que los señores de indios tenían en sus pueblos, a recogerse a la ciudad. Viendo el Cabildo de la ciudad de Santiago la tierra alterada y que no se sabía de Francisco de Villagran, y que no había caballos ni armas a causa de haberlo llevado Francisco de Villagran, y haber falta en la tierra, comenzaron a dar orden de hacer frenos y sillas de cobre, e los estribos de las sillas de palo y las corazas de las sillas de guadameciles, e domar potros. Enviaron al capitán Joan Jufre a los pormocoes con nueve hombres, y castigase y asentasen los indios, que le enviarían socorro. Salido el capitán Joan Jufre de la ciudad doce leguas, supo cómo en el pueblo de Gualemo se hacía una junta y que había tres mil indios, y camino en una noche. Hallándose cerca de ellos, confiándose en su buena ventura, animó sus nueve soldados, diciéndoles que no tuviesen temor, que él quería dar de madrugada en aquellos indios, y que él tenía confianza en Dios nuestro Señor de desbaratallos, y que mirase que retirarse era peor, y dejarlos hacer más junta vendría más daño, y que allí podían ganar honra de nobles.

Ansí caminaron secretos y sin ser sentidos de los indios ni de sus centinelas, y como dieron en ellos de repente, parecióles a los indios que el capitán y sus nueve compañeros era más gente. Comenzaron unos a defenderse y otros a huir por un espeso cañaveral de montaña, y de esta manera los desbarataron. Mataron cincuenta indios y los indios hirieron a siete españoles. Prendiéronse algunos indios y el capitán hizo justicia de ellos. E luego comenzó hacer mensajeros a los indios viniesen en paz. E luego salieron de Gualemo, que eran del capitán Joan Jufre. E vistos los demás el suceso, e desbaratados el principio de su junta, salieron de paz y los demás asentaron. Y de esta manera el capitán Joan Jufre y sus nueve soldados aplacó este alzamiento, que no poco soberbia tenían los indios.

## CAPITULO CXXVIII

*Que trata de cómo visto el mandado de los oidores los alcaldes de las ciudades tomaron la mano a ir a poblar la ciudad de la Concepción y del suceso*

Visto por los alcaldes de todas las ciudades de arriba, que al presente estaban en la ciudad de Santiago, lo que los señores oidores por su provisión mandaban, cada uno con la gente de las ciudades se fueron a poblallas, no entendiendo lo que la provisión mandaba, que era que los de la ciudad de Santiago mandasen y proveyesen aquello que conviniese a la ciudad de la Concepción. Y cada uno tomólo por sí por mandar el tiempo que le cabía, que yo vi en esta gobernación doce cabezas.

Y así los alcaldes de la Imperial se fueron a su ciudad, y los de la Villarrica a la suya a poblarla con treinta y cinco hombres, y los del pueblo de los Confines se fueron a poblarle. De este pueblo no he dicho porque nunca ha estado poblado, sino un mes solamente. Antes que el gobernador muriese señaló aquel asiento para poblar un pueblo, que es en triángulo de la ciudad Imperial y de la Concepción a la falta de la cordillera nevada. Y los de la Concepción se fueron con sesenta hombres a poblalla. Y así se dividió la gente, que no quisieron dar socorro, ni ir a favorecer a los de la Concepción para que se sustentase aquella ciudad.

Visto por el general que los alcaldes tomaban la mano y que él no era parte para estorbárselo, aconsejó a los de la Concepción que no entrasen a poblalla en su asiento, sino que estuviesen cuatro leguas o cinco en los llanos de Quilacura, porque el asiento de la Concepción tiene malos pasos y malas entradas a causa de la cordillera que tengo dicho que pasa por ella. Y a este efecto les dijo Francisco de Villagran a los vecinos de ella, que porque iba poca gente para poder sustentarla. Llegados que fueron al asiento de Quillacura, no quisieron sino entrar, aunque de los más vecinos fueron requeridos que no entrasen, porque se ponían en muy gran peligro. Mas, no mirando los alcaldes el inconveniente, entraron. Y entrados dentro, enviaron dos hombres a esta ciudad de Santiago a decir cómo estaban poblados y que les enviasen algún socorro. Estando los mensajeros en la ciudad de Santiago, pasó cinco leguas de allí el maestre de campo Pedro de Villagran con diez hombres, el cual habló con un alcalde de ellos que estaba con veinte hombre corriendo la tierra, el cual se vino a esta ciudad de Santiago, visto que la voluntad de los alcaldes era quererse estar en la Concepción.

Estando en este medio tiempo, visto los indios que eran pocos españoles, se juntaron y dieron en ellos un sábado, veinte y cuatro de noviembre del año de 1555, y pelearon con ellos los españoles, y como eran pocos no pudieron resistirlos. Hiciéronlos huir y dejar la ciudad con pérdida de diez y siete españoles, y en un navío que tenían en el puerto se escaparon algunos echándose a nado, y los demás por tierra se volvieron a la ciudad de Santiago.

Acabados de desbaratar los españoles de la Concepción, les venían catorce hombres de socorro de la ciudad Imperial, que es de allí cuarenta leguas, y entraron lunes siguiente. Y como vieron indios muertos y los españoles que no estaban en el asiento, subieron por el río de Andalién arriba, y toparon un indio de la otra parte del río que se estaba lavando, y llegaron los españoles a la orilla y le preguntaron qué cuyo era. Y el indio se salió del agua y se vistió y tomó una lanza, y blandeándola les dijo: "Mamo inche y tata", que quiere decir tanto como "éste es mi amo señor". ¡Cierto fue dicho para ponerle aquí! Los españoles se volvieron a la Imperial sin que los indios los enojasen, a causa que con

la vitoria pasada estaban todos juntos en sus convites, porque es su costumbre de que salen con alguna victoria se juntan a beber. Sabido este negocio los españoles que estaban en los Confines, despoblaron el pueblo y se fueron a la Imperial.

Visto por el general Francisco de Villagran la despoblación de la Concepción segunda vez, y cómo les habían muerto diez y siete españoles, acordó de despachar un galeón que estaba en el puerto de Valparaíso, para que fuese a la ciudad de Valdivia. Navegando este galeón para hacer su viaje, pasó adelante de Valdivia a causa de que, como he dicho, cuando vienta el norte oscurece la tierra. Dieron en una bahía diez y siete leguas de Valdivia. Fue Dios servido que se escapase la gente. Solamente se ahogó un esclavo.

Estuvieron aquí dos meses sin que los indios los enojasen, y en este tiempo aderezaron el batel lo mejor que pudieron, y se metieron en él todos, que eran veinte y siete españoles y cuatro mujeres que iban con sus maridos, y así se vinieron a la ciudad de Valdivia. Luego los de la ciudad de Valdivia e Imperial despacharon aquel barco a la ciudad de Santiago, avisando al general la necesidad que tenían de socorro. Y visto los despachos por el general Francisco de Villagran, y viendo que por tierra no los podía socorrer, acordó de ir a visitar aquellas ciudades. E con sus amigos se fue al puerto de Valparaíso, donde se embarcó con treinta soldados e navegó para hacer su viaje. Y como en este tiempo vienta el viento sur como ya tengo dicho, es trabajosa la navegación. Por ser a veinte de noviembre e por la necesidad de bastimento, le fue forzoso arribar al puerto, e se desembarcó.

Sabido por los alcaldes de la ciudad de Santiago que el general había arribado e que se venía a la ciudad, le escribieron que no entrase en la ciudad más de con dos criados, porque así convenía al servicio de Su Majestad. E visto el general las cartas de los alcaldes, una noche dejando toda la gente, se salió e vino a la ciudad con dos criados, y llegado a la ciudad estuvo en ella sin entremeterse en ninguna cosa, hasta en tanto que llegaron los navíos del Pirú, que fue ocho de mayo de mil y quinientos y cincuenta y seis años, donde le vino una provisión de la Real Audiencia, en que por ella le nombraba por justicia mayor de esta gobernación, para que la tuviese en justicia hasta en tanto que el adelantado Gerónimo de Alderete viniese, porque tenían noticia que venía por gobernador de Su Majestad. Publicada la provisión en la ciudad de Santiago, luego proveyó su teniente a la ciudad de la Serena, estando conformes él y Francisco de Aguirre.

En este tiempo los indios de la provincia de los pormocoes tornaron a enviar sus mensajeros a los indios de Arauco a que viniese la más gente que pudiese a su tierra, y que allí les tendrían mucha comida y todo recaudo para la gente de guerra que trajesen. Puesto allí, se juntarían todos y vendrían sobre la ciudad de Santiago, y que harían la guerra a los españoles.

Visto los indios de Arauco el mensaje que les enviaban, y como estaban victoriosos; pareciéndoles que con el favor de los de Santiago saldrían con ello, e luego enviaron al general Lautaro, el que tengo dicho, con tres mil indios. Partido con esta gente, llegó a un pueblo que se dice Teno, veinte leguas de la ciudad de Santiago, y llegado a este asiento,

este capitán indio hizo un fuerte con el favor que le dieron los pormocoes, e metió la comida que pudo e su gente dentro.

## CAPITULO CXXIX

*Que trata de cómo sabido por el general Francisco de Villagran la llegada de Lautaro a los términos de esta ciudad y de lo que en ella hizo*

Sabido por el general la venida del capitán Lautaro tan cerca de esta ciudad, envió a Pedro de Villagran con cuarenta hombres. E llegado junto a los indios, les acometió a entrar, y los indios se defendían tan bien que los españoles no le podían ganar ninguna cosa. Viendo Pedro de Villagran que no les podían entrar en el fuerte, si no era con gran trabajo, acaudilló su gente e se volvió a su asiento.

Otro día siguiente volvió a dar en el fuerte, mas no pudieron hacer más que el primer día, aunque murieron hartos indios. Y con esto se tornó a su asiento a causa de que le herían mucha gente. Y de allí le hablaban a este capitán indio los españoles y le decían que viniese de paz, y que le perdonarían. Respondía que no había venido para servir a los españoles, sino para matallos, y que él estaba allí en aquel fuerte esperando los indios de los pormocoes que se juntasen con él, porque ellos le habían enviado a llamar.

Aquella noche siguiente llovió tan recio y tanto, que otro día les fue forzado a los españoles de dejar el asiento que tenían y retirarse dos leguas de allí, a causa que en lloviendo en esta tierra no pueden andar los caballos, porque se empantana la tierra, y donde estaba Lautaro era ciénaga. Visto por Lautaro que se habían retraído los españoles dos leguas de allí, y que de la ciudad de Santiago supo que venía otro capitán con cuarenta españoles, determinó de no los esperar y retiróse con toda su gente, y se fue marchando hasta riberas del río Maule en una montaña, e allí asentó su gente.

Sabido por Pedro de Villagran que Lautaro se había retirado, se volvió a la ciudad de Santiago, y el caudillo que salió con los otros cuarenta españoles, que se decía Joan Gudínez, vecino de la ciudad de Santiago, pasó donde estaba Lautaro, que se había hecho fuerte en la montaña que tengo dicho, donde le llegó otro capitán con trescientos indios de socorro. Llegado donde Lautaro estaba, le envió con cien indios una legua de allí a hacer armas, que son unos garrotejos que tiran arrojadizos y flechas y lazos. Supo el caudillo que iba con los cuarenta soldados cómo estaban aquellos cien indios en aquel sitio haciendo armas. Fue a ellos, y de que los indios lo vieron se apercebieron, y los españoles dieron en ellos, y los desbarataron y los mataron a todos, salvo uno que se escapó y fue a dar mandato a Lautaro de lo que había acontecido con los españoles. Mataron los indios un español. Y visto Lautaro el desbarate de los cien indios, cobraron mucho temor y fuese de allí a Bibio.

Sabido los españoles se habían retirado y vuelto a sus tierras, se volvieron a la ciudad. Y de aquí salió el general Francisco de Villagran a la Serena a verse con Francisco de Villagran a la ciudad de la Serena.



En este tiempo llegó un mensajero al valle de Copiapó de los reinos del Pirú por tierra, el cual enviaba el marqués de Cañete, visorrey del Pirú, con despachos a esta gobernación y cartas para Francisco de Aguirre y Francisco de Villagran, por el cual se supo la muerte de Gerónimo de Alderete, que venía por gobernador por Su Majestad de la gobernación de Chile, y cómo enviaba a su hijo don García de Mendoza por gobernador de estos reinos de la Nueva Extremadura, del arte que Gerónimo de Alderete la traía por Su Majestad, y cómo se quedaba aderezando en los Reyes de armas y gente y cosas necesarias a la conquista de la ciudad de la Concepción, y que sería en todo el mes de abril del año de 1557 con todo recaudo. Y mandó en una carta que escribió al Cabildo de esta ciudad de Santiago, que tuviesen recaudo de bastimento en los caminos para la gente que viniese.

Y sabido estas nuevas por Francisco de Villagran, que estaba en la ciudad de la Serena, en un navío que estaba allí de partida para los reinos del Pirú despachó el mensajero que vino, con cartas para el gobernador, donde le avisó de las cosas de esta tierra y de lo que era necesario traer para la conquista de ella y para la población de la ciudad de la Concepción. Y Francisco de Villagran se volvió para la ciudad de Santiago, despachado que hubo el navío y mensajeros que el virrey había enviado. Y dentro de quince días que hubo llegado, se partió para la Imperial para saber de las ciudades de arriba y socorrerlas.

Los vecinos de la ciudad de Santiago tienen las minas junto al río Maule. Y estaban siete españoles en ella, y el Lautaro estaba en Bibio, y viendo que el general estaba en la imperial y que seguramente podía venir a la provincia de los pormocoes, y matar a los españoles que allí estaban y hacer el daño que pudiese y destruyese las comidas, salió con setecientos indios. Avisados los españoles que en las minas estaban, que venía Lautaro, desmampararon las minas y aun el oro que habían sacado, y viniéronse a la ciudad. Llegado el Lautaro a las minas, se entregó en las comidas que tenían los españoles y herramientas y en el oro.

Están estas minas en una provincia que se dice Mataquito. Y en lo más fuerte que halló, asentó su campo con otros quinientos indios que se le allegaron, en un carrizal y monte a las espaldas. Hay dos acequias de agua por delante, porque los asentos que estos indios generalmente buscan es tener huida, principalmente cuando tienen guerra con los españoles.

Y sabido en la ciudad de Santiago por los vecinos cómo se había vuelto aquel capitán indio allí, enviaron a un caudillo que se decía Joan Gudines por caudillo con veinte y nueve hombres. En el camino supo este caudillo cómo Francisco de Villagran estaba en el río de Maule. Fue avisado Francisco de Villagran por naturales cómo siete leguas de allí estaba Lautaro con más de mil indios de guerra, y también le avisaron cómo venía un capitán de la ciudad de Santiago con gente. Sabido esto por el general, escribió al caudillo que de la ciudad venía, mandándole que de allí a dos días se juntasen con él en la provincia de Gualemo, porque allí le estaría esperando para que de allí se saliesen juntos a hacer la guerra a los indios, que era tres leguas de donde estaba el Lautaro. Visto por Joan Gudinez la carta del general y lo que en ella le mandaba, luego lo puso por obra, y

ansí se juntó con el general en aquel tiempo que le fue mandado. Había en todos setenta españoles.

De aquí salió el general al cuarto del alba. Llegó ya que amanecía sobre los indios. Reconociendo el asiento en que estaban, dio en ellos sin ser sentidos ni vistos de las centinelas de los indios. Sentidos por los indios, luego se apellidaron y se pusieron en defensa. Y visto por el general la orden y el sitio en que estaban, mandó apear treinta hombres arcabuceros y rodeleros, y él con los cuarenta de a caballo rompieron por los indios, y los hizo huir y dejar el sitio. Aquí murió el Lautaro y otro capitán y más de doscientos y cincuenta indios. Los indios mataron un español que se decía Joan de Villagran.

Este asiento tenía este capitán indio a orillas de un caudaloso río, y por delante tenía dos acequias de agua y un cañaveral y monte por las espaldas. Esta batalla se dio domingo, ocho de mayo de 1557 años. Hecho esto, se volvió el general a la ciudad de Santiago.

## CAPITULO CXXX

*Que trata de cómo fue proveído don García Hurtado de Mendoza por gobernador y capitán general de las provincias de Chile*

Y tengo dicho de cómo despachó el gobernador don Pedro de Valdivia a Gerónimo de Alderete a España a sus negocios. Y en este tiempo los naturales de la provincia de Arauco se rebelaron y yendo a la pacificación del alzamiento con ciertos españoles, hubo una batalla con los indios, donde fue desbaratado y muerto. Sabido en España esta nueva, Su Majestad hizo a Gerónimo de Alderete gobernador y capitán general de las provincias de Chile, y en esta sazón había proveído Su Majestad al marqués de Cañete por visorrey de los reinos del Pirú, los cuales embarcaron en la ciudad de Sevilla en una armada para pasar al Nombre de Dios. Y en Panamá de cierta enfermedad Gerónimo de Alderete fue difunto.

Llegado el visorrey don Hurtado de Mendoza a la ciudad de los Reyes donde reside la Audiencia Real, y entrando en acuerdo los oidores en los estrados reales en viendo la necesidad que las provincias de Chile tenían de una persona que gobernase, porque los procuradores que habían enviado estaban diferentes, porque unos pedían a Francisco de Villagran y otros pedían a Francisco de Aguirre. Informado de las cosas que habían pasado, y que proveer a ninguno de aquellos capitanes que los procuradores pedían haya inconvenientes, e que la necesidad que tenían era de gente, y si no había persona que la llevase del Pirú, no iría, y viendo la necesidad que había, en acuerdo se proveyó a don García Hurtado de Mendoza, su hijo, por gobernador y capitán general, de la suerte que Su Majestad lo había dado a Gerónimo de Alderete.

Y con este proveimiento fueron contentos los procuradores, porque no se podía proveer a persona que más necesaria fuese en aquellas provincias, por ser los indios belicosos, y yendo su persona saldría mucha gente del Pirú, y de otra manera había muy pocos que

fuesen. Y viendo el provecho que redundaba al servicio de Dios y de Su Majestad para aquellas provincias, se le dio la provisión, y publicada se le vinieron a ofrecer muchos soldados y algunos vecinos de los reinos del Pirú, para venir con él la jornada.

Escomenzó a proveer a los soldados de cosas que tenía necesidad para la jornada. Envió por tierra a don Luis de Toledo con ochenta hombres y doscientos caballos, avisándole que por doquiera que fuese, no hiciese daño a los naturales. Y luego dio orden en mandar proveer los navíos que tenían en que él había de ir, y proveerlos de bastimentos y cosas necesarias. Trajo consigo dos letrados religiosos para tomar sus pareceres y cómo se había de hacer la guerra y los requerimientos que había de hacer a los indios como Su Majestad lo mandaba, el cual era uno de ellos fray Jil Gonzáles de San Nicolás, de la orden del bienaventurado Santo Domingo, y el otro era fray Joan Gallegos, de la orden del señor San Francisco. Llevó consigo muchos casados con sus mujeres e hijos. Y llegado el tiempo para la navegación, se embarcó con trescientos hombres, postrero día del mes de enero de mil y quinientos y cincuenta y siete. Llegó al puerto de Arica, y tomó bastimento y luego se hizo a la vela para seguir su viaje. Y con el trabajo que tengo dicho de la navegación de esta costa, llegó al puerto de la ciudad de la Serena.

## CAPITULO CXXXI

*Que trata de la llegada de don García Hurtado de Mendoza por gobernador y capitán general de estas provincias de Chile*

A veinte y cuatro días del mes de abril, año de nuestra salud de mil y quinientos y cincuenta y siete, llegó don García Hurtado de Mendoza por gobernador y capitán general de estas provincias de Chile al puerto de la Serena con cinco navíos, donde desembarcó. Luego salió Francisco de Aguirre a recibirle, y lo llevó a su posada, donde hizo juntar el Cabildo de la ciudad, y le recibió por tal gobernador y capitán general de estas provincias, donde halló al capitán don Luis de Toledo que con la gente de por tierra había llegado.

Habiendo resposado dos días, mandó al capitán Joan Remón que con él venía, vecino de la ciudad de Nuestra Señora de la Paz en los reinos del Pirú, que prendiesen a Francisco de Aguirre y lo metiesen en un navío. Y así lo prendió y lo llevó al puerto y lo embarcó. Y hecho esto, despachó al capitán Joan Remón para la ciudad de Santiago con veinte hombres, con un traslado de la provisión que traía de gobernador y capitán general, de estos nombres nombrado por el Audiencia Real que reside en la ciudad de los Reyes. Y dióle su poder para que le recibiesen en su lugar, y dióle un mandamiento para que prendiese a Francisco de Villagran.

Salió de la Serena a veinte y seis del dicho mes. Llegó a la ciudad de Santiago a cinco días del mes de mayo, e hizo juntar el Cabildo de ella y presentó el traslado de la provisión y poder del gobernador para que le recibiesen. Y así le obedecieron. Y recibido que fue, quitó la vara a Francisco de Villagran y a los alcaldes y alguacil mayor, y mandó a pregonar la provisión en la plaza de la ciudad con las ceremonias que se

acostumbran, que fue el día que llegó. Y puso por teniente a Pedro de Mesa que con él había venido. Y luego, a seis del dicho mes, se partió al puerto de Valparaíso, llevando preso a Francisco de Villagran para embarcalle en un navío que para ello al puerto de Valparaíso había venido. Y con esto se volvió, después de habelle embarcado, a la ciudad.

Embarcado Francisco de Villagran, se partió el navío para el puerto de la Serena, y llegado que fue, sacaron a Francisco de Aguirre de otro navío en que estaba y le pasaron al navío en que iba Francisco de Villagran. Y entrado dentro se hizo a la vela el navío, sin verlos el gobernador, para la ciudad de los Reyes del Pirú, para que pareciesen ante el visorrey.

De aquí proveyó el gobernador a Joan Pérez Zorita por capitán y justicia mayor para los jurís y diaguitas, y le dio cuarenta hombres que fuesen con él. Y hecho esto, se embarcó y se hizo a la vela, jueves veinte y ocho de junio. Y haciéndoles buen tiempo pasó adelante, que no quiso entrar en el puerto de Valparaíso, y fue a tomar puerto a la Concepción, e no tuvo en nada el trabajo del invierno que no poco trabajoso es en esta tierra como tengo dicho, a la isleta que está a la boca del puerto que tengo dicho, donde desembarcó con toda la gente.

De aquí envió el gobernador al capitán Vasco Juarez, vecino de la ciudad de Guamanga en los reinos del Pirú, al asiento de la Concepción en dos barcas con treinta y cinco hombres, y que hiciese por tomar algunas piezas de que se pudiese informar de la tierra. Salió a medianoche y fue al asiento de la Concepción ya que amanecía, y dio en una ranchería de indios y tomó veinte indios e indias, con los cuales se volvió adonde estaba el gobernador. Y el gobernador habló a esta gente y le dijeron lo que tenían ordenado los señores. Y el gobernador les dio algunas cosas de que ellos carecen y envió algunos por mensajeros.

Y de allí a ocho días salió el gobernador con cuarenta hombres, y fue al asiento de la Concepción, donde salieron algunos prencipales a hablarle apartados. Y él les daba a entender a lo que venían, y que saliesen en paz, y que no tuviesen temor que les sería mejor partido. Luego vinieron algunos prencipales de paz, mas fue esta venida para usar de alguna cautela como ellos lo suelen hacer, y para ver cómo estaban los españoles, que no para aprovechar en alguna cosa. Y vuelto el gobernador a la isla, despachó al capitán Ladrillero en un navío a la ciudad de Santiago a sus capitanes, haciéndoles saber cómo él estaba en aquella isla. Y envió una provisión al capitán Joan Remón de maestre de campo y otra provisión a don Luis de Toledo de su coronel. Mandóles saliesen con la gente cuando fuese tiempo.

Llegado este capitán a la ciudad de Santiago y dadas las provisiones a aquellos capitanes, despachó el maestre de campo a Joan Fernández Alderete, vecino de la ciudad de Santiago, para el río Maule para hacer balsas para que estuviesen apercebidos para cuando la gente llegase, y en los más ríos hubiese recaudo, y para que recogiese bastimento. Luego se despacharon dos navíos con bastimento y la gente que de pie había para ir arriba a la conquista.

Llegaron estos navíos donde estaba el gobernador, miércoles once de septiembre del año de cincuenta y siete. Luego el domingo siguiente, que fue día de Nuestra Señora, vio la gente que tenía y halló doscientos y cincuenta hombres. Luego lunes siguiente despachó un navío a la ciudad de Santiago, mandando a sus capitanes partiesen con toda la gente, porque él iba a hacer un fuerte al asiento de la Concepción para salir a tierra. Visto por los capitanes lo que el gobernador mandaba, se partieron por tierra, sábado veinte y ocho del dicho mes. Y el capitán Rodrigo de Quiroga salió el lunes siguiente con la gente que quedaba, y fueron los más, vecinos de la ciudad de Santiago. Con él fueron por todos doscientos y treinta hombres muy bien aderezados. Llevaban ochocientos caballos.

Despachado el gobernador el navío, otro día se acercó junto al asiento de la Concepción con los navíos, donde dio orden en cómo hizo un fuerte de palizada encima de una loma baja, teniendo por espalda la mar. Y hecho, salió con toda la gente de guerra a tierra, viernes veinte de agosto. El miércoles siguiente vinieron hasta siete mil indios acometelle una hora antes que amaneciese. Y sentidos por las centinelas, se puso el gobernador en arma dentro de su fuerte, mandando a sus capitanes no saliesen fuera, sino que dentro del fuerte peleasen con los enemigos, jugando el arcabucería y con las piezas de artillería, mas los arcabuces y artillería se la hicieron perder, que dejando muertos cien indios, huyeron los indios. Pelearon hasta dos horas. Los indios mataron dos españoles e hirieron veinte.

Del río de Maule se adelantó el maestro de campo con sesenta de a caballo, y la demás gente llegó en fin de septiembre, con lo cual se holgó mucho en tener consigo la gente de a caballo. Y llegaron a muy buen tiempo porque estaban los indios una legua de allí para de ahí a dos días dar en la ciudad. Y sabido por los indios que a los españoles había venido más socorro, dejaron el propósito que tenían y se volvieron a sus tierras. Esto se supo por indios.

## CAPITULO CXXXII

*Que trata de la salida del gobernador del asiento de la Concepción para la pacificación de la tierra y del suceso*

Llegada la gente de por tierra, se entendió luego en aderezarse la salida. Luego despachó al capitán Ladrillero con dos navíos para el estrecho de Magallanes, y despachó a Bartolomé de Arenas con cuatro de a caballo a la ciudad Imperial, que de las ciudades de arriba saliese la gente que pudiese, dejando buen recaudo en ellas, e que para en fin de octubre bajasen a Biobío, porque aquel tiempo estaría él allí.

Sabido por los indios de guerra, aunque pocos había de paz, que los españoles se apercebían para irlos a buscar, había entre ellos grandes diferencias, porque unos decían uno, y otros, otro. En fin, que se conformaron en sus ayuntamientos en esta manera, que los de la comarca de la Concepción se ayuntasen e hiciesen un fuerte en un pueblo que se

dice Andalizán, que es cinco leguas de la ciudad de la Concepción como he dicho y camino por donde los españoles habían de ir, y que de la provincia de Arauco y de su comarca se ajuntasen en la tierra de Millarapue, que es tres leguas de Arauco en el mismo camino, y de Tocapel y su comarca. Y que en todas estas juntas hiciesen fuertes, y que si los españoles desbaratasen la primera, se rehiciesen en la segunda, y si por ventura los desbaratasen en la segunda, se ajuntasen en la tercera, y de allí harían la guerra todos juntos.

Salió el gobernador del asiento de la Concepción, viernes a veinte y nueve de octubre del año de mil y quinientos y cincuenta y siete, y llegó al gran río de Bibio. Tardó en pasar la gente cinco días y al sexto día llegó el capitán Pere Esteban con cincuenta hombres de la ciudad de arriba. Fueron por todos quinientos y treinta hombres muy bien aderezados de armas y caballos. Iban doscientos arcabuceros y cinco piezas de artillería. Salió el gobernador de este río, jueves cuatro de noviembre, y fue alojarse en un llano junto a un arroyo.

Este día salió el capitán Reinoso con doce de a caballo a correr el campo, y fue dos leguas del real, do encontró los indios que venían caminando. E visto por los españoles se comenzaron a retirar, y dieron aviso al gobernador de cómo venían los enemigos envueltos con ellos. Luego salió el maestre de campo con ocho de a caballo, y del camino envió un soldado al gobernador le envasen treinta hombres. Y luego el gobernador mandó salir treinta de a caballo de su compañía, los veinte arcabuceros, y mandó que de la compañía del capitán Rodrigo de Quiroga saliesen veinte de a caballo. Toda la más gente mandó el gobernador estuviese apercebida.

Llegado esta gente adonde estaba el maestre de campo, la acaudilló y dio en los indios con tan buen ánimo como españoles que eran, y ellos que no se defendían menos, porque daban bien en qué entender a los españoles. A esta hora llegó el capitán Rodrigo de Quiroga con la demás gente de su compañía, y así los hicieron retirar en una ciénaga que allí cerca estaba. Allí los indios se rehacían por parecerles que los caballos no les podían entrar, mas no faltaba quien los alcanzaba, porque los arcabuces les daban en qué entender. Viendo los indios que no tenían resistencia, no los osaron esperar y así desmampararon la ciénaga.

Hiciéronlo aquí tan bien los españoles, aunque no menos los indios, que por no ser prolijo no cuento particularidades que pudiera contar de algunos hechos de los españoles. Salieron de esta batalla heridos treinta hombres y matáronles un caballo. Murieron de los enemigos más de trescientos y prendiéronse ciento y cincuenta, a los cuales mandó el gobernador cortar las manos derechas y narices, y algunos les cortaban entrambas manos, y éstos enviaba por embajadores a los compañeros que se habían escapado. Halláronse en esta batalla doce mil indios, según los presos dijeron.

Otro día siguiente, salió el gobernador de este asiento y fue alojarse a Andalicán, donde tenían los indios el fuerte, mas no había defensores en él porque el día antes quedaron temerosos, y determinaron de no aguardar por la buena obra que se les hizo. Estaba este fuerte en una loma alta en medio de dos quebradas de muy fuerte palizada y de muchas

troneras y de gruesas albarradas, que aunque no era de cantería, era de ver. Aquí estuvo el gobernador tres días, y otro día lunes, que se contaron ocho del mes, salió de este asiento y llegó al pie del paso que tengo dicho donde desbarataron a Francisco de Villagran, donde tuvo noticia que allí le estaban aguardando los indios, y a esta causa paró aquí el campo. Otro día siguiente se pasó, y no hubo quien lo estorbase ni defendiese, y se alojó el campo en el río que tengo dicho que está a la bajada.

Otro día siguiente se caminó y se fue alojar el campo de la otra parte de Arauco en un valle junto a la mar. Luego otro día mandó el gobernador que volviese el campo junto a la casa fuerte que el gobernador don Pedro de Valdivia tenía, porque allí donde estaba carecía de leña y de otras cosas necesarias, y también por ver si venían algunos prencipales de paz. Estuvo aquí el gobernador en esta provincia de Arauco diez y siete días, donde cada día se salía a correr el campo, y no se pudo tomar lengua de donde estaban los indios de guerra. Saliendo un día a correr los corredores, por desmandarse un soldado le mataron los indios.

### CAPITULO CXXXIII

*Que trata de la salida del gobernador de la provincia de Arauco para la de Tucapel y lo que en este camino le sucedió*

Habiendo reposado el gobernador diez y siete días como he dicho, y cada día se corría el campo, no pudiéndose informar, ni sabiendo dónde estaban ayuntados los indios de guerra, determinó salir de esta provincia, y caminó aquel día hasta la provincia de Millarapue. A causa de ser la tierra doblada y de profundas quebradas, se asentó el campo en una loma alta. Este día los corredores tomaron indios, de donde tuvo el gobernador noticia que los indios de guerra estaban cerca de allí en un fuerte, y que ya venían marchando hacia los españoles.

Y otro día sábado, que se contaron veinte y siete de noviembre, llegaron los indios ya que amanecía y escomenzaron a dar gran grita y tocar sus cornetas, los cuales venían por dos partes. Venía por general de esta gente un señor que se decía Teopolicán, indio muy belicoso y guerrero. Visto por el gobernador, mandó poner su gente en dos haces como los enemigos venían. Dióle una haz al capitán Rodrigo de Quiroga, al cual mandó que su compañía y la mitad de la del capitán Rengifo, al que dióle veinte arcabuceros y veinte rodeleros, y que con aquella gente diese en la una parte de los indios que más cerca del campo venía. Y el gobernador tomó la otra haz para ir a dar en los otros, que era la mayor haz.

Y así arremetieron y pelearon con tan buen ánimo los españoles por los vencer, y ellos por defender su patria, que estuvieron más de una hora peleando. Al fin fue desbaratada aquella haz donde dio el capitán Rodrigo de Quiroga. Murieron ciento y veinte indios, entre los cuales mataron siete prencipales y un hermano de Oteopolicán, que no era menos belicoso. Ya en este tiempo había el gobernador rompido el otro escuadrón y desbaratándole, aunque no se había defendido menos que el otro. Murieron en este

escuadrón que el gobernador rompió trescientos indios, y prendiéronse más de quinientos. Eran todos estos indios que vinieron a dar esta batalla quince mil. Salieron de esta batalla heridos muchos españoles y caballos.

Contaré de un indio que venía en esta haz que rompió el gobernador, el cual era uno de los que cortaron las manos que he dicho. Venía sargenteando y animando de esta manera: "¡Ea, hermanos míos, mira que todos peleéis muy bien, y no queráis veros como yo me veo sin manos, que no podréis trabajar ni comer, si no os lo dan!" Y alzaba los brazos en alto, enseñándolos para provocarlos a más ánimo y diciéndoles:

"Estos con quien vais a pelear me los cortaron, y lo mesmo harán a los que de vosotros tomaren, y nadie permita huir sino morir, pues morís defendiendo vuestra patria". Y adelantábase un trecho del escuadrón solo, y decía esto a grandes voces, y que él moriría primero, y que ya no tenía manos, que con los dientes haría lo que pudiese. Quíselo poner aquí por no me parecer razones de indios, sino de aquellos antiguos numantinos cuando se defendían de los romanos. Y aquí se prendió y le mandó el gobernador aperrear. Entre los presos se hallaron veinte principales, los cuales mandó el gobernador ahorcar, y recibían la muerte con tan lindo ánimo como si fueran a hacer otra cosa de menor importancia que costara menos que la vida, porque ellos mismos pedían la soga y se las ataban y se subían y se dejaban colgar, y aún decían que más valía morir allí como valientes que no servir a los españoles.

Diré de otro indio, o por mejor decir, sepulcro que fue de tres hermanos y de su madre y de su padre, que fue en comerlos a todos. No lo digo por su confesión, sino que otros indios lo dijeron, y aún le temían y huían de él. Y decía que no había hallado carne más sabrosa que la de su madre. Y así todavía se comen.

De aquí salió el gobernador y fue a la provincia de Lebolebo. Y otro día llegó a la provincia de Tocapel y asentó su campo en el asiento donde estaba la casa fuerte del gobernador Pedro de Valdivia como ya he dicho, la cual estaba todavía fuerte, aunque arruinada. Aquí dio licencia el gobernador para que trajesen comida al campo para cuatro días, porque pasados no se había de traer más. Trujéronse en estos cuatro días más de cuatro mil fanegas de comida, que era maíz y papas y frísoles.

Sábado a once de diciembre, salió a correr el campo el capitán Rodrigo de Quiroga con treinta y cinco hombres, y fue hasta legua y media, donde salieron hasta tres mil indios a él a un llano, habiéndole tomado los pasos. Y viéndose que no podía hacer otra cosa sino dar en ellos, animó su gente como en tales tiempos lo suelen hacer los buenos capitanes, y mandó apear a ciertos arcabuceros que llevaba, y rompió por los indios con el ánimo que en tal tiempo se requiere tener. Y sin perder español ni caballo quedaron muertos en el campo cien indios. Salieron heridos quince españoles.

#### CAPITULO CXXXIV

*Que trata de cómo fundó el gobernador don García Hurtado de Mendoza una ciudad*



*en la provincia de Tucapel y cómo envió a reedificar la ciudad de la Concepción*

Viendo el gobernador tan buen asiento y en buena comarca, y pareciéndole ser necesario, fundó una ciudad e intitulóla la ciudad Cañete de la Frontera, y crió cabildo y alcaldes, e señaló solares a los vecinos que habían de ser, y dioles principales para que les sirviesen. Está esta ciudad de la Concepción veinte leguas, y de la ciudad imperial diez y ocho. Tiene a media legua la mar, mas no tiene puerto sino es cinco leguas de ella. Pasa un río junto a la ciudad. Está la ciudad en un llano y a media legua de ella tiene grandes montes de que pueden hacer madera para las casas. Es tierra fértil de comidas.

Y de aquí envió a Gerónimo de Villiegas con ciento y setenta hombres por teniente para que fuese a reedificar la ciudad de la Concepción, y señaló los alcaldes que habían de ser, y mandó al capitán Rodrigo de Quiroga y a los demás vecinos de la ciudad de Santiago se fuesen a sus casas. Llegaron a la ciudad de la Concepción, miércoles a cinco de enero, y otro día jueves, que fue día de los bienaventurados Reyes del año de mil e quinientos e cincuenta e ocho años, se reedificó la ciudad de la Concepción, que tres años y nueve días había que estaba despoblada.

Habiendo fundado estas ciudades de Cañete de la Frontera y reedificado a la de la Concepción, envió a don Pedro de Avendaño con treinta hombres a la ciudad imperial a traer algún ganado. Fue con él el capitán Vasco Juarez con cuarenta hombres a echallo, siete leguas de allí, a causa de ser estas siete leguas de malos pasos y profundas quebradas. Llegados a Purén, que es donde estaba la otra casa fuerte que tengo dicho, se fue don Pedro de Avendaño a la ciudad Imperial, y el capitán Vasco Juarez se volvió de la ciudad de Cañete.

Viendo el gobernador que ya era tiempo que aquel caudillo viniese, considerando que aquellas siete leguas eran peligrosas y la gente que traía poca, y los indios de aquella tierra belicosos, se atrevieron aguardalle en algún mal paso, envió al capitán Reinoso con noventa hombres a que le aguardase.

Pasadas estas siete leguas de mal camino y llegado este capitán a Puerén, topó a don Pedro de Avendaño que venía ya caminando. Y juntos llegaron al pie de una costa en medio de dos sierras de grandes montañas, las cuales se llaman la cuesta de Puerén, e por medio de las dos quebradas corre un pequeño río. Llegados los españoles a este paso, salieron a ellos los indios por todas partes, que serían hasta seis mil indios poco más o menos, según se supo por los naturales. Y como el compás era pequeño e la tierra tan agra, no se podían aprovechar de los caballos.

Y viendo los españoles que los indios venían con aquel ímpetu, se apearon ciertos españoles para los resistir, aunque más peligroso era para los de a pie. Peleaban los indios tan bien que daban bien en qué entender a los españoles, y les tomaron parte del ganado que traían. Y los españoles, como no les faltaba en semejantes tiempos, dieron en ellos de manera que los desbarataron y cobraron el ganado que habían perdido, dejando muchos indios muertos. Y salieron heridos de esta batalla cuarenta españoles de flechas y botes

de lanzas. E habida esta victoria, se fueron a la ciudad, de lo cual fue muy alegre el gobernador por haber ido tan bien a los españoles.

## CAPITULO CXXXV

*Que trata de la salida del gobernador de la ciudad de Cañete para la ciudad Imperial y de la burla que hizo un yanacona a Teopolicán*

Dejando el recaudo que se requería a los sustentadores que en aquella ciudad quedaban, dejó por su teniente al capitán Diego Reinoso, y se partió de esta ciudad, lunes a veinte días del mes de enero de mil y quinientos y cincuenta y ocho años. Llegado a la ciudad Imperial, fue recibido con gran alegría de aquellos sustentadores con la posibilidad que en aquella sazón tenía. Luego escomenzó a repartir la tierra y dalla a los conquistadores, aunque la tierra no estaba como cuando entramos con el gobernador don Pedro de Valdivia, porque faltaban de los naturales de cinco partes las tres, de lo cual tenía gran pena el gobernador, según la voluntad que tenía de dar de comer a los conquistadores. A esta sazón llegó un mensajero con despacho del visorrey del Pirú, en que venía una provisión de Su Majestad para que recibiesen al príncipe don Felipe por rey como en todas las demás partes se había hecho. Y llegado el domingo salieron por la mañana todos los vecinos e hijosdalgo a caballo con el gobernador. Y llevaba el gobernador un estandarte de damasco carne y con las armas de Su Majestad. Y llegado a la plaza manejó el caballo, apellidando a España y nombrando a Chile en nombre del rey don Felipe nuestro Señor. Hizo el gobernador aquel día grandes fiestas. Hubo a la tarde juego de cañas.

Otro día, lunes veinte y nueve del dicho mes, llamó a don Miguel de Velasco, al cual le mandó fuese con treinta de a caballo a visitar la ciudad de Cañete. Y llegado a la ciudad, a la sazón se había huido un anacona de aquella ciudad. Y preso por los indios naturales, le querían matar, el cual anacona, viéndose de aquella manera, como era ladino, les dijo que no le matasen, porque él venía con cierta embajada a Teopolicán. Oído los indios lo que el anacona decía, lo llevaron ante Teopolicán y le dijeron que traían un anacona preso. Él les dijo que lo matasen allá, que para qué se lo traían delante. Oído el anacona el recibimiento que el Teopolicán le hacía, como hombre discreto para aprovecharse con alguna cautela, escomenzó a decir en alto que él se merecía quien se había aventurado a venir por mensajero, mas pues que así era, que lo matasen, que él no contaría a lo que venía.

Oyendo el Teopolicán las razones del anacona, le mandó se le llegasen a él, y le dijo que qué decía. El yanacona le respondió:

"Sábete, Teopolicán, que yo vengo de parte de ciertos anaconas que estamos con los españoles, los cuales pasamos muy mala vida, los cuales determinamos, como eres capitán general de esta tierra, de hacerte un mensajero, a los cuales les dije que vendría a te hablar. Y es esto: ya sabes que nosotros estamos con los españoles, y que somos gran parte para ayudarte de esta manera, que tenemos concertado que yendo tú cerca de la

ciudad con gente, que al tiempo que vayas, nosotros tomemos los frenos a los caballos y nos vamos a ti, y fácilmente mataréis los cristianos. Y ha de ser a mediodía porque están descuidados y con la calor del sol durmiendo".

Oída esta razón, el Teopolicán se levantó y se quitó de su cuello la chaquirá que tengo dicho que hacen de hueso, que es lo más preciado que ellos tienen, y se lo puso al anacona, y le mandó dar un vestido, y le dijo:

"Hermano, eso que dices cumplirlo heis vosotros. Yo te prometo que si tú lo haces, que yo te haré señor".

El anacona le respondió, pues que él venía por mensajero, que tuviese por cierto que sí, y que no se dilatase mucho, que él se quería volver, y que otro día se acercase con toda la gente que pudiese media legua de la ciudad, y que de allí le enviase un indio como que iba a salir de paz, y que hablasen con el capitán, y que él hablaría al indio y le enseñaría de la manera que los cristianos estaban. Y luego el Teopolicán le despachó. Llegado el indio a la ciudad, se fue al capitán Reinoso y le contó lo que había pasado, y que se apercebiesen los cristianos secretamente, y que mañana vendría un indio por mensajero como que venía de paz, que le recibiesen como cosa no sabida, y que así tomarían los indios descuidadamente.

Venido el día siguiente, el Teopolicán se llegó a la ciudad con siete mil indios, y puesto en oculto, despachó el indio como habían concertado con el anacona. Y llegado, el anacona le tomó y lo llevó al capitán, y le dijo cómo venía de paz aquel principal. El capitán le habló y le dijo que fuese, y que dijese a los demás que viniesen de paz. Y luego el anacona le trujo por las casas de los españoles, diciéndole que mirase cuán a su salvo podían salir con su empresa. Y el indio se holgaba mucho de ver que algunos estaban durmiendo y los españoles descuidados. Y dijo al anacona que él quería ir a llamar a Teopolicán, y que ellos hiciesen de manera que cogiesen los frenos de los caballos. El anacona le dijo:

"Anda, vete, que vosotros veréis como os ayudamos".

Salido el indio, luego se apercebieron los españoles, y aderezaron ciertas piezas de artillería que tenían, y los arcabuceros por su orden y los de a caballo en sus caballos. Y luego vieron venir cinco escuadrones de indios. Ya que los tuvieron cerca, porque entonces estaban esta gente en la casa fuerte, y llegados los indios, dispararon las piezas de artillería, y luego jugó la arcabucería, de manera que cuando salieron los de a caballo, ya el Teopolicán mandaba se recogiesen para huir, que habían sido engañados. Y no huyeron tan ligeramente que no quedaron más de trescientos muertos. Otro día salió de Miguel de Velasco con sus treinta de a caballo para hacer saber aquel suceso al gobernador, y de esta manera ... la vida el anacona con esta maña y cautela que usó.

## CAPITULO CXXXVI

*Que trata de lo que hizo el general Teopolicán habiendo ido sobre la ciudad de Cañete y escapado de ella y de cómo fue preso*

Habiendo tramado el yanacona que tengo dicho con el Teopolicán viniese sobre la ciudad de Cañete, como fue y no pudo efectuar su mal propósito, tenía gran pesar de verse así burlado. Luego ordenó de hacer un fuerte tres leguas de la ciudad, e de allí enviaba a sus mensajeros a todos los caciques le envasen gente para la guerra. Todos le acudían de la comarca.

E teniendo aviso el teniente Alonso de Reinoso de la junta que se hacía, y que si esperaba ocho días se juntaría toda la tierra, y que al presente no tenía más de tres mil indios, apercibió a don Pedro de Avendaño con sesenta hombres y diole una india por guía. E salió de noche e caminó lo más secreto que pudo. Llegó ya que amanecía al fuerte, y como los indios estaban descuidados y llegados los españoles de repente, luego huyeron los indios. Y en una casa prendieron al Teopolicán y muchos indios e indias. E viniendo por el camino acertó a encontrar una india que era mujer del Teopolicán e traía un niño de un año. Y como ella no pensaba que venía preso el Teopolicán e le vio, comenzó a decirle:

"¿Cómo? ¿Tú eres Teopolicán, el valiente que decías que no te había de parar cristiano que no le habías de matar, y a ti alzarón por general de la tierra, que así te dejaste prender de los españoles? ¿Y parécete cual vas atado e que tenga yo hijo de un hombre tan cobarde como tú?" E lo arrojó de una cuesta abajo, e murió el niño. Cierta me parece grande ánimo y esfuerzo de mujer, e que la podíamos comparar aquella buena mujer cartaginesa que se metió con dos hijos en el fuego, porque el marido se había entregado a los romanos. E llevado el Teopolicán a la ciudad fue empalado. Y así pereció este mal indio tan enemigo de los españoles.

## CAPITULO CXXXVII

*Que trata de la salida del gobernador de la ciudad Imperial para la ciudad de Valdivia*

Habiendo despachado a don Miguel de Velasco con los treinta hombres a visitar la ciudad de Cañete, se partió el gobernador en fin del mes de enero de dicho año, y fue a la Villarrica, en la cual estuvo cuatro días, y de allí se partió para la ciudad de Valdivia. De aquí despachó un alcalde e un regidor de la Villarrica que con él había venido, con el repartimiento de aquel puerto, señalando los vecinos que había de ser, y a cada uno el cacique que había de servir. Y luego despachó al capitán Joan Bautista de Pastene con catorce hombres fuese al lago de Valdivia que tengo dicho, y que allí hiciese un par de barcas.

Salió el gobernador de esta ciudad, lunes a diez y ocho días del mes de febrero de mil y quinientos e cincuenta e ocho años, con ciento y cincuenta hombres, que fue aquel día a Teuserén, que son cuatro leguas de la ciudad de Valdivia. De aquí despachó a su maestre

de campo Joan Remón y al capitán Vasco Juarez para que se fuesen a sus casas y se embarcasen en el navío que estaba en Valdivia.

De aquí caminó el gobernador por sus jornadas y llegó al lago donde llegó el gobernador don Pedro de Valdivia. Y de este lago envió al capitán Joan Bautista de Pastene con treinta hombres que fuese a buscar el desaguadero de aquel lago y buscarse pasaje. Salido este capitán, llegó a un río hondable de corriente recio, el cual desaguaba del lago. Yendo por el río abajo topó pasaje y recogió algunas canoas. Y luego llegó el gobernador, y dio orden como se pasasen, y en canoas pasó la gente, y los caballos a nado.

Pasado el gobernador este río, caminó tres jornadas de muy grandes montes e ciénagas y malos pasos, que apenas se podía caminar, y al cabo de estos tres días dio en la mar en una bahía muy grande, la cual llegaba hasta la cordillera nevada. Hay en ella veinte y cinco islas, aunque algunos se afirmaban haber más de treinta. Están pobladas. De aquí envió el gobernador a Julián Gutiérrez Altamirano en ciertas canoas con gente, que fuese a una isla que se parecía grande encima de todas las demás, la cual isla se dice Anquecuy, la cual isla hallaron muy poblada y mucho ganado y maíz y papas, y gran noticia de oro y plata. Y visto esto se volvió el caudillo.

En esta tierra que pasó el gobernador se halló oro de quilates, y tráenlo los indios en la punta de las narices y es una manera de anillos, y las Mujeres lo traen en las orejas por zarcillos. Es la tierra bien poblada y la gente de buen parecer. Y andan vestidos de lana como los que tengo dicho. La lengua difiere un poco. Sus armas son lanzas y hondas y dardos. Solamente difieren en el traje de la cabeza a los demás, que traen una manera de sombrero muy bien hecho de lana tejida y peludo, con un paño como tocado y por encima se ponen una chaquiras. Traen unos coralejos pequeños en unos hilos ensartados y desviados uno de otro dos dedos. Estos que acostumbran estos sombreros paréceme que los traen por la mucha agua que llueve.

Es tierra doblada de grandes montes y ciénagas y de buenas florestas. Halláronse sardinas de las que llaman en nuestra España arencadas. Ansí se halló el arte de aquellos corrales con que las toman en Rota, y si se curasen serían tan buenas como las de allá. Túvose grande noticia de la otra parte del lago, y no era tan pequeña.

## CAPITULO CXXXVIII

*Que trata de la vuelta del gobernador don García Hurtado de Mendoza y de cómo fundó una ciudad*

Llegado el gobernador a este lago o archipiélago, por mejor decir, y viendo que no hallaban sitio conveniente, y que el invierno se le acercaba y en aquella tierra era trabajoso, dio la vuelta y llegó al río de las Canoas y le pasó. Riberas de él, en un llano de muy hermosa vega y en buena comarca, pareciéndole que era buen sitio y conveniente, fundó una ciudad y crió alcaldes y cabildo, y la intituló la ciudad de Osorno, y repartió caciques y prencipales de toda aquella comarca en sesenta conquistadores.

Fundóse esta ciudad, domingo a veinte y siete días del mes de marzo del año de mil y quinientos y cincuenta y ocho años. No dio cédulas al presente, porque en ninguna ciudad las había dado. Esta ciudad está tres leguas de la de Valdivia y quince leguas del lago. Está seis leguas de la mar. Tiene muy gentil llano. Tiene cerca leña y madera para casas. Es tierra fértil, dase buen trigo y cebada, y se dará todas las semillas y árboles de nuestra España que su pusieren.

Y hecho esto salió el gobernador de esta ciudad para la de Valdivia, dejando el recaudo que convenía para la sustentación de ella. Y llegado a la ciudad de Valdivia y pareciéndole que para los negocios que acorriesen de las demás ciudades no era bueno invernar allí, se fue a la Imperial a invernar.

## CAPITULO CXXXIX

*Que trata de cómo recibieron por rey en la ciudad de Santiago al príncipe don Felipe nuestro Señor*

Ya tengo dicho de cómo el gobernador don García recibió en la Imperial al rey don Felipe por la provisión que de Su Majestad le fue, y luego la envió a la ciudad de Santiago para que lo recibiesen. Y llegado lo recibieron a diez y ocho del mes de abril, domingo de Cuasimodo del año de mil y quinientos e cincuenta e ocho años. Este día salieron los del cabildo de la ciudad a las ocho del día con otro muchos vecinos, y los del cabildo salieron vestidos de ropas rozagantes de raso carmesí. Y entre los dos alcaldes iba un regidor, vecino de esta ciudad, que se llama Pedro de Miranda y llevaba un estandarte de damasco azul con un fleco a la redonda de seda blanca y colorada. Y por la una parte del estandarte llevaba las armas de Su Majestad, y por la otra banda llevaba las armas que Su Majestad hacía merced a esta ciudad, el cual era un león rampante con una espada desnuda con la mano derecha en el campo de plata, y en torno del escudo ocho veneras de oro en campo azul.

Llegados a la plaza, donde estaba un teatro, salió el licenciado Santillán que estaba por justicia mayor en esta ciudad, e tomó pleito homenaje al Pedro de Miranda a fuer de Castilla la Vieja, de que usaría de aquel cargo de alférez así como los hijosdalgo y caballeros lo acostumbraban en servicio de sus príncipes.

Echóse mucha moneda de oro y plata hecha aposta, los cuales eran unas planchuelas con la marca de Su Majestad con que en esta ciudad quintan el oro, que es dos columnas y una corona. Y luego el alférez manajo el caballo y apellidaba al señor Santiago, patrón de España, y nombrando a Chile y al rey don Felipe nuestro Señor, el cual guarde por muchos años Dios nuestro Señor, para que goce de estos reinos e de todos los demás. Y luego volvió al teatro, y vino la clerecía, y tomaban las borlas del estandarte y las besaban y ponían en sus cabezas, y lo mismo hacía el Cabildo de esta ciudad. Y hechas estas cerimonias, lo llevaron a la iglesia mayor, y oyeron misa, la cual misa se dijo sobre el estandarte. Y salidos de la iglesia, llevaron el estandarte a la posada de Pedro de

Miranda, y la pusieron en una ventana. A la tarde hubo grandes regocijos de toros y juego de cañas en loor del rey don Felipe nuestro Señor.

Y esto se hizo por la provisión que dicho tengo, la cual es la siguiente:

"El rey.

Consejo, justicia, regidores, caballeros, escuderos, oficiales, y hombres buenos de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, ya tenéis entendido el suceso que han tenido nuestras cosas, y como emprendí la guerra en Alemania por lo tocante a la religión, deseando, como era razón, por la obligación que tenía, a reducirlos y volverlos al gremio de la Iglesia, procurando de poner paz y quietud en la cristiandad, asistiendo y haciendo por mi parte todo lo posible para que se convocase el Concilio, procurando que se concluyese e hiciese la reformación tan necesaria por mejor atraer a los que se han apartado y desviado de la fe, y teniéndolo por la bondad de Dios en buenos términos.

"El rey de Francia rompió últimamente la guerra por mar y tierra, sin tener ninguna justa causa ni fundamento, ayudándose de los alemanes que contra su fidelidad hicieron liga con él, y trayendo el armada del turco con tanto daño de la cristiandad y especialmente de nuestros estados y señoríos queriéndolos invadir. De manera que por lo uno y lo otro, fui forzado y necesitado a levantar los ejércitos que he juntado, que se me han seguido grandes trabajos, así por haber estado en campaña, como por tratar negocios tan continuos y pesados que se han ofrecido, que han sido causa de la mayor parte de las enfermedades e indisposiciones tan largas que he tenido y tengo de algunos años a esta parte, y de hallarme tan impedido y falta de salud, que no sólo no los he podido tratar por mi persona y con la brevedad que convendría, mas conozco que he sido impedimento para ello, de que he tenido y tengo escrúpulo, y quisiera mucho haber antes de agora dado orden en ello, pero por algunas suficientes causas no se ha podido hacer en ausencia del serenísimo rey de Inglaterra y Nápoles, príncipe de España, nuestro muy amado hijo, por ser menester comunicar, asentar y tratar con él cosas importantes.

"Y para este propósito, demás de venir a efectuar su casamiento con la serenísima reina de Inglaterra, le ordené que pasase últimamente en estas partes. Y habiendo venido aquí, acordé, como de primero lo tenía determinado, renunciarle, cederle y traspasarle, desde luego, como lo he hecho, los reinos, señoríos y estados de la corona de Castilla y León, y lo anejo y dependiente de ellos, en que se incluyen estos estados de las Indias, como más cumplida y bastantemente se contiene y declara en la escritura que de esto hicimos y otorgamos en la villa de Bruselas, a diez y seis días del mes de enero de este presente mes y año de mil y quinientos y cincuenta y seis años, confiando que con su mucha prudencia y experiencia, según lo ha mostrado hasta aquí en todo lo que ha tratado en mi lugar y nombre, y por si propio, las gobernará, administrará, defenderá y tendrá en paz y justicia.

"Y siendo cierto que vosotros, siguiendo vuestra lealtad y el amor que a mí y a él habéis tenido y tenéis, como lo hemos conocido por obra, le serviréis como lo confío y debéis a la voluntad que ambos os hemos tenido y tenemos.

"Y ansí os encargamos y mandamos, que alzando pendones y haciendo las otras solemnidades que se requieren y acostumbran para la ejecución de lo sobre dicho, de la misma manera que si Dios hubiese dispuesto de mí, obedezcáis, serváis y acatéis y respetéis al dicho serenísimo rey, cumpliendo sus mandamientos por escrito y de palabra de aquí adelante, como de vuestro serenísimo Señor y rey natural, según y cómo habéis cumplido y debíades cumplir los míos propios, que demás de hacer lo que sois obligados, me tendré en ello por muy servido.

"De Bruselas a diez y seis días del mes de enero de mil y quinientos y cincuenta y seis años."

Esta es la letra que Su Majestad envió al Cabildo de la ciudad de Santiago de la Nueva Extremadura.

## CAPITULO CXL

*Que trata de las plantas y árboles e verdura y ganado que hay en esta provincia de Chile de nuestra España*

Quise hacer relación de las cosas que de nuestra España se han traído a estas provincias de Chile, porque en ella hay muchos melones e muy buenos, e muy buenas coles, y lechugas y rábanos y cebollas y ajos y zanahorias. Berenjenas, e perejil y acelgas y cardos y lentejas y garbanzos. Habas, mastuerzo, y anís y cilantro y albahaca, hinojo y ruda. Pues mostaza y nabos ha cundido tanto que en los campos no hay otra cosa, e hierbabuena, infinitísimo por los campos. E todo esto se da tan bien como en la parte que mejor se da de nuestra España. E se dará todo lo demás que se trujere.

Plantas de España hay viñas, y en ninguna parte de Indias se ha dado tan buena uva como en esta tierra. Hácese muy buen vino. Y el primer hombre que lo hizo en esta tierra fue un vecino que se dice Rodrigo de Araya, y así mesmo fue el primero que trujo trigo a esta tierra. Hácese ya tanto vino que basta para la gobernación, y que pueden proveer a otras partes.

Hay higueras y dan muy buen fruto, y granadas y las dan buenas, e naranjas y limas e cidras y membrillos y manzanas, y todas las demás árboles que se traigan de nuestra España se dará muy bien. Y ansí mismo hay mucho lino y se hace muy buen lienzo, e se podía pasar con ello. E los señores de indios tienen telares, e visten los indios de ello. Es gran provecho para los naturales.

Ganado hay muchas yeguas, y el que más yeguas y caballos metió primero en esta tierra fue el bachiller Rodrigo González, natural de Carmona. Hay muchas vacas e ovejas y cabras e puercos. Y esto se multiplica tan bien que hay ya en tanta cantidad, que si estuvieran atendidos los españoles al ganado de la tierra, no se comería carne. Hay muy buenas hierbas e pastos. Hay muchas gallinas e palomas, que los naturales crían.



En torno de esta ciudad de Santiago, cuatro y cinco y seis leguas, se sirven carretas, que no fue poco descanso para los naturales. Hay molinos de agua e no pocos. Estaban los naturales espantados de ver que hacían servir al agua e a las piedras. E también tenían a mucho de luego de ver cazar losalcones, y de cómo los cristianos los hacían venir a la mano e los hacían servir de tomar las perdices, y aún decían, pues que aquéllos habían servir, que no era mucho hacerlos servir a ellos.

## CAPITULO CXLI

*Que trata de quién fue el primer obispo electo de Chile y de los templos que hay en esta gobernación y de quién fue el fundador de ellos*

La ciudad de Santiago fue poblada el año de mil y quinientos y cuarenta y pareciéndome no dejar de decir cómo se ha aumentado e noblecido desde el año de cuarenta hasta el año de cincuenta y ocho, hase la ciudad noblecido de oficiales, mercaderes y otras personas que en ella se han avecindado. Hay muchos casados e muchas mujeres de Castilla e doncellas. Hay muy buenas casas de teja e ladrillo y cal que en ella se hace. Hay muy buenos templos, y el primer cura que tuvo cargo de la iglesia mayor de esta ciudad y en ella celebró el culto divino todo este tiempo que tengo dicho, sin llevar interés que Su Majestad manda dar a los tales curas, fue el bachiller Rodrigo Gonzales, natural de Carmona, hombre docto y de buen ejemplo e vida y socorrido. Hizo mucho provecho en esta gobernación. Entró con el gobernador don Pedro de Valdivia cuando vino al descubrimiento y conquista de ella. E de las yeguas y caballos que tengo dicho que metió el bachiller Rodrigo Gonzales, hubo del multiplico más de treinta mil pesos, e todo los gastó en servicio de Su Majestad en la sustentación de esta tierra. E se halló con el gobernador en la población de Valdivia e descubrimiento del lago, donde era su doctrina provechosa para la gente de guerra, que no hiciese daño a los naturales. E informado Su Majestad de sus servicios y su persona que lo merecía, como vicario general que es de la Santa Madre Iglesia, le nombró por obispo. Envió su provisión y cartas para que asistiese el cargo que Su Majestad le daba. Llegó esta provisión e merced, lunes, a cuatro días del mes de julio de año de mil y quinientos y cincuenta y ocho. Y luego otro día siguiente fue el obispo don Rodrigo González con el licenciado Hernando de Santillán, justicia mayor de esta gobernación por don García Hurtado de Mendoza, gobernador, y fue el Cabildo de esta ciudad y religiosos que en ella había, letrados y predicadores. Y oída misa mayor se leyó la provisión e merced de Su Majestad en presencia de todos, e leída la provisión la tomó el obispo con gran solemnidad y crianza. Hizo las ceremonias que se requieren e se deben hacer y fue recibido por el vicario y curas de la iglesia, y entregáronle las llaves del sagrario. Lo mismo hizo el Cabildo de esta ciudad, teniéndole por obispo electo como Su Majestad le nombraba. Templos de religiosos hay tres en esta ciudad, y el primero que se fundó fue de la orden del bienaventurado señor San Francisco, y tiene la invocación de nuestra Señora del Socorro. Fundóla el padre fray martín de Robleda, natural de Salamanca. Y el segundo es de la orden mercenarios. Tiene la invocación de Nuestra Señora de la Merced, el cual fundó fray Antonio Correa, de nación portugués. El tercero es de la orden del bienaventurado Santo Domingo. Tienen la invocación de Nuestra Señora del Rosario.

Fundóla el padre fray Gil de San Nicolás, natural de la Ciudad Real. En la ciudad Imperial está fundado otro monasterio de la invocación de Nuestra Señora de la Merced, el cual fundó el padre Diego Rondón. En la ciudad de Valdivia está otro monasterio de la invocación de Nuestra Señora de la Merced, el cual fundó fray Pedro Olmedo. Hacen mucho provecho su doctrina a la conversión de estos naturales. Cuando los españoles entraron en esta tierra había más de veinte y cinco mil indios, e no han quedado en los términos de esta ciudad ni a ellos sirven, sino es nueve mil indios, porque con las guerras pasadas y también el trabajo de las minas ha disminuido su parte.

## CAPITULO CXLII

*Que trata de lo que hizo el gobernador don García Hurtado de Mendoza estando en la ciudad Imperial invernando e de cómo salió para la ciudad de Cañete*

Estando el gobernador invernando en la ciudad Imperial, proveyendo a todas partes lo que era necesario, porque en este tiempo no se podía hacer la guerra a los naturales, a causa de ser muy trabajosa por las muchas aguas y grandes ríos que hay, como he dicho, y estando aquí, llegaron dos mensajeros de Joan Pérez Zurita, en que le hacía saber y daba cuenta y relación cómo había ido a la provincia de los diaguitas, y que había poblado una ciudad, la cual se decía Londres. Y luego el gobernador despachó a estos mensajeros, y despachado, dio cédula a los vecinos de la ciudad e Osorno y Valdivia y Villarrica e Imperial.

Y continuando los indios aquel mal propósito y pecado de cometer tan sin piedad, y que no les bastaba castigo ni amenazas, fundó el gobernador fuera de la ciudad Imperial una casa del bienaventurado Santo Agustín en su propio día, para que rogase a Nuestro Salvador Jesucristo pusiese en corazón y voluntad a estos infieles, dejasen aquel mal propósito y pecado y los alumbrase en su santo servicio. E hizo esto un domingo 28 de agosto de 1558 años.

En este tiempo llegó un navío de los que habían ido con el capitán Ladrillero, desbaratado con tormentas que había tenido a causa de haber dado al través. Y con gran trabajo le habían aderezado lo mejor que pudieron, no sabiendo del otro navío donde iba el capitán. Y así vino este navío a la ciudad de Valdivia.

Pues pasado el invierno y venida la primavera, viendo el gobernador que los indios de Arauco y de la ciudad de Cañete no habían querido venir de paz, ni aprovechaban requerimientos, salió de la ciudad Imperial para la de Cañete para visitar la ciudad y hacer la guerra a los indios. Salió viernes a catorce de octubre y llegó a diez y ocho del presente a la ciudad.

Luego los indios de guerra comenzaron a hacer el daño que podían en los yanaconas de servicio, matando algunos que se desmandaban del real, aunque no muy lejos. Visto esto por el gobernador y el grande atrevimiento que tenían, hizo un fuerte de adobes en que quedasen los españoles seguros, los que quedasen en la ciudad, para de allí salir a dar en

un fuerte que los indios tenían en Millarapue, que había en él siete mil indios para desde allí hacer el mal que pudiesen a los españoles.

Y los indios, no contentos con las desvergüenzas pasadas, acordaron hacer muchas balsas para ir por el río a el puerto de esta ciudad que he dicho, a tomar un navío que estaba en él, que había traído bastimento, y matar los españoles, lo cual hicieran fácilmente si Dios nuestro Señor no remediara, que el gobernador tuvo aviso de ello. Y luego salió el gobernador con doscientos hombres, y les mandó saliesen del río. Y de esta manera los indios se volvieron a su fuerte. Y el gobernador caminó y llegó a vista del fuerte de los indios, y se puso encima de un pequeño cerro, de donde les envió a hablar y a requerirles viniesen de paz, mas no lo determinaron hacer, y viendo los indios a los españoles, escomenzaron a dar grandes voces y tocar sus cornetas y mostrarse muy valientes.

Este fuerte está encima de una loma hecho a la larga, y dos lienzos de palizada muy fuertes, y una cava por delante los lienzos. Y por el un cabo, que era hacia oriente, tenía una quebrada muy montuosa, y por ella corría un río. E por el otro cabo, que era el poniente, tenía una ciénaga. Y por el lienzo de la palizada, que caía hacia el norte, tenían muchos hoyos. Y por la cabeza del lienzo tenían sacado una manga de palizada que corría hacia el norte. En la palizada que tengo dicho estaban dentro cuatro mil indios, y tenían dos piezas de artillería y siete u ocho arcabuceros. Aunque lo dispararon, fue Dios servido que no hicieron daño. Y en la manga de la palizada del lienzo andaban los demás.

Viendo el gobernador esta fuerza, ordenó su gente en esta manera, que a Gonzalo Hernández Buenosaños mandó con cincuenta hombres que fuese por junto a la ciénaga y pasase al lienzo de la palizada que estaba hacia el sur, y que por allí los acometiese. Y envió a don Felipe con sesenta hombres por donde estaban los hoyos, y le mandó que a una rompiesen con los demás escuadrones. Y el gobernador tomó cincuenta de a caballo, dejando con el servicio la demás gente, y fuese a la manga de la palizada donde estaba la fuerza de los indios. Y llegado el gobernador, rompió por la palizada y dio en los indios, y luego escomenzaron a desmamparar el fuerte y a huir. Y así entraron los demás españoles en el fuerte, matando e hiriendo.

Murieron aquí en esta batalla trescientos indios, y prendiéronse muchos. Diose esta batalla a trece de diciembre, día de la bienaventurada Santa Lucía del año de 1558 años. E luego el gobernador se vino al pueblo de Arauco.

Acabóse esta crónica y relación copiosa y verdadera, sábado a catorce de diciembre del año de nuestro nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil y quinientos y cincuenta y ocho años, hecha por Gerónimo de Vivar, natural de la ciudad de Burgos.